Seix Barral

Siri Hustvedt

El hechizo de Lily Dahl

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

1

2

3

Notas

Créditos

Landmarks

1. Portada

El hechizo de Lily Dahl

Siri Hustvedt

Traducción del inglés por Javier Calvo

Seix Barral

Para Liv, Astrid e Ingrid Hustvedt

1

Llevaba tres semanas observándolo. Cada mañana desde principios de mayo se había apostado en su ventana para mirarlo. Siempre lo espiaba temprano, poco antes del amanecer, y no creía que él la hubiera visto nunca. La primera mañana, Lily había abierto los ojos y había divisado una luz procedente de una ventana del hotel Stuart, al otro lado de la calle; al acercarse más, lo había visto a él dentro del cuadrado resplandeciente: un hombre guapísimo, de pie frente a un lienzo de gran tamaño, sin más ropa que unos pantalones cortos de tanto calor que hacía. Durante un minuto había permanecido tan quieto que no le había parecido real. Luego había empezado a moverse, usando el cuerpo entero para pintar, y Lily lo había visto estirar el brazo, echar el cuerpo hacia delante e incluso arrodillarse frente al lienzo. Lo había visto caminar por la habitación, frotarse con fuerza la cara con las manos y fumar. Fumaba unos puritos que sostenía entre los dientes cada vez que se paraba a pensar. A veces, cuando se limitaba a fumar en silencio, el hombre le dedicaba gestos con la cabeza a la pintura, como si estuviera hablando con ella. Lily había examinado con detenimiento el contorno de sus músculos, el color castaño claro de la piel y la forma en que le brillaba bajo la luz. Sin embargo, no había visto nunca lo que pintaba. La parte frontal del lienzo siempre le había estado oculta.

Division Street era una calle ancha y sin árboles. La habitación del hombre quedaba por lo menos a veinte metros de la de Lily, y eso era lo más cerca que ella había estado nunca de él. Lily no sabía con exactitud qué resultado esperaba de observarlo, pero tampoco importaba. La verdad era que no podía parar de mirarlo, y los días en que el hombre no se acostaba, sino que se quedaba levantado y trabajando hasta el amanecer, necesitaba obligarse a sí misma a cerrar las cortinas y alejarse de la ventana.

Aquella mañana en concreto, sin embargo, llovía mucho y Lily no

podía ver al hombre con claridad. Asomó la cabeza por la ventana y miró en su dirección con los ojos entornados. La lluvia le golpeaba la cara y el agua caía a chorros por la ventana cerrada del hombre, así que lo único que consiguió distinguir fue un cuerpo borroso y ondulado al otro lado del cristal. Luego, antes de que ella entendiera lo que estaba pasando, el hombre fue hasta su ventana, la abrió de golpe y asomó medio cuerpo bajo la lluvia. Lily se agachó rápidamente por debajo de la repisa y se acuclilló en el suelo. El corazón le latía deprisa y las mejillas se le pusieron calientes mientras escuchaba el ruido del agua en las alcantarillas. Había corrido un riesgo terrible al asomarse de aquella manera. Antes de aquel momento ya solía reprenderse un poco a sí misma por espiar al hombre, pero la idea de haber sido descubierta la llenó de una vergüenza intensa y repentina. Y es que siempre había tenido mucho cuidado; siempre se ponía en cuclillas junto a la ventana, elevando únicamente los ojos por encima de la repisa, y siempre se aseguraba de tener apagadas las luces de su habitación; cuando las encendía para ducharse y vestirse para el trabajo, era con las cortinas bien cerradas.

Lily sabía que el hombre se llamaba Edward Shapiro. Aunque nunca habían cruzado una palabra, había averiguado varias cosas de él y había oído todavía más rumores. Sabía a ciencia cierta que Edward Shapiro había pasado un año ejerciendo de «artista residente» en el Courtland College. Y sabía que, en vez de volverse a Nueva York al terminar su último semestre, había decidido quedarse en Webster, y que había sido entonces cuando había alquilado la habitación del hotel Stuart. También había aceptado como un hecho demostrado que en algún momento de marzo la mujer de Edward Shapiro, después de estar viviendo con él en la residencia del profesorado, había hecho las maletas y lo había dejado. El resto eran rumores. Mucha gente quería saber qué hacía un hombre así en un tugurio de mala muerte como el Stuart, un hotel tan cutre que ni siquiera aceptaba a mujeres. Los cinco o seis vejestorios que vivían allí eran una panda de lo más triste; Lily conocía a la mayoría. El restaurante del hotel llevaba cerrado desde que a ella le alcanzaba la memoria, aunque nunca habían quitado el letrero, así que todas las mañanas los inquilinos cruzaban cansinamente la calle, uno tras otro, para desayunar en el café Ideal, donde Lily trabajaba de camarera seis días por semana. Había oído decir que Edward Shapiro era pobre, que se había gastado su sueldo

de la universidad en apuestas de béisbol. También había oído decir que era rico, pero demasiado tacaño para alquilar un sitio decente. Había oído que su mujer lo había dejado por su adicción al juego, y había oído que lo había dejado porque, según había contado hacía menos de una semana Lester Underberg en el café, «follaba con cualquiera». Lester afirmaba saber «de buena tinta» que Shapiro se había «tirado» a una preciosa alumna pelirroja en su despacho con música de Verdi a todo volumen. Según Lester, Shapiro había recibido a docenas de jóvenes aficionadas a la ópera en su despacho de la universidad, pero lo cierto era que Lester no era de fiar. Coleccionaba maledicencias sobre quien fuera, y en un par de ocasiones Lily lo había pillado contando trolas puras y duras. Lester tenía razón acerca de que a Edward Shapiro le encantaba la ópera, sin embargo. Algunas noches de las últimas semanas, Lily había oído música procedente de su ventana, y en un par de ocasiones las voces habían sido tan fuertes que la habían despertado de un profundo letargo. Pese a todo, a Lily se le había quedado grabada en la cabeza la historia de la pelirroja, de manera que se dedicó a añadirle los detalles que Lester había obviado. Se imaginaba a Shapiro y a la chica; la veía a ella acostada con las piernas abiertas sobre una mesa de oficina, con la falda subida hasta la cintura y al hombre de pie frente a ella, completamente vestido salvo por la bragueta abierta. Se había imaginado la escena una y otra vez, había visto los papeles desparramarse y los libros caer de la mesa mientras el hombre se revolcaba con su alumna. Lily había esperado ver aparecer a mujeres en la ventana del hombre, pero, si lo visitaban, nunca se quedaban a pasar la noche. La estrecha cama de hierro del rincón derecho del fondo de su habitación llevaba vacía veintidós mañanas seguidas.

Lily no se atrevía a moverse, pero por fin asomó muy lentamente la cabeza por encima de la repisa. Vio que la ventana de Shapiro estaba a oscuras y sintió que el alivio le relajaba los hombros. Tras cerrar sus cortinas, oyó unos pasos procedentes del apartamento de al lado. Mabel está levantada, pensó. Mabel Wasley dormía muy poco, y la pared que separaba ambas habitaciones era tan fina que no conseguía amortiguar los ruidos más minúsculos. Día tras día, Lily oía a la anciana hablar, mover papeles, abrir armarios y cajones, manejar platos, toser, murmurar, tirar de la cadena y, todas las tardes hasta bien entrada la noche, la oía también escribir a máquina. Lily nunca

había tenido claro qué era lo que Mabel escribía, aunque una vez la mujer se lo había explicado. Al parecer, el enorme manuscrito era una especie de autobiografía que incluía sueños y también la forma en que aquellos sueños se mezclaban con la vida cotidiana, pero siempre que Mabel hablaba del libro se extendía interminablemente y usaba palabras que Lily no entendía y, a veces, cuando se emocionaba especialmente, levantaba tanto la voz que casi gritaba, de forma que a Lily no le gustaba sacar el tema. Lily ya llevaba nueve meses viviendo sola encima del café Ideal. Había alquilado su habitación pocos días después de graduarse del instituto, y, cuando Mabel había llegado a principios de marzo, Lily había agradecido tener un poco de compañía, aunque de vez en cuando le daba la impresión de que la anciana escondía algo. Nadie sabía gran cosa de ella, aunque había dado clases durante veinte años en el Courtland College. Circulaba el rumor de que había estado casada varias veces antes de mudarse a Minnesota, pero Mabel nunca había mencionado a ningún marido y, aunque era muy amable, también era un poco estirada, lo cual quitaba las ganas de curiosear.

Lily se sentó a la mesa donde comía, se maquilló y aprovechó para hacer todo aquello que requiriera estar sentada. Tenía colgado su espejo sobre la mesa y miró el reflejo de su cara fatigada junto a la cara de Marilyn Monroe que tenía detrás, en un póster colgado de la pared. Boomer Wee le había dicho una vez que se parecía a Marilyn pero en moreno, y, aunque Lily sabía que no era verdad, le gustaba la idea. Se inclinó hacia el espejo, entrecerró los ojos, separó los labios y se juntó los pechos para formarse un largo canalillo por encima de su sujetador blanco. Echó otro vistazo a Marilyn y oyó que llamaban a la puerta.

—Está abierto —dijo, con la voz todavía ronca de acabar de levantarse.

Sin girarse, vio por el espejo que Mabel entraba en la habitación. La anciana caminó deprisa, barriendo el suelo con la larga bata, y se detuvo al llegar a la silla de Lily.

—Siento molestarte, pero te quería pillar antes de que te fueras a trabajar para preguntarte cómo estaba yendo la obra y decirte que, si todavía te da problemas el papel, puedo ayudarte. Yo me pasé, bueno, ya sabes, casi treinta años enseñando en mis clases *El sueño de una noche de verano*. Y anoche se me ocurrió que te podría instruir. Hermia

es un papel precioso, en serio, y tú eres perfecta para interpretarlo. ¿Qué me dices? —Mabel había pronunciado aquel discurso deprisa y sin apenas pausas para respirar, dirigiéndose a la imagen de Lily en el espejo, agitando las manos todo el tiempo para darse énfasis y, en una ocasión, rozándole la coronilla a Lily.

Por fin bajó las manos y se las apoyó suavemente en los hombros a Lily. Se quedaron las dos unos segundos en silencio y Lily contempló sus caras en el espejo, con la de Marilyn entre ambas; le dio la impresión de que las tres juntas quedaban raras. La cara pequeña y con forma de corazón de Mabel, con arrugas profundas en la frente y en torno a los ojos y la boca, tenía una expresión intensa que podría ser de desafío o de concentración. Marilyn tampoco sonreía, pero tenía los labios entreabiertos, mostrando la dentadura, y los dedos hundidos en la carne del pecho derecho. Había algo demasiado perfecto en la forma en que estaban las tres enmarcadas en el espejo, algo que molestaba a Lily. El efecto resultante era una inmovilidad irritante que de repente la hizo pensar tanto en cosas vivas como en cosas muertas; se encogió de hombros para quitarse de encima las manos de Mabel.

—El lunes me va bien después del trabajo. Necesito ayuda. Recuerdo mis diálogos, pero la mitad de las veces no sé qué significan.

La mujer juntó las manos.

—Primero tomaremos té.

Por alguna razón, la felicidad de Mabel irritó a Lily, que no dijo nada más.

Mabel salió de la habitación. En vez de despedirse, recitó unas líneas del personaje de Lily en la obra:

—«Noche oscura, que al ojo despoja de función —Lily vio que Mabel se llevaba el dedo a la oreja— y refuerza del oído la intuición, / y en tanto que al mirar le resta fuerza / le redobla al escuchar la recompensa».

La voz de la mujer era vieja y débil, pero su elocución demostraba unos matices y una comprensión que Lily sabía que a ella le faltaban por completo. Por eso lo hace, pensó: para enseñarme lo bien que le sale y su naturalidad. ¿No era eso lo que le había estado diciendo la señora Wright en los ensayos? «Habla con tu voz natural», y Lily había pensado para sí: ¿cuál es mi voz natural?

Los primeros clientes que llegaban por la mañana al café Ideal eran todos hombres, todos habituales, y ninguno de ellos tenía gran cosa que decir. Entre las cinco y las seis, el local estaba bastante silencioso. Los hombres que entraban durante aquella primera hora no tenían esposas ni novias, aunque a ninguno le habría faltado una historia que contar al respecto: historias sobre el accidente, la muerte, la fea ruptura o el defecto de personalidad que los habían convertido en lo que eran ahora: personajes solitarios que llegaban con el alba a desayunar solos en un local lleno de otros personajes solitarios que desayunaban solos.

Pete Lund solía llegar el primero, en cuanto terminaba las tareas de la extensa granja que tenía al este del pueblo. A Pete se le había muerto su mujer de cáncer de mama hacía un par de años y había cogido la costumbre de comer fuera. Hacía un año, cuando Lily había entrado a trabajar allí, le había hecho su pedido en voz bien alta, y después se había mantenido inalterable: un café solo, dos huevos revueltos y tres tostadas de pan blanco con mermelada de fresa, no con mermelada de uva. Tras el primer día, ya no se había molestado en decir nada. Cuando Lily se le acercaba, Pete le hacía un gesto con la cabeza y ella apuntaba el pedido. A Harold Hrdlicka, que había comprado la vieja granja de Muus, le gustaban los huevos fritos con bolitas de patata, y Earl Butenhoff del hotel Stuart se comía un cuenco de copos de trigo antes de los huevos —estrellados— y remataba el desayuno con un grueso puro que solía llevar a medio fumar en el bolsillo de la camisa. A las cinco y media de aquella mañana ya habían llegado todos y estaban sentados cada uno en su reservado, esperando su comida. Pete se dedicaba a mirar la colección de juguetes de cuerda «semiantiguos» que tenía Vince al otro lado de la barra. Harold leía el *Webster Chronicle* y Earl examinaba la superficie de su mesa entre carraspeos insistentes, durante los cuales expulsaba esputos de mocos amarillos en el interior de un pañuelo enorme y lleno de manchas que iba sacándose del bolsillo de los pantalones y volviéndoselo a guardar. Lily oyó desde la cocina que Vince canturreaba *Anything Goes* por lo bajo. Oía la lluvia de fuera, olía el beicon y las salchichas de la parrilla, y de la calle le llegó también un olor a pavimento mojado, hierba y algo que supuso que serían gusanos subiéndose a la acera; mientras iba de mesa en mesa con la jarra del café, se sintió feliz y se puso a tararear por lo bajo junto con Vince.

Sobre las seis, Martin Petersen entró en el café, ocupó su asiento habitual en el reservado del ventanal y se puso a mirar fijamente a Lily. Se la quedaba mirando así cada vez que iba a desayunar. Lily estaba acostumbrada, no solo a que lo hiciera Martin, sino también mucha otra gente. Había pasado por una ortodoncia, unos pechos que se negaban a crecer y una época con reputación de marimacho; sin embargo, el año en que había cumplido los catorce, todo había cambiado, y ahora, cinco años más tarde, ya se había acostumbrado a su propio aspecto y a las miradas que lo acompañaban. Era algo que a veces le gustaba y a veces no, pero había aprendido a no darse por enterada. En cambio, Martin era distinto. Siempre la examinaba con calma y deliberación, como si mirarla fuera su trabajo, y aquellas largas inspecciones suyas la ponían un poco incómoda, ya que no podía discernir qué significaban. Al mismo tiempo, sentía una extraña curiosidad por él. Martin era un tipo misterioso. Lily había oído rumores de que era gay y rumores de que no le interesaba el sexo. Linda Haugen le había susurrado una vez en clase de confirmación que Martin había nacido «siendo las dos cosas», y que «le habían quitado parcialmente los órganos de chica». Pero aquello parecía un disparate. El secreto de Martin no era su cuerpo, aunque tampoco era su mente. Tenía un aire de lo más peculiar, un aire de intuiciones o conocimientos ocultos que a veces le daba a Lily la sensación de que la estaba observando desde una gran distancia, pese a tenerlo a un par de palmos.

Lily no recordaba un tiempo en que no hubiera conocido a Martin Petersen. La casa en la que él había vivido de niño y seguía viviendo no quedaba lejos de la casa de infancia de Lily, en las afueras del pueblo, y Martin y ella habían jugado alguna vez juntos en el bosque o cerca del arroyo. De niño había sido todavía más tartamudo que ahora. En un par de ocasiones, Lily se lo había llevado a su casa para jugar; en cambio, ella nunca había estado en casa de Martin. A su padre le pasaba algo y, fuera lo que fuese, lo que le pasaba ponía a la madre de Lily lo bastante nerviosa como para disuadirla de explicarlo. Cuando Lily tenía ocho años, el padre de Martin, Rufus Petersen, había matado a su perra, que estaba a punto de parir. Le había pegado un tiro y había dejado su carcasa sanguinolenta junto al arroyo, donde el padre de Lily había encontrado al pobre animal y lo había enterrado junto con sus cachorros nonatos. Lily se acordaba de la sangre de la

perra en la camisa de su padre, y recordaba que este había insultado a Rufus Petersen con una violencia fuera de lo común. Después de aquello, Lily había jugado menos con Martin, aunque habían seguido yendo los dos a la escuela en el mismo autobús, y se acordaba de que los demás chicos se burlaban despiadadamente de él por su tartamudez. Una vez Andy Feenie y Pete Borum le habían pegado una paliza a Martin detrás de la Longfellow School, y Lily lo recordaba dando la vuelta al edificio de ladrillo y berreando a pleno pulmón mientras la sangre le manaba de la nariz sobre la camisa. En el instituto, Martin casi no se relacionaba con nadie, y Lily tampoco había hablado mucho con él; aun así, había sentido que tenían una conexión, y a veces se encontraban en el arroyo, donde Martin iba para huir de su casa, leer libros y estar solo. Para entonces, su padre ya había abandonado a la familia; su madre, que era joven pero no lo parecía, había contraído leucemia, y su hermano y su hermana mayores se habían buscado la vida y algunos decían que se habían desmadrado. La señora Petersen murió durante el último año del primer ciclo de la secundaria de Martin, y al parecer hubo un buen jaleo con la gente de los servicios sociales. La vida le había dado al chaval un golpe tras otro, pensaba Lily. Sus hermanos se habían marchado del pueblo, pero Martin se había quedado en la casa familiar y se había puesto a trabajar de manitas. Se comentaba que se le daba muy bien. Era fiable y honrado, decían, y la gente del pueblo siempre lo estaba llamando para que les arreglara tal o cual cosa, para que les pintara o les hiciera algún pequeño trabajo de carpintería, y a Lily le daba la sensación de que Martin tenía una vida mejor ahora que cuando era chaval.

Martin siempre pedía el mismo desayuno: huevos escalfados sobre una tostada; sin embargo, a diferencia de los demás clientes de primera hora, nunca había estado cómodo con el silencio. No bastaba con decirle: «¿Lo de siempre?» y esperar a que asintiera con la cabeza. Quería conversar, así que, en vez de tartamudear su pedido y acabar hecho un manojo de nervios, lo que hacía era dar una serie de golpecitos rítmicos en la mesa con los dedos, rat-tat-a-tat-tat, y Lily le contestaba también con dos golpecitos: tat-tat. La costumbre había empezado poco después de que Lily entrara a trabajar en el café y volviera a trabar amistad con él, por así decirlo. Nadie más sabía de qué iba. Aquellos golpecitos eran un pequeño idioma propio, y a

Martin parecía hacerlo feliz pedir el desayuno en clave. Y eso también ponía contenta a Lily.

Aquella mañana repitieron su rutina de costumbre. Martin dio los golpecitos en la mesa.

Lily repicó con el índice dos veces en el borde de la mesa y dijo:

—Marchando, Telaraña.

A Martin le había tocado el minúsculo papel de Telaraña en *El sueño de una noche de verano*, y a Lily le parecía un gesto amable mencionárselo, aunque se preguntaba si quizá la señora Wright no habría llevado su caridad un poco demasiado lejos al darle un papel a Martin, por pequeño que fuera. Todavía no había ensayado con él. De momento los ensayos se habían circunscrito a los actores con papeles grandes, pero costaba imaginar a Martin como actor de cualquier clase, y mucho menos como hada.

Cuando le pasó el pedido en la cocina, el gordo de Vince Martin estiró el cuello por encima de los fogones y dijo:

—¿Dónde es el funeral? Reina un silencio que parece que esté cocinando para una panda de fiambres.

Lily sonrió y negó con la cabeza.

—Lo dices todas las mañanas, Vince. Dentro de una hora habrá más ruido. Ya lo sabes.

—Este pueblo es un cementerio, chata. Cada vez que uno de esos viejos luteranos se tira un pedo es motivo de celebración.

Lily sonrió a Vince. Estaba de buen humor aquella mañana y ella lo agradecía.

—¿Pues por qué no te vuelves a Filadelfia, si todo es tan perfecto allí? —dijo Lily, recogiendo el plato de las torrijas de Mike Fox—. Debe de ser genial: gente disparándose en las calles, atracadores, rateros. Leo la prensa, Vince. Parece el paraíso. —Lily salió caminando hacia atrás por las puertas batientes.

Vince la señaló con la espátula.

—¡Por lo menos la gente habla contigo antes de dispararte!

Con el plato de Mike en las manos, Lily se detuvo detrás del mostrador. Sintió que Martin la estaba mirando y le echó un vistazo. En efecto: la estaba evaluando con expresión grave. Quizá le gusto, pensó ella, y dejó el plato de Mike sobre la barra, junto a los seis cigarrillos que el hombre ya había puesto en fila sobre la superficie de formica.

—Cuando quieras tienes la comida aquí, Mike —le dijo.

Él levantó la vista para mirarla y se pasó un mechón largo de cabello rubio por detrás de la oreja antes de ponerse un nuevo cigarrillo entre los dientes. Lily lo vio encenderlo. Llevaba un año presenciando cómo Mike repetía el mismo ritual seis días a la semana. La tarea requería un paquete entero de Kent, y, cuando Mike terminaba, Lily se encontraba una hilera de veinte colillas sobre la barra, cada una un poco más consumida que la anterior. Estaba segura de que Mike debía de contar las caladas, aunque sabía que tampoco podía darlas con demasiado vigor o la colilla se consumiría demasiado deprisa. Mike bajó el cigarrillo hasta el cenicero negro y se puso a apagarlo con una serie de giros suaves de la muñeca y los dedos. La primera vez que Mike había dejado aquel rastro perfecto de cigarrillos sobre el mostrador, a Lily le había dado pavor tirarlos a la basura, pero Bert le había dicho: «Cuando ha terminado de hacerlo, ya le da igual. Puedes barrer la obra maestra a la basura. Mañana creará otra».

Lily volvió a la cocina para coger la comida de Martin y Vince continuó la conversación allí donde la había dejado:

—Y como en este maldito pueblo nadie habla, tampoco puede haber sexo. ¿Lo has pensado alguna vez, cielo? Mira las mujeres de este pueblo, apenas hay ninguna que tenga un poco de sangre en las venas. En invierno van todas cubiertas con esas parkas espantosas de plumón y en verano llevan unos vestidos que parecen bolsas. El pintalabios es pecado. Las joyas son pecado. —Se le había puesto la cara roja. Tenía unos carrillos colgantes enormes que le temblaban cada vez que movía la cabeza.

Lily cogió el plato de Martin.

—Hay bastante sexo en este pueblo, Vince. No seas tonto.

—Sí, pero no es sexo *divertido*. Hay una gran diferencia.

Lily soltó un gemido.

—Venga ya.

—No has vivido lo bastante, nena. Te lo digo de verdad. —Extendió los brazos hacia los costados y meneó las caderas enormes hacia detrás y adelante—. El sexo es montártelo en un bar oscuro con una banda de jazz y una chica con pinta de irle la marcha. Ay, cariño, la de noches que me paso soñando con Sandra Martínez —se lamentó el hombre.

—Lo que tú no sabes, señor de ciudad —dijo Lily—, es que un

campo de maíz puede ser igual de sexy que un club de jazz. Es porque no has vivido lo bastante. —Lily le dio la espalda.

Vince abrió la boca y fingió estar escandalizado.

—Caray, Lily Dahl —dijo—. Eres diabólica.

—No me digas *a mí* que no tengo sangre en las venas —dijo Lily mientras salía, y oyó que Vince mascullaba algo por lo bajo.

Había dejado de llover y Division Street se veía más luminosa. Cuando le dejó el plato delante a Martin, este levantó la vista con cara seria y los ojos muy abiertos y ella pudo ver una vez más cómo de claros tenía los iris, de un azul muy claro, un color que le provocaba la sensación de que se los podía traspasar con la mirada. Mientras se alejaba de la mesa, sintió un ligero espasmo en el abdomen, oyó que se abría la puerta mosquitera y, cuando se giró hacia el ruido, vio entrar arrastrando los pies en el café a los hermanos Bodler. Suspiró, aunque no lo bastante alto como para que ellos la oyeran, y los vio caminar hacia el reservado del fondo, el que estaba al lado del letrero del lavabo que había puesto Vince, y que decía: DA IGUAL LO QUE SEAS. Daría igual si no fueran tan guarros, pensó Lily, y bajó la vista para mirar el rastro de barro que habían dejado los dos hombres por el suelo. Y no eran solo las botas lo que tenían sucio, sino también los brazos, las piernas, las cabezas, los culos y hasta el último recodo de sus personas. Lily se detuvo delante de la mesa de los Bodler y sacó el bloc de los pedidos. Miró primero a Frank el Roña, después a Dick el Mugre y, de vuelta, a Frank el Roña. Ambos vejestorios iban igual de cerdos que siempre, pero más mojados. Les veía los regueros de agua de lluvia en las mejillas. Lily dio unos golpecitos con la punta del pie y esperó. El pedido lo haría Frank, como siempre. Dick nunca decía palabra. Los hermanos Bodler eran gemelos idénticos que se habían ido diferenciando a lo largo de muchos años. Nadie tenía ningún problema para distinguirlos. El cuerpo de Dick se hacía eco del de Frank, pero no lo repetía. Más enclenque, más calvo, más inexpresivo, Dick se había convertido en una copia diluida de su hermano.

Todo lo que tocaban quedaba negro. Lily le miró las manos a Frank. Ya veía formarse manchas en la mesa blanca.

—¿Qué? ¿Qué va a ser? —dijo.

Ninguno de los hombres se movió o parpadeó siquiera.

Se acercó un poco más a Frank y enarcó las cejas. Olía a arcilla.

El hombre abrió la boca, dejando al descubierto unos dientes

marrones intercalados con varios agujeros. Por fin llegó el gruñido gutural:

—Dos huevos, revueltos, beicon, tostada, café.

—Marchando.

Lily se alejó y miró la calle por encima del hombro de Martin. El tiempo se estaba arreglando rápidamente. Martin se había puesto a leer. Normalmente se traía un libro y leía un rato antes de marcharse. Por lo que podía ver Lily, Martin leía de todo. Parecían gustarle los libros de historia, sobre todo los que trataban de la Segunda Guerra Mundial, pero también las novelas, tanto las baratas como las cultas, los libros de ciencia ficción y las guías prácticas. Lo recordaba leyendo *Ana Karenina* en el café durante varias semanas; al terminarlo, había empezado un libro titulado *Ganar dinero en el campo*. Aun así, Lily suponía que tanto leer le tenía que hacer bien. Seguramente debía de ser bastante listo, pensó, y luego, de camino a la cocina, se planteó el hecho de que Martin había cumplido veintiún años y seguramente era virgen. Le gustaba pensar eso; le gustaba la inocencia en un hombre joven. Al mismo tiempo, se sentía mal por él.

Apenas unos minutos más tarde, cuando les estaba sirviendo a los Bodler el desayuno y poniéndoles más café, Lily se fijó en que Frank tenía a su lado en el asiento del reservado una bolsa de la compra marrón y se preguntó qué debían de llevar en ella los guarros de los hermanos. Luego vio que Frank agarraba su taza y se miraba la uña del pulgar, una gruesa cáscara amarilla. La simple imagen de aquella uña gruesa y sucia bastó para recordarle a Helen Bodler.

Hoy en día nadie ponía en duda que el viejo Bodler hubiera enterrado viva a su mujer en 1932. Por entonces, sin embargo, todo el mundo había creído que Helen había abandonado a su marido y a los críos. Bodler bebía. Su pequeña granja, igual que muchas otras, estaba pasando por apuros graves, y la teoría era que la presión le había hecho perder el juicio. A Lily le había contado la historia su abuela, y la recordaba inclinándose sobre el mantel de hule de la mesa de la cocina para decir con voz tensa pero clara: «Helen no habría abandonado a sus dos críos y se habría marchado sin decir ni pío a nadie. No era de esas. Yo la conocía y no era de esas. Y era una preciosidad, además. La gente dijo que se había ido con el vendedor ambulante, Ira Cohen. Menuda chorrada. Cohen tenía mujer y seis hijos en Saint Paul. ¿Dónde la iba a poner? ¿En la parte de atrás de su

carreta? Todo apestó a mentira desde el principio».

Encontraron el cuerpo de Helen en 1950. Los gemelos y otro hombre, Jacob Hiner, estaban cavando en el viejo cobertizo de la propiedad cuando se encontraron con su esqueleto cerca de allí. Bodler llevaba ya once años muerto. Sus dos hijos habían combatido en Europa, habían vuelto a casa y habían montado su negocio de chatarrería. Lily no sabía exactamente cuándo habían dejado de lavarse. El ejército promovía la higiene, así que debía de haber sido después de 1945 cuando los gemelos Bodler se habían convertido en Frank el Roña y Dick el Mugre. De haberse casado, la horripilante historia de sus padres quizá habría envejecido más deprisa, se habría alejado en el tiempo gracias a la existencia de hijos y nietos, pero no había habido ningún Bodler más. Dios sabía lo que habían sentido los dos hermanos al descubrir los huesos de su madre petrificados en actitud de pánico, indicando que había intentado salir escarbando de su tumba. Ilegibles como piedras, los dos caminaban, comían y escupían tan pocas palabras como podían.

Luego, al levantar la vista, Lily vio a Edward Shapiro en los escalones de la entrada del hotel Stuart. Incluso desde aquella distancia se le veía la ropa toda arrugada, como si acabara de salir de la cama. Caminó hacia el ventanal y se detuvo. Vio que el hombre se rascaba la pierna y, al mismo tiempo, con el rabillo del ojo, advirtió que Bert entraba con aire desenfadado en el café y dejaba que se cerrara de golpe la puerta mosquitera tras de sí. Después de atarse un delantal en torno a la cintura, Bert se acercó discretamente a Lily y le preguntó:

—¿Qué? ¿Cómo está el calvario esta mañana? —Sin esperar respuesta, examinó los reservados, señaló con la cabeza a los gemelos y soltó un gemido teatral.

Lily asintió con la cabeza y miró hacia la derecha para no perder de vista al hombre de los escalones. Bert siguió la mirada de Lily y las dos se lo quedaron mirando juntas.

—Por ese sí que valdría la pena echar una cana al aire. —Bert reventó un globo de chicle—. No me dan ganas a menudo de ponerle los cuernos al viejo Rog, pero ese… —Y sin molestarse en terminar la frase, Bert negó con la cabeza. Por fin soltó un silbido y se giró hacia Lily—. Pobre Hank, lo tiene claro.

—No estoy casada con Hank, Bert.

—Ya, pero pensaba que estabais comprometidos.

—Pues no —dijo Lily, y enseñó la mano izquierda—. Mira, no llevo anillo. Además, ¿quién dice que yo tendría alguna posibilidad con un tío así? Debe de tener treinta años por lo menos, y es artista, y...

—Chata —la interrumpió Bert—, con un cuerpo como el tuyo tienes posibilidades con cualquier cosa que sea hombre y respire. —Hizo una pausa—. Anda, mira: el señor alto, moreno y misterioso está viniendo hacia aquí.

—Nah —dijo Lily—. Nunca entra aquí.

Pero Edward Shapiro estaba cruzando la calle en su dirección. Lily sacó la jarra del café de la placa que la mantenía caliente y se puso a servirlo en la taza de Clarence Sogn, aunque ya estaba casi llena; al terminar, se limpió las manos en el delantal sin razón alguna, sintió los latidos de su corazón y se reprendió a sí misma por tonta. No lo vio entrar por la puerta, pero sí que lo oyó, y nada más oírlo puso la espalda recta y metió barriga. Cuando se giró para mirarlo y vio que se estaba sentando a la barra, experimentó una sensación lenta y cálida entre las piernas y supo que era sangre. Mierda, pensó. Siempre me pilla desprevenida. Se quedó mirando a Edward Shapiro desde atrás. Estaba inclinado hacia delante y se le había tensado la tela de la camisa azul de trabajo entre los omóplatos. Lily bajó la mirada por la costura trasera de sus vaqueros, que desaparecía al llegar a la funda roja del taburete, y casi le pareció sentir el peso del hombre. Era esbelto, pero aun así la excitó la idea de sentir su peso. Por mucho que me vea, no me va a reconocer, se dijo a sí misma, y vio que Bert le servía una taza de café. Ojalá pudiera estar ella al otro lado del mostrador con la jarra del café, pensó. Ojalá no tuviera que subir corriendo a buscar un tampón a su habitación. Hizo un gesto con la mano a Bert, articuló en silencio la palabra «regla», corrió a la parte de atrás del café y se metió por la puerta de la escalera.

Sentada en el retrete de su apartamento, Lily dio gracias por no estar ya en el trabajo. Había dejado los vaqueros y las bragas tirados en el suelo y se dedicó a contemplar la sangre que manchaba la tela blanca de la ropa interior. El rojo brillaba sobre el fondo de la tela vaquera y del azul apagado de las baldosas del suelo. No quería moverse, pero al cabo de unos segundos cogió su paquete de tampones, desenvolvió uno y se lo introdujo. Echó un vistazo al cordel azul que le asomaba entre las piernas, a sus rodillas desnudas y al

contorno de sus huesos, y experimentó una de esas percepciones repentinas y curiosas, más sensación que pensamiento, y más familiar para los niños que para los adultos, de que no estaba realmente en aquella habitación, de que había sido expulsada de su cabeza a otra parte, y de que los objetos que estaba viendo ya no eran lo que parecían, sino unos impostores inanimados. Cambió de posición para librarse de aquella sensación y por fin se puso unas bragas y unos vaqueros limpios.

Abrió lentamente la puerta de atrás del café. Quería asomarse para ver a Edward Shapiro sentado a la barra, pero ya no estaba. A quien sí vio fue a Martin, a un metro frente a ella y de pie junto al reservado de los Bodler. En aquel preciso instante, Martin le estaba dando dos billetes de veinte dólares a Frank el Roña. De haber llegado medio minuto más tarde, Lily no habría visto aquella transacción. Frank cogió el dinero, se abrió el bolsillo de la camisa grasienta y se guardó allí los billetes. Por fin le dio la bolsa a Martin. Fue la forma en que Martin la cogió lo que sobresaltó a Lily. Cuando estiró la mano para cogerla, los dedos le temblaron de expectación y las pupilas se le elevaron hasta desaparecer del todo, de tal forma que por un instante Lily solo pudo verle el blanco de los ojos. Se le entreabrieron los labios y se le escapó un jadeo. Lily no sabía qué estaba viendo, pero el contenido de aquella bolsa sucia de la compra, fuera el que fuera, estaba afectando a Martin de una forma que la avergonzó. Lily se sintió mal por él, por su rareza, por no saber comportarse y por aquella expresión horrible que era demasiado privada para un café. Empujó la puerta hasta abrirla y, con las prisas para pasar junto a Martin, le rozó accidentalmente el codo. Mierda, se dijo a sí misma cuando confirmó que, efectivamente, Shapiro se había esfumado. Sintió que alguien le tocaba suavemente el hombro y al girarse vio a Martin mirándola. Tartamudeó el nombre de ella y le dijo:

—Te he dejado una cosa en la mesa.

Ella echó un vistazo a la bolsa que Martin llevaba en la mano izquierda.

—¿Un regalo para mí? —Sabía perfectamente que no lo era. La pregunta había venido de la irritación que sentía, y notó el enojo en su propia voz.

Martin negó con la cabeza y Lily se dio la vuelta para no mirarlo a la cara.

Fue rápidamente con Bert y le dijo:

—¿Qué? ¿Cómo es?

Bert levantó la vista.

—¿A quién se refiere usted? —dijo, sorbiéndose teatralmente la nariz.

—Va, corta el rollo. Cuenta.

—Pues ha venido y se ha ido pitando. Pero, a juzgar por el minuto que ha estado aquí, diría que es superelegante, superamable y nada estirado.

—¿Ah, sí? —dijo Lily. Pasó al otro lado del mostrador y le sirvió más café a Matt Halvorsen—. ¿Habéis hablado de algo?

—Me ha dicho que quería un dónut.

—Qué profundo —dijo Lily.

—Le he preguntado: «¿Cuál?». Y he señalado la vitrina. Me ha dicho que en Nueva York no te dejan elegirlos, y yo le he dicho: «Pues es que esto no es Nueva York». Me ha dicho que ya lo sabía y que quería el que no tenía agujero, más dónut por el mismo precio. Ha engullido el café en tres segundos, ha cogido el dónut y se ha ido pitando.

Lily cerró los labios con fuerza.

—Tiene unos ojos poco comunes, ¿no te parece? Un poco rasgados hacia arriba. ¿Te has fijado?

Bert asintió con la cabeza.

—Ojos almendrados. Es poco común, al menos por aquí.

—Es un tipo poco común, está claro.

Lily y Bert giraron la cabeza para ver quién las había estado escuchando.

Ida Bodine se les acercó con su café en la mano. La minúscula mujercilla llevaba el cabello voluminosamente cardado para compensar los centímetros que le faltaban.

—La reina del chisme —le dijo Bert a Lily en voz baja.

—Algo raro hace en su habitación —dijo Ida—. Oigo cosas.

—¿Qué cosas? —quiso saber Lily.

—Golpes, chirridos. Más de una vez le he tenido que decir que pare con el estruendo: ópera a todo trapo, hasta que te revientan los tímpanos. Mi tarea como encargada de noche es asegurarme de que todo vaya bien, y ese tipo me está complicando la vida a más no poder.

Recepcionista de noche, pensó Lily.

—No me parece tan grave —dijo en voz alta—. Un poco de ruido.

Ida dio un sorbo de café sin quitarle la vista de encima a Lily.

—Eso no es todo. He visto a gente entrar en su habitación cuando llego a trabajar a las seis, y no entran por la puerta principal, sino por la del lado del río, y se quedan horas ahí dentro con él. Y no puedo decir que sea gente con buena pinta. —Ida asintió con la cabeza.

—Todo el mundo tiene derecho a verse con quien quiera —dijo Bert.

Ida miró directamente a Bert, ladeó la cabeza y sonrió con dulzura falsa.

—¿Con Tex también? —dijo.

Lily miró a Ida, que acababa de dejar su taza de café y de cruzarse de brazos. Le parecía inverosímil. Evocó la imagen del hombretón: metro noventa y cinco, patillas pelirrojas largas, la nariz deformada como resultado de una vida de peleas y una panza enorme de cerveza colgándole por encima de los pantalones. Vince le había prohibido la entrada en el Ideal un par de años antes de que Lily entrara a trabajar allí, de forma que ella casi nunca lo veía, pero Hank conocía a Tex de la cárcel de la ciudad, donde este a veces pasaba la noche en alguna de las dos celdas. El hecho de trabajar los veranos como telefonista del Departamento de Policía y Bomberos de Webster había convertido a Hank en experto en los muchos delitos menores del grandullón pelirrojo. Era cierto que aquellos delitos casi nunca iban más allá de la simple alteración del orden público, pero alteraba el orden público con bastante regularidad y volvía bastante locos a los agentes. El último delito de Tex había tenido lugar el jueves anterior, cuando había entrado en tromba en el Salón del Reino de los Testigos de Jehová de la autopista 19, aullando como Tarzán mientras corría por el pasillo sin más ropa que un *slip* con estampado de leopardo, sombrero tejano y botas de vaquero.

—Diría que Tex debe de haber visitado al tal Shapiro ocho o nueve veces, y la última vez que lo vi salir de su habitación iba abotonándose la camisa. —Ida arrugó la cara en una mueca de asco.

Bert la miró con espanto teatral.

—Mira, Ida Bodine —le dijo—. Si ese hombre es maricón, yo soy una extraterrestre con cinco ojos de la galaxia de al lado.

Ida se sorbió la nariz.

—Solo cuento lo que he visto y nada más.

—Venga ya, Ida —dijo Lily—. Edward Shapiro daba clases en el Courtland. Tenía un buen trabajo…

Ida la interrumpió.

—Su mujer lo ha dejado, ¿no? Se van a divorciar —dijo esta última palabra entre dientes—. Dime una cosa, si es un tío tan importante, un profesor tan famoso y todo eso, ¿qué hace en el Stuart?

Lily miró primero a Bert y después a Ida.

—Creo que está pintando. —Le salió en un tono más vehemente de lo que había sido su intención.

Ida enarcó las cejas.

—Sabéis lo que dicen de sus pinturas, ¿no? Que son pinturas de Webster, pero no de las partes bonitas del pueblo. Dicen que ha pintado el silo y las vías y el vertedero y que lo ha hecho todo feísimo para demostrarnos que somos una panda de palurdos.

Lily solo había visto la parte de atrás de las pinturas de Shapiro, pero se preguntó por qué iba a pintar escenas de paisajes al aire libre dentro de una habitación.

—¿Y de dónde has sacado esa información? —dijo Bert.

—De por ahí. —Ida entrecerró los ojos.

Lily se inclinó por encima del mostrador en dirección a ella.

—¿Y qué ley dice que no puede pintar lo que le dé la gana?

Ida apartó la cabeza de Lily.

—Vaya, vaya —dijo—. Parece que te lo estás tomando muy personalmente. —La mujer se sacó un clínex del bolso y lo usó para secarse las comisuras de la boca. Era un gesto de una feminidad absurda y extravagante que dio ganas de reír a Lily. Ida bajó el pañuelo de papel y lo cogió con ambas manos—. Lo que me gustaría saber, Lily Dahl, es por qué te importa tanto a ti ese judío de Nueva York.

Lily fulminó con la mirada a Ida, pero no dijo nada. Bert dedicó a Lily una mirada incómoda. Por fin Ida arrugó el pañuelo con una mano, recogió su taza de café del mostrador y volvió a su taburete.

—Menuda bocazas —dijo Bert.

—Es judío —dijo Lily, observando aquel dato en voz alta.

—Shapiro es un apellido judío —dijo Bert.

—Oh —dijo Lily. Sintió que se sonrojaba y se preguntó por qué Bert sabía aquellas cosas y ella no.

Miró el reloj. Eran casi las siete. Pronto les vendría otro momento

de mucho trabajo cuando llegaran los comerciantes del centro para comer algo antes de abrir sus tiendas. Lily escrutó el local. No había visto marcharse a los Bodler.

—Caray, Bert. Has limpiado el reservado de los guarros.

—Me debes un favor. —Bert recogió una pila de platos y señaló la puerta con la cabeza.

Hank Farmer entró y le dedicó una sonrisa a Lily. Se le veía la cara un poco inflada, pero es que pasar la noche entera en comisaría dejaba machacado a cualquiera. Le dio a Lily un beso rápido en la mejilla y, en vez de erguirse otra vez, mantuvo la cabeza gacha junto a la de ella y le dijo:

—Me voy a casa a dormir, pero me gustaría verte después, ¿vale?

Lily le miró aquella cara tan apuesta. Lo tenía tan cerca que podía distinguirle las tenues cicatrices del acné adolescente. Sobre la frente le colgaba un mechón de pelo rubio oscuro. Ella no le contestó, sino que miró más allá de su mejilla, en dirección al reservado vacío de Martin, y examinó las letras invertidas del letrero de neón del ventanal. Se apartó medio palmo hacia atrás.

—Llámame más tarde —le dijo—. No me encuentro demasiado bien. Tengo la regla.

Hank asintió y volvió a besarla. Ella lo vio salir dando zancadas y cruzar la calle. Tenía una forma bonita de moverse, y pensó para sí que era más guapo de lejos. Miró a través del ventanal y manoseó el bloc que llevaba en el bolsillo del delantal.

Bert habló a su espalda:

—Sé que estás haciendo juegos malabares con todos tus galanes, Lil', pero más te vale aparcar los amoríos y ponerte a trabajar.

Lily no se molestó en darse la vuelta. Meneó las caderas en dirección a Bert y dijo:

—Son las siete. Voy a poner algo de música antes de que se me adelante ya sabes quién. —Lily miró por encima del hombro en dirección a la máquina de discos y vio entrar a Boomer Wee por las puertas de la cocina.

—¡Adelántalo en el pasillo! —gritó Bert, extendiendo un brazo hacia Boomer.

Lily salió disparada hacia la máquina de discos, pero Boomer era demasiado rápido para ella y, para cuando llegó, él ya estaba inclinado sobre la lista de canciones. Se le había levantado la camiseta

por detrás, dejándole al descubierto la piel blanca y el espinazo huesudo.

—No te atrevas a poner esa canción. ¡Vuelve con los platos! —le dijo Lily entre dientes, intentando apartarlo a codazos de la máquina —. Me vas a matar con esa canción.

Pero Boomer le bloqueó el paso y Lily oyó caer la moneda de veinticinco centavos y el clic de la máquina y Elvis se puso a cantar *Blue Suede Shoes*.

—Serás granuja —le dijo Lily a Boomer, que ya estaba volviendo a la cocina con una sonrisa inocente. A mí también me encantaba antes de oírla 6.458 veces, pensó Lily, y fue al reservado de Martin para limpiarlo.

Se encontró con el plato sucio, los cubiertos, la taza de café y el platillo apilados y apartados a un lado, pero en el centro mismo de la mesa había una servilleta blanca, y en ella, escrita con letras grandes y cursivas, vio la palabra *boca*. Sin más. ¿Boca?, pensó Lily. Un tenue rayo de sol traspasó el dosel de nubes e iluminó la mesa en ángulo oblicuo. Lily cogió la servilleta y se la quedó mirando. ¿Acaso era a aquello a lo que Martin se había referido, lo que le iba a dejar en la mesa? Qué raro. La tinta se había corrido por el papel blando. Lily negó con la cabeza y después, sin saber por qué, echó un vistazo para ver si alguien la había visto leer la servilleta. Pero nadie mostraba ningún interés. Lily juntó las manos, arrugó el papel y se lo guardó rápidamente en el bolsillo de atrás de los vaqueros. Por fin cogió el montón de platos de la mesa y se dirigió a la cocina.

Lily le dijo a Hank que no fuera aquella noche. Se sintió mal cuando le oyó la decepción en la voz, pero aquella noche daban por la tele *Con faldas y a lo loco* y quería ver a Marilyn ella sola. Hank se había metido con Lily por lo de Marilyn, le había dicho que se ponía tonta con el tema, y una vez, cuando Lily había intentado explicar lo que sentía por ella, Hank se había dedicado a sonreír durante toda su explicación. Después de aquel día, Lily había dejado de hablar de Marilyn, ni con Hank ni con nadie más. Su historia con Marilyn había empezado con *Bus Stop*. Por entonces Lily todavía vivía con sus padres. A su padre todavía no lo habían operado de cáncer y tampoco se habían mudado a Florida para huir de los inviernos, y una noche se

había quedado levantada y viendo aquella película hasta las dos de la madrugada. La chaqueta de la escena final había sido la sentencia. El vaquero se había quitado la chaqueta y se la había echado sobre los hombros a Marilyn, y cuando ella se había arrebujado bajo la prenda, su torso entero se había movido y estremecido como si alguien la estuviera besando en las mejillas, el cuello y los hombros; Lily contempló la cara de Marilyn en la pantalla y le dio la sensación de estar presenciando una felicidad maravillosa y peligrosa y tan intensa que casi dolía. La escena le había dado más ganas de actuar que nada en el mundo, y a la mañana siguiente les había dicho a sus padres que quería ser actriz. Sus padres no le habían contestado gran cosa. Su madre le había dicho en tono amable que las obras de teatro del instituto no tenían nada que ver con el teatro de verdad, y su padre le había asegurado que la licenciatura de Humanidades te preparaba para todo. Pero Marilyn había hecho que Lily pensara en la interpretación de una forma nueva, y ahora empezó a preguntarse si no sería una manera de aproximarse a la esencia de las cosas, que quizá de hecho la interpretación te acercaba al mundo más que alejarte de él.

Después de ver *Bus Stop*, Lily empezó a encontrar a Marilyn en todas partes: en revistas, prensa amarilla, tebeos, camisetas, adhesivos, pósteres y banderas. Se fijó en que existían estatuillas de ella en cerámica, metal y goma, y vio su cara y su cuerpo estampados en ceniceros, tazones, lápices y relojes. Para Lily, sin embargo, aquellos iconos no eran más que aproximaciones toscas a la persona de la pantalla, versiones baratas y lascivas de algo íntimo, casi sagrado, de forma que las evitaba. Tenía su póster, que había elegido meticulosamente en una tienda de Minneapolis, prefiriendo uno menos conocido al más famoso de *La tentación vive arriba* donde Marilyn aparecía de pie sobre la rejilla de ventilación, con la falda volándole. Aquel mismo día se había comprado también una biografía y la había empezado a leer con afán, buscando entre los detalles de la vida de Norma Jean el secreto que había vislumbrado en la película. Al cabo de un centenar de páginas, sin embargo, se había dado cuenta de que no lo iba a encontrar allí y había dejado de leer. Ahora, viendo *Con faldas y a lo loco* desde su cama, Lily se rio a carcajadas de los hombres vestidos de mujeres y escuchó la voz de Marilyn, con sus ritmos y sus respiraciones entrecortados. Cerca del final se fijó en el

vestido que llevaba Marilyn. Era como si formara parte de su cuerpo, decidió; no parecía ropa, sino un vestido mágico de cine que Lily se imaginó que llevaba ella, no en Webster, claro, sino en alguna ciudad lejana como Los Ángeles, Nueva York o París, donde las mujeres entraban provocativamente en los clubes y los bares sin apenas ropa. Sonrió para sí y mordisqueó la chocolatina Milky Way que había comprado especialmente para ver la película.

Cuando terminó, Lily intentó dormir, pero no pudo. Las ventanas de Edward Shapiro estaban a oscuras y se preguntó adónde se habría ido. Al otro lado de la pared, oyó que Mabel se sonaba la nariz y empezaba a teclear otra vez. En la mesilla de noche había un número de la revista *Glamour* y Lily lo cogió. Se puso a pasar páginas y a mirar aquella ropa que no podía permitirse y se detuvo a leer un titular: «¿Qué quiere un hombre en una mujer?». Era una encuesta. Lily tiró a un lado la revista y se puso a recitar sus diálogos en voz baja. «También lo es Lisandro.» Cerró los ojos. «Ojalá mi padre lo pudiera ver con mis ojos.» Hizo una pausa. «Suplico a su alteza que me perdone. No sé qué me hace ser tan atrevida.» Por las ventanas abiertas se colaba una brisa y el aire fresco agravó su intranquilidad. Podría ir al Rick's y tomar una cerveza, pensó. Luego se acordó de Hank, se sintió abatida y, metiéndose la mano por dentro de los vaqueros, la posó sobre su sexo para reconfortarse y, todavía vestida, se quedó dormida.

En mitad de la noche se despertó y creyó oír unas voces que cantaban a lo lejos. Luego volvió a quedarse dormida. A las nueve de la mañana oyó las campanas de la iglesia de Saint John y abrió los ojos. Había estado soñando y las campanas dominicales se le habían mezclado con el sueño, que ya había olvidado salvo por el hecho de que no le había resultado agradable porque la había molestado el tañido incesante. Casi podía oír los murmullos de la congregación, aquel tono hueco y fantasmagórico que la gente usaba para hablar con lo invisible, con la única interrupción de alguna que otra tos o del llanto de un bebé. Mientras se alejaba del sueño pantanoso, vio la cara del pastor Carlsen con su expresión perpetuamente sincera, una mezcla indistinta de compasión y remordimientos. La cara del pastor siempre la había irritado, no porque creyera que tenía una expresión hipócrita, sino porque sabía que era genuina.

Lily no había decidido de forma consciente tomar la ruta que pasaba por la casa de los Bodler, pero ahora se encontró pedaleando con su bicicleta en aquella dirección y soñando con el coche que se iba a comprar con el dinero que tenía en el banco si finalmente no lo usaba para la universidad. Las facturas médicas de su padre se habían comido los ahorros que la familia tenía apartados para la educación de Lily, y cuando Vince le había ofrecido el trabajo en el café Ideal y la habitación de encima, ella los había aceptado sin queja. Se había dicho a sí misma que, de todas formas, necesitaba tiempo para pensar. Necesitaba planificar las cosas. Hank tenía un plan para sí mismo y para ella, pero cada vez que Lily pensaba en la casa imaginaria de Minneapolis y en sus hijos imaginarios y en vivir con Hank Farmer para siempre, una parte de ella se echaba atrás. De momento había conseguido ahorrar 3.476,32 dólares de su sueldo, y aquel dinero le prometía una vida fuera de Webster. Ver pintar a Edward Shapiro le había despertado nuevas fantasías sobre Nueva York, un lugar que solo había visto en postales y en películas. Antes de que él se mudara al hotel Stuart, Lily había soñado sobre todo con Hollywood y California, pero ahora la visión del hombre en su ventana la había redirigido al este, y se imaginaba a sí misma yendo por calles abarrotadas entre rascacielos, de camino a un *casting* con un guion bajo el brazo. Se puso a pedalear con más fuerza, sintiendo el viento en la cara y contemplando los campos de maíz, cuyos tallos todavía no habían crecido del todo pero cada vez se elevaban más en la ancha llanura. El cielo se había despejado tras el día anterior y Lily sintió que el sol le calentaba la cara. Cuando llegó al final del camino de acceso a la granja de los Bodler, se detuvo, se bajó de la bicicleta y contempló la granja en ruinas convertida en chatarrería.

La casa de los Bodler era tan espectacularmente fea que casi resultaba hermosa; su estampa hacía que la gente soltara un soplido de incredulidad o bien que guardara un silencio aturdido. En el patio delantero se levantaba una verdadera cordillera de desperdicios, unas montañas de chatarra tan altas que ocultaban la casa, el garaje y el cobertizo hundido de detrás. A Lily siempre la impresionaban aquellas torres multicolores, donde se mezclaban piezas de bicicletas y coches, electrodomésticos vetustos, cables, tuberías, leña y un sinfín de objetos mohosos sin identificar. Recordaba haber buscado juguetes en

aquellos montones cuando iba allí de niña con su padre. Recordaba haberse sentido a la vez eufórica e incómoda mientras rebuscaba entre la chatarra. Aquello había sido antes de oír la historia de Helen Bodler, pero aun así ya había sabido que la vieja granja con su pareja de sucios ocupantes era un mundo aparte. Nunca había estado dentro de la casa. Su padre sí que solía entrar para hablar con Frank, pero siempre le pedía a ella que lo esperara en el porche, como si no quisiera que Lily viera lo que había dentro. Una vez, después de que su padre la dejara esperando en el patio, ella había dado la vuelta por el costado de la casa y había pegado la cara al cristal de una ventana. Había visto montones borrosos de objetos y muebles y luego había visto una cara salir de la nada: una cara enorme, sin apenas elementos humanos, con la boca descomunal abierta y una lengua que se meneaba como la de una serpiente. Lily se había alejado corriendo y jadeando de la ventana. Nunca se lo había contado a su padre. No se lo contó a nadie, y hasta varios años más tarde no comprendió que había confundido a Dick Bodler con un monstruo.

Ese día, la vieja camioneta verde de los hermanos no estaba aparcada en el camino de acceso y tampoco se veía a nadie hurgando en la chatarra. Lily escuchó el ruido que hacían sus pies sobre la tierra y los guijarros del camino y levantó la vista de golpe al oír un crujido por encima de su cabeza. El viento estaba agitando un pedazo suelto de lona de un cochecito de bebé y ahora lo oyó crepitar de nuevo. Por lo demás, había bastante silencio. Los pájaros piaban, la hierba susurraba y se oían motores de coches a lo lejos. Cuando llegó al garaje, se detuvo para asomarse por las puertas abiertas. El sol trazaba un rectángulo de bordes nítidos sobre el suelo de tierra, pero más allá de aquella luz el interior se veía casi negro. Pudo distinguir un caos de cajas, herramientas viejas y equipo agrícola, e inhaló el aroma del moho y de la tierra fría y húmeda, dos olores que le gustaban. No tenía intención de entrar. El sol y el aire habían ralentizado sus movimientos y la tenían medio adormilada. Pero entonces vio una maleta encima de una caja de madera, con una esquina iluminada por el sol, y se acercó a ella. Sintiendo únicamente una pizca de curiosidad, tocó su superficie de cuero agrietado y dio un tirón del asa. Parecía llena, y su peso la atrajo inesperadamente. Lily la sacó a rastras hasta la luz, vaciló un segundo y por fin la abrió. La maleta no estaba llena de cachivaches, como había esperado, sino de ropa

pulcramente doblada, como si alguien hubiera planeado un viaje, no hubiera llegado a hacerlo y se hubiera olvidado por completo de la maleta. La ropa del interior había pertenecido a una mujer. Era toda de tallas muy pequeñas y, fuera quien fuese su dueña, no había llevado aquella ropa desde hacía mucho tiempo. Lily no podía fechar con exactitud la ropa, pero examinó un vestido largo y sin forma y calculó que debía de haber estado de moda en los años veinte o treinta. Se sentó en el suelo de tierra y sacó una camisola raída que tenía una mancha de color rojo hígado. Aunque sabía que era una reacción infantil, se compadeció de la prenda manchada, igual que se compadecería de un niño infeliz o de un animal que gimoteaba. La dobló, la devolvió con cuidado a la maleta y entonces vio un bolsillo de tela en la parte interior de la tapa que contenía algo abultado. Metió la mano allí y sacó un par de zapatos blancos. Habían aguantado el paso del tiempo mejor que la ropa. Solo tenían alguna raspadura y parecían zapatos que su dueña hubiera reservado para la iglesia o para ir a fiestas. Lily calculó que debían de ser de su talla. Su madre siempre le había dicho que tenía piececitos de Cenicienta: un 35. Lily se quitó las deportivas, metió un pie descalzo en un zapato y el otro pie en el otro. Los zapatos no tenían lengüeta, solo cordones. Se los ató apresuradamente y estiró las piernas, examinándose los pies calzados con aquellos zapatos anticuados. Le gustaba la curva de los tacones cuadrados y la suavidad del cuero. Le venían como un guante. En realidad, le apretaban un poco, pero la presión en torno a los pies le producía cierto placer, una sensación casi erótica, tensa y cálida.

Sentada en el suelo de tierra del garaje, mirándose los pies calzados con unos zapatos ajenos y cavilando sobre aquella presión agradable en las puntas de los pies, creyó oír un paso en el exterior y luego a una persona respirando. Contuvo el aliento para escuchar. Por la carretera pasó un coche con el silenciador del tubo de escape roto, y escuchó cómo se alejaba su bramido. ¿Había alguien en la hierba de fuera? ¿Había vuelto a oír pasos? Lily negó con la cabeza. No, pensó. Estiró el brazo para atarse los zapatos y nada más tocar los cordones con los dedos le vino a la cabeza la idea de que aquellos zapatos eran de Helen Bodler; de que era Helen quien había preparado aquella maleta muchos años atrás para escapar de su marido. Con un estremecimiento de emoción, se quitó los zapatos y en aquel mismo instante decidió quedárselos. Después de cerrar la maleta y devolverla a su sitio

original, encontró una bolsa vieja de papel; la vació de clavos y metió en ella los zapatos. Luego se hurgó en los bolsillos y sacó dos billetes de un dólar, una moneda de veinticinco centavos y una de diez. Los dejaré como pago, pensó.

La pesada puerta interior de la casa estaba abierta. Lily se asomó a la cocina a través de la mosquitera. Oyó moscas, un zumbido bajo y desigual, y a un par de palmos de la entrada distinguió unos rollos largos de papel matamoscas que colgaban del techo, cubiertos de una corteza negra de insectos. La cocina olía poderosamente a moho, y cuando miró el suelo le pareció que los cuadrados rotos del linóleo rezumaban líquido. Solo son charcos, pensó, de la lluvia de ayer. Seguramente la casa tiene más goteras que un colador. A menos de un metro de la puerta, Lily vio una mesa. Solo le ocuparía unos segundos entrar corriendo, dejar el dinero sobre ella y salir pitando. Aun así, no lo veía claro. Los ojos se le acostumbraron a la penumbra del interior y pudo ver un rifle apoyado en la pared. Contaré hasta quince, se dijo, y echaré a correr. Era un método que jamás le había fallado, y era porque Lily nunca hacía trampas consigo misma. Los números cambiaban según la magnitud del desafío, pero siempre funcionaban. La técnica de contar en silencio había sido la responsable de que a los ocho años se comiera un gusano en respuesta a un desafío durante un recreo de la Longfellow School, de que se tirara desde el barranco a las aguas heladas de la cantera en pleno mes de mayo cuando tenía trece, y también de su mayor triunfo: la noche de hacía solo cuatro años en que se había tumbado en las vías con un tren acercándose y se había apartado rodando segundos antes de que la aplastara. Bert se había puesto furiosa con ella, pero todos los muchachos le habían estrechado la mano y le habían dado palmadas en la espalda. La técnica de contar también la ayudaba a afrontar desafíos más mundanos, como por ejemplo levantarse de la cama a las cuatro de la madrugada para ir a trabajar. De manera que Lily contó hasta quince y empujó la puerta mosquitera. Dio un paso adelante, oyó que se acercaba un coche por el camino de acceso, giró la cabeza y resbaló. Se cayó con medio cuerpo en el interior de la puerta, medio cuerpo fuera y el brazo izquierdo en mitad de un charco de limo frío. Las monedas le cayeron rodando por el suelo de la cocina y se incorporó hasta sentarse lo más deprisa que pudo para mirar el camino de acceso. Vio con alivio que no se trataba de la camioneta de los

gemelos, sino de un viejo Chevrolet azul con el guardabarros abollado. El suelo le había dejado en el brazo una película amarilla mezclada con tierra y se la limpió con los bajos de la camiseta. Luego, sosteniendo la bolsa de los zapatos tras de sí, bajó los escalones y se detuvo un segundo. Vio un billete de un dólar que flotaba sobre la hierba, arrastrado por el viento. Se me debe de haber caído en el escalón al resbalar, pensó. El viento lo arrastró más lejos. Lily lo dejó ir y empezó a inventarse una historia para el conductor del coche, por si acaso este le preguntaba qué hacía despatarrada en la puerta de los Bodler. Le diría que estaba dejando el dinero de una compra y se había caído. Era verdad, claro, pero al mismo tiempo no lo era.

El Chevrolet se detuvo y Lily vio que una mujer obesa salía despacio y con cuidado por la portezuela del coche.

—Dale la mitad a tu hermano, Arnie, o te arreo un cachete —dijo la mujer, dirigiéndose al asiento de atrás.

Tenía el pelo quemado de tanto que se lo había decolorado. Lily contempló su panza y sus muslos gigantescos enfundados en unas bermudas de punto doble. La vio dar tres pasos lentos y respirar con dificultad. Cuando le pasó por al lado, la mujer le dijo «hola» con voz apagada y Lily le devolvió el saludo. Echó un vistazo al interior del coche y vio a dos niños rubios llamativamente parecidos sentados en el asiento de atrás. Uno era claramente mayor, pero ambas caras bronceadas estaban manchadas de lágrimas, mocos y galletas Oreo. Lily dejó atrás el coche, oyó que se abría la portezuela con un chirrido y que la mujer decía:

—Tregua, nenes. Venid a darle un abrazo a mamá.

Lily miró atrás un momento y vio que los niños salían del coche y se abalanzaban contra las carnes de la mujer, ahora acuclillada. Cuando los brazos de la mujer se cerraron en torno a ellos, Lily se desvió por el camino y echó a correr hacia su bicicleta.

La habitación de Mabel olía a polvo, a perfume y a papel de libros antiguos. Tenía cientos de ellos abarrotándole el apartamento, asomando de los estantes que cubrían varias paredes de la sala de estar, del dormitorio e incluso del cuarto de baño. Lily volvió a inhalar aquel aroma cuando Mabel le abrió la puerta el lunes por la tarde. Era un olor rancio y seco, pensó Lily, como de bichos muertos. Mabel

estaba hablando, pero Lily no la escuchaba. La sala de estar de Mabel siempre la había hecho sentirse rara. Había dos cosas que parecían fuera de sitio en la sala. Una era una mesa vieja y deprimente a la que Mabel nunca le quitaba el polvo. Las demás mesas sí que estaban limpias, pero aquel trasto destartalado de madera de pino con varias llaves antiguas encima no lo tocaba nunca. Y también había un nido de pájaros que era poco más que un montón de desperdicios. Si Mabel no le hubiera explicado que era un nido, Lily no lo habría adivinado nunca. Los demás muebles de Mabel estaban adornados con cojines de seda y terciopelo y con pañitos tejidos. Cubría el suelo una preciosa alfombra oriental roja y azul, traída de la casa enorme que había tenido en Orchard Street. Lily se acordaba de que Mabel le había dicho que solo conservaba los objetos que tenían algún «significado personal», independientemente de si eran valiosos o no, y que el apartamento era un «almacén de recuerdos». Una vez Lily había reunido el valor necesario para preguntarle por la mesa cubierta de polvo, y fue entonces cuando descubrió que Mabel sabía contestar preguntas sin contestarlas. Durante cinco o quizá diez minutos se había dedicado a desbarrar sobre Cicerón y sobre otro tipo cuyo nombre Lily no recordaba y, al terminar, Lily no sabía absolutamente nada más que cuando había formulado la pregunta.

—Lily —dijo Mabel, canturreando el nombre.

Lily la miró.

—Estás en la luna.

—Lo siento.

Mabel se sacudió la manga del batín negro. A Lily le daba la impresión de que era caro. Debía de haberlo comprado en una de aquellas tiendas de Minneapolis en que te miraban de arriba abajo antes de dejarte entrar. Se preguntó de dónde habría sacado el dinero. Los profesores de universidad no cobraban mucho.

Mabel le sirvió a Lily un té, sosteniendo la tetera en alto con las manos temblorosas. Siempre parecía que tuviera frío. Pero la habitación estaba templada, y Lily ya se había acostumbrado a los escalofríos y temblores de Mabel y al hecho de que las manos nunca se le quedaban quietas. Era una mujer nerviosa, tan tensa que casi esperaba oír cómo le vibraba el cuerpo. Lily sostuvo la taza translúcida y se imaginó que se le rompía el fino cristal en la mano.

Mabel tenía un ejemplar de *El sueño de una noche de verano* en el

regazo y estaba tamborileando en él con los dedos. Por fin se inclinó hacia delante, miró fijamente a Lily y dijo de golpe:

—Siempre me ha gustado la idea de los bebés cambiados al nacer.

Lily no supo qué responder. No era una pregunta, de forma que se limitó a decir:

—¿Por qué?

—Porque, cuanto mayor me hago, más convencida estoy de que no se puede saber quién es nadie ni qué es nada. —Lily examinó la capa de maquillaje blanco que le cubría la cara a Mabel. Le terminaba en la barbilla—. Nunca llegas al fondo de la cuestión. Nunca.

Lily no volvió a preguntar, aunque no estaba segura de estar de acuerdo con aquello. El bebé cambiado al nacer de la obra no tenía ningún doble duende ni nada parecido. Giró la cabeza hacia los estantes de Mabel y se fijó en un dibujo de pequeño tamaño apoyado entre dos de los volúmenes. Japonés, supuso. Cuando lo miró con mayor detenimiento, vio con un sobresalto que mostraba a un hombre con el pene a medio introducir en una mujer. El pene estaba muy detallado y era inusualmente grande, igual que los genitales de la mujer. Lily apartó la mirada. ¿Cómo podía Mabel tener algo así a la vista de todo el mundo? Una señora mayor como ella... Lily se miró las rodillas. El dibujo le había recordado uno de aquellos sueños sexuales distorsionados, y ahora no se lo podía quitar de la cabeza: la mujer tendida de costado con las piernas abiertas y la cabeza echada hacia atrás y el hombre inclinado sobre ella, los dos con los quimonos abiertos. A pesar de sí misma, los amantes japoneses la excitaron y juntó las piernas con fuerza en su silla.

—Yo te hago de apuntadora —dijo Mabel.

Lily levantó la vista.

—Vale —dijo.

La ventana iluminaba a Mabel desde atrás y le blanqueaba los mechones de cabello gris de la cabeza. Se movió y le desapareció aquel halo.

—¿Cuántos años tienes, Mabel? —Lily intentó preguntarlo con voz discreta y cortés.

La mujer se rio.

—Demasiados para cortarme un pelo. Tengo setenta y ocho. En febrero cumpliré setenta y nueve. —Se echó hacia atrás un mechón de cabello—. Tú y yo nos llevamos cincuenta y nueve años. —No lo

acababa de calcular. Ya tenía la cifra lista.

Lily echó otro vistazo furtivo al dibujo.

—No te comportas como alguien tan mayor.

Mabel se puso de pie.

—Bueno, por dentro nunca me sentí tan mayor como por fuera. —Respiró hondo—. Ahora ponte de pie. La voz es importante, pero el cuerpo también. Necesitamos encontrar la postura de Hermia, su forma de andar, su expresión física.

Aquella tarde trabajaron juntas dos horas casi sin pausa, pero Lily apenas tardó unos minutos en notar que Hermia ya no volvería a ser la misma. No era solo que Mabel conociera bien la obra y pudiera citar pasajes largos de memoria, ni tampoco que pudiera explicarle palabras y expresiones que Lily no había entendido nunca; era que a Mabel le cambiaba la voz cuando recitaba los diálogos de Hermia. No era exactamente que pareciera joven, pero tampoco parecía ella misma, y Lily casi podía notar la presencia de una tercera persona en la habitación. En un momento dado, interrumpió a Mabel para preguntarle:

—¿Has actuado alguna vez?

Y Mabel le contestó:

—Toda mi vida. —Y luego, antes de que Lily la pudiera seguir interrogando, la mujer añadió:

»Recuerda esto: Hermia no es nada más ni nada menos que las palabras de la página. Decirlas es ser ella. Así de simple. Lo bien que lo hagas, sin embargo, dependerá de tu capacidad para encarnar el lenguaje. Y eso —Mabel agitó un dedo en dirección a Lily— es algo espiritual.

Hasta entonces, los versos de Hermia le habían resultado a Lily tan remotos como canciones en otro idioma: era capaz de memorizarlos, pero no de entenderlos. Aquella tarde, sin embargo, descubrió que si miraba con atención a Mabel y adoptaba su tono y su postura, sentía más cosas cuando recitaba los diálogos. De hecho, a Lily le parecía que la emoción venía más de la voz y los gestos de Mabel que de su propio interior, lo cual la inquietó un poco. Mabel le ladraba órdenes, la corregía y la reprendía, y por fin, de repente, llegó un momento en que Lily descubrió que empezaba a sentir lo que recitaba. Lo sentía tanto como si viniera de ella. Era como si la anciana le hubiera puesto un hechizo, un encantamiento de comprensión y de fe. En un par de

ocasiones se echó a reír sin razón alguna y tuvo que volver a empezar una escena. Y una vez, después de que Lily replicara a la Helena de Mabel con un monólogo particularmente febril, la anciana le dio un abrazo y Lily se lo devolvió. Era la primera vez que se abrazaban. Bajo la tela negra del batín de Mabel, Lily sintió sus huesos pequeños y afilados. No es más que un palo, no tiene carne.

En los ensayos de aquella noche, la señora Wright le dijo a Lily que había dado «un paso de gigante».

Mientras pedaleaba de vuelta a casa desde el Arts Guild, Lily contempló la luna en el cielo crepuscular. Por la superficie le pasaban unas nubes finas como el humo y debajo de ella se veía la silueta del silo elevándose por encima de los edificios bajos del pueblo. Su bicicleta experimentó una sacudida al pasar por las vías del tren y después, mientras cruzaba el puente, Lily inhaló el aroma del río Cannon: carpas, óxido y hierbas subacuáticas. Dobló por Division Street, levantó la vista para mirar la ventana de Edward Shapiro en el hotel Stuart, vio que tenía la luz encendida y sintió una ráfaga de esperanza.

Ya en su apartamento, Lily caminó hasta la ventana sin encender la luz. Vio que Edward Shapiro estaba hablando por teléfono, sentado en una silla con las piernas abiertas y meneando la rodilla derecha al hablar. Luego se puso de pie y caminó por la habitación con el auricular cogido entre el hombro levantado y la barbilla. La mayoría de las demás ventanas del hotel estaban a oscuras o tapadas. Un televisor parpadeaba por debajo de una persiana medio abierta de la primera planta, y el vestíbulo resplandecía al otro lado de su puerta de cristal. Sin duda Ida debía de estar sentada tras el mostrador, pero resultaba invisible. Lily volvió a mirar a Shapiro y vio que contemplaba el auricular durante un momento antes de colgarlo con incredulidad o resignación, Lily no pudo distinguir cuál de ambas cosas. Luego se acordó de Hank y desconectó su teléfono. Cuando se giró y vio la bolsa de papel en el suelo, estiró el brazo para cogerla y sacó los zapatos. Contempló los dos objetos pálidos que tenía en las manos y se preguntó por qué se los había llevado. En el garaje había creído que aquellos zapatos habían sido de Helen Bodler. En su habitación, en cambio, la idea le parecía descabellada. ¿Y para qué iba

a querer los zapatos de una muerta, y encima quererlos lo bastante como para robarlos? No había dejado el dinero, o sea que los había robado, ¿verdad?

—Soy una ladrona —dijo Lily en voz alta. Y procedió a quitarse las deportivas y a ponerse los zapatos.

Nada más incorporarse, le dolieron los pies. Soy mala, pensó, y en aquel mismo momento supo lo que iba a hacer. Lily encendió todas las luces de su apartamento y abrió la ventana con tanta violencia que vio que Shapiro giraba la cabeza y miraba hacia ella. Bien, pensó. Bien. Lo vio caminar hacia su ventana y asomarse. En la habitación contigua, Mabel tecleaba apresuradamente. Lily la oyó hacer una pausa y volver a aporrear las teclas. Caminó hasta la ventana y se quedó de frente a Shapiro. Buscó a tientas la goma que le sujetaba la coleta, se la quitó y agitó el cabello para que le cayera sobre la espalda. Miró fijamente a Shapiro, aunque la cara de él estaba sumida en las sombras, y se desabotonó lentamente la blusa. Luego la tiró al suelo, se pasó los dedos por el hombro desnudo y se mordió con fuerza el labio inferior, tirando de la carne hacia dentro. Esto es maravilloso, se dijo, y se desabotonó los vaqueros cortados. Se puso de costado y se contoneó para sacarse los shorts ajustados. Sintió cómo la tela rígida le bajaba por las nalgas y aquella sensación, junto con el hecho de que sabía que él la estaba mirando, le generó una imagen de sí misma como alguien distinto, una juerguista que se colaba en un espectáculo de *striptease*, una chica que nunca aflojaba y que se rozaba con los mejores. Tuvo que agarrarse las bragas para que no le bajaran junto con los shorts, cosa que hizo con toda la elegancia que pudo. Luego arrojó los vaqueros en la dirección de la blusa, sacudió la melena y sonrió. Confió en que él pudiera verle la sonrisa. Lo único que podía distinguir ahora de Shapiro era su silueta: el contorno de su cabeza y sus hombros en la ventana. Se desabrochó el sujetador. Se alegraba de haberse puesto el que tenía el cierre por delante, ahorrándose tener que forcejear en la parte de atrás. Se lo quitó por los brazos, cruzó las manos sobre los pechos y meneó los hombros. Eran gestos copiados, pero aquello formaba parte del placer. Por un instante se acordó de Marilyn, cogió el sujetador con una mano y lo tiró al otro lado de la habitación. El sujetador voló más alto y más lejos de lo que había calculado. Al caer, se enganchó en el botón de encendido del televisor y se quedó allí, colgando a varios palmos del suelo. Lily se quedó

mirando el sujetador. Estaba gris. Necesito ir a la lavandería, pensó, y se miró primero los pechos y después los pies. Se le estaban formando marcas rojas allí donde los cordones le rozaban la piel. Se sintió desnuda. Por un instante se planteó irse corriendo a la cama y envolverse con la manta, pero finalmente se decidió por cubrirse otra vez los pechos. Oh, Dios mío, pensó. De pronto el corazón le latía a toda velocidad, y tuvo que respirar hondo antes de quitarse las bragas. Ahora no puedes parar. Quedarías como una tonta, como si te hubiera entrado el canguelo. Pero la imagen de su vello púbico la enfrió todavía más: un triángulo de pelo oscuro, más triste que erótico. No tocó los zapatos, aunque le apretaban como tornillos de banco. Plantada en su ventana sin más ropa que aquellos zapatos, Lily miró al otro lado de la calle, en dirección a Edward Shapiro. Él desapareció de la ventana. Por un momento Lily se quedó mirando la parte de atrás de su lienzo, la silla y el teléfono negro, y estuvo a punto de echarse a llorar. Pero refrenó las lágrimas; caminó hasta la ventana y, envolviéndose con la cortina, se sentó en la repisa. Olía a lilas. El aroma debía de venir de las matas de delante de la biblioteca, al final de la calle. Eran los últimos días de lilas. Y fue entonces cuando Lily oyó la música. Un hombre se puso a cantar en un idioma que ella no conocía y al cabo de un momento le respondió una mujer. Edward Shapiro volvió a la ventana y Lily lo miró y escuchó cómo el hombre y la mujer cantaban juntos. Volvió a apoyarse en el marco de la ventana. La pintura descascarillada le arañó el hueso del hombro y Lily ajustó la cortina para protegerse la piel. Era un dúo de una ópera, eso lo sabía. Pero era mucho más simple de lo que se había imaginado que podía ser aquella música. Le pareció la canción más bonita que había oído nunca, y deseó que continuara porque sabía que era la forma que tenía aquel hombre de hablar con ella sin hablar; se le habían pasado las ganas de llorar. Escuchando las voces de aquellas dos personas, se imaginó que la verdadera aventura de su vida estaba empezando ahora, que después de aquello podía empezar cualquier cosa, lo que fuera. Al terminar la canción, el hombre se alejó de la ventana para quitar el disco y regresó por segunda vez. Lily le miró la cara en penumbra. Podrían haberse comunicado a gritos o por señas, pero no lo hicieron. Siguieron mirándose durante un rato que pareció muy largo, aunque quizá no lo fuera. Lily oyó un coche que venía por la calle, el viento en las ramas de los árboles del final de la manzana y

a alguien que corría por el callejón de detrás del hotel Stuart. Miró en dirección a aquel ruido, pero no vio a nadie y entonces los pasos se detuvieron. Se dio cuenta de que Mabel también había dejado de teclear. Lily echó un último vistazo a Edward Shapiro, se puso de puntillas aguantando el dolor de los zapatos y cerró lentamente las cortinas.

Cuando Lily salió al pasillo a las cinco y cuarto de la mañana siguiente, vestida y lista para el trabajo, oyó la puerta de Mabel, vio que la anciana asomaba la cabeza por la abertura y la oyó decir en voz alta:

—*Don Giovanni.*

—¿Cómo? —Lily susurró para indicarle que bajara la voz.

—¿No lo oíste? —Mabel bajó el volumen de su voz—: El dúo de *Don Giovanni* sonando a todo trapo en el edificio de enfrente, sobre las diez y media o las once de anoche. —Mabel entrecerró los ojos—. Tendrías que ser sorda para no haberlo oído.

—Lo oí —dijo Lily—. *Don Giovanni.* —Se dirigió a la pared—. No sabía qué era.

—Mozart —dijo Mabel.

Lily asintió y se giró hacia la escalera.

—Estaba plantado en aquella ventana como si lo hubieran convertido en piedra.

Lily sintió la tentación de mirar a Mabel a la cara, pero no lo hizo.

—¿Quién? —mintió.

—Nuestro vecino del otro lado de la calle. Shapiro. Si fuera posible morirse de pie, juraría que le entró el *rigor mortis* allí mismo.

Lily no dijo nada.

—Por cierto, ¿cómo te fue el ensayo?

Lily se detuvo y se giró para mirar escaleras arriba. Mabel estaba en el rellano. Se había recogido el pelo en un moño desaliñado, con mechones desperdigados por toda la cabeza.

—Fue de maravilla —dijo Lily—. Gracias a ti.

Mabel la miró desde arriba y sonrió.

—¿Trabajamos más hoy o mañana?

—Mañana —dijo Lily.

—Bien —dijo Mabel.

Se giró hacia la puerta y la abrió, con la espalda recta como una escoba y el brazo doblado en un ángulo elegante. Lily se dio cuenta de que era una salida de escena diseñada para ser vista. Por fin la puerta se cerró con un clic y Lily se preguntó por qué Mabel estaba tan interesada en ella. La soledad de la mujer era palpable y explicaba en parte su interés. No tiene hijos, pensó. Espero poder tener hijos, por lo menos uno, y, si solo es uno, espero que sea niña. Lily era hija única. No porque sus padres no hubieran querido más hijos; simplemente había pasado. Lily se detuvo frente a la puerta del café. Se acordó del día en que había vuelto a casa con su padre del aserradero. Él le había explicado en el coche cómo las tormentas atravesaban las Dakotas y al cabo de uno o dos días llegaban a Minnesota. Recordaba que había entrado por la puerta y había llamado a su madre, pero esta no había respondido, y entonces su padre había recogido una nota de encima de la mesa de la cocina. Se acordaba de la expresión afligida de su padre, que ella no debería haber visto. La señora Daily había llevado a su madre al hospital. El médico le había dicho que, después de tres abortos espontáneos, no debería quedarse embarazada otra vez. De niña, Lily había pensado a menudo en aquellos niños que no habían llegado a nacer. Incluso les había puesto nombres: Reginald, Alexander e Isabella. Los nombres no provenían de nadie a quien Lily hubiera conocido. Los había robado de novelas infantiles inglesas, pero ahora reverberaban, como símbolos de algo que no había llegado a existir. Se acordaba de que su madre le había dicho que no podía tener más hijos, y que se sentía afortunada de tener a Lily, y ya no había vuelto a hablar nunca más del tema. Quizá yo tendré dos hijos, pensó ella, revisando el número. Se preguntó por qué Mabel no los había tenido. Se preguntó por qué se había mudado a Division Street. Decía que la casa de Orchard Street se le había quedado grande; sin embargo, de todos los lugares a los que ir, ¿por qué había elegido aquel pequeño edificio de ladrillo con los suelos combados y las tuberías en mal estado? No era pobre. Y ahora, encima, había visto a Edward Shapiro en su ventana. Mabel Wasley no era tonta. Quizá fuera vieja, pero a Lily le resultaba obvio que seguía siendo igual de brillante que siempre. Le vino la idea incómoda de que quizá Mabel sospechara lo sucedido la noche anterior. Al mismo tiempo, y a menos que Mabel se hubiera descolgado por su ventana, no podría haber visto lo que pasaba en el interior de la de Lily. Por supuesto, Mabel

sabe cómo se llama la puñetera ópera, se dijo, y empujó la puerta para abrirla.

Mientras entraba y salía de la cocina e iba de mesa en mesa, a Lily la sobrecogió recordarse a sí misma desnuda en la ventana. Cada pocos minutos echaba un vistazo al hotel Stuart, visiblemente destartalado bajo la luz del sol, y se acordaba del aspecto que había tenido hacía unas horas: la ventana iluminada, la luz de las farolas sobre los ladrillos oscuros; un lugar completamente distinto. Ahora Shapiro debe de dormir, pensó, y se detuvo un momento. Estaba de espaldas al mostrador, con un plato en la mano derecha y una taza de café en la izquierda, cuando se materializó frente a ella una imagen temblorosa de los hombros y el pecho de Edward Shapiro. El plato se ladeó y una de las salchichas se cayó al suelo. Lily se agachó detrás del mostrador, recogió la salchicha y la devolvió al plato. Se veía bien. Le puso el plato delante a Elmer Esterby.

Lily estaba sirviendo café al señor Berman, de Modas Berman, y pensando todavía en el hombre acostado al otro lado de la calle, cuando sintió una mano en el hombro. No se giró para ver quién era hasta que terminó de servir el café. Era Hank. Se le veía la cara abotargada y cansada. Lily supuso que no debía de haber dormido después de su turno, sino que debía de haber ido directamente al café. Se dirigió a ella con voz baja y tensa:

—Teníamos una cita anoche, ¿te acuerdas? Nos íbamos a ver después de tu ensayo y antes de que yo fuera a trabajar. ¿Dónde demonios estabas?

Ella no le contestó. Lo miró a la cara un par de segundos y apartó la vista. Hank le estaba cogiendo el brazo derecho y ahora le agarró el izquierdo y se lo apretó. Lily sabía que quería su atención, quería que ella lo mirara y se sintiera mal; pero no se sentía mal, y el hecho de que la estuviera agarrando tan fuerte la hizo sentirse testaruda primero e indiferente después. A modo de respuesta a su apretón, sintió que se le quedaba el cuerpo inerte. Me da igual, pensó. La cabeza se le cayó hacia delante y la columna se le vino abajo.

—¿Qué coño haces? —masculló Hank.

Le agarró con fuerza los brazos para mantenerla de pie. Lily sabía que, si la soltaba, se desplomaría. Me da igual, pensó otra vez, y miró

a Hank con rostro inexpresivo. Sabía lo que él debía de estar viendo: la cara de una colegiala rebelde que se vacía de expresión cuando la riñen, y saberlo le produjo una sensación de placer desafiante. Soy mala, se dijo a sí misma, y la idea la hizo sonreír. Antes de saber lo que estaba haciendo, ya le estaba dedicando una sonrisa idiota a la cara indignada de Hank. Él se puso a zarandearla. A Lily le salió despedida la cabeza hacia atrás y después otra vez hacia delante. Perdió el equilibrio y chocó con Hank, que la seguía zarandeando. A Lily la asombró su furia y se oyó a sí misma soltar una exclamación sorprendida.

El señor Berman se puso de pie.

—Ya basta, Hank —dijo.

La orden paternal funcionó como si fuera magia. Hank soltó a Lily de golpe. Ella recuperó como pudo el equilibrio, se irguió y vio que Hank se miraba las manos en alto mientras se giraba hacia la puerta. Se le veían las mejillas relucientes, y Lily se mordió el labio. Hank echó a correr nada más llegar a la acera, antes incluso de que la puerta se cerrara de golpe tras de sí. El portazo pareció la señal de que se había acabado el drama. Lily oyó murmullos, sintió las miradas de la gente y respiró hondo.

—¿Estás bien, Lily? —dijo el señor Berman.

Ella evitó su mirada.

—Estoy bien. —Se encogió de hombros. Le ardían las mejillas y la frente. Se sacó el bloc de los pedidos del bolsillo y fingió que lo leía.

Bert se acercó a ella y la rodeó con el brazo.

—¡Joder! Pero ¿qué le pasa? ¡Pensaba que ibas a salir volando por encima de la bollería en cualquier momento!

Lily habló dirigiéndose a los pies de Bert:

—Olvídalo. Lo he provocado yo.

Bert agachó la cabeza para mirarla a los ojos. Lily levantó la cara, miró a su amiga y se mordió el labio.

—Escúchame, Lil’. Aunque le hubieras dicho que le ibas a cortar la polla, hacérsela pedacitos y comértela para cenar, no tiene derecho a ponerte la mano encima. Es la ley. ¿Lo entiendes?

Bert pronunció aquellas palabras con una voz tan musical y tierna que Lily no pudo refrenar una sonrisa.

—Solo para que nos entendamos —dijo Bert. Movió el brazo teatralmente a cámara lenta y le dio un puñetazo suave a Lily en el

hombro.

Durante el resto de su turno, Lily se acordó a ratos de Hank. Recordaba lo mayor que parecía en el instituto, como si fuera al último curso cuando en realidad iba a primero, y de que todas las chicas lo deseaban. Luego, cuando Hank había vuelto de la universidad el año anterior, y ella lo había visto en el Rick's con su letra de excelencia en la chaqueta y él le había pedido bailar, ¿cómo se había sentido Lily exactamente? Halagada, pensó, y protegida, después de lo de Peter. Peter era el estudiante universitario al que había conocido con quince años en el Courtland Arboretum. Él tenía veinte y ella todavía recordaba la forma en que aferraba con los dedos pálidos aquel libro que llevaba a todas partes: *Más allá del bien y del mal*. Solo el título ya había bastado para excitarla, y recordaba la convicción con la que Peter le leía pasajes sobre el baile y la felicidad y los débiles y enfermizos cristianos, y cómo él la había besado sobre la hierba húmeda y le había desabotonado la camisa y le había hablado de Nietzsche mientras lo hacía. Peter era flaco y pálido, y Lily podía imaginarse perfectamente su cuerpo desnudo a voluntad: un cuerpo de muchacho sin vello, que olía al mismo tiempo a jabón y a sudor. Escribía poemas que Lily no entendía, aunque recordaba que tenían muchos signos de exclamación y elipsis. Ella le había ocultado sus encuentros con Peter a todo el mundo salvo a Bert, que sabía guardarle todos los secretos. En ocho ocasiones se había encontrado con Peter Lear en la espesura del Arboretum; la novena vez, él no se había presentado. Lily había esperado una hora junto al árbol y por fin había ido a buscarlo a su habitación de la residencia. Había sido su compañero de habitación el que había hablado con ella. Phil, que estaba al corriente de lo de Lily, la había invitado a sentarse en una de las camas estrechas y le había dicho que parecía buena chica y que no quería verla sufrir, pero que Peter tenía novia. De hecho, en aquel preciso momento estaba con ella, y él, Phil, no aprobaba la forma en que Peter explotaba a las chicas. Era el término que había usado: *explotaba*. Había seguido hablando del tema durante lo que había parecido una hora y Lily lo había escuchado hasta el final. «¿Has terminado?», le preguntó entonces. Cuando él le dijo que sí, ella salió de la habitación, se alejó por el pasillo en dirección a la escalera y salió a la calle. Rompió a llorar en cuanto sintió el aire. La humillación le había durado mucho más que la tristeza. Lo que

recordaba mejor de aquel episodio era el entusiasmo de Phil mientras le había hablado, el torrente de palabras que le había ruborizado la cara. Todavía podía verle la cara llena de pecas, las pestañas de color naranja y su forma de mirarle las piernas desnudas mientras hablaba. Más tarde, Lily había inventado discursos dirigidos tanto a él como a Peter, pero no había tenido oportunidad de pronunciárselos. Un mes más tarde, Peter Lear se había graduado por el Courtland College y se había vuelto a Chicago. Durante el año siguiente, Lily había rechazado todas las citas y a todos los chicos que se le acercaban en bailes y fiestas. Kathy Finger había hecho correr el rumor de que era lesbiana y no se había callado hasta que había llegado Hank. Lily solo se había visto con Hank los fines de semana y durante las vacaciones de la Universidad de Minnesota, pero ahora se daba cuenta de que aquello ya le había ido bien. Se había dicho a sí misma que estaría bien tener a Hank con ella todo el tiempo, pero en realidad se sentía mezquina. De hecho, cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que, aunque sí que había querido a Hank, no lo había querido por las mismas razones que a Peter. Era posible que Peter fuera la razón de que hubiera querido a Hank. Pero la verdad era que, hasta que había visto a Edward Shapiro en la ventana, era a Peter Lear a quien imaginaba junto a ella por las noches. Peter era un recuerdo físico; sus dedos delicados entre las piernas de ella, la lengua en su oreja.

Alrededor del mediodía, Ida asomó la cabeza por la puerta mosquitera del café y escrutó el interior del local. Le dedicó a Lily una mirada extralarga. Ya sabe lo mío con Hank, pensó Lily, y fingió no ver a aquella recepcionista enana de cabello voluminoso. Pueblo de mierda, se dijo a sí misma, siempre lleno de narices largas husmeando en busca de trapos sucios y de lenguas sueltas aireándolos en cuanto los encontraban. Pues pueden estar seguros de que a mí no me van a ver preocupada por lo que saben. Cuando al cabo de una hora se marchó del café Ideal, llevando en el bolsillo once dólares y noventa y cinco centavos de propinas, Lily puso la espalda recta y la cabeza bien alta y salió con aire digno para que la viera quien quisiera.

Aquella tarde se pasó un par de horas paseando por Division Street, mirando escaparates de tiendas y contemplando a los chavales que holgazaneaban en Bridge Square. Se compró *Don Giovanni* en casete y unas bragas de color rosa con encaje y, cuando salió por la puerta de Modas Berman con la bolsita en la mano, aliviada por el hecho de no

haberse encontrado con el señor Berman, se detuvo, contempló las nubes y se dio cuenta de que había decidido romper su compromiso con Hank Farmer.

A las seis en punto, Lily entró en el Departamento de Policía y Bomberos de Webster. Desde la entrada para coches vio por el ventanal la cabeza de Hank inclinada sobre la mesa del telefonista. No tenía ningún discurso preparado. Todas las conversaciones que había ensayado horas atrás le recordaban a diálogos de culebrones tipo *Secret Storm* o *As the World Turns*.

—No pensaba que vendrías —dijo Hank.

Lily se sentó sobre la larga mesa frente a la ventana y dejó colgar las piernas. Él la miraba con cara serena.

—Pues aquí estoy —le contestó. Y se miró las uñas recién pintadas. Le cayó un mechón sobre la mejilla y se lo apartó con la mano.

—¿Por qué no me dices qué está pasando?

Lily evitó mirarlo a los ojos.

—No lo sé —dijo.

—Eso no es ninguna respuesta.

—Ya lo sé. —Lily miró a través de la ventana de detrás de Hank a dos agentes de uniforme que bebían café. Lewis van Son tenía los pies sobre la mesa. Lily lo saludó con la mano y Lewis le devolvió el saludo con la cabeza.

—Entonces, ¿qué? —dijo Hank—. ¿Hay otro?

—En realidad, no —dijo ella.

Hank suspiró.

—¿Eso qué demonios quiere decir?

Lily lo miró a los ojos.

—Es culpa mía, no tuya.

—Vale —dijo él—. ¿Y qué?

—Estoy confusa.

—¿Sobre qué? —La voz de Hank era agresiva. Echó el cuerpo hacia atrás y el movimiento arrastró la silla.

—Bueno —dijo Lily—. Es que no sé lo que quiero.

Hank abrió la boca. Sonó el teléfono.

—Departamento de Policía de Webster —dijo con su voz oficial—. Sí, señora Klatschwetter. —Escuchó, hizo una mueca con la boca y

cambió de postura en la silla—. ¿Está segura? —Hank se frotó la frente—. ¿Ha podido verlo con claridad? Muy bien, envío a alguien ahora mismo. —Hank apuntó una dirección y la repitió en voz alta mientras escribía—: Autopista 19 a Old Dutch Road y a la izquierda cruzando el arroyo. Sí, conocen el camino. Ajá, adiós. —Hank colgó el teléfono y levantó la mano derecha para hacer una señal a los agentes.

—¿Qué ha pasado? —dijo Lily.

—Han vuelto a entrar en la propiedad de Rita Klatschwetter, o eso dice. La semana pasada fue un tipo que arrastraba basura por su campo. Ahora es alguien con un cadáver.

—¿Con un cadáver? Caray —dijo Lily.

Hank se dio unos golpecitos con el dedo en la sien.

—Nunca hemos encontrado a ningún intruso en su propiedad. Se dedica a llamar al sheriff, a la policía de carreteras y a nosotros, e insiste en darme su dirección cada vez. Como si no la supiéramos de memoria ya.

—Es la granja grande que hay al lado de la propiedad de los Bodler, ¿no?

Hank asintió con la cabeza.

Lewis entró por la puerta, le hizo un guiño obsceno a Hank y cogió el papel con la dirección. Le echó un vistazo.

—Otra vez no, por favor —dijo.

—Esta vez es un cadáver.

Lewis enarcó las cejas.

—Claro —dijo.

Lily se acordó del garaje y vio desaparecer sus dedos tras la fina tela del bolsillo interior de la tapa de la maleta. Cerró un segundo los ojos, los abrió y vio que Lewis salía de la habitación. Lo vio caminar con andares de pato hasta la puerta y oyó el ruido que le hacía la tela rígida de los pantalones azules al rozarse sus muslos entre sí. Se ha puesto bastante gordo, pensó Lily. Llevar pistola en Webster parecía invitar a la grasa, pero no a la violencia. Ningún oficial que ella recordara había apretado nunca un gatillo, a menos que contaras la pistola de dardos tranquilizantes con que habían disparado a aquel pobre alce en el Courtland Arboretum. Luego un hombre del Departamento del Sheriff se había llevado con el coche a la bestia inconsciente varios kilómetros al norte para que pudiera despertarse en su casa. Lily sintió que la luz cambiaba detrás de ella al descender

el sol por el cielo.

Hank le tocó el pelo.

—¿Por qué me estás haciendo esto? —dijo.

Ella arqueó la espalda y sintió que se le tensaba el sujetador bajo los brazos. Hank le puso una mano en la rodilla, pero Lily no descruzó las piernas.

—Para —le dijo.

Hank se inclinó hacia ella para besarla. Le veía la cara demasiado ansiosa, demasiado hambrienta.

—Aquí no —dijo ella.

—Venga ya, Lily. —Ella le oyó una nota quejumbrosa en la voz y se echó un poco hacia atrás sobre la mesa—. Olvídalo. —A Hank se le juntaron un instante las cejas de color castaño claro y por fin soltó un fuerte suspiro.

—¿Crees que esa llamada puede tener algo que ver con Frank el Roña y Dick el Mugre?

Hank hizo una mueca.

—¿Qué?

—Eso que ha visto la señora Klatschwetter…

—No lo sé —dijo Hank deprisa y en tono molesto—. Podría haber sido cualquiera o, más probablemente, nadie. ¿A ti qué más te da?

Lily articuló su respuesta con cautela:

—Ayer fui allí con mi bicicleta…

Frank la interrumpió:

—¿A casa de los Bodler? ¿Qué demonios estabas haciendo allí? ¿Fuiste sola?

—Pues claro que fui sola.

—Lily, no deberías ir allí tú sola. Esos asquerosos no son gente normal. Ya lo sabes. Estuvieron a punto de matar al pastor Ingebretzen, ¿o no te acuerdas?

—De eso ya hace años, Hank. La gente va allí todo el tiempo para buscar en la chatarra. ¿Por qué no debería ir yo?

—Pues porque son unos viejos salidos. —Hank se masajeó la mano izquierda con la derecha.

Lily se tapó la boca con la mano para esconder una sonrisa.

—¿Esos tipos raros? Anda ya.

Hank no sonrió.

—Dolores los visita todas las semanas. ¿Lo sabías?

Lily negó con la cabeza. Dolores entraba de vez en cuando en el Ideal. Bebía. Lily recordaba haber oído a Gary Hrbek decirles a otros tres tipos que cobraba cinco dólares por revolcón.

—Seguramente se los tira a los dos a la vez.

Lily cambió de postura y contempló el atardecer a través de la ventana.

—¿A quién le importa? —dijo—. Todo el mundo necesita sexo.

—Cierto —dijo Hank.

Ella se giró para mirarlo. Se le había torcido el gesto y había cerrado los ojos. Se inclinó hacia delante y estaba a punto de abrazarlo cuando Hank abrió los ojos y dijo en tono burlón:

—¿Y sabes a quién más visita?

—No. —Lily siguió alejándose por la mesa hasta apoyar la cabeza en el cristal.

—A ese tipo del Stuart, Shapiro, el que daba clases en el Courtland. El otro día nos llamó Ida para denunciar un caso de prostitución. Parece que vio a Dolores salir de la habitación de Shapiro metiéndose unos billetes en el sujetador. Ida debería saber que no nos molestamos en detener a Dolores. La dejamos que vaya a su aire. Pero ese tipo... —Hank negó con la cabeza—. Y he oído que tiene una mujer guapísima, o por lo menos la tenía. No se entiende.

Lily se lo quedó mirando.

—¿Y te crees lo que dice Ida, la bocazas del siglo?

—¿Por qué no?

—Pues porque es una fábrica de cotilleos andante. Cuenta tantas trolas que no creo que se acuerde de la verdad.

—¿Y qué problema tienes tú? —Hank la miró con los ojos entrecerrados.

Lily le aguantó la mirada. Cerró los labios con fuerza mientras lo pensaba.

—Se ha acabado, Hank —dijo. Era lo que se decía, ¿no? Se ha acabado, impersonal. Como quien dice que llueve. Ha cambiado el tiempo.

—¿Qué? —Él abrió la boca y levantó las manos.

—Lo siento, Hank.

—¿Lo sientes? —Movió la barbilla con una serie de asentimientos mecánicos.

Sonó el teléfono.

—Me voy, Hank.

Hank levantó una mano para indicarle que esperara. Se le veía la cara roja.

Lily se levantó de la mesa y se puso de pie.

—Departamento de Policía de Webster.

Ella llevó la mano a la puerta y miró atrás. Hank tenía aún la mano en alto. Agitó los dedos en dirección a ella y articuló en silencio la palabra «espera».

—Sí, señor MacKensie, ¿cuándo ha notado la desaparición? —Hizo una pausa—. ¿De qué color? —Hank se llevó los dedos a la frente—. No, señor MacKensie, no todos los ciervos de jardín son marrones. Hace unos meses robaron uno azul. Eso es.

Lily salió por la puerta y se alejó por la entrada para coches bajo la luz de la farola. Esperaba que Hank fuera detrás de ella, pero no lo hizo. Aquello la sorprendió un poco, y mientras subía del pavimento a la acera se le torció el tobillo y le subió una punzada de dolor por la pantorrilla. Dio unos pasos renqueantes, pero no tardó en recuperarse.

Había poca gente en el Rick's. Lily se pidió una hamburguesa y una Coca-Cola y habló con Rolf, o, mejor dicho, Rolf habló con ella. Estaba en el Comité del Festival de Jesse James y no se cansaba de contar sus planes:

—Quieren cambiarle el nombre por el de «Festival de la Derrota de Jesse James».

—¿Por qué? —Lily se miró los dedos a través del vaso de cristal. Los movió para examinar la distorsión que causaba el líquido oscuro.

—Porque creen que transmite un mensaje equivocado a los niños; convierte a Jesse James en héroe. Les he dicho que era una estupidez. No suena bien: «La Derrota de Jesse James». —Rolf se metió una galleta salada en la boca—. En la obra de este año hago de Frank. Me pegan un tiro aquí. —Se presionó el pecho con el índice.

—Sí —dijo Lily—. He visto la postal. ¿No te parece un poco cutre vender esas fotos de los miembros muertos de la banda, Rolf? ¿Y encima en la Sociedad Histórica?

—Aquí está Frank. —Rolf se sacó una postal doblada del bolsillo de atrás y la dejó con un golpe sobre la barra.

Lily miró la fotografía borrosa en blanco y negro del cadáver de Frank James. Por alguna razón no llevaba camisa. Supuso que debían de haber desnudado al cadáver para que se le vieran los agujeros de

bala del pecho. Tenía los ojos abiertos.

Negó con la cabeza.

—¿Te acuerdas de cuando jugábamos en las cuevas, Rolf?

Él apoyó los codos en la barra.

—El viejo Jesse encontró un escondrijo tremendo. Ya debía de conocer las cuevas antes del robo. Seguro que formaban parte del plan de la banda. —Rolf puso acento de Missouri—. «Si todo se va a la mierda, Frank, te veo en las cuevas que hay en las afueras.» —Sonrió y miró a Lily a los ojos—. ¿Te acuerdas del columpio de cuerda? Qué risa. De lado a lado del arroyo, una y otra vez. Dahl la Temeraria, ¿te acuerdas?

—¿Estás de broma? —dijo Lily—. Pero si fue mi gran momento. —Dio un bocado de hamburguesa y lo masticó—. Me pregunto si todavía se podrá entrar allí.

—¿En las cuevas de Jesse James? —Rolf negó con la cabeza—. Sellaron la entrada después de que se muriera el niño aquel.

Lily asintió con la cabeza.

—¿Cómo se llamaba?

—Larry Lofti.

—Eso es —dijo ella—. Larry Lofti.

A la mañana siguiente, Lily vio una peluca en la camioneta de los Bodler. Estaba mirando cómo salían los gemelos del café, y, cuando Dick abrió la portezuela del lado del pasajero para subirse junto a su hermano, Lily distinguió una forma oscura en el asiento. Al principio pensó que era un animal muerto, pero Dick metió la mano dentro del cabello y ella vio cómo le colgaban los tirabuzones del brazo. Una vez sentado, se colocó la peluca con cuidado sobre el regazo y cerró la portezuela de un golpe.

—Seguramente se la ha arrancado de la cabeza a alguna víctima del cáncer —dijo Bert cuando Lily se lo mencionó—. Esos dos miran las necrológicas y, cada vez que la palma alguien, se presentan a husmear y a hurgar entre las posesiones que no quieren los parientes. —Bert hizo una pausa—. ¿Crees que era pelo de verdad?

—No lo sé. —Lily no lo había pensado. Las mejores pelucas eran de pelo auténtico, eso lo sabía. Pero cuando alguien las llevaba puestas, todas las pelucas eran falsas. Daba igual que fuera pelo real o

sintético, siempre era pelo muerto. Aun así, pensó Lily, quizá todo el cabello esté muerto, y quizá sea por eso por lo que no me gustó verlo, al menos separado de la cabeza.

Cuando, a la tarde siguiente, Lily buscó con la mirada el dibujo pornográfico de los amantes japoneses, se encontró con que había desaparecido. En su lugar había una fotografía en blanco y negro de un joven apuesto con camisa blanca y aquellos pantalones holgados que se estilaban en los años cuarenta. El joven sostenía un cigarrillo entre dos dedos.

—¿Crees que terminarás tu libro pronto? —Lily se quedó mirando el manuscrito enorme que Mabel tenía sobre la mesa.

—Estoy empezando a pensar que no lo terminaré nunca. Empiezo a sospechar que no puedo acabarlo o que será él el que acabe conmigo. ¿Me entiendes?

Lily negó con la cabeza. Se giró en dirección a las llaves que había sobre la mesa de pino.

—¿Qué abren esas llaves? —Nada más decirlo, se arrepintió de la pregunta.

Mabel guardó silencio. Por fin dijo:

—Son las llaves de un sitio donde viví en el pasado. Las tengo ahí para atormentarme a mí misma. —Sonrió.

Lily entrecerró los ojos. No creía que Mabel estuviera mintiendo, y sin embargo su respuesta había sonado a preparada.

—¿Sabes? —dijo Lily—. A veces hablas como el personaje de un libro.

Mabel echó un vistazo a Lily y se rio.

—Es lo que pasa cuando lees demasiados. —Hizo una pausa y dijo —: Anoche soñé con la obra de teatro. Soñé que me presentaba al *casting* y me daban el papel de Bottom el Tejedor.

—Vaya asco de *casting* —dijo Lily.

—Bueno, eso pensé yo en el sueño; una parte de mí se rebeló y pensó que era injusto y ridículo. Pero luego decidí que era un buen papel y que le iba a sacar todo el partido posible. Era uno de esos sueños erráticos, ya sabes, con pasillos y escaleras y puertas que no se acaban nunca.

Lily asintió con la cabeza.

—Los he tenido.

—Iba cargando la cabeza de burro. Al principio era muy liviana, pero luego empezó a pesarme más y más.

Lily se imaginó la cabeza de cartón piedra que había visto construir a Mickey Berner en la sala de atrezo para Oren Fink y vio aquella forma sin pintar en los brazos de Mabel.

—Y entonces se puso a sangrar.

—¿La cabeza?

Mabel asintió.

Lily cambió la imagen de su mente a la de una cabeza de burro de verdad, con pelo.

—¿Fue horrible?

—No, fue algo natural. —Mabel se quitó las gafas de leer y se las dejó colgando de su cadenilla en torno al cuello—. En el sueño estabas tú —le dijo—. Estabas en una de las habitaciones, no sé en cuál. Yo no podía encontrarte.

Lily evitó su mirada. Por alguna razón se sentía avergonzada, y eso la hizo ponerse a observar la estantería. Al cabo de un par de segundos, dijo:

—A veces me acuerdo de algún pequeño detalle, como por ejemplo una imagen o un trozo de conversación, y creo que pasó en realidad y trato de recordarlo, hasta que me doy cuenta de que fue un sueño.

Mabel se alisó la blusa gris y se puso a murmurar para sí:

—Juventud perdida, claro; fondo,[1] sangre. Es absurdo, en serio, no tiene ninguna sutileza.

Lily no sabía de qué estaba hablando Mabel. La mujer se reclinó hacia atrás en su silla.

—Anoche había un hombre de pie frente a la tienda de Berman. Estaba bajo las sombras del toldo, así que no pude verlo bien, pero estaba allí plantado y tardó mucho en irse.

—Sí, oí a alguien —dijo Lily.

—Estaba sentada frente a mi ventana, como hago a menudo cuando no puedo dormir ni trabajar, mirando la calle. Normalmente no hay gran cosa que ver, unos cuantos chavales borrachos, un par de coches, ese hombre sordo que pasa con la bicicleta, pero anoche estaba allí aquel hombre, montando guardia bajo el toldo, y no pude evitar pensar que quería algo. Me miró varias veces, o eso me pareció. Es una calle ancha. No llegué a verle la cara. Luego me quedé dormida

en la silla. Cuando me desperté, ya se había ido, pero nuestro vecino estaba en su ventana, igual que la otra noche, aunque sin el acompañamiento musical. Se pasó ahí unos cinco minutos, y pensé para mí: por fin sucede algo en esta calle, no exactamente un acontecimiento, pero sí el preámbulo de un acontecimiento; dos hombres mirando y esperando. Algo se cuece. —Mabel miró fijamente a Lily durante unos segundos—. Es muy guapo, ¿verdad? —Hizo una pausa—. Nuestro vecino.

Lily le devolvió la mirada para ver si el comentario iba dirigido a ella o bien era una simple afirmación general. No lo vio claro.

—Supongo.

Mabel le dedicó una sonrisa.

—Siempre he cultivado la belleza masculina. No discrimino. Nunca he tenido ningún tipo concreto. Me gustan bajitos y altos, flacos y fornidos. Gordos no, aunque una vez hubo un hombre gordo que me pareció muy sexy. Por supuesto, era brillante, realmente brillante, y la voluminosidad le quedaba bien. Como a Ben Jonson: un cerebro enorme en un cuerpo enorme. Morenos, rubios, con barba, afeitados, musculosos o bien delgados y lampiños. —Mabel suspiró—. Me he enamorado de todos. En general, supongo que la estupidez siempre me ha alejado, pero hubo un chico estúpido al que conocí en un ascensor hace muchos, muchos años que me hizo temblar las rodillas.

—¿Cómo supiste que era estúpido?

—Me enteré más tarde, querida.

Lily miró a Mabel con la boca abierta.

—¿Te has enamorado mucho?

—Siempre he estado enamorada.

Lily se rio. Miró el manuscrito.

—¿Eso sale en el libro?

—Sí.

—¿Me lo dejarás leer?

—Si te portas muy bien —dijo Mabel.

—¿Lo viste mirarte anoche? —preguntó Lily.

—¿A cuál?

—A cualquiera de los dos —dijo Lily.

Mabel sonrió.

—¿Por qué?

—No lo sé, por preguntar.

Mabel se rio.

—¿Por preguntar? —dijo. Se rio más y, al reírse, arrugó la nariz y se le vieron los ojos muy pequeños.

Lily se rio también.

—¿Por qué nos estamos riendo? —dijo Mabel con voz ahogada.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo Lily, y se rio más.

Mabel se rio hasta toser y jadear.

Lily se puso de pie y le dio una palmada en la espalda.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Me deprime pensar que esta vieja carcasa no aguante ni una buena broma. Es patético.

—No ha sido buena. Ni siquiera hacía gracia —dijo Lily.

—Oh, sí que hacía gracia. Simplemente no sabemos *por qué.* —Mabel subió y bajó las cejas.

—No empieces otra vez —dijo Lily.

Las dos guardaron silencio un minuto. De no haberse reído tanto juntas, el minuto se habría hecho largo, pero a Lily le gustó aquella pausa. El calor de la habitación parecía intensificar el perfume de Mabel. Su olor dulzón se mezclaba con el polvo y el sol se colaba entre las cortinas abiertas para iluminar la mesa del café. Lily llegó a la conclusión de que Edward Shapiro había ido a su ventana para intentar verla a ella, y eso la alegró.

Entonces oyó un ruido, miró en aquella dirección y vio que Mabel se había dejado caer en su silla. Se le acercó. A la mujer se le escapó un parpadeo. Ahogó una exclamación y miró frenéticamente a su alrededor. Le temblaron las manos.

—¡Socorro! —dijo.

—¡Por Dios, Mabel! —Lily la agarró por los hombros!—. ¿Qué te pasa?

—¡Socórreme, Lisandro! —gritó Mabel—. ¡Haz lo que puedas!

Lily le soltó los hombros.

—Demonios, Mabel. ¡Me has dado un susto de muerte!

Mabel puso la espalda recta en su silla y se arregló la blusa, que se le había subido por encima de la cintura. Se apartó un mechón de cabello por detrás de la oreja y luego, con expresión a la vez remilgada y satisfecha, dijo:

—Bien, ahora eres tú quien me está dando *a mí* un susto de muerte.

Lily contempló el tejado del Arts Guild y añadió una torre donde no la había. La torre de verdad llevaba desaparecida desde que ella tenía uso de razón. Quizá la había arrancado un tornado, o quizá alguien había decidido que la interpretación y los actores no debían estar en un edificio que pareciera una casa de Dios, por mucho que no lo fuera, y habían mutilado la torre junto con su cruz. Lily subió los escalones corriendo y oyendo los martillazos y las risas que salían de las puertas abiertas. Luego alguien gritó: «¡Silencio!», y el ruido se detuvo. Desde el vestíbulo, Lily contempló el escenario y vio a Martin Petersen sentado bajo un foco cuya luz le teñía de blanco el pelo rubio y le borraba el color de los ojos. Se le ve feliz, pensó, feliz de ocupar el centro de la atención, aunque solo sea un momento. Luego Martin la vio y le cambió la expresión. Se la quedó mirando fijamente unos segundos y por fin asintió con la cabeza, como si ella debiera saber lo que significaba aquel gesto, como si tuvieran algún entendimiento secreto, pero Lily no le hizo caso y apartó la vista.

—Gracias, Martin —gritó alguien desde detrás de ella. El foco se apagó y la sala regresó a su luz apagada de costumbre.

Hacía calor y, aun con todas las ventanas abiertas, la temperatura les pesaba a los actores. Amy Voegele perdió un diente y se emocionó; el ensayo se detuvo unos minutos mientras todo el mundo corría de un lado para otro en busca de algún recipiente que a la niña le pareciera bien. Durante la primera escena, Lily se fijó en que el señor Dugan tenía sarpullido de hiedra venenosa por las piernas y en que se lo había frotado con loción de calamina, embadurnándose los pelos largos de las pantorrillas hasta convertírselas en un bosque de color rosa. Cuando Jim dijo los diálogos de Lisandro y le cogió la mano a Lily, ella le vio unas manchas grandes de sudor debajo de los brazos que la distrajeron, pero la señora Wright le dijo a Lily que por fin actuaba «con naturalidad». Lily no pudo evitar pensar que había robado aquella «naturalidad», o por lo menos la había cogido prestada, y que aquello que parecía natural en realidad no lo era, y es que, aunque Lily sintiera todas las emociones de Hermia como si fueran suyas, le preocupaba que su interpretación fuera de alguna forma falsa, que no tuviera derecho a ser todo lo buena que era. Mabel Wasley se adueñaba del papel, y Lily estaba imitando a Mabel, o, mejor dicho, a Mabel en el papel de Hermia.

No volvió a fijarse en Martin ni a pensar en él hasta el inicio del acto II, cuando estaba entre bastidores abanicándose y escuchando a Puck. Susie Immel, que llevaba varios minutos bostezando ruidosamente, se sacó una lagartija de goma del bolsillo y soltó un fuerte eructo. Con cada eructo ruidoso y artificial, hacía dar un brinco a la lagartija. Mientras Lily chistaba a Susie, se fijó en que Martin estaba de pie a un metro de ellas, esperando para retomar su papel. Lo tenía de perfil, con la cabeza y los hombros encorvados y los ojos cerrados, respirando hondo. Sus preparativos le parecieron ridículos, excesivos para tan poco, pero entonces Martin irguió la espalda y subió al escenario con las demás hadas, y Lily vio que había cambiado. Vestido con su camisa de cuadros de manga corta, sus vaqueros rectos, cinturón fino de vinilo y zapatillas deportivas —los elementos básicos de su limitado vestuario—, Martin Petersen se movía como si fuera alguien distinto; no, pensó Lily, como si fuera algo distinto. Martin era mucho más alto que las demás hadas del séquito, todas niños, y sin embargo no resultaba para nada demasiado grande ni torpe. A diferencia de algunos de los más pequeños, no caminaba afectadamente ni iba dando brincos.

Jim tiró de la manga de Lily y le dijo:

—¡No te pierdas a Petersen!

Lily asintió con la cabeza, pero no contestó. Examinó el cuerpo de Martin, intentando descubrir qué era lo que lo transformaba, pero no pudo aislar los elementos. Su postura, sus movimientos, su expresión: todo era distinto del Martin que desayunaba en el café Ideal. La señora Wright también lo estaba observando. Y cuando Martin habló en el acto III —«Y yo», dijo. «¡Salve!» y «Telaraña»—, no tartamudeó. No le pasó por la cara ni un solo tic ni una mueca, y Lily tuvo la sensación de estar presenciando un milagro, como el del inválido de la Biblia que había recogido su estera y había echado a andar. Y no era la única. Sintió el asombro de todo el mundo. Más tarde, cuando se reunió con él ya fuera del escenario, lo miró a los ojos y le dio un abrazo.

—Lo has hecho de maravilla —le dijo—. ¡Y me quedo corta!

Martin sonrió.

Y entonces Lily le dio un beso. Le dio un beso en la mejilla porque se alegraba de su éxito y también porque se sentía culpable por haber esperado que fracasara, y también porque se imaginaba que le

gustaría. Al mismo tiempo, sin embargo, era un beso que no significaba nada, y Lily lo habría olvidado al instante de no haber reparado en la expresión de Martin cuando se separó de él. No sonrió ni se sonrojó ni tampoco pareció complacido consigo mismo. Pálido y solemne, abrió la boca como si estuviera a punto de decir algo y la cerró con fuerza.

—¿Estás bien, Martin? —dijo ella.

Él asintió con la cabeza y Lily, examinándolo un momento, se preguntó por qué Martin nunca reaccionaba de la forma que ella esperaba. Deseó que dejara de mirarla con aquella expresión cargada de intención, pero al cabo de un momento se sacudió de encima su incomodidad con un encogimiento de hombros y se alejó de él.

Al acabar el ensayo, la señora Wright adoptó pose de campeona, con los brazos por encima de la cabeza y las manos juntas, y se dedicó a prodigarles a sus actores frases de ánimo banales del tipo «Buen comienzo» y «Ya puliremos los detalles». Llegaron las madres a recoger a sus críos y la sala se vació deprisa. Lily iba de camino a la puerta cuando sintió que alguien le tocaba suavemente el hombro. Al levantar la vista, vio a Martin. Él le hizo una señal para que lo siguiera afuera y luego señaló la escalera. Lily oyó que dentro la señora Wright le mencionaba a la señora Baker el «alambre para alas». Martin echó un vistazo rápido a ambas mujeres y se giró una vez más hacia Lily. Le temblaron los labios y se encalló con una «P» inicial.

Lily intentó ocultar su decepción.

—¿P-p-pudiste cogerla? —dijo él.

Lily lo miró.

—¿Te refieres a la servilleta, Martin?

Él asintió con la cabeza.

—La cogí. Aunque no entendí lo que querías decirme.

Martin negó con la cabeza y volvió a tartamudear:

—Es lo que dice, nada más. —Se quedó mirando a Lily y acercó la cara a la de ella.

—¿Tengo la cara sucia o algo?

Él negó con la cabeza y se miró las manos.

—¿Qué querías decir, pues? —preguntó Lily.

Martin habló dirigiéndose a sus dedos.

—B-bueno, solo puede funcionar con esa palabra, ¿sabes?

—¿Boca? —dijo Lily.

Martin levantó la cabeza de golpe y se la quedó mirando.

—R-r-r-repítela...

Lily notó que se le ruborizaba la cara.

—Caray, Martin, no entiendo nada de todo esto.

Él la miró.

—Q-q-quería que tu boca dijera la palabra *boca*.

Lily arrugó la nariz.

—¿Qué?

Martin juntó los dos índices. Apartó la cara de ella.

—Porque —tartamudeó— las dos cosas encajan perfectamente, la palabra y su significado.

Lily no dijo nada. Lo pensó.

—¿Y qué? —repuso.

Martin miró por encima del hombro derecho. El ruido de la llave de la señora Wright en la cerradura hizo que Lily volviera la cabeza y viera cómo la directora y la señora Baker les pasaban apresuradamente por al lado. Al pie de la escalera se detuvieron y la señora Wright se despidió de ellos con la mano.

—Habéis estado muy bien los dos esta noche. ¡Seguid así! —les dijo.

—¡Gracias, señora Wright! Adiós, señora Baker —les dijo Lily levantando la voz mientras ellas caminaban hasta un coche aparcado en la misma calle.

Lily contempló el perfil de Martin. Lo vio abrir la boca y ponerse a hablar. Al principio tartamudeaba mucho, pero luego pareció ganar ímpetu y habló con bastante fluidez. Ella le oyó una cadencia musical en la voz y sospechó que la música lo ayudaba a organizar su forma de hablar.

—Estoy buscando la entrada —estaba diciendo—. Quiero encontrar una abertura.

—¿Entrada a qué? —dijo Lily.

—¿Alguna vez tienes la sensación de que nada es real?

Lily lo miró.

—Bueno —dijo lentamente—, a veces creo que las cosas ordinarias son un poco extrañas...

Martin asintió vigorosamente.

—E-es como si hubiera una piel que lo cubre todo, y si pudieras meterte por debajo de ella llegarías a lo real, pero nunca puedes, o sea que necesitas buscar una forma de atravesarla. ¿Lo ves?

Lily no lo veía en absoluto. Se sintió incómoda.

—Pues no —dijo—. No lo veo.

—B-b-bueno. —Giró la cara pálida hacia Lily. Necesitó varios intentos para pronunciar otra «B»—. «Boca.» La palabra no es real, p-pero para decirla usas la boca, y entonces ambas cosas coinciden...

—Martin —dijo Lily, y negó con la cabeza.

—F-f-falsas —dijo levantando la voz.

Lily miró a Martin. No le gustaba aquella palabra.

—¿Falsas?

—Las p-palabras son falsas. Simples sonidos para referirse a algo, ¿no? Las imágenes son falsas, esta obra de teatro es falsa. Pero quizá, si las encajas con la cosa real, puedan abrirse entre ellas. —Martin puso cara de triunfo.

Lily se limitó a mirarlo.

—Pero hay que hacerlo bien. Hay que mirar tan intensamente que te duelan los ojos. La mayor parte del tiempo se hace mal. Pero no hay que dejar de mirar. —Martin hizo una pausa—. Dilo otra vez.

Lily se apartó de él. Negó con la cabeza sin dejar de mirarlo y desvió la vista hacia la calle. Las ramas bajas de los olmos oscurecían el pavimento y la acera. Vio el cielo nocturno entre las ramas y levantó la cabeza para contemplarlo. Se sentía cansada y quería estar en otra parte.

—Es demasiado raro.

Martin le susurró al oído:

—Telaraña.

Lily se giró bruscamente hacia él.

—¿Qué?

—El padre de Hermia la va a matar.

Aquel cambio de tema repentino la confundió, pero contestó de todas formas.

—No la mata, por el amor de Dios. Es una comedia, Martin. —Lily hizo un gesto con las manos—. Hace gracia, ¿te acuerdas? La gente debe reírse.

Martin se frotó las manos y luego volvió a juntar los índices. Le temblaron bajo la presión y Lily vio en aquel silencio su oportunidad para marcharse. Se puso de pie y echó a andar hacia su bicicleta.

—¿Vendrás a visitarme, Lily? ¿Vendrás a mi casa? —le dijo Martin a su espalda.

Lily no se giró.

—Algún día —dijo—. Seguro.

Martin echó a andar detrás de ella y de pronto a ella no le gustó nada estar dándole la espalda.

—La profesora Wasley —dijo Martin, que parecía estar intentando abarcar todos los territorios a la vez—. Es amiga tuya. —Lo dijo con una voz alta y clara que no parecía la suya.

Lily apoyó la mano en el sillín de la bicicleta.

—Sí, es amiga mía. ¿Por qué?

—Tiene nervios de murciélago.

—¿Cómo?

Martin no contestó.

Lily agarró el candado de la bicicleta y se puso a hacer girar la combinación. A fin de encontrar los números tuvo que inclinarse sobre las ruedecillas y volvió a experimentar la sensación de que su espalda era vulnerable. Dio un tirón del candado, pero no se abrió. Repitió muy lentamente la combinación. La cerradura hizo clic y Lily abrió el candado. Oyó a Martin respirar detrás de ella. Se giró hacia él.

—Adiós —le dijo.

Martin encogió los hombros hacia arriba y agitó las manos frente al pecho mientras empezaba a tartamudear una palabra que empezaba por «T». A Lily le dio lástima, pero ya había aguantado bastante, pensó, y se preguntó de dónde venía la tartamudez. Debía de ser como llevar un bozal.

Luego él le acercó los labios al oído y le susurró:

—La casa de los Bodler.

Lily resistió la tentación de apartarse de él; quitó la pata de cabra con el pie y pasó la pierna por encima de la bicicleta. Notaba el corazón a cien y confió en que Martin no sintiera su agitación.

—D-d-d. —Martin pugnó un momento largo con la «D»—. Dilo otra vez antes de irte.

Lily empezó a pedalear.

—¡No! —dijo.

Su negativa pareció resonar por el aire y, en cuestión de segundos, sintió el brinco de los neumáticos de la bicicleta sobre las vías del tren. Tuvo ganas de mirar atrás para ver la silueta oscura y solitaria de Martin frente al pequeño edificio, pero no lo hizo. ¿Por qué había mencionado a los Bodler? Lo más raro había sido su forma de

susurrarlo. Casi como si supiera lo de los zapatos, pensó Lily. Se acordaba de la quietud del lugar, del sonido del viento, del cielo enorme y también del cobertizo, con el tejado hundido hacia dentro y el musgo que crecía entre las piedras. ¿Acaso Martin había estado escondido fuera del garaje? ¿Era a Martin a quien había oído? Después se preguntó si se habría atrevido a desnudarse para Edward Shapiro en caso de no haberse puesto los zapatos. Recordó la granja de los Bodler tal como había sido aquel día. Se imaginó a un hombre que se parecía mucho a Frank el Roña de pie sobre un montículo de tierra recién excavada. ¿Dónde estaban sus hijos cuando había sucedido?, se preguntó Lily. ¿En la escuela? De pronto, a Lily no le cuadró la historia. El pueblo había convertido el asesinato de Helen Bodler en leyenda, pero ¿qué pasaba con los detalles? ¿Cómo podía desaparecer una mujer el mismo día que su marido había cavado un hoyo enorme cerca de su casa sin que los vecinos sospecharan nada?

2

A través de la puerta de cristal del hotel Stuart Lily le veía el pelo a Ida pero no la cara. Llevaba casi un minuto intentando obligarse a abrir la puerta, pero cada vez que acercaba la mano a la manija se detenía. Ahora o nunca, se dijo, y decidió contar hasta diez, pero cuando llegó al siete Ida Bodine levantó la vista del libro que estaba leyendo y Lily abrió la puerta y entró en el vestíbulo.

Ida ladeó la cabeza y abrió mucho los ojos. Por encima de su cabeza colgaba una planta de cintas, y su miríada de hojas le enmarcaba la cara como una peluca demencial.

—Hola, Ida —dijo Lily, oyendo amabilidad falsa en su voz.

—¿No es un poco tarde para venir de visita? —A Ida se le endureció la expresión en forma de máscara de maquillaje chillón.

—Depende del horario que uno haga —dijo Lily, y puso rumbo a la escalera.

Lily miró al frente. Se agarró a la barandilla para seguir adelante, sintiendo que la necesitaba para no perder el equilibrio. En mitad del ascenso echó un vistazo a Ida, que había vuelto a su libro; debía de ser fascinante para conseguir que Ida no fisgara lo que estaba haciendo Lily. La mujer estaba inclinada hacia delante en su silla, con el libro apoyado en el borde de la mesa. La cubierta, de color rosa con letras doradas repujadas, mostraba a una mujer desmayada sobre el brazo de un hombre que llevaba una espada envainada en la cintura. Las mangas del vestido de la mujer se le habían subido por los hombros para revelar unos pechos que amenazaban con escapársele del vestido en cualquier momento.

Cuando Lily llegó a la segunda planta, se asomó al largo pasillo. Era la primera vez que lo veía. Con todos los años que llevo viviendo en Webster, nunca había visto la segunda planta del hotel Stuart. En fin, es tan tugurio como me lo imaginaba. Lo que quedaba de la moqueta marrón se había despegado de las paredes, y llenaba el aire un olor

que le recordó a la cafetería de su instituto: a judías verdes descoloridas y puré de patatas en bandeja de plástico marrón claro. Iluminaba el pasillo una lámpara solitaria y peculiar: tenía forma de cabeza de alce con una bombilla de luz tenue enroscada en la coronilla. Lily se dedicó a contar puertas para orientarse. Se detuvo delante de la cuarta, levantó el puño y se preparó para llamar, pero no lo hizo. No puedo, pensó. Estaba haciendo tanto ruido al respirar que se temió que el hombre la oyera. Tranquilízate. Puedes hacerlo. Pero Lily bajó la mano y la dejó colgando al costado. Luego, al cabo de un par de segundos, llamó. Cuando apartó la mano, la sintió muy fría.

Se abrió la puerta. Edward Shapiro la miró y sonrió.

Lily intentó devolverle la sonrisa, pero descubrió que no podía. La ansiedad le había paralizado la boca.

—Hola —dijo él.

Lily sintió el aroma del hombre: pintura y puros. Tenía unas pestañas muy largas y negras, minúsculas en el rabillo interior de los ojos, y vio que sus iris eran de varios colores: verde, gris y ocre. Llevaba una camiseta blanca con manchas de pintura y vaqueros.

—Hola —dijo Lily. La voz le sonó normal.

—¿Quieres entrar? —Shapiro volvió a sonreír.

Lily no probó a sonreír por segunda vez. Lo que hizo fue tragar saliva aparatosamente y entrar. La habitación era más pequeña de lo que había creído, y cuando miró en dirección a las pinturas vio que estaban giradas hacia la pared.

—No nos conocemos formalmente —dijo, ofreciéndole la mano—. Soy Edward Shapiro.

Lily puso la mano dentro de la suya y, después de que los dedos cálidos de Shapiro se cerraran en torno a los de ella, vio que tenía una mancha de pintura en el tercer nudillo.

—Lily Dahl.

—Bueno, Lily Dahl. ¿Quieres una copa de vino?

Ella dijo que sí con la cabeza.

Shapiro le hizo un gesto hacia una silla de lona. Lily se sentó en ella y, mirándose las piernas desnudas que le asomaban de los vaqueros cortados, se vio un moretón tenue cerca de la rótula. Pero tenía las piernas recién afeitadas, y se alegró de haberse retocado la laca de uñas tras decidir que llevaría sandalias. Cruzó las piernas y miró cómo el hombre se inclinaba frente a una neverita minúscula. Se pellizcó

apresuradamente las mejillas para enrojecérselas. Shapiro se dio la vuelta, le pasó una copa de vino blanco y le dijo:

—¿Te gusta trabajar en el café?

—¿Me has visto allí? —preguntó Lily, y sintió que se ruborizaba.

—Pues claro que te he visto. —La miró con expresión serena y se sentó en una silla frente a ella.

Lily miró el suelo.

—No está mal, supongo.

—Parece un sitio agradable. Auténtico.

—¿Qué quieres decir? —Ella levantó la vista para mirarlo.

Él sonrió y cogió una lata de puros que había en el suelo.

—Bueno, supongo que quiero decir que es un café de pueblo auténtico. Sin pretensiones. —Se encendió el puro.

Lily se rio.

—El pueblo entero es bastante así, por si no te has dado cuenta.

Él la miró pero no dijo nada. Se llevó el puro a la boca y expulsó el humo hacia la derecha.

Lily dio un sorbo de vino. No tenía para nada el sabor dulce que se había esperado. Aguardó a que Shapiro dijera algo, pero como no fue así, dijo:

—Todo el mundo está hablando de ti. —Vaciló—. En el pueblo. Todo el mundo.

El hombre echó el cuerpo hacia atrás y sonrió.

—¿Ah, sí?

Lily cogió aire.

—Bueno, es natural cotillear sobre los extraños.

—Todavía soy un extraño, ¿eh?

—Bueno, comparado con la mayoría sí, claro.

Edward Shapiro levantó su copa y se señaló a sí mismo con ella.

—Por los extraños —dijo. Y luego dirigió la copa hacia Lily—. Y los no tan extraños.

Lily se apoyó el vino en la rodilla. Miró los dedos con los que tenía cogido el tallo de la copa.

—No quería decir extraño en ese sentido.

Se quedaron callados. Lily no levantó la vista. Miró el borde de sus vaqueros y examinó la parte alta de sus pies calzados con unos mocasines.

Por fin habló él, sin apenas levantar la voz por encima de un

susurro:

—Creo que deberíamos brindar por Division Street de noche, por su silencio y su música, por su oscuridad y su luz.

Lily levantó la vista para mirarlo a los ojos y entrechocaron las copas. Luego habló despacio y con cautela:

—No quería decir que seas extraño, sino que la gente de aquí siente curiosidad por la gente a la que no conoce.

Shapiro asintió con la cabeza. Su mirada era atenta.

Lily dio un sorbo de vino y habló más apresuradamente:

—En Webster hay gente que se pasa el día entero hablando por los codos con cualquiera que esté lo bastante aburrido como para escucharla, y no les preocupa demasiado qué es verdad y qué no lo es. —Se inclinó un palmo hacia delante—. Algunos, los peores, incluso pueden acudir a la policía. —Lily le hizo a Edward Shapiro un gesto significativo con la cabeza.

El hombre ladeó la cabeza y entrecerró los ojos. Lily vio que le caía la ceniza al suelo. Por fin levantó una comisura de la boca en un gesto socarrón.

—¿Te estás refiriendo discretamente a mi amiga de la recepción, la señora Bodine?

Lily asintió con la cabeza.

—¿Y a la señora Bodine le ha molestado lo bastante mi música como para llamar a la policía?

—La música no.

—La música no —repitió él con gravedad burlona—. ¿Pues entonces qué?

Lily lo miró.

—Dolores.

Shapiro frunció los ojos mientras preguntaba:

—¿Dolores Wachobski?

O sea que ese es su apellido, pensó Lily.

El hombre se trazó una serie de pequeños círculos junto al oído con la mano derecha para indicarle que continuara. Tenía el puro a medio fumar entre el pulgar y el índice, y Lily contempló la danza del humo.

—La verdad es que no sé cómo decir esto —dijo Lily.

Él abrió mucho los ojos para invitarla a seguir.

—Bueno, pues es que Dolores tiene cierta mala reputación. —Lily miró por la ventana—. Acepta dinero. —Hizo una pausa—. De

hombres. —Y se giró para mirarlo.

A Shapiro le había desaparecido toda diversión de la cara.

—Ya veo —dijo—. Conozco a Dolores. La estoy pintando.

Lily se lo quedó mirando. Se mordió el labio, que le tembló un momento bajo los dientes.

—Déjame que te lo enseñe —dijo él—. No lo he terminado, pero le falta poco.

Lily apartó la vista. Oyó que Shapiro se ponía de pie y sintió su mano en el brazo. Tuvo que resistirse al impulso de responder a su contacto echándosele encima. Le permitió que la guiara hacia la pared sin mirarlo ni hablar, pero lo sintió mover la mano hacia su baja espalda y, cuando se acercaron a las pinturas, Shapiro estiró el brazo para coger el lienzo y su pulgar le rozó el botón de los vaqueros. Lily inhaló por la nariz haciendo bastante ruido, o eso le pareció, y dio un paso atrás. Él giró la pintura de gran tamaño para enseñársela.

Una Dolores Wachobski a tamaño real miró fijamente a Lily. Estaba sentada a horcajadas en un taburete, agarrando con las manos el asiento que le quedaba entre las piernas abiertas. Se inclinaba hacia delante con una expresión al mismo tiempo feroz y sobria. Llevaba un vestido blanco y negro de lunares, con el escote lo bastante bajo como para dejar al descubierto por lo menos la mitad de sus pechos formidables. En la parte superior del lienzo había tres recuadros con dibujos dentro que a Lily le recordaron a tiras cómicas. Las figuras que había en ellos parecían más dibujadas que pintadas, y, si se las comparaba con el retrato de debajo, resultaban todavía más caricaturescas. Lily se acercó varios pasos a la pintura, se puso de puntillas y examinó las viñetas. En la primera, vio a una niña acuclillada detrás de un pequeño cobertizo o caseta. Era de noche y encima de la niña había una luna en cuarto creciente, dibujada con tanta simplicidad que Lily pensó que debería tener cara.

—¿Qué es esta parte? —preguntó, señalando los recuadros.

—Es la parte de la historia —dijo él—. Todo el mundo a quien pinto elige una historia que contar con imágenes, como parte del retrato. Siempre colaboro con la persona a la que pinto. Hablamos durante las sesiones y, antes de terminar, él o ella decide qué historia cuenta en la serie narrativa.

—¿La niña es Dolores?

—Sí.

Lily miró la segunda viñeta. La niña dormía detrás de la caseta, con la cabeza apoyada en el brazo. En la tercera viñeta había aparecido una mujer que tenía a la niña agarrada por la camiseta con una mano. La otra mano la tenía extendida, como si estuviera a punto de darle un cachete.

—¿Esa quién es? —Lily señaló a la mujer.

—Su madre.

Lily guardó unos segundos de silencio.

—¿Dolores le tenía miedo a su madre?

—No lo creo. Pero sí que solía esconderse de ella. Creo que le gustaba que su madre la encontrara. —Lo dijo en voz baja, pronunciando pausadamente cada palabra.

Lily le examinó la cara, pero no vio en ella ninguna emoción clara.

Se oyó un coche fuera, seguido de unos bocinazos y de un traqueteo de metal. Hubo un chirrido de neumáticos y el coche se alejó derrapando por la calle; el ruido se fue apagando poco a poco. Lily contempló a la niña de la última viñeta, encogida en espera del sopapo inminente.

—Debe de confiar en ti —dijo—. Es algo muy privado.

Oyó que el hombre suspiraba. El sonido la excitó.

—¿Y los demás? —dijo Lily, mirando los tres lienzos restantes.

Shapiro caminó hasta el siguiente y le dio la vuelta para que ella lo viera.

Lily soltó un largo silbido y sonrió.

—Ay, caray —dijo—. Es Tex.

El hombre, con su metro noventa y pico de altura, se erguía ante ella, completamente desnudo. El cabello rojo de su cabeza se repetía en su vello púbico. Tenía la panza blanca e inflada salpicada de lunares. Lily le examinó con atención el pene. Era como cualquier otro. Se puso de puntillas para intentar ver mejor las tres viñetas de encima de la cabeza del hombre. En la primera, un hombre agitaba su sombrero desde el lomo de un cimarrón encabritado.

—No sabía que Tex hacía rodeos. Antes yo iba a los que se celebraban en el pueblo y no lo vi nunca.

—En realidad, creo que no los hace. Las historias no tienen por qué ser verdad. Es lo que él quiso y es lo que dibujé. Nunca interfiero.

—¿Cómo es que está desnudo pero Dolores lleva ropa?

Shapiro sonrió.

—Quería revelar su «yo verdadero». Cito sus palabras.

—¿Crees que ir desnudo enseña un yo más verdadero que llevar ropa? —Lily no se giró para mirarlo, sino que mantuvo la vista pegada a las viñetas. Tras decirlo, se ruborizó.

—No —dijo él—. No lo creo.

En el segundo recuadro había una figura masculina de pie frente a una figura femenina arrodillada en el suelo. El hombre apuntaba a la cabeza de la mujer con una pistola.

—Oh —dijo Lily. No era tanto una palabra como una exclamación. Miró a Shapiro.

Él le devolvió la mirada.

—Creo que es otra fantasía, más siniestra que la primera.

—¿La mujer es alguien en particular? O sea...

—No me lo dijo.

—Creía que habías dicho que hablabas con todos los que posaban para ti.

—Y es verdad, pero no quiso decírmelo. Solo me indicó lo que tenía que dibujar.

En la tercera casilla había un ahorcado colgando de un árbol.

—¿También es él?

—Sí, creo que sí, pero cuando hablamos me describió hasta el último detalle del dibujo y no usó para nada la primera persona. Hablaba de «él». Creo que los dos sabíamos que «él» significaba «yo». Lo que más admiración me produjo fue su certidumbre. Lo tenía claro. Howard no titubeó ni una vez.

—¿Howard?

—Howard Gubber.

Lily sonrió.

—¡Uau! Es el nombre más tonto que he oído en mi vida. Seguro que eres la única persona de Webster que sabe cómo se llama en realidad, a excepción de su madre, y seguramente su madre está criando malvas en el cementerio de Urland.

Lily señaló el tercer lienzo y Shapiro lo giró obedientemente hacia ella. Era más pequeño que el de Tex.

—Anda, es Stanley —dijo Lily—. Stanley Blom. Come mucho en el Ideal. Es un tipo muy majo. —Lily movió la cabeza a un lado, como si de esa forma pudiera verlo mejor.

El hombrecillo aparecía sentado en una silla y mirando al frente. La

posición disimulaba un poco su cuerpo encorvado, y llevaba un traje que debía de guardarse para la iglesia. Ciertamente no se lo ponía para desayunar. Su cara estrecha y arrugada era inconfundible, sin embargo: una masa de manchas marrones y quistes. Lily miró las viñetas de Stanley. En la primera había dos niños corriendo juntos, uno delante del otro. En la segunda había una casa grande y alargada con muchas ventanas.

—¿Quién vivía ahí? —preguntó.

—Es un sanatorio —contestó él, y se acercó a ella—. Ese niño —señaló al segundo niño de la primera viñeta— era su hermano. Murió de tuberculosis en 1925. «Solo tengo una historia importante —me dijo—, y es esa.» Su hermano se llamaba Henry.

Lily dirigió la mirada a la última viñeta. Mostraba una habitación con una ventana y una cama vacía. En el margen del recuadro se veía la base de otra cama, pero la cama desocupada ocupaba el centro.

Lily sintió la mano del hombre en su hombro.

—Henry murió justo antes de una de las visitas familiares. Cuando Stanley y sus padres entraron en la habitación, el chico ya no estaba.

—¿O sea que no llegaron a tiempo de verlo?

—Aquel día, no; por lo menos vivo. El camastro vacío fue lo que los informó de que su hermano había muerto, y así es como cuenta él la historia.

Hizo girar a Lily hacia él con suavidad. Ella levantó la vista para mirarle las cejas y aquellos ojos tan grandes, la nariz recta y la boca pequeña, y pensó: Dios, qué cara tan hermosa. Antes de que Shapiro la besara, ella preguntó:

—¿Qué edad tenía? Henry, digo.

—Diecinueve años.

Él ya le había desabrochado los shorts y se había quitado la camisa cuando ella se acordó de su menstruación. Sabía que tenía que mencionarlo. Le cerró los dedos en torno a la muñeca y, con una voz tensa que la avergonzó, dijo:

—Tengo la regla. ¿Te importa?

Él negó con la cabeza.

—Pues ahora vuelvo.

Lily vio su tampón casi limpio desaparecer por el retrete manchado de óxido de Edward Shapiro. La pileta del lavamanos tenía vetas de pintura azul, verde, amarilla y marrón. Antes de salir del cuarto de

baño, abrió el botiquín. Dentro, en un estante mugriento de cristal, había una fina maquinilla de afeitar negra y nada más. Lily se miró la cara en el espejo. Se la vio un poco roja, pero por lo demás estaba bien. Cuando cerró la puerta del baño, reconoció de forma consciente que no tenía dudas. No sentía nada que pudiera hacer que se echara atrás.

Shapiro no se había afeitado y al besarla le frotó la mejilla con la barba. Las manos le olían a aguarrás, pero lo que le gustaba a Lily de él era que no parecía preocuparse por sí mismo. Se le notaban los brazos y las piernas relajados. No era pasivo, pero tampoco tenía prisa, y a Lily le vino de repente la idea de que tanto Peter como Hank se habían observado a sí mismos mientras hacían el amor con ella, pero que ese hombre no lo hacía. Le sintió el pelo crespo del pecho y le llevó los dedos al ombligo y le tocó la piel de alrededor, luego lo besó allí y le palpó aquellos músculos de los muslos que con tanta atención había contemplado desde su ventana. Le tocó las rodillas y las pantorrillas; le besó el cuello, los hombros y la espalda; le besó la parte de atrás de las rodillas y los tobillos, y estuvo mucho rato sin tocarle los genitales. Le vino a la cabeza que, si no lo había amado antes, ahora sí que lo amaba. Entonces Shapiro la sorprendió. Le agarró el interior de los muslos con las manos y la atrajo hacia sí, y ella pensó: es como si lo supiera, como si lo supiera todo de mí, y reclinó la cabeza hacia atrás sobre el colchón. A través de la fina sábana sintió un botón pequeño y duro que se le clavó en la nuca cuando él le descendió encima. Shapiro dedicó un par de segundos a ponerse un condón, pero ella cerró los ojos y escuchó su respiración. Le agarró la espalda con fuerza. Estaban los dos sudando encima de la sábana blanca y Lily se imaginó a sí misma en la ventana, como si se estuviera viendo con los ojos de él, y se vio bajarse los shorts, y le mordió el cuello, aunque sin fuerza, suavemente. Mientras hacían el amor, se dedicó a hablar consigo misma en silencio, a contarse a sí misma lo que estaban haciendo, y aquello la excitó más, y cuando sintió su orgasmo, se le escapó un grito, pero no supo cómo de fuerte había gritado ni tampoco le importó, y al cabo de unos segundos levantó la vista para mirarlo a la cara y vio que las pupilas le subían hacia los párpados y sintió el leve temblor del orgasmo de él y luego el peso de su cuerpo encima del de ella. Olió su cabello: champú y humo de puros. Bajo la luz tenue, le miró la piel de los hombros, sus

pequeños bultos y zonas descoloridas. Le pasó el dedo por ellos y pensó que aquel hombre no se parecía a nadie.

Cuando él le preguntó qué edad tenía, ella mintió y le dijo que veintiuno. El añadido de aquellos dos años le pareció significativo, y se prometió a sí misma que le contaría la verdad más adelante.

Aquella noche se pasaron horas hablando; Lily se enteró de que Shapiro había nacido en Newark, Nueva Jersey, y de que había estudiado Bellas Artes en Nueva York, pero también Historia del Arte, y de que antes de encontrar galería se había ganado la vida copiando pinturas de maestros antiguos y vendiéndoselas a ricos, sobre todo de Texas, que querían un Caravaggio, un Renoir o un David para sus esposas y novias. Shapiro tenía treinta y cuatro años y afirmaba que no había «descubierto su arte verdadero» hasta hacía poco. De momento solo había vendido cuatro de sus pinturas «verdaderas», pero se sentía optimista. Lily le habló del teatro y de interpretar a Hermia en *El sueño de una noche de verano*. Él no le dijo que era un trabajo imposible y demasiado difícil para introducirse, ni tampoco le preguntó qué la hacía pensar que podía dedicarse a aquello. La escuchó mientras hablaba y se dedicó a fumar sus puros y a preguntarle por qué quería ser actriz y cómo se sentía cuando actuaba. Ella le habló de Marilyn. Él ni siquiera sonrió; le dijo que le encantaba Marilyn en *Vidas rebeldes*, y que lo que le había gustado de ella era que parecía muy viva, más que muchos actores, frágil y a la vez llena de vigor. A Lily la alegró mucho oírlo hablar de Marilyn, y cuando él hizo una pausa, le besó toda la cara y le dijo que era guapísimo y volvieron a hacer el amor.

Por la mañana, Lily se despertó para ir al trabajo sin necesidad de alarma. Solo había dormido dos horas, y, tras quitarse con cuidado de la cintura el brazo de su amante, se incorporó hasta sentarse y puso los pies en el suelo. Le temblaban las piernas de agotamiento, pero cuando miró al hombre dormido, se dijo a sí misma: yo estaba acostada a su lado. Se vistió a toda prisa y le escribió una nota. Había muchas cosas que le habría gustado escribir en aquella nota: «Te quiero. Te adoro. Creo que eres la persona más maravillosa del mundo», pero no habría sido buena idea escribir aquellas frases, de forma que escribió: «Querido Ed. —Era agradable llamarlo Ed—. Mi número de teléfono es: 645-1133. Lily». Examinó su propia caligrafía durante un instante, temiendo que se viera infantil, pero lo dejó correr

y bajó de puntillas la escalera que pasaba frente a Ida. Se la encontró dormida con la cabeza apoyada en el mostrador y uno de los carrillos aplastado contra el brazo derecho. Se le había desvaído el maquillaje durante la noche, y Lily pensó que se le veía la cara más suave y bonita que la noche anterior.

Division Street estaba desierta y el amanecer ya empezaba a teñirla de gris. La cruzó a medias y se detuvo en mitad de la calle. Miró más allá de las tiendas de Berman y de Tiny y del taller de reparación de zapatos de Willy, en dirección al Ben Franklin de la esquina, y se obligó a sí misma a grabarse en la memoria el aspecto exacto que tenía la calle aquel viernes por la mañana, 7 de junio, el verano después de cumplir diecinueve años. Luego echó a andar una vez más por el pavimento y, nada más tocar la acera con el pie izquierdo, vio encenderse las luces del café Ideal.

A las cinco y veinticinco, Martin Petersen pegó la cara al ventanal del café. Lily sabía exactamente la hora que era. Acababa de mirar el minutero del reloj, porque Vince quería que las puertas del café se abrieran siempre con puntualidad «máxima». Martin se quedó con la nariz aplastada contra el cristal, como si fuera un hocico, y Lily se habría reído de él si su aparición no hubiera sido tan inesperada. Pero su llegada no había estado precedida de ningún ruido, ni de un motor por la calle ni de pisadas por el pavimento. La tarea de preparar el café para la hora del desayuno implicaba entre otras cosas oír los ruidos de Webster a primera hora de la mañana, y cuando Lily giró la cabeza y vio a Martin, vestido con la misma ropa que llevaba la noche antes, experimentó un sobresalto.

Él le hizo un gesto.

Lily abrió la puerta y habló con él a través de la mosquitera.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —le preguntó.

Martin caminó hacia la puerta y le ofreció un papel.

—T-t-te he traído un mapa —tartamudeó.

—¿Para qué?

—P-para llegar a mi casa.

Lily agitó las manos a los costados de la cara.

—Martin Petersen —le dijo con voz de maestra irritada—. Sé dónde vives. La antigua casa de mis padres queda a menos de quinientos

metros y viví en esa casa diecisiete años.

Martin subió el escalón de la entrada y pegó la cara a la mosquitera. La tela emitió un crujido sordo cuando él aumentó la presión, estrujándose la frente, la boca y la barbilla contra la malla, como si quisiera romperla.

Lily vio que a Martin se le estaba grabando en la piel de la cara el minúsculo patrón cuadriculado de la mosquitera, y también vio que no le importaba. Testarudo, decidido y ciego, Martin se negaba a seguir las reglas que se le ocurrían de forma automática a la mayoría de la gente, y Lily sintió ganas de hundir el puño en aquella cara grande y blanca que estaba distorsionando la forma de la mosquitera. Vio que Pete Lund salía de su Ford azul, por detrás de Martin.

—¡Para de una vez! —le susurró ella a Martin—. La vas a romper.

Lily abrió el pestillo de la puerta mosquitera, dejó entrar a Martin y le sostuvo la puerta a Pete, que la saludó con la cabeza.

Martin escrutó con recelo el interior del café, como un niño que jugara a ser espía de la guerra fría, y le entregó a Lily un pequeño cuadrado de papel doblado. Acercó su cara ahora cuadriculada a la de ella y le susurró:

—D-d-dilo otra vez.

Lily dio un paso atrás y negó con la cabeza. Sintió que se le clavaba en la palma de la mano el borde del papel doblado.

Vince le habló desde atrás, con voz imperiosa pero todavía no enfadada:

—Un cliente, Lil'.

—Voy —dijo Lily.

—Dilo otra vez —le estaba susurrando Martin.

—¡Eh, chata!

—Ya voy, Vince. —Lily miró tras de sí. Vince estaba más rojo que de costumbre. Se giró hacia Martin y hacia aquellos ojos suyos enormes, azules y desesperados. Ya no quería mirar aquellos ojos. Odiaba aquella cara embobada y suplicante y quería que desapareciera—. Boca —le dijo. Y lo repitió en voz más alta—: Boca. —Se inclinó hacia él y le gruñó—: ¡Boca! ¿Vale?

Martin sonrió. A Lily le pareció la sonrisa de un borracho, atolondrada y sorprendida. Se apartó de él y echó a andar hacia Vince.

—¿Eso es un cliente o no? —le ladró el dueño, señalando a Pete Lund.

—Relájate, Vince —dijo Lily. Echó un vistazo al reloj—. Son las cinco y treinta y cuatro. —Pete Lund estaba leyendo tranquilamente el *Chronicle*—. ¿Te parece que esté molesto? ¿Está exigiendo mi atención? Ya sabes lo que quiere desayunar. Ni siquiera me hace falta tomarle el pedido. Ve a la puñetera cocina y prepáraselo. Te conozco. Estás enfadado por otra cosa. Seguramente por Boom. ¿Todavía lo tienes en casa? ¿Qué pasa, que no quiere volver con su madre?

El hombre se cruzó de brazos y se la quedó mirando.

—¿Cómo es que he contratado a las únicas dos respondonas de todo este pueblucho de mierda?

—Porque odias a los peleles, Vince, por eso. Y las personas sensibles te dejan. ¿Te acuerdas de Cindy? Se marchó de aquí llorando a los tres días.

—Oh, venga ya, esa chavala no aguantaba ni una broma.

—Por favor, Vince, aquello no fue una broma. Fue una historia repugnante y asquerosa, y la contaste para horrorizarla. —Lily sonrió —. ¿Qué te pasa? ¿Boomer te está poniendo de los nervios?

—Ese chaval no sabe si viene o va. Lo echaría de casa si no fuera por esa mujer de los cojones.

—¿Qué problema tiene ella?

—Pues que cuando lo tiene en su casa no lo quiere, pero cuando no lo tiene sí que lo quiere.

—O sea, que no lo quiere —dijo Lily.

Vince negó con la cabeza.

—Y él no puede alejarse de ella. Es como un borracho que bebe a escondidas. Fue su madre quien lo echó, pero él culpa al marido; aunque él también es un asqueroso de campeonato. —Vince hizo una pausa—. ¿Qué estaba pasando ahí? —Señaló la puerta con el pulgar.

Lily miró a Vince.

—No lo sé —contestó, y lo decía en serio—. Martin está empezando a ponerme de los nervios, pero no sabría decir qué quiere.

Después de servir a los cuatro primeros clientes, Lily se tomó un respiro detrás del mostrador y se sacó el mapa del bolsillo. Un solo vistazo le bastó para darse cuenta de que, por mucho que Martin le hubiera dicho que eran instrucciones para llegar a su casa, en realidad tenía en mente alguno mucho más complejo. Cuando lo miró con más detenimiento, vio que lo que Martin le había dado no era un mapa, sino un dibujo que representaba dos mapas desdoblados, incluyendo

unos pliegues allí donde se había doblado el papel imaginario, no el real. Ambos mapas estaban diseñados para dar una ilusión de profundidad, como si fueran un mapa transparente flotando encima de otro. El mapa de encima mostraba Webster y sus inmediaciones, y el de debajo mostraba la Atenas y el bosque de las hadas de la obra teatral. Division Street estaba señalada con letras bien grandes, igual que el café Ideal y el hotel Stuart, aunque no sus tiendas. Más allá del pueblo vio la casa de los Bodler, Heath Creek, Heath Woods, las cuevas de Jesse James y, en la esquina superior derecha, Martin había dibujado una flecha y había escrito: «A casa de tus abuelos Dahl». Cerca de la flecha estaba la granja de los Overland, indicada por una estrella de gran tamaño y por el dibujo de un cajón alargado o ataúd. Los dos abuelos de Lily estaban muertos, y de la granja ya no quedaba nada, de forma que la inscripción le resultó extraña. La casa de los Overland seguía en el mismo sitio, a pocos minutos del lugar donde habían vivido sus abuelos, pero Lily llevaba mucho tiempo sin acordarse de ella. No había visto nunca a las niñas que vivían ahora en el piso de arriba, por ejemplo, y trató de recordar qué problema tenían. No podían hablar. Su abuela le había dicho que las dos se dedicaban a mecerse de adelante hacia atrás durante horas y horas, cada una en un rincón. Pero ¿qué significaba el cajón? El dibujo la irritó. Notó que Martin se estaba comunicando una vez más con ella por medio de rodeos, insinuando cosas que ella no captaba. Y luego, justo antes de que levantara los ojos del papel, se fijó en que, alrededor del borde de ambos mapas, Martin había escrito la palabra *Sueño*. Lily se quedó pensando en aquello un par de segundos. Levantó la vista para mirar los reservados rojos del café y después la cabeza quemada por el sol de Clarence Sogn; desearía no haberle dicho la palabra a Martin. Había estado mal decírsela, pero ¿por qué? Pues porque había parecido muy satisfecho de oírla. Cuando se acordó, se sintió asqueada.

Alrededor de las doce y media, justo antes de que terminara su turno, Lily cortó dos pedazos de tarta de merengue y limón para las viejas hermanas Moss.

—Es urticaria, querida —dijo Leonora—. Yo la he tenido cien veces. Es culpa de ese detergente nuevo que usas para las sábanas.

—Me temo que es culebrilla —dijo Bessy.

—Tonterías, querida. Tuve culebrilla justo después de la guerra,

acuérdate. No se parece en nada a la urticaria.

Justo después de que Bessy se inclinara hacia delante y le mascullara a su hermana «¡la urticaria no hace costras!», entró Edward Shapiro en el café Ideal. Se apoyó en el mostrador y, poniendo la nariz a pocos centímetros de la de Lily, le dijo: «Te he echado de menos», con una voz baja pero clara que Bert debió de oír, porque se le cayó en el mostrador la tapa de la bandeja de la tarta. Y en aquel momento Lily se olvidó de Martin Petersen y se olvidó de despedirse de Bert y de Vince y de Boomer y se olvidó de quitarse el delantal. Siguió a Edward Shapiro por la puerta y hasta Division Street, donde él la cogió en brazos y la besó a la vista de todos los clientes del café y también de la media docena de personas que había en la acera. Luego la rodeó con el brazo y subió con ella los escalones de la entrada del hotel Stuart.

Aquella tarde, Lily le hizo a Ed una pregunta que sabía que no debía hacerle. Vaciló, consciente de que no era buena idea ceder a la curiosidad, pero el deseo era fuerte, igual que las ganas de arrancarse una costra que sabes que sangrará si la tocas.

—¿Cómo es ella? —dijo tumbada en la cama y dirigiéndose al techo.

—¿Quién? —Ed se giró para mirarla. Estaba de pie delante del lienzo.

—Tu mujer.

La miró y sonrió.

—Quizá deberías decírmelo tú. Parece que mi vida es un libro abierto.

—No. Solo sé que tienes una mujer y que no está aquí.

—No, no está aquí.

—Muy bien —dijo Lily—. Lo retiro.

—No —dijo—. No pasa nada. —Caminó hasta la cama y se sentó—. Estuve casado cinco años. —Hizo una pausa—. El matrimonio se vino abajo. Es pintora. Su obra es muy distinta de la mía. Hace unos cuadritos diminutos. —Ed trazó en el aire un rectángulo del tamaño de una postal—. Son bastante abstractos, pero de vez en cuando se distingue en ellos algún objeto: unas tijeras, un sombrero o un pastillero. —Hizo una pausa—. Siempre respeté su obra, pero creo que

a ella nunca le gustó la mía. No lo decía, pero me daba la sensación de que creía que mis cuadros eran enormes y vulgares. Siempre parecía sorprendida cuando la gente se interesaba por ellos.

—Pero ¿cómo *es*?

—Pensaba que te lo estaba diciendo. —Se inclinó sobre la cama y le cogió la mano—. O quizá no.

—¿Cómo pudiste casarte con alguien a quien no le gustaban tus pinturas?

Ed cerró los labios con fuerza y no dijo nada.

—Supongo que porque no lo supe hasta más tarde. Nos conocimos cuando teníamos dieciocho años, y creo que me resultó misteriosa. Nunca entendí qué le pasaba realmente por la cabeza, y me tiré años persiguiéndola.

—Debía de ser guapísima.

Ed sonrió a Lily.

—¿Por qué lo dices?

—Porque dices que era misteriosa y que la perseguiste, y creo que los hombres ven a mujeres guapas y se imaginan que hay toda clase de cosas dentro de esa belleza antes de conocer a la persona, y luego se ven atrapados por la persecución.

—¿Estás hablando por experiencia, Lily Dahl? —La miró con ternura y con los ojos entrecerrados y por fin recogió su camiseta, que estaba colgando de la baranda de hierro al pie de la cama.

Lily se echó hacia atrás y lo miró.

—Eres el tercero.

Ed la miró con cara sorprendida.

—¿Es eso lo que has creído que te preguntaba?

—Te lo estoy diciendo. Ha habido dos más. Con el segundo rompí anteayer.

Ed se puso la camiseta por la cabeza y cogió sus vaqueros. Se olvidó de sus calzoncillos, que estaban tirados al lado, y se subió los vaqueros por las caderas desnudas.

—¿Esto es para que conste en acta o me estás diciendo algo más? —dijo.

Lily se mordió el labio y lo miró. Buscó su camisa, la misma que llevaba el día anterior. Necesito cambiarme, pensó. Y dijo:

—Supongo que me gusta que estén las cosas claras. ¿Me entiendes?

Ed caminó hasta la ventana y se asomó al exterior. Lily le examinó

la espalda y se preguntó si él le estaría escondiendo alguna emoción. Se le ocurrió que, si ella estuviera en su apartamento, ahora podría verle la cara.

—No pasa a menudo que las cosas estén claras, ¿verdad? —dijo Ed sin girarse.

Lily pensó que quizá estuviera observando su habitación del otro lado de la calle y la idea la puso triste. Se quedaron casi un minuto en silencio. Lily se vistió a toda prisa, recogió su delantal arrugado de la cama y caminó hasta la puerta.

—Me voy a casa —dijo—. Adiós, Ed.

Él se giró y caminó hacia ella. La besó con pasión en la boca y le dijo:

—Te llamo más tarde.

Lily levantó la cara hacia la suya. Le gusto más cuando sabe que me marcho, se dijo a sí misma.

—¿Qué es esa cara?

—¿Qué cara?

—Esa cara, esa expresión de ironía y petulancia.

—Lo tendrás que adivinar —dijo ella. Se dio la vuelta y salió por la puerta.

No venía ningún ruido del apartamento de Mabel, y Lily supuso que estaría fuera o durmiendo. A menudo Mabel dormía mejor de día que de noche. Lily corrió sus cortinas y se acordó de Ed. No debería haberle preguntado por su mujer. «Elizabeth.» Dijo el nombre en voz alta para oírlo. Ni Eliza ni Liza ni Liz ni Lizzie ni Beth ni Betsy ni Bess. Se preguntó por qué la gente sentía el deseo de pintar y poco después decidió ordenar su habitación. Tiró una camiseta y unos vaqueros sucios en la canasta del baño; volvió a la habitación, vio que asomaba por debajo de la cama la puntera de uno de los zapatos robados y se agachó para recogerlo. Bajo la luz filtrada que traspasaba la cortina, distinguió en el interior la sombra de un pie. No recordaba haber visto antes aquella huella. Sabía que no era la suya, porque ella tenía los pies cavos y la mujer que había llevado aquellos zapatos los tenía planos. Por alguna razón no había visto aquello antes, y le vino la idea repentina e irracional de que los zapatos estaban cambiando, de que estaban empezando a aparecer en ellos vestigios de su antigua propietaria. Ahora tenían peor aspecto, no cabía duda. Se veían más arrugados y sucios de como los recordaba; quizá se hubiera llevado

una impresión equivocada de ellos en aquel lúgubre garaje. Se acercó los zapatos a la nariz y los olisqueó. El garaje de los Bodler olía igual que la despensa del sótano de su abuela, y el olor le trajo el recuerdo de estar tumbada junto a la puerta abierta de aquel sótano, inhalando aquel agradable aroma terroso. Volvió a ver aquella casita blanca en su cabeza. Su abuelo había dejado de cultivar la tierra durante la Depresión, cuando el banco se había quedado la mayor parte de sus tierras, y debía de haber sido entonces cuando la granja había quedado en silencio. Ni siquiera la casa hacía nunca ruido alguno. No había tuberías, de forma que no se oían murmullos ni borboteos como en la casa de ella, mientras que las vacas, los cerdos y pollos que había habido allí antaño, y a los que Lily había conocido por su nombre, ya no eran más más que ideas abstractas para ella. Lily echó un vistazo a la mesilla de noche y vio el libro que le había regalado Mabel. *Middlemarch*. Tenía planeado leerlo. La última vez que había estado dentro de la casa de sus abuelos había sido después de que unos vándalos la destrozaran. Recordaba que se había alegrado de que para entonces sus abuelos ya estuvieran muertos los dos y de que allí ya no viviera nadie. Su padre y ella habían entrado por la puerta para encontrarse los espejos y las ventanas hechos trizas, los muebles rotos, la vajilla hecha añicos en el suelo y el mismo silencio inquietante de siempre en la casa.

Del otro lado de la pared le llegaron unos jadeos, y luego una exclamación breve y sin resuello. Lily se quedó sentada muy quieta y escuchando. ¿Acaso estaba enferma Mabel? ¿O estaba teniendo una pesadilla? La oyó suspirar y luego resonaron sus pasos en el suelo. Poco después oyó la máquina de escribir. Lily se había acostumbrado a aquella vieja máquina de escribir. Había llegado a representar para ella la hora de dormir. Estoy cansadísima, pensó. Se acordó del viejo corral de pollos de los Overland. Decidió que miraría otra vez el mapa de Martin y se quedó dormida.

La despertaron los timbrazos del teléfono.

Era Ed. Oyó por primera vez su voz por teléfono y su sonido pareció infundirle calidez en el cuerpo. De pronto fue consciente de su propia voz y habló con suavidad por el aparato, intentando sonar despreocupada, como si no se alegrara tanto. Pero cuando Ed la invitó a cenar con ella en el Rick’s, Lily aceptó de inmediato y se rio, lo cual seguramente desmontó toda la indiferencia estudiada de un momento

antes.

Se sentaron a una mesa de una esquina y él le contó más historias de su vida. Tras estudiar Bellas Artes había trabajado durante un año de ayudante de fontanero y había aprendido el funcionamiento interno de fregaderos y retretes, un trabajo del que decía que no se había arrepentido nunca; luego había cogido sus ahorros y se había mudado a Ámsterdam, donde se había dedicado a leer, pintar y hacer trabajos esporádicos, como por ejemplo diseñar decorados teatrales y pintar una pared de ladrillo y diez ventanas para una película de arte y ensayo que no había llegado a ver. A Lily le gustaba la forma en que hablaba con ella. No daba por supuesto que ella conociera Ámsterdam, pero tampoco daba por sentado que no supiera nada. También le gustaba cómo se comía su lasaña. Parecía disfrutar de ella sin prestarle demasiada atención. Le gustaba cómo le asomaba el cuello por encima del borde de su camiseta blanca, y su pelo tupido, y aquella mirada suya que no se distraía. Lily no comió mucho. Miró los colores rojos, blancos y marrones de su cena y no le resultaron apetecibles. No tenía hambre, y además le daba corte masticar delante de Ed. Rolf les echó varias miradas, con amabilidad, pensó Lily, pero sabía que se lo iba a contar todo a Hank, y aunque no se lo contara él, lo haría otro. Hank se iba a enterar de todas maneras. Después de que Ed pagara la cuenta, Lily le confesó que en realidad no tenía veintiún años, sino diecinueve, y él enarcó las cejas.

—No quería que me echaras de tu piso —le dijo—, así que me añadí un par de años.

—Ya veo —dijo él. Ed respiró rápidamente por la nariz y por fin, después de tirar la servilleta sobre la mesa, se puso de pie.

Mientras salían por la puerta se encontraron con Denise Stickle. Lily se la presentó a Ed a toda prisa, fingiendo que no veía la expresión sobresaltada de la chica, y le dijo:

—Nos vemos en el ensayo.

Ya en la calle, Ed le dijo:

—No te cae bien esa chica, ¿verdad?

—¿Denise? —dijo Lily—. ¿Te has dado cuenta?

—Sí.

—No es mala chica. La conozco de toda la vida. De niñas fuimos juntas a la escuela de danza de la señora Lodenmeyer y ahora ha vuelto de la universidad para pasar el verano aquí; hizo la audición

para el papel de Helena y se lo dieron. Por lo menos tiene el físico adecuado. Es una de esas chicas que siempre me han caído mal: animadora, técnicamente virgen.

Ed la miró con perplejidad.

—Lo hace todo menos follar, o por lo menos era así en el instituto. No entiendo la diferencia.

Ed suspiró.

Lily guardó silencio. Dejó de caminar y lo miró a él.

Él también se detuvo, bajó la vista hacia ella y frunció el ceño.

—Me has seducido —dijo—. Has empezado tú.

—Lo sé —dijo Lily—. Y estoy orgullosa. —La palabra *seducido* le sonó preciosa. Cerró los ojos e inhaló. Olía bien. Abrió los ojos, miró la media luna y se fijó en que era una mitad perfecta.

Horas más tarde, después de que cerraran el Rick's y el Corner Bar y de que pasara el autobús de Des Moines, Lily y Ed todavía estaban hablando en la habitación de él. Ella le habló de Hermia y le contó que Mabel la estaba ayudando con el papel, y también que había interpretado a Maria en la versión de *West Side Story* del instituto y que le había encantado cantar y bailar sobre el escenario. Luego Ed le pidió que le cantara algo. Al principio Lily se negó, pero, como él insistió, terminó cediendo y cantando *Diamonds Are a Girl's Best Friend*. Y como parecía que a él le gustaba, no se cortó un pelo y cantó a pleno pulmón mientras se movía afectadamente por la sala. Al terminar de cantar, le guiñó un ojo a Ed.

Él aplaudió.

—Tienes una voz fuerte y clara. —La miró—. Marilyn llevaba un vestido rosa cuando cantaba esa canción en la película. Me encantaría verte con ese vestido.

—¿Crees que me sentaría bien el rosa?

Ed asintió con la cabeza.

Lily pensó en Marilyn. Luego dijo:

—Tiene gracia lo de Marilyn. Nadie se alegraría mucho si estuviera viva, salvo quizá yo. ¿Sabes eso de que en la prensa amarilla siempre están encontrando a Elvis y a JFK vivos y viviendo en Sudamérica o algo así? Pues a Marilyn nunca la encuentran, aunque sea igual de famosa. Y no la encuentran porque no quieren encontrarla vieja. —Se metió en la cama con él—. Tienes unas orejas preciosas, ¿sabes? Son un poco de soplillo, pero preciosas. —Lily se reclinó hasta sentarse y

le examinó el pelo de las inmediaciones del cuello. Luego estiró la mano y le tocó la mejilla. Le gustaba hablar con él, le gustaba decir lo primero que le pasara por la cabeza, le gustaba la cara que ponía para escucharla—. A veces me gustaría que mis padres no se hubieran mudado —le dijo—. A mi padre le encontraron una forma rara y grave de cáncer en la pierna. Le salvaron la pierna, pero no está bien. Era un gran carpintero. Lo sabía todo el mundo. —Lily se quedó mirando la pared—. Podría haber muerto o podría haber perdido la pierna. Supongo que no pudieron quedarse. Por los inviernos, ya sabes. —Miró a Ed y bajó la voz, como si le estuviera contando un secreto—. Así que vendieron nuestra casa de las afueras del pueblo y se mudaron a Florida, a Tampa. No se parece en nada a esto. Mucha gente mayor de mi niñez ya se ha muerto, mis abuelos y sus amigos. Los últimos cinco años han sido un funeral después de otro. Supongo que no había nada aquí que los retuviera. A mis padres, quiero decir.

—¿Y hay algo que te retenga a ti? —preguntó él.

Lily lo miró.

—La verdad es que nunca lo he pensado. Siempre he dicho que me iré, y es verdad. No quiero pasarme la vida entera aquí. Pero le tengo apego a este sitio. Debo de llevarlo en los huesos.

Ed guardó unos segundos de silencio. Luego dijo:

—La serie de pinturas que has visto, ¿sabes cómo la voy a llamar?

—No.

—«Webster.»

Ella asintió con la cabeza.

—¿Te parece un mal nombre?

—No.

—¿Qué piensas entonces?

Lily hizo una pausa.

—Creo que está bien, porque tienes las viñetas con las historias, y eso cuenta un poco de la historia del lugar. No son solo retratos de gente.

—¿Aunque las historias no sean todas ciertas, como las de Howard?

—Este sitio vive de las historias que no son ciertas. Mi abuelo siempre decía: «El disparate de un hombre es la verdad de otro».

—¿Era relativista? —quiso saber Ed.

Lily se quedó perpleja.

—No —dijo—. Era socialista. Su héroe era Thorstein Veblen.

—¿En serio? —dijo él.

—¿No lo apruebas? —preguntó Lily sonriendo.

—¿Estás de broma? Tengo un tío cuyo orgullo en la vida era lamer sobres para Emma Goldman.

Lily hizo una pausa. Se preguntó si debía preguntar quién era aquella mujer, pero antes de poder decidirse Ed dijo:

—Todos estaban en el mismo bando, Lily. Todos caminaban bajo las mismas estrellas.

—¿Todo esto ha empezado con tus orejas?

—No —dijo él—. Con Marilyn Monroe.

Aquella noche, el hombre volvió a rondar por la calle, vigilando y esperando. Lily durmió toda la noche, pero por la mañana Ed le dijo que había oído a alguien fuera, caminando de un lado a otro por el callejón y murmurando para sí.

Al día siguiente cambió el viento. El aire se volvió limpio, cálido y seco. El nuevo tiempo agudizó los contornos de todos los edificios, de todos los árboles, arbustos, bocas de incendios y grietas de la acera. A Lily le pareció que las siluetas de todas las personas y objetos que veía tenían una claridad que casi dolía, y que aquella luz del día tan dura era resultado de la felicidad intensa y dolorosa que le producía estar con Ed. Antes de salir del trabajo le dijo a Bert lo que no podría haberle dicho a Ed: que estaba terriblemente enamorada y que apenas podía soportarlo. Bert le dio un apretón en la mano y le dijo:

—Entonces, ¿estás segura? ¿Y Hank?

Lily le contó la verdad a Bert: que no pensaba mucho en Hank. Era terrible, lo sabía, pero era así. Y Bert la miró y le dijo:

—En fin, el paraíso no sería el paraíso si te acordaras de tus amigos que están en el infierno.

Aquella misma tarde, Lily se encontró a Mabel agitada. Pálida y temblorosa, recibió a Lily con los brazos extendidos y le dijo:

—¡Estás aquí! ¡Gracias a Dios! No te vas a creer la noche que he tenido. Ha sido un tormento, Lily. No me he recuperado. —Mabel se sentó en una butaca y miró a Lily—. Siéntate —le dijo.

Ella se sentó.

—¿Qué ha pasado?

A la anciana le apareció un rubor repentino en las mejillas. Se

inclinó hacia delante en su butaca y dijo:

—Ha estado aquí. —Mabel señaló con el dedo—. Estuvo anoche en este edificio.

—¿Quién?

—No sé quién es, pero estoy segura de que es el mismo hombre. —Mabel bajó la voz e hizo un gesto con la cabeza en dirección a la ventana—. El que ha estado montando guardia fuera.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he sentido, Lily. No estabas en casa, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Al principio pensaba que eras tú, que volvías de tus..., de tus juergas.

Lily se preguntó si aquello sería una acusación indirecta. Había algo en el tono de Mabel que hizo que se sintiera responsable por haber dejado sola a la mujer toda la noche.

—Te llamé por tu nombre, pero no me contestaste.

—Quizá fuera Vince, probando las luces del pasillo o algo así. A veces lo hace.

—Nunca a esa hora. No era Vince. Siempre me avisa, y además hace un ruido de manada de elefantes cuando sube la escalera. Era alguien que iba con sigilo. Y estuvo en tu habitación.

—¿En mi habitación?

Mabel asintió con la cabeza. Se le ruborizó intensamente la cara y se le infló una vena de la frente.

—Estaba susurrando y murmurando para sí. Lo oí a través de la pared, pero no entendí ni una palabra. Y ya sabes cómo los ruidos traspasan estas paredes. Debería haber podido entender algo. —Mabel se frotó los brazos y miró al techo—. Balbuceos. No me mires así, Lily.

—Solo estoy intentando entenderlo.

Mabel se frotó las manos y miró el suelo a ambos lados.

—De vez en cuando, sin mucha frecuencia, tengo *alucinaciones auditivas*. Es un término extraño, lo admito, pero es así como se llaman, y esa voz que oí en tu habitación se parecía a ellas y a la vez no se parecía.

—¿Estás segura de que no era una alucinación?

Mabel se tocó los labios un segundo.

—No —dijo en voz baja—. Cuando las tengo, siempre oigo a alguien a quien he conocido. Normalmente a Evan. Mi marido. Y lo que oigo

es una frase clara y breve. Evan murió hace muchos años, de hemorragia cerebral. —Giró la cabeza y se quedó mirando las llaves de su mesa de pino—. Una mañana se quejó de que le dolía la cabeza y al cabo de dos horas ya estaba muerto. —Mabel cogió un poco de aire, frunció los labios y dijo—: En cualquier caso, lo que pasa es que lo oigo decir: «Ayúdame». —Miró a Lily—. En vida no lo decía nunca, pero es como si llevara en mi cerebro la huella de su voz, y a veces vuelve a mí. A veces oigo a mi madre llamarme por mi nombre. —La mujer se frotó los muslos—. No me molesta.

Lily se llevó una mano a la frente. No dijo nada.

Mabel miró a los ojos de Lily. Habló despacio y poniendo énfasis en cada palabra.

—Anoche no fue así. Pero fue casi como si aquel hombre conociera mis experiencias. En un par de ocasiones, me pareció que las imitaba.

—Eso es imposible —dijo Lily.

—Sí —dijo Mabel—. Sin embargo, es la sensación que me dio. ¿Has visto algo fuera de sitio en tu habitación?

—Todavía no he ido.

—Vamos a mirar —dijo Mabel.

Lily salió con ella al pasillo. Examinó la cara de la mujer y se preguntó si estaría viviendo al lado de alguien un poco trastornado. Mabel hizo girar el pomo despacio y después abrió la puerta a toda prisa. La hoja chocó con la pared de dentro.

No había nada fuera de lo normal. Por lo que Lily pudo ver, la habitación estaba exactamente tal como la había dejado. Ahora que tenía a Mabel al lado, se alegró de haber metido los zapatos blancos debajo de la cama.

Lily giró las palmas de las manos hacia arriba y sonrió.

—Parece que está igual que cuando me marché.

Mabel se volvió hacia ella.

—Me crees, ¿verdad? ¿No crees que estoy loca y oigo voces y que soy una vieja chiflada y senil que no distingue lo que es real de lo que no?

—No —dijo Lily lentamente—. Ed oyó al mismo tipo anoche en la calle. Incluso dijo que lo había oído hablar.

Mabel asintió con la cabeza. Su expresión dejó claro que sabía exactamente dónde había estado Lily la noche anterior y que no tenía intención de fingir sorpresa. También pareció aliviada.

—Soy una persona muy racional, Lily. Sé que doy la impresión de ser dispersa y nerviosa, y no niego que también soy así. Pero esas mismas cualidades que a ti... —vaciló—, que a ti pueden irritarte me permiten sentir cosas que mucha gente no siente. Es como si captara aromas o compases de música que emanan de otros cuerpos. —Mabel le echó un vistazo cargado de intención a Lily—. Ese hombre que ha estado acechando bajo el toldo y en el callejón... emite un ruido muy agudo, casi un grito. —Vaciló—. Creo que deberías cerrar tu puerta con llave.

—Por Dios, Mabel —dijo Lily levantando la voz.

La anciana apartó la vista de ella y miró por encima de la cama en dirección a la ventana.

Lily echó un vistazo a los flacos hombros de Mabel dentro de su blusa holgada. ¿Quién podría haber estado en su habitación? Lily confiaba en que hubiera sido Hank. Se había quedado allí las veces suficientes como para sentir que era un poco su casa, pensó. Todavía tengo algunas camisas y calzoncillos suyos en los cajones. Y no fui precisamente amable con él. No le di la oportunidad de reprenderme. Pero Hank se habría mostrado gritón y desafiante, no discreto y furtivo. Lily se acordó de Martin, pero no lo mencionó. Quizá me equivoque, pensó. La luz del sol traspasaba las cortinas cerradas y Lily se quedó mirando los pantalones estrechos de Mabel y sus sandalias doradas y cambió de tema.

—¿Sabes? Creo que te caería bien Ed. Ya le he hablado de ti, y creo que tenéis mucho en común. Te gustaría ver sus pinturas, ¿no?

Mabel se giró. Pareció relajarse por partes: primero su expresión y después el cuello y los hombros.

—Sí —dijo, con la voz todavía tensa—. Me gustaría.

Lily sonrió.

—Vale, pues hablaré con él y quedaremos un día.

Después de que se marchara Mabel, Lily recorrió lentamente la habitación de punta a punta en busca de indicios del intruso. Las camisas de Hank estaban intactas. Lily no era nada meticulosa, en cualquier caso. Podrían haberle movido varios objetos sin que ella se diera cuenta, y esta idea la hizo buscar los zapatos debajo de la cama, aunque no habría sabido explicar por qué le parecían más vulnerables que las demás cosas de la habitación. Pero los zapatos estaban en su sitio, debajo de la cama, y tras cogerlos caminó hasta el espejo y los

sostuvo frente a él. Mirándolos, se le ocurrió que quizá después de todo Helen Bodler hubiera tenido un amante, y luego, como si fuera la conclusión lógica de aquella ocurrencia, Lily se acordó del nombre del marido de Mabel: Evan. Seguramente era el joven apuesto de la foto. Dejó los zapatos sobre la mesa y se contempló a sí misma en el espejo. Me pregunto qué edad tenía cuando murió, pensó. Una brisa movió las cortinas, levantándolas y empujándolas al interior de la habitación. Lily las vio revolotear un par de segundos antes de caer de vuelta al suelo. Luego guardó los zapatos en su bolsa de lona, salió corriendo por la puerta, bajó la escalera y se metió en el callejón, donde se subió de un salto a su bicicleta y arrancó a pedalear por Division Street bajo un cielo tan azul y despejado que le dio ganas de cantar, cosa que hizo. Para cuando estaba a unos quinientos metros de la casa de los Bodler, ya había cantado varias melodías de musicales y un par de sus himnos de iglesia favoritos.

La camioneta de los Bodler estaba aparcada en el camino de acceso. Lily metió su bicicleta en la zanja del arcén, subió el terraplén y al llegar arriba se tumbó bocabajo entre la hierba alta y miró al otro lado del campo, en dirección a la casita, el garaje y las montañas de chatarra. De un bidón metálico oxidado que había a pocos metros del garaje se elevaba un humo negro que se volvía gris cuando lo arrastraba el viento. Divisó el guardabarros de una segunda camioneta y oyó voces. Los que hablaban permanecían invisibles y el viento distorsionaba los sonidos: los murmullos ininteligibles se alternaban con alguna que otra palabra o frase aislada, que recorría el campo extrañamente cargada y amplificada. Oyó con claridad la palabra «cuerda» y después «fuego» o «luego». De detrás de las camionetas emergió una figura. Era Frank, llevando en brazos una bolsa de basura grande y negra, y al cabo de un momento Lily vio que salía también de detrás de la camioneta una vieja silla de ruedas de mimbre pisándole los talones. Era Dick, que empujaba a alguien. Al principio a Lily le pareció una chica alta, pero al cabo de dos o tres segundos se dio cuenta de que era Martin Petersen. Martin se levantó de un salto de la silla, le dijo algo a Dick y entre los dos subieron la silla de ruedas a la parte de atrás de la camioneta que no se veía y empezaron a afianzarla con cuerdas. Martin estaba de pie en la plataforma de la

misma y, cuando se inclinó para coger la bolsa negra enorme que le estaba dando Frank, la mitad superior de su cuerpo se recortó contra el cielo. Lily reptó muy despacio por la hierba para verlos mejor, aunque sin levantar la cabeza. Martin se bajó de un salto de la camioneta. Lily quería oír lo que estaban diciendo y avanzó gateando por la hierba. Ahora los tres hombres estaban muy juntos. Vio que Dick giraba la cabeza hacia un lado. Por un momento, pareció que estuviera mirando directamente hacia ella. Lily se pegó al suelo, pero enseguida se dio cuenta de que Dick no podía haberla visto, porque a continuación se giró hacia Martin. Frank debía de estar negociando un precio. Levantó una mano con los cinco dedos extendidos y se tocó una vez cada dedo con el índice de la otra. Martin estaba ahora de espaldas a ella, pero Lily vio que se hurgaba en el bolsillo. El viento le alborotó el pelo contra la cara y aplanó la hierba que tenía delante. Frank dijo algo, pero Lily no oyó sus palabras. Oyó la voz de Martin: un tartamudeo inicial que no tardó en superar, seguido de la frase: «Asuntos privados, Frank». Y se frotó la cara con un gesto que pareció más propio de Frank. Quizá no lo sepa, pensó ella, pero está imitando a Frank. Por fin se dieron un apretón de manos y Martin le dio una palmada en el hombro a Dick. El contacto pareció sacar de su estupor a Dick el Mugre, que meció la cabeza de arriba hacia abajo para darse por enterado, buscó la mano de Martin y, más que estrechársela, se la cogió durante varios segundos. El contacto físico entre los tres sugería una intimidad que Lily no entendía. Casi nadie tocaba a los Bodler. El padre de ella sí lo había hecho, ¿verdad? Sí, le había estrechado la mano a Frank en la puerta. Lily escondió la cabeza entre la hierba y cerró los ojos. Se imaginó al pastor Ingebretzen escapando de aquella casa, con la sotana negra ondeando tras de sí mientras Frank lo perseguía hasta la carretera con un hacha. Luego cambió la imagen. No, el pastor no habría llevado ropa de iglesia, solo un traje negro con alzacuello. Había sido un hombrecillo grave que citaba las Escrituras cada vez que podía, incluso ante los niños de la catequesis, que casi nunca entendían nada. También había tenido propensión a señalar durante los sermones para darse énfasis, y en una ocasión la había señalado a ella, a Lily Dahl, con su dedo corto y blanco. La había elegido a ella entre todos los niños de la clase de catequesis. «Arredraos y no pequéis; meditad de corazón en el lecho y refrenaos.» Pasaron años antes de que Lily entendiera que el hombre debía de

haberla señalado a ella al azar, que no se había asomado a su corazón y había visto manchas de pecado, sino que simplemente había elegido una cara infantil de aspecto especialmente aburrido y la había castigado. Por entonces, Lily había creído que el pastor Ingebretzen le había leído el alma y por tanto había averiguado que por las noches en su cama no solo experimentaba culpa, sino también miedo. Temía a Dios, a Satanás, al Espíritu Santo y a los ángeles por igual, y rezaba para que nunca se le apareciera ninguno de ellos. Deseaba «verse libre» de ellos, porque le parecía una expresión bíblica. Al oír la camioneta de Martin, Lily levantó la cabeza y lo vio alejarse dando marcha atrás por el camino de acceso. La silla de ruedas se alejó rodando y dando brincos bajo sus cuerdas mientras el vehículo salía del camino de grava para coger la autopista, en dirección contraria al pueblo y hacia la pequeña carretera que Martin le había dibujado en el mapa. Mientras veía hacerse pequeña la camioneta, Lily recordó la delicada maraña de líneas que le había dibujado por debajo de su casa, el cajón inexplicable en la granja de los Overland y la flecha que señalaba la casa de sus abuelos. Era como si señalara a la nada, aunque quizá señalara al paraíso.

Frank el Roña y Dick el Mugre se quedaron en el camino de acceso. No cruzaron ni una palabra ni tampoco se miraron entre sí. Permanecieron mucho rato inexpresivos e inmóviles. Lily deseó que se metieran en la camioneta y se fueran de allí, pero entendió que aquello no iba a pasar cuando vio a Dick caminar hacia el fuego. Lo vio estirar el brazo, coger un fardo blando del montón de basura más cercano y tirarlo al interior del bidón. Fuera lo que fuese, el fardo excitó las llamas y las hizo elevarse. Dick levantó el mentón y se alejó del calor, pero en cuanto remitieron las llamas volvió a acercarse y repitió la operación. Esta vez, cuando se alejó de las llamas saltarinas, Lily vio que se estaba riendo, o bien que su expresión sugería una risa, pero no oyó nada. Era posible que el crepitar del fuego combinado con el viento le escondiera el ruido, pero a Lily la sorprendió no oír nada de nada. Dick levantó los hombros, echó la cabeza hacia atrás y abrió mucho la boca mientras la hilaridad silenciosa le mecía la cabeza. Por fin se sacó algo blanco del bolsillo y lo tiró al fuego. El objeto blanco tuvo poco efecto sobre las llamas, pero Dick soltó aquella risa sin ruido de todas maneras, como si un pedazo de tela ardiendo fuera la cosa más graciosa que se le pudiera ocurrir. Lily vio que Frank

caminaba arrastrando los pies hacia su hermano, se detenía a su lado y levantaba el puño por encima de la cabeza de Dick. Lily se preparó para ver un puñetazo, pero Frank no pegó a su hermano, sino que dejó caer lentamente el brazo frente a la cara de Dick. Luego dio media vuelta hacia la casa y su hermano lo siguió. La puerta mosquitera se cerró de golpe y Lily se dijo que era ahora o nunca.

Echó a correr hacia el garaje. Nada más tocar con los pies el camino de acceso, oyó moverse la grava debajo de ellos y pensó que estaba haciendo demasiado ruido, pero no se detuvo hasta que llegó jadeando al interior del garaje, donde pegó la espalda a la pared para esconderse. Escuchó por si oía la puerta de la casa. Nada. Caminó sin hacer ruido en dirección a la maleta. Se acordaba exactamente de dónde la había dejado y calculaba que podría abrirla, devolver los zapatos y dejarla en cuestión de segundos. De pie en mitad del garaje, se agachó para coger la maleta, que debería estar encajada entre dos bidones para las goteras, pero descubrió que no estaba. Se puso a apartar latas, cajas y un viejo rastrillo confiando en descubrirla, pero la maleta había desaparecido del garaje. Lily hizo una pausa, sujetándose contra el pecho la bolsa de los zapatos y preguntándose qué podía hacer. Luego oyó cerrarse la mosquitera de un portazo y un ruido de pasos. Se escondió detrás de un cajón grande de madera y se puso en cuclillas en el suelo. A través de los listones del cajón vio que Dick pasaba cansinamente por delante del garaje en dirección al fuego y se detenía frente al bidón. Lily contempló su figura oscura e inmóvil, con la cara desdibujada por el humo que se elevaba, y esperó. Detrás de Dick se veía el cobertizo y el silo de Klatschwetter. Se fijó en que el cielo se había nublado y que el sol estaba más bajo de lo que ella había creído. De pronto le preocupó llegar tarde al ensayo. Pero Dick no parecía tener prisa. Lily se sentó. Sacó los zapatos de la bolsa y se los puso en el regazo. Los iba a tener que dejar en el garaje. ¿Qué alternativa le quedaba? La humedad del suelo de tierra se le empezó a filtrar a través de los shorts vaqueros y de las bragas, y levantó las nalgas del suelo para cambiar de posición. Al moverse, resbalaron los zapatos. Se giró para agarrarlos, se golpeó la nariz contra el borde de una carretilla oxidada que tenía detrás y luego, al llevarse la mano a la cara, se dio en toda la frente con una púa del rastrillo. Ahogando una breve exclamación, se llevó los dedos allí y al retirar la mano vio que la tenía cubierta de sangre. «Oh, mierda», susurró para sí. Se tocó

la herida de la frente; no era profunda. Luego bajó la vista y vio que tenía los muslos salpicados de sangre. Es de la nariz, pensó, y se la pellizcó con fuerza, pero le siguió sangrando. Se la soltó y trató de limpiarse la sangre de las piernas, pero solo consiguió extendérsela por la piel y mezclársela con la tierra de las manos. No se veía gran cosa por culpa de la falta de luz, pero se dio cuenta de que le salía mucha sangre y de que le salía deprisa. Cuando se puso a buscar los zapatos, vio que también había sangre en ellos, una mancha roja y grande en un tacón y tres manchas en la puntera del otro. Lily cogió la bolsa de lona y comenzó a frotar los zapatos con la tela. Escupió en ella y frotó, pero cuando se agachó sobre los zapatos para limpiarlos vio que le caía más sangre sobre las piernas. Pese a todo, no se rindió, sino que se aguantó la nariz con una mano y trató de limpiarse con la otra, pero sintió que le entraba el pánico. Los zapatos se estaban estropeando. El cuero blanco se estaba quedando de color rojo óxido y todo sucio como resultado de sus intentos de limpiarlo, y de pronto le vinieron ganas de llorar. Ahora no los puedo dejar aquí, pensó. Vio caer más sangre sobre las punteras y cubrió los cordones con las manos. Levantó la vista para mirar el bidón entre los listones del cajón y vio que Dick había desaparecido. Ahora, pensó, y llevando los zapatos en una mano se fue hacia las puertas del garaje y asomó la cabeza con cautela bajo la luz. Sin examinarse muy de cerca las manos, se fijó en que la sangre se le veía mucho más roja ahora que estaba fuera. Miró hacia la casa, pero no vio a nadie. Luego miró en la dirección contraria, pero no se veía ni a Dick ni a Frank por ningún lado.

Lily miró el humo que se elevaba del bidón y pensó: los voy a quemar. Así no quedará nada de ellos. Era la solución perfecta. Echó a correr hacia el fuego, dejó caer los zapatos en las cenizas y, sintiendo una oleada de alivio, huyó hacia la zanja y se tiró de cabeza sobre la hierba. Pasó varios segundos sin moverse. Luego se giró para mirar hacia el bidón humeante. No vio llamas. No están ardiendo, pensó. Por la mañana saldrán y se los encontrarán y verán que están cubiertos de sangre. ¿Y qué pasa si son de ella? ¿Y si han metido la maleta en la casa para tenerla bien guardada porque era de ella? Lily se puso en pie de un salto, corrió de vuelta al fuego y miró el interior del bidón. Y sí, los zapatos estaban todos chamuscados y negros, pero no se habían quemado, y cuando se inclinó hacia ellos para sacarlos

de las cenizas olió algo dulce y pútrido que la hizo echarse atrás un momento. Por fin sacó los zapatos del fuego. El cuero caliente le quemó las yemas de los dedos, pero no los soltó y echó a correr hacia la zanja, donde se tiró sobre la hierba por segunda vez y dejó caer los zapatos al suelo. Luego los miró y se rio de su propia estupidez con una risa breve y abatida. Cuando recogió aquellas dos cosas chamuscadas para guardárselas en la bolsa, ya no quemaban, solo estaban calientes. Calientes como alguien con fiebre alta, pensó, y procedió a sacar su bicicleta de la zanja y a llevarla hasta la carretera. Le había dejado de sangrar la nariz, pero ahora le dolían los dedos y los pulgares allí donde tenía agarrado el manillar. Cuando levantó la vista, vio que el sol había desaparecido por completo tras unos nubarrones grises, un cambio de tiempo perfectamente normal que, sin embargo, le produjo cierto asombro. Pedaleó con fuerza y cabizbaja con el tráfico en contra y confió en que la penumbra creciente la ocultara.

A medio camino de casa, Lily vio un Pontiac turquesa y blanco que avanzaba a toda velocidad hacia ella, y, cuando ya apenas lo tenía a unos metros, vio que lo conducía Dolores. Iba al volante con las ventanillas abiertas y una canción de Loretta Lynn a todo trapo en la radio cuando los faros de su coche iluminaron a Lily durante un par de segundos. En aquel breve instante Lily vio que la mujer la miraba directamente, pero su cara no dio muestras de reconocerla. Quizá sea la noche semanal que pasa con los gemelos, pensó. El ensayo debe de haber empezado sin mí. Y al pensar en el Arts Guild, de pronto Lily se dio cuenta de que echaba de menos a Hermia, como si Hermia fuera una amiga íntima suya. Cuando pasó frente al letrero que marcaba el término municipal de Webster, sintió una gota de lluvia en el cuello. Seguida de otra y de otra.

En cuanto Lily abrió la puerta trasera y contempló la escalera que subía hasta el rellano, vio a Mabel salir al pasillo de arriba y mirarla. La bombilla desnuda le iluminaba el pelo gris y se lo teñía de blanco.

—Me alegro de que seas tú, Lily —dijo, y luego, enfocando la mirada, añadió con un deje de alarma en la voz—: ¡Has tenido un accidente!

Mabel se puso manos a la obra. No quedaba ni rastro de su ansiedad

de unas horas antes, y Lily la vio moverse como una persona distinta. Con eficiencia y brusquedad, ordenó a Lily que la acompañara a su apartamento para lavarse y comer; y después de tirar a su armario la bolsa ensangrentada con los zapatos quemados y llamar al Arts Guild para hablar con la señora Wright, que aceptó su mentira de que se había caído de la bicicleta, Lily obedeció.

Se sentó en el sofá de Mabel y oyó correr el agua en el baño. Mientras esperaba, buscó con la vista a la pareja japonesa, pero no la encontró. Luego Mabel se le plantó delante con una palangana llena de agua y un paño. Acercó una silla al sofá, dejó la palangana en el suelo y, sin decir palabra, se puso a lavarle la cara a Lily. Le acarició con el paño el corte de la frente, le apartó el pelo y le pasó la tela caliente por el cuello. Luego le frotó las piernas y se las secó justo cuando le empezaban a picar por la humedad. En ese momento, Lily se dio cuenta de que aquel lavado introducía un cambio en su relación con Mabel del que ya no podría haber vuelta atrás, y sin embargo no opuso resistencia. El contacto de la mujer, la forma en que su mano se movía con la toalla, era tan tierno que Lily sintió que la emoción le hacía un nudo en la garganta. Cuando Mabel le hizo meter las manos en la palangana, el agua caliente le irritó las quemaduras y le hizo ahogar una exclamación. Mabel le cogió las manos y les dio la vuelta: tenía ampollas en las yemas tanto de los pulgares como de dos dedos de cada mano. La mujer clavó en ella una mirada firme, pero no le dijo nada. Salió de la habitación y regresó al cabo de un momento tras cambiar el agua de la palangana.

Luego Mabel se puso a hablar. No hizo ninguna introducción a sus comentarios ni tampoco dio explicación alguna de su deseo repentino de contarle a Lily algo que no le había contado nunca. Se limitó a decir de golpe:

—Mi padre me quería, pero no tenía ningún don para el afecto. Casi nunca me tocaba y, cuando lo hacía, su cuerpo era como la madera. Ahora lo compadezco. Era mi madre quien nos abrazaba y nos mecía, a mí y a mi hermano, y tenía unas manos, Lily, que cuando te tocaban te transmitían la paz de todas las cosas serenas del mundo; murió cuando yo era más joven que tú, tenía diecisiete años, y fue como si hubiera desaparecido toda la bondad y la luz de mi vida. Dejé a mi padre y a mi hermano un día de primavera, después de un año entero tramando y haciendo planes. Me escapé con Owen Hartwig,

librepensador del *Aberdeen Weekly*, para casarme.

—Pero creía que tu marido se llamaba Evan —dijo Lily.

—Y así es. A Owen Hartwig lo planté en el altar; o, mejor dicho, en los juzgados. —Mabel hizo una pausa—. No soportaba el aspecto que tenía visto de cerca, ya sabes, cara a cara. Suena ridículo, pero no creo que lo sea en realidad. Su cuerpo tenía algo que me repelía.

—Pero pensaba que lo amabas...

—Me gustaba, en teoría: un periodista de estilo agresivo con una vena radical. Pero me olvidé de que iba a tener que vivir con aquellos muslos.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Me puse de doncella en el Grand Hotel, conseguí un puesto fijo y terminé yendo a la universidad por las noches.

—¿Y tu padre y tu hermano?

—Se quedaron en la granja. Mi hermano estuvo cultivando aquellas tierras hasta que murió, hace diez años.

—¿Una granja? —Lily la miró.

—En las afueras de Aberdeen, Dakota del Sur.

—¿Dakota del Sur? Pensaba que venías del este.

—No.

—Pero nunca lo habías mencionado. Pareces una persona de ciudad de pura cepa. —Lily se secó las manos con la toalla que le dio Mabel.

—Libros.

—¿Libros?

—Sí, quería vivir una vida grande y apasionada, una vida llena de riesgos, belleza y dolor. —Mabel se rio—. Lo último parecía venir de forma natural.

—¿Y la has vivido? —Lily la miró a los ojos—. ¿Tu vida ha sido así?

Mabel sonrió.

—Creo que lo importante no es lo que pasa en tu vida, sino la forma en que te imaginas lo que pasa, el color que les das a los acontecimientos. Es un poco como la idea del bebé cambiado al nacer, ahora que lo pienso. Tiene algo de sustitución. Cuando trabajaba en aquel hotel y hacía las camas para la gente y les limpiaba los retretes y les recolocaba los perfumes y los jabones y les vaciaba los ceniceros en una cubeta, me sentía humillada en todo momento porque me imaginaba que estaba destinada a otra cosa. Pero la verdad es que no tenía razón para creerlo. Era una chica pobre de un sitio rural perdido

de Dakota del Sur. Pero había leído muchos libros, y aquellas historias escribieron la mía, fíjate. ¿Y sabes quién me los dio?

Lily negó con la cabeza.

—Mi madre.

—¿Por eso siempre me estás dando libros para que los lea?

Mabel miró a Lily con los ojos entrecerrados.

—Quizá —dijo. Se puso en pie de golpe y salió de la habitación. Volvió con una camisa larga y negra y se la tiró a Lily—. Ten, póntela. Te quedará bien, y así ponemos esa otra tan sucia en lejía. —Señaló con la cabeza la camiseta de Lily.

—¿Por qué te mudaste a este apartamento, Mabel? —dijo Lily, mirándola fijamente.

La anciana negó con la cabeza. De pronto su carita pareció cansada.

—Me recordó a un sitio donde había vivido una vez, con unas habitaciones diminutas. —Respiró hondo—. Quería volver a aquel sitio, supongo… —Mabel negó con la cabeza.

Lily se quedó mirando la camisa negra que tenía en el regazo. Le dolieron las ampollas de los dedos cuando se quitó la camiseta, pero metió los brazos en las mangas de la nueva camisa y, cuando le quedó abierta y colgándole en los costados, se miró la larga hilera de botones y después volvió a mirar a la mujer.

Mabel le abotonó la camisa. Sostuvo la tela a distancia de los pechos de Lily para no rozárselos con el movimiento de las manos y sus dedos dejaron tras de sí un aroma a colonia. Al terminar, miró a Lily a los ojos y dijo:

—El secretismo no siempre es malo, ¿sabes?

—¿No? —Lily se acordó de los zapatos.

—Las confesiones son un problema —dijo Mabel—. Por lo menos en las amistades. El que las recibe no siempre puede soportar esa carga. Por eso siempre me ha parecido maravilloso que haya un cura en un confesionario y que la persona culpable le susurre por un agujero a ese oído capaz de oírlo todo. Freud lo entendió también, con su diván. No hacía falta mirar al analista. Ahora todo se ha perdido. La gente mira a los ojos de sus psiquiatras.

Lily miró a Mabel a la cara. La mujer apartó la vista y la dirigió a la ventana.

—Me pregunto si esta noche estará otra vez de vigilancia. Sea quien sea, algo trama. —Esbozó una sonrisilla débil que inquietó a Lily. Se

veía fuera de lugar. Luego caminó hasta la ventana y apartó la cortina. Fue un movimiento al mismo tiempo dramático y tímido, pero Lily no acertó a ver si Mabel se estaba burlando de sí misma o no—. «Soy ese risueño vagabundo de la noche» —dijo mientras miraba por la ventana. Lily reconoció la frase de Puck—. Pues no —añadió—. Quizá sea demasiado temprano. —Se dio la vuelta—. Pero volverá.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Se lo oí en los pasos. Tenía asuntos sin acabar.

Mabel le dio a Lily un sándwich e insistió en que se quedara la camisa, que era de seda y seguramente cara. Lily protestó, pero terminó cediendo.

Antes de irse a visitar a Ed, Lily se detuvo en el rellano para despedirse de Mabel. La anciana se inclinó hacia delante y le puso los labios en la mejilla. Apenas le rozó la piel, pero a Lily le duró la sensación del beso mientras bajaba la escalera y salía por la puerta de la calle. Cuando abrió la puerta del hotel Stuart, todavía podía sentirlo, como si los labios de Mabel le hubieran dejado una huella en la cara.

La historia que Lily le contó a Ed para explicarle el corte y las quemaduras no solo resultaba verosímil, sino que lo era más que la verdad. Le dijo que había resbalado en la cocina del trabajo y se había agarrado a los fogones para detener su caída, pero en vez de recuperar el equilibrio se había quemado los dedos y se había estampado la cabeza contra la puerta del horno. Mientras lo contaba, lo visualizó como si fuera un recuerdo real, y en cierta medida la nueva versión suplantó a lo que había sucedido de verdad. Una ficción insulsa ocupó el lugar de una realidad ridícula, por la simple razón de que parecía más real que la realidad. Ed creyó a Lily y Lily estuvo a punto de creerse a sí misma.

Acostado a su lado aquella noche en la estrecha cama, Ed habló con ella. No fue una conversación, sino un monólogo. Ed observó el techo y empezó a describirle su cuerpo, parte por parte. Comenzó por su cabello y de allí pasó a la frente, incluyendo la herida. Describió sus cejas, sus ojos, su nariz, su boca y su barbilla. Despacio y con meticulosidad, descendió por su cuerpo sin necesidad de mirarla, ofreciendo tantos detalles que Lily sintió que su cuerpo ya no le

pertenecía, y aunque quería que Ed la tocara, no se lo pidió, porque el sonido de la voz de él en la habitación a oscuras la llenaba de un placer tan intenso que no quería que se detuviera. Cuando su descripción llegó a la punta de los pies, se los besó. Lily se preguntó a cuántas mujeres había llevado a la desesperación a base de hablarles así; sin embargo, cuando le besó las quemaduras de las yemas de los dedos, tan suavemente que el ligero dolor que le causaron sus labios únicamente la hizo feliz, Lily se olvidó por completo de las demás mujeres. A fin de cuentas, no tenían ni nombres ni caras, a excepción de Elizabeth, que no era más que un nombre.

Lily se despertó en mitad de la noche para hacer pis, se puso de pie y, antes de abrir la puerta del baño, caminó hasta la ventana y miró su edificio al otro lado de la calle. Había una sola luz encendida, en la sala de estar de Mabel. Lily supuso que sería la lámpara del escritorio y que Mabel todavía estaría trabajando en su libro de madrugada. A continuación, buscó por la calle indicios del hombre que Mabel aseguraba que montaba guardia allí, pero no vio a nadie. Nada más apartar la cabeza para alejarse de la ventana, sin embargo, oyó un ruido por debajo de ella, quizá en la escalera misma del hotel. Apartó la mosquitera y asomó la cabeza por encima del borde para ver quién era, pero tampoco vio a nadie; solo lo oyó alejarse corriendo por el callejón anexo al hotel. Siguió escuchando, pero fuera quien fuese había dejado de moverse o bien se había alejado demasiado para oírlo.

El domingo por la tarde, Mabel aceptó la invitación de Ed y Lily para visitarlos en el hotel Stuart y a la media hora de llegar se desmayó. Nada más verla entrar tropezando por la puerta, con camisa de color violeta pálido y pantalones negros estrechos y rodeada de una nube de perfume, Lily sintió la excitación nerviosa de la mujer. Se dedicaba a hablar por los codos, pasando de un tema a otro con voz aguda y trémula mientras hacía gestos con las manos para recalcar sus ideas. Había empezado a hacer calor y humedad, y la lluvia, que el día anterior había sido una simple llovizna, mantenía su amenaza. Ed le dio la vuelta al cuadro de Dolores para enseñárselo a Mabel y después al de Stanley. Ella los examinó con atención, aunque sin dejar de hablar. Le interesaron especialmente las viñetas narrativas de la parte superior de los lienzos, y se embarcó en una explicación de la

memoria que la comparaba con ir caminando por una casa, habitación tras habitación. Ed pareció entenderla perfectamente, pero a Lily le costó seguirla. Mabel dijo que ella misma usaba aquel «recurso» para recordar discursos o textos, y que lo que le parecía más importante eran las «paredes». Ed le dio la vuelta al retrato de Tex y Lily vio que Mabel lo miraba y se desmayaba. Se cayó tan deprisa que, si Ed no hubiera estado a un par de palmos, habría aterrizado en el suelo. Ed llevó a Mabel a su cama, la acostó y le buscó el pulso.

—No creerás que ha sido la pintura, ¿verdad? —dijo en voz baja—. Quizá la desnudez le ha causado un shock. El pulso lo tiene bien.

—No es de esa clase de señoras mayores, Ed. Además, solo los hombres creen que ver un pene es una gran cosa. A las mujeres nos trae sin cuidado.

Él sonrió al oír su comentario y dirigió su atención a Mabel. Segundos más tarde, la mujer abrió los ojos, pero en aquel momento previo Ed había mirado a Mabel con una expresión tan intensa que Lily se quedó desconcertada. Mabel se movió y se despertó, y su cara blanca como la cera recuperó rápidamente el color.

—Qué vergüenza, por favor —gimió.

—Es el calor —le dijo Lily—. Y los nervios.

Mabel se incorporó hasta sentarse y miró a Ed.

—No lo entiendo —dijo lentamente—. Ha sido la pintura, claro. Me pasó otra vez hace muchos años, cuando era estudiante, y encima con una reproducción, si os lo podéis creer. El profesor nos pasó una imagen de aquella famosa pintura del Cristo muerto de Grünewald. Le eché un solo vistazo y me desplomé. Por entonces no sabía la impresión que le había causado aquella misma pintura al pobre Dostoievski, pero me reconfortó un poco leer sobre su reacción. —Mabel escrutó nerviosamente la habitación durante un momento y por fin volvió a mirar a Ed—. Quizá cuando lo expongas el público caerá como moscas. ¿No sería emocionante?

—No te excites demasiado —le dijo Lily, dándole una palmadita a Mabel en las manos.

Ed miró a la anciana con atención.

—Quiero pintarte —dijo. Ladeó la cabeza y se quedó mirando primero el cuello de Mabel y después sus piernas.

A Lily no le gustó que mirara a Mabel de aquella manera, pero la mujer pareció contenta. Puso la espalda recta y levantó la barbilla.

—¿Sí? —dijo.

—Sí, lo quiero de verdad. Es todo un compromiso, ya te imaginas. Empezaría a dibujar ya mismo y tú tendrías que hablarme durante horas y horas. Es un poco como meterse en un hoyo con alguien, lo cual, francamente, puede resultar desagradable. Luego está el problema de encontrar una historia para las viñetas. A veces a la gente le cuesta. Pago por horas, claro, no mucho, pero...

Mabel lo interrumpió:

—Acepto.

Ed le cogió las manos y le dijo:

—Pues empezamos mañana.

Lily los miró. Los había presentado ella y ahora, cuarenta minutos después de conocerse, ya estaban hablando de meterse en un hoyo juntos. Lily comprendió que seguramente no habría pasado de no haberse desmayado Mabel. No podía explicar por qué lo creía, pero lo creía, y los miró a ambos con un recelo nuevo. Había querido que se cayeran bien, pero no tanto, y mostró su reticencia a aquella repentina simpatía mutua a base de no hablar apenas. Después de su desmayo, Mabel parecía más tranquila, aunque siguió hablando, sobre todo del retrato de Tex y de lo que había en él que ella no había querido ver.

—Esta noche me voy a poner con mi libro —anunció.

Se la veía feliz, casi orgullosa de haberse caído redonda a raíz de ver una pintura. Cuando Lily dijo que no creía que hubiera sido la pintura sino el calor, tanto Ed como Mabel le dirigieron una mirada escéptica, de forma que abandonó aquel argumento. Pese a sus ganas de hablar de la pintura, Mabel no quiso volver a mirarla. Ed la puso de cara a la pared, escondiendo a aquel grandullón con sus feas fantasías. Lily miró el dorso del lienzo y, deseosa de que Mabel dejara de ser el tema de conversación principal de la tarde, le preguntó a Ed cómo era en realidad Tex.

—¿Cómo es en realidad? —dijo él—. No lo sé. Le encantan los forajidos, los personajes del salvaje Oeste. Se trajo un arma a una de las sesiones, una pistola del 45 enorme; me dio un miedo mortal, para seros sincero. Pero tuve la poderosa sensación de que, si él veía mi miedo, la cosa acabaría mal, de manera que hice lo posible por mantener la calma. Resultó que la pistola no estaba cargada. Tuvo la amabilidad de enseñarme la recámara vacía y luego se sentó para posar. En realidad, la pistola era un adorno, no necesitaba balas. —Ed

hizo una pausa—. Me contó que le habían prohibido participar en la representación del robo de Jesse James y que aquello le había roto el corazón.

—No —dijo Lily—. Le dijeron que no podía ser Jesse James, pero era el único papel que él quería.

Ed asintió con la cabeza.

—Jesse James no para de aparecer. El otro día, Dolores me dijo que lo había visto.

—¿La Dolores de la pintura? —preguntó Mabel.

Ed asintió de nuevo. Sus ojos adoptaron una expresión distante.

—Había estado bebiendo y no se acordaba bien de los detalles, pero dijo que lo había visto en el bosque, o bien había visto a su fantasma, saliendo de una cueva. —Hizo una pausa—. Es horrible, en realidad, ahora que lo cuento. Según Dolores, iba cargando la cabeza de una mujer.

Lily miró a Mabel, que se había girado hacia Ed.

—¿Qué?

—Es lo que me dijo. Cosas de borrachos, supongo.

Mabel frunció el ceño.

Aquella historia absurda intranquilizó a Lily más de lo que le habría gustado admitir, de manera que no dijo nada. Le recordaba a otra historia que no conseguía ubicar. Se frotó la ampolla del dedo índice contra la ampolla del pulgar y sintió que el líquido que había en ellas se movía de un lado a otro.

Ed miró a Mabel. Lily deseó que la mirara a ella.

—La verdad es que Dolores es una mujer inusual. Tiene una especie de inteligencia instintiva.

—No todo el mundo usaría ese adjetivo detrás de ese sustantivo —dijo Mabel—, pero te entiendo.

Lily carraspeó. Ed y Mabel la miraron.

—Supongo que la cabeza también era de un fantasma, ¿no?

—No me lo dijo. —Ed sonrió.

Lily le devolvió la sonrisa. Se desperezó en su silla.

—Tengo calor —dijo, y siguió mirándolo a los ojos. Se desabrochó tres botones de la camisa, se la sacó por fuera de los pantalones y se la ató por debajo de los pechos. Notó que los dos la estaban mirando y la puso feliz saber por qué la miraban—. Ya está, mucho mejor —dijo. Volvió a desperezarse lentamente, echando los hombros hacia atrás y

levantando los brazos por encima de la cabeza para ensanchar la franja de piel desnuda de debajo de su camisa. Luego miró a Ed y se mordió el labio.

Él la miró con cara de recelo y, mientras sonreía, negó con la cabeza para transmitirle una reprimenda afable. La expresión le provocó a Lily una fantasía repentina: se imaginó que empujaba a Ed al suelo y que se le subía encima. Sonrió, cruzó las piernas y se giró hacia Mabel, cuya cara dejaba claro que no se había perdido ni un segundo de aquel intercambio entre Lily y Ed.

Mabel miró a Lily con los ojos entrecerrados. No hizo intento alguno de esconder su ironía.

—Lily Dahl —dijo, como si le gustara cómo sonaba aquel nombre—. Enseñémosle Hermia al señor Shapiro. —Hizo una pausa—. La pelea. Me sé los diálogos de Helena.

—¿Ahora? —dijo Lily.

Mabel asintió con la cabeza.

—Me parece un momento inmejorable. Será nuestro ensayo. Cuando terminemos, me marcharé. Tú empiezas: «Oh, embaucadora».

Lily y Mabel representaron la escena tres veces para Ed. Mabel hacía mucho mejor de Helena que Denise. La tercera vez la mujer levantó la cara para mirar a Lily y dijo:

—«Hermia, querida, no me tengas tanta amargura. / Siempre te quise, Hermia, / siempre guardé tus secretos y nunca te hice mal». —Lily escuchó aquellas palabras y se ruborizó.

A las diez en punto de la mañana siguiente, Bert le dijo a Lily que acababa de ver entrar a Mabel Wasley por la puerta del hotel Stuart. Lily se giró de inmediato hacia la calle, pero Mabel ya había desaparecido en el interior. Le habría gustado haberla visto, aunque solo fuera para saber qué ropa llevaba. ¿Cómo había decidido vestirse Mabel para ir al «hoyo»? Luego trató de imaginarse la conversación entre Ed y ella. Vio a Mabel haciendo gestos dramáticos mientras Ed se inclinaba sobre ella con aquella expresión absorta que le había visto tras el desmayo. Me pregunto por qué no quiere hacerme un retrato a mí, se dijo Lily. Era la primera vez que pensaba en sí misma como alguien a quien Ed podría pintar, pero nada más pensarlo se sintió mal. ¿Por qué había querido Ed pintar a Mabel pero a ella no? Lily se

acordó de las pinturas y vio a todos los modelos en sus lienzos: Dolores, Tex y Stanley. Eran todos retratos muy privados, pensó. De hecho, cada vez que pensaba en aquellos cuadros, le daba la sensación de que lo que estaba pintando Ed era la intimidad misma: gente que te miraba directamente, pero que al mismo tiempo estaba sola. Debía de elegir a la gente por alguna razón, ¿verdad? De pronto Lily tuvo la sensación de que a ella no la iba a elegir nunca, y de que a sus modelos pictóricos les reservaba una clase especial de intimidad. Intentó verse a sí misma como uno de ellos. ¿Qué podría decir en las viñetas si él se lo pedía? Lily vio el terreno donde había estado la casa de sus abuelos. Los nuevos dueños la habían demolido y ahora era como si nunca hubiera estado allí. Pero esa no es *mi* historia, pensó. Y cuando se acordó de que Mabel y Ed estaban al otro lado de la calle, a Lily le molestó que estuvieran juntos. Se imaginó a Mabel con un batín de seda holgado y sintió una punzada de remordimiento por la ropa que llevaba ella. Casi oía hablar a la mujer: un torrente de frases llenas de nombres de gente de la que Lily no había oído hablar nunca. Cuando salió del café, ya estaba especulando con la pintura de Mabel que Ed debía de estar haciendo. Se imaginó a la mujer de la misma forma en que la había visto el día anterior: un cuerpo pequeño sobre el estrecho camastro, sin color y casi sin vida, el retrato de un cadáver. A Lily le pareció una imagen reconfortante.

Se detuvo frente a la puerta de Ed y los oyó hablar. La voz de él era grave, confidencial y un poco vacilante. No oyó lo que decía, pero pensó que sonaba exactamente igual que como ella se la había imaginado. El sonido le puso tensos el cuello y la mandíbula. Luego oyó contestar a Mabel con voz mucho más aguda:

—Tenía un ojo azul y el otro castaño. Un rasgo poco común y que, en cuanto lo ves, ya resulta fascinante. Tardé un poco en verlo, pero cuando lo vi ya no pude dejar de mirar aquellos ojos distintos. Creo sinceramente que, si hubiera tenido los ojos del mismo color, yo no habría reaccionado como reaccioné. Era preciosa y también muy callada. Si me hubiera hablado, todo habría sido distinto. Supongo que me enamoré de ella sin admitirlo ante mí misma ni ante ella ni nadie hasta pasados veinte años, que fue cuando me permití pensar en ello. Era como una gata, en serio, o quizá como una gata embrujada. No tenía bondad, pero tampoco era una mala persona. Estaba vacía de cualquier consideración moral. Yo le daba masajes en la espalda y en

los pies y recuerdo que me incomodaba tocarla. No era solo una sensación de algo prohibido. Aquel vacío que había en ella me asustaba. Pero sabía más de mí que yo misma. Me tomaba el pelo como hacen los amantes, se regodeaba en mi devoción igual que en la de los demás, simplemente porque le gustaba. Y luego se marchó, se escapó. No volví a verla nunca…

Lily dio media vuelta y se alejó por el pasillo. Se marchó en silencio pero deprisa, con el pulso latiéndole en los oídos, y llegó corriendo hasta su habitación. Fue directamente al armario, cogió la bolsa de lona del suelo y la tiró, sucia como estaba, sobre la cama. Sacó los zapatos y los miró. Les dio la vuelta con las manos y pellizcó el cuero raído con los dedos. El fuego los había teñido de colores: negro, marrón, ocre, amarillo. Las inmediaciones de los tacones tenían quemaduras en forma de manchitas y salpicaduras, pero las punteras de ambos zapatos estaban calcinadas. Se los acercó a la cara y los olió, inhalando el aroma a ceniza y luego aquel hedor que recordaba del fuego. Tengo que deshacerme de ellos, se dijo, pero no pudo reunir el valor necesario para tirarlos a la basura. Los dejó uno junto al otro en el suelo y se los quedó mirando un momento. Son los zapatos más lamentables que he visto nunca, pensó, y luego, con movimientos lentos y deliberados, se quitó las sandalias y se los puso. Uno se rompió. El otro le bailaba por debajo de la planta del pie. Sin saber por qué, Lily se sintió cruel llevando aquellos zapatos calcinados y echados a perder, y acto seguido decidió que era algo que quería sentir. Sin quitárselos, puso la alarma para despertarse a la hora del ensayo, se acostó en su cama y cerró los ojos. Estaba soñando cuando la despertó la alarma, pero fuera cual fuese su sueño, murió al sonar el despertador y escapó a su recuerdo.

Lily sospechaba que debía de ser por su estado de ánimo, pero aquella noche la obra cambió para ella. En la primera escena, cuando el señor Pumper recitó el discurso de Egeo exactamente igual que siempre, Lily oyó por primera vez la amenaza en él: «Solicito los antiguos privilegios de Atenas; / dado que es mía, puedo hacer con ella cuanto me plazca, / puedo entregarla a estos caballeros / o darle muerte según nuestras leyes». Y oyó también la violencia de las palabras de Teseo: «No eres para él más que una figura de cera / moldeada por sus

manos y sometida a su poder, / al poder de dejarte como estás o destruirte». La metáfora, que hasta entonces no había entendido, cobró vida de golpe, y Lily vio la imagen de una joven con la cara y el cuerpo aplastados por el puño de un hombre. Se acordó de Mabel frente a su ventana, cuando habían estado ensayando diálogos juntas. «Solo hace falta un pequeño giro —le había dicho moviendo los dedos como si estuviera sosteniendo un tornillo—, y la comedia se convierte en tragedia.»

A lo largo de la obra oyó palabras y expresiones que no recordaba haber oído antes, y detrás de toda aquella gente familiar, detrás de sus camisetas y shorts e interpretaciones torpes y momentos de olvidar los diálogos, y de las instrucciones que les daba la señora Wright para que fueran «livianos» y «caminaran flotando», y detrás del ruido de martillazos y sierras de los tramoyistas de la planta baja, e incluso detrás del calor bochornoso que flotaba en la sala como si fuera algo sólido, sintió la presencia de otra obra teatral que era casi real, o por lo menos igual de real que los recuerdos. Por mucho que no pudiera oler realmente los árboles, los cardos y las madreselvas, se acordaba de haberlos olido, y se acordaba también de la sanguinaria que florecía a principios de la primavera a la sombra de los bosques, y de los botones de oro que brotaban en el prado, y de las hierbas altas infestadas de saltamontes, que saltaban y temblaban cuando ella las cruzaba, y se acordaba de haber salido del arroyo para encontrarse las piernas cubiertas de sanguijuelas negras, y de haber corrido a casa evitando mirar hacia abajo, y por fin se imaginó que entendía el mapa que le había hecho Martin de ambos lugares, y le entraron ganas de irse a casa, a la casa donde había vivido con sus padres antes de hacerse mayor, antes del cáncer de su padre, antes del café Ideal y antes de Ed y Mabel, de volver a todo aquello que recordaba, al algodoncillo y las bostas de vaca y el arroyo.

Aquella noche los actores tuvieron acompañamiento musical por primera vez, un cuarteto de cuerda que tocaba bien. Lily se dio cuenta de que sin la música seguramente no sentiría lo mismo. En aquellos momentos, la música fue para ella emoción pura, no un reflejo de sentimientos, sino un sentimiento en sí, y escuchándola allí, después del mal día que había tenido, cayó en un estado parecido a una fiebre baja. Ligeramente mareada y con dolor en las articulaciones, interpretó el papel de Hermia como si estuviera en trance.

Cuando se terminó el ensayo y la música tocó a su fin, Lily intentó recuperar la plena conciencia, pero le resultó difícil escuchar a nadie o fijarse en los demás actores hasta que Ruth Baker se le acercó con un rollo grande de tela blanca en brazos y le dijo:

—Esta es la tela para ti y para Denise. ¿Te gusta?

Lily se quedó mirando la blancura y parpadeó.

—Te veo en la sala de vestuario para tomarte las medidas.

—Vale —dijo Lily.

—¿No has oído el anuncio de Barbara?

Lily miró la cara redonda de la señora Baker y luego la barriga que le abultaba por encima de los pantalones caqui.

—Lo siento, debía de estar en Babia.

Nada más entrar por la puerta de la sala de vestuario, Lily vio a Denise de pie sobre un taburete bajo. La señora Baker estaba de pie en el suelo junto a ella con una cinta métrica y Martin Petersen estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas al estilo indio y un pedazo largo de tela sobre las rodillas. En una mano tenía un cuadernito y en la otra, un lápiz. La bombilla desnuda del techo intensificaba la palidez de Martin, pero aun así Lily tuvo la impresión de que su piel estaba perdiendo color cada día que pasaba. Estoy segura de que es más pálido ahora que hace una semana. ¿Y qué hace aquí?

—Martin me está ayudando —dijo la señora Baker, como si Lily le hubiera hecho la pregunta en voz alta.

Ella asintió con la cabeza y vio a Denise bajar del taburete. Era normal que Martin echara una mano, ¿no? A fin de cuentas, trabajaba de manitas. Entonces, ¿por qué sentía que su presencia estaba calculada, que tenía algo que ver con ella?

Lily caminó hasta el taburete y miró cómo Denise se marchaba de la habitación. Sus andares la pusieron de mal humor. Eran envarados y presuntuosos. Se le están oscureciendo las raíces, pensó Lily, y sintió que la señora Baker le movía la cinta métrica a lo largo de la pierna. La mujer dictó los números y Martin los apuntó en el cuaderno. Lily bajó la vista para mirarlo un momento y vio que tenía tres agujas clavadas en la tela de su camisa. Estaba encorvado sobre la página, y las agujas resplandecieron un instante bajo la luz.

La señora Baker chasqueó la lengua mientras trabajaba.

—Ay, chicas —dijo—. Qué tallitas tan diminutas tenéis. Aunque,

claro, hace quince años y cuatro hijos yo también tenía sesenta y cinco de cintura. Ahora cuesta de creer, pero guardo el vestido de boda, que es la prueba.

Mientras sentía cómo la señora Baker le rodeaba la cintura con la cinta métrica y la tensaba, Lily oyó respirar a Martin y el sonido la hizo sonrojarse. Oyó cómo su lápiz raspaba el cuaderno. Cerró los ojos un momento y se sintió mareada. Se bamboleó sobre el taburete. La señora Baker la cogió del hombro.

—Lily, ¿estás bien?

Miró la cara preocupada de la señora Baker.

—Sí —dijo—. Solo he perdido el equilibrio.

—Ya hemos terminado, querida.

Lily se bajó del taburete y la señora Baker salió de la habitación, murmurando para sí algo sobre Titania y las lentejuelas.

Lily miró a Martin. Vio que había dejado la tela a un lado y que tenía la bragueta de los vaqueros medio abierta. Por un momento se imaginó el pene, los testículos y el vello púbico que había bajo la tela vaquera, y el sexo de Martin le pareció real por primera vez. Tras mecerse un par de veces hacia delante y hacia atrás, él le dijo:

—¿P-por qué no vienes a mi casa ahora? Podemos charlar un rato. T-t-te quiero enseñar una cosa. —Hizo una pausa y, cuando volvió a hablar, Lily le detectó una música apenas audible en la voz—. Creo que deberías venir ahora. El bosque está justo detrás de la casa.

Se quedó mirando primero a Martin y después una capa de terciopelo violeta que tenía arrugada a su lado. Sin quitar la vista de encima del terciopelo, le dijo:

—¿Qué has dicho del bosque?

Martin le citó lo que le decía Oberón a Puck cuando el rey de las hadas mandaba a su escudero a encontrar la hierba que ha de hechizar a Titania. Cada vez que oía aquellas frases, Lily se imaginaba lo mismo: la flecha de Cupido trazando un gran arco hasta alcanzar su objetivo en campo abierto. Martin no tartamudeó para nada:

—«Cayó sobre una florecilla de poniente / que, blanca como la leche, se tiñó de carmesí, / y ahora las doncellas la llaman "letargo de amor"». —Y se la quedó mirando con firmeza y atrevimiento. Ya no hablaba en absoluto como Martin Petersen. La cita era un desafío.

—¿Por qué no? —le dijo ella. Sacudió la melena que le colgaba tras la espalda y lo miró directamente a los ojos.

Si se quedó sorprendido, Martin no lo demostró. Se puso de pie, tartamudeó algo sobre su camioneta y Lily lo siguió afuera. Mientras caminaba tras él, supo que estaba cometiendo una equivocación, pero era una equivocación que quería cometer. Si no hubiera sido por Ed, no estaría yendo a casa de Martin. Si estaba con Martin, no podía estar con Ed, mientras que si se quedaba en casa no podría refrenarse de ir al hotel Stuart. Al mismo tiempo, la atraía Martin y le producía curiosidad aquella casa que le habían prohibido visitar.

Sentado junto a él en su camioneta, Lily se dedicó a contemplar la carretera que tenían por delante mientras Martin conducía en silencio, dejando atrás la residencia de ancianos Dilly y Courtland Hill hasta llegar a la autopista. Los asientos despedían un tenue olor químico. Lily iba sacando el codo por la ventanilla y pegada a la portezuela a fin de estar lo más lejos posible de Martin. Dejó que la brisa le golpeara la cara y contempló la noche. Durante unos segundos no fue consciente de que Martin se había puesto a hablar, pero luego se giró hacia él y lo oyó farfullar:

—¿Sabes qué es la «florecilla de poniente»?

—No —dijo Lily.

Martin hizo una pausa.

Lily no lo miró, pero aun así notó el esfuerzo que estaba haciendo para decir la palabra siguiente:

—El p-p-pensamiento.

—¿En serio? —dijo Lily, y se acordó de los pensamientos que su madre solía tener plantados en macetas antes de trasplantarlos al suelo; algunos tenían los pétalos blancos con una mancha de color violeta intenso o azul en el centro—. Tiene sentido —dijo—. Lo veo.

Martin asintió con la cabeza. Lily le miró el perfil de la cara a la luz del salpicadero. Él puso la palanca en segunda marcha. Lily se reclinó en su asiento y pensó que a veces la experiencia era buena por sí misma, que por lo menos Martin Petersen era un personaje interesante y que también aquello podía ser una aventura.

Conducía deprisa; no a lo loco, pero sí deprisa, y Lily le notó cierta urgencia. Pasaron por delante de la casa de los Bodler y Lily vio una sola luz encendida en el piso de arriba; luego miró las montañas de chatarra, recortándose en forma de siluetas negras sobre los árboles de detrás, y sintió una punzada repentina de expectación. Martin se metió por un camino de grava que pasaba debajo de un dosel de

árboles y se detuvo frente a la casa diminuta. Estaba completamente a oscuras.

Nada más parar el motor, Lily oyó grillos en la hierba. Abrió la portezuela y Martin le gritó:

—¡Esp-p-pera!

Se quedó tan sobresaltada que obedeció. Vio que Martin daba la vuelta corriendo por delante de la camioneta, aparecía junto a su portezuela y extendía la mano para ayudarla a bajar. Lily le siguió el juego.

—Gracias, amable señor —le dijo.

Cuando la tuvo de pie a su lado, él le hizo una reverencia acompañada de una floritura con la mano.

Llegaron a la casa y Martin encendió la luz del porche. Lily miró a su alrededor y vio una planta moribunda sobre una mesilla, con las hojas tan marchitas que resultaba irreconocible. Martin abrió la puerta de la casa y Lily se detuvo detrás de él. El olor que había notado en la camioneta era más intenso en la casa: pegamento o alguna otra sustancia química. Entraron directamente en lo que debía de ser la sala de estar. Martin encendió la luz. No había más muebles que un sofá ajado, un par de sillas de respaldo recto y una mesa. Martin le dijo que se sentara y Lily caminó hacia el sofá, preguntándose por qué aquella sala la hacía sentirse mal. Se acordó de que el padre de Martin tenía unos labios sin apenas carne, y por alguna razón le vino una imagen repentina de él empuñando un rifle y atravesando un prado con pasos pesados, aunque no se acordaba de dónde venía la imagen. La sala no tenía estanterías, aunque sí libros amontonados por todas partes, y después de sentarse Lily leyó algunos de sus títulos: *Anatomía de Gray*; *Stalin: una biografía*; *El moho y sus muchos usos*; *Dibujar la figura humana*; *El Tercer Reich*; *La Eva futura*; *Planeta sin números*. También vio un montón de novelitas de bolsillo de ciencia ficción y detectives y por lo menos una romántica titulada *Baxter Manor*. En la esquina más próxima vio un montón de tablones y una caja de herramientas en el suelo junto a un montón de ropas o telas viejas, unas tijeras de gran tamaño, trozos de gomaespuma, carretes de hilo, tubos de pintura y varios cuchillos dispuestos en una fila pulcra. La luz del techo no iluminaba lo bastante aquella esquina, y entre sus sombras Lily también distinguió formas vagas de cosas que no pudo identificar. Los cuchillos la inquietaron, pero se dijo a sí misma que a

la luz del sol seguramente se verían inocentes.

Apartó la vista para inspeccionar la esquina opuesta de la sala, donde reparó en una mecedora con un pedazo grande de tela negra echado sobre el brazo. Pegado con cinta adhesiva a la pared había una especie de *collage* superpuesto a un mapamundi. El mapa parecía dibujado a mano, y a Lily le recordó al que le había regalado Martin. Sobre él y a su alrededor había recortes de diarios y fotos en color de revistas; algunos se veían rasgados y otros pulcramente recortados. Se levantó del sofá, echó a andar hacia allí y oyó que Martin gruñía detrás de ella, pero fingió no oírlo. De pie frente al *collage*, Lily se fijó en que tenía la parte central vacía: no había ni fotos ni dibujos ni nada. Sin embargo, como aquella parte estaba rodeada de tantas cosas, el vacío parecía significativo. Luego miró la foto de un niño famélico, seguramente sacada de un anuncio de alguna organización humanitaria tipo Save the Children o CARE. A su lado Martin había pegado una fotografía sacada de una revista de moda que mostraba a una joven modelo con vestido de noche. La yuxtaposición era obvia y horrorosa, pero al mirar con más atención vio que tanto la modelo lánguida como la criatura desgraciada tenían expresiones extrañamente similares. Se dedicó a observar los artículos y las fotos uno por uno: una vieja fotografía de Vietnam, artículos sobre John Wayne Gacy, Jack el Destripador, June Putkey, la chica de Webster que había apuñalado a su madre hacía un par de años, un artículo con el titular: «Miles de personas visitan una estatua supuestamente milagrosa de la Virgen», una fotografía de una fosa común abierta de víctimas de un campo de exterminio, más anuncios de ropa, cerveza, cigarrillos, imágenes de jardines con fuentes, flores y árboles. Vio varios recortes de la prensa sensacionalista, entre ellos: «Hombre sobrevive a trasplante de cabeza», «El padre de mi bebé es un extraterrestre» y «Cementerio satánico descubierto en Utah. Científicos encuentran cientos de cráneos con cuernos». Justo al lado de un anuncio de dentífrico que mostraba a una joven con dientes blancos como la nieve, Lily vio una estrella al lado de Bergen-Belsen; debajo de la estrella Martin había dibujado un cajón parecido al que le había dibujado a ella, aunque más estrecho. Lily cerró un momento los ojos. Se le tensaron los músculos de los hombros. Sintió que tenía a Martin detrás y se giró rápidamente hacia él.

—¿Qué es esto, Martin?

Él la miró con expresión serena y los labios fuertemente cerrados. Lily observó que le temblaba un poco la cabeza y le vio la lengua y los dientes. Tartamudeó algo ininteligible.

—¿Cómo soportas tener todas estas cosas en la pared y verlas todo el tiempo? —dijo Lily. Apoyó la mano en el respaldo de la mecedora y sintió que se bamboleaba al tocarla. La tela negra que colgaba de su brazo le rozó la pierna. Dio un paso atrás.

Martin señaló el anuncio de una compañía telefónica que mostraba a una madre abrazando a una criatura en un jardín verde:

—T-también hay fotos bonitas.

—Ya lo sé, Martin, pero al lado de las otras parecen una broma, y todas esas modelos guapas y flores... No sé.

Martin se apartó de ella. Lo oyó luchar contra la consonante inicial y después las palabras le salieron con fluidez, pero con la misma cadencia musical que le había oído en la otra ocasión:

—Es una mezcla de unas cosas con otras. De lo que *existe*. Y todo tiene nombre. Todo se *llama* de alguna forma. —Se detuvo y señaló Auschwitz—. Incluso lo que no debería. Me gusta leer sobre muchos temas. También veo cosas por la tele. —Movió la cabeza en dirección a un viejo televisor con los costados de vinilo pintados para imitar grano de madera—. En blanco y negro, eso sí. No quiero color.

Se quedaron unos segundos en silencio. A Lily no le gustaba cómo olía la casa. Giró la cabeza hacia la puerta del dormitorio, que estaba abierta. Vio una cama sin hacer y cubierta de papeles sueltos, un escritorio y un par de palmos de cajonera.

—¿Qué querías enseñarme? —dijo—. Tengo que irme pronto.

Martin pasó por su lado y entró en el dormitorio. Ella oyó que abría y cerraba un cajón. Luego volvió con un pedazo de periódico y le pidió que volviera a sentarse, cosa que hizo.

—Es esto. —Y le dio el recorte amarillento de papel de periódico.

Lily miró la fotografía pequeña de una criatura, una niña de dos o tres años como mucho, con el pelo corto y oscuro. Tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Quién es?

—Becky Runevold.

—Creo que no la conozco.

—La mató su padre hace dieciséis años. —Martin hizo una pausa—. Hab-b-bría tenido nuestra edad hoy.

—¿Hoy? —dijo Lily—. ¿La conocías?

—No.

—Pero de eso hace mucho tiempo. ¿De dónde ha salido esta foto?

—Del *Pioneer Press*. La recortó mi madre.

—¿Tu madre conocía a su familia?

Martin negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué la tienes? —A Lily le salió una voz estridente.

Martin le quitó el pedazo de papel y se lo quedó mirando.

—Lo ves, ¿verdad, Lily?

—¿El qué?

—Que se parece a ti cuando eras niña.

Lily le quitó la foto a Martin.

—No es verdad.

Él la miró. Asintió lentamente con la cabeza.

—Que sí.

—Yo debería saberlo mejor que tú —dijo Lily.

Martin negó con la cabeza.

—N-no, normalmente son los demás quienes lo ven, no la persona. —Tensó los labios, asintió con la cabeza y dijo—: Es como si hubieras crecido ocupando el lugar de ella... en cierto sentido. —Martin tiró de la foto que tenía Lily en la mano y ella la soltó.

Lily se quedó mirando a Martin.

—No es verdad —dijo.

—No pasó en las Ciudades Gemelas. Fue a las afueras de Farmington. La ahogó en la bañera.

—¿Por qué? —preguntó Lily en voz baja.

Martin se encogió de hombros. Su expresión al mover los hombros era tranquila pero concentrada, con la mirada absorta en un pensamiento lejano. Por fin dijo:

—«Carecía de fondo».

—Te gusta de verdad esa obra, ¿no? —dijo Lily.

Martin se la quedó mirando con los ojos entornados, como si la tuviera a muchos metros.

—N-no —dijo.

—Siempre la estás citando.

A Martin le costó decir las palabras siguientes.

—Es más fácil que usar mis propias palabras —dijo por fin.

—Pero quisiste estar en ella —insistió Lily.

Martin asintió con la cabeza.

—Y el mapa, Martin. ¿Por qué me lo diste? —Lily tenía ganas de preguntarle por el cajón, pero se contuvo.

Martin apartó la vista. Se puso a mirar hacia la ventana y canturreó como un niño en un parque infantil:

—Está ahí ahora mismo.

—¿Quién? —dijo Lily.

—No está viva.

A Lily le dio un vuelco el corazón. Había cruzado varios límites desde que había aceptado acompañar a Martin a su casa, pero en ese instante decidió que aquel era el último.

—Quiero a irme a casa —dijo.

Martin se puso en pie de inmediato y echó a andar hacia la puerta. Por un segundo, Lily no entendió lo que estaba haciendo. Lo vio abrir la puerta mosquitera y cruzar a toda prisa el porche sin apagar la luz. Lo siguió y, cuando salió al porche, lo vio plantado junto a su camioneta y sosteniéndole la portezuela abierta.

Entró sin decir nada. Martin condujo todo el trayecto en silencio. Lily no sabía si aquel silencio implicaba rabia, mal humor o resignación. Su cara no transmitía nada. Pero ella tampoco quería hablar. Estaba sentada cerca de la portezuela y se dedicaba a contemplar la carretera, prestando atención a todos sus movimientos. Mientras él conducía, se imaginó patinazos y colisiones repentinos, la camioneta metiéndose en el carril incorrecto y abalanzándose contra unos faros que se acercaban. Cuando Martin detuvo la camioneta en Division Street, delante del café, Lily se giró hacia él. Se le veía muy joven en aquel momento, con aquella cara suave y el pelo corto a pesar de la moda. Lily miró su reflejo en el parabrisas y le dijo adiós. Martin se inclinó hacia ella, pero Lily tiró de la manija de la portezuela y salió a la calle de un salto. Martin se movió al asiento del pasajero y sacó la cabeza por la ventanilla.

—Ne dejarás que te pinte, ¿verdad que no, Lily?

Ella abrió la boca y se lo quedó mirando. Sabía a qué se refería, entendía que hablaba de Ed, y aun así dijo:

—¿De qué hablas?

—Es imp-p-portante que no te pinte. A ti no. —Martin hizo una pausa—. P-por tu bien, Lily.

Ella apartó la vista.

—Adiós, Martin —dijo.

Caminó por el callejón hasta la puerta trasera que llevaba a su apartamento y vio cómo se alejaba la camioneta de Martin. Luego miró al otro lado de la calle, en dirección a la ventana de Ed. Vio a dos siluetas en la luz: la de Ed y la de Mabel. Estaban sentados el uno delante del otro en las únicas sillas de la habitación. Lily vio que Mabel levantaba una mano y hacía un gesto hacia el techo. Todavía están hablando, se dijo. Se dedicó a mirarlos durante un minuto por lo menos antes de cerrar los ojos y contener la respiración. Sus ansias de ir corriendo con Ed y abrazarlo eran tan enormes que la tensión de refrenarse la hizo estremecerse. Luego, después de contar hasta cien para darse el tiempo suficiente, tiró de la puerta trasera, pero descubrió que alguien la había cerrado; sacó sus llaves y subió a acostarse.

Antes de quedarse dormida, a Lily le pareció oler que se quemaba algo: quizá fuera una fogata lejana y el viento traía su humo al pueblo. No es posible que los zapatos todavía apesten a quemado, ¿verdad que no? Se acordó del mapa y de las fotos de la pared de Martin y después del espacio vacío del centro. ¿Acaso lo iba a llenar algún día? Por alguna razón era aquel vacío lo que se le había quedado grabado, más que ninguna de las imágenes o palabras que había visto a su alrededor. No está viva, pensó Lily. Debía de haberse referido a aquella niña: Becky. Lily puso una cinta para olvidarse de Martin, de la niña muerta y de Ed y Mabel. Escuchó dos veces «Lo mejor de Aretha Franklin» y mientras lo escuchaba se imaginó a sí misma sobre un escenario con un vestido verde de lentejuelas. Se vio cantar *(You Make Me Feel Like) A Natural Woman*, y en su fantasía tenía una voz como la de Aretha, una voz que parecía bajar directamente del cielo.

Nada más poner la mano en el pomo de la puerta del café, oyó que la máquina de discos hacía clic y empezaba a sonar una canción: *Do You Believe in Magic?* Lily abrió la puerta y se encontró a Vince bailando y cantando a solas en el espacio que quedaba entre los reservados y el mostrador. Estaba de espaldas a ella, y Lily lo vio mecer las caderas mientras meneaba los dedos como una *flapper*. Vio orbitar la calva de su coronilla mientras movía los hombros y luego lo vio ir hasta la máquina de café haciendo el paso punta-talón. Lily sonrió. Tenía

gracia y ligereza para estar tan gordo. Lo vio inclinarse y cantar: «*... in a young girl's heart*». Hizo un giro de peonza, vio a Lily y, sin perder un solo golpe de ritmo, extendió la mano y le dijo:

—Baila conmigo, cielo. —Lily cogió la mano que Vince le ofrecía y bailaron juntos, contoneándose, entrechocando los culos y vociferando el estribillo al unísono.

Al acabarse la canción, Lily le dijo:

—Te veo de buen humor esta mañana.

Vince estaba jadeando y tenía la vena de la frente inflada.

—Tú también —dijo. Negó con la cabeza—. Se te ve preciosa, fresca y lozana. Supongo que el nuevo novio te sienta bien. —Vince hizo una pausa, vaciló y soltó de golpe—: ¿No es un poco mayor para ti, cielo? Como viejo que soy, siento que tengo que prevenirte. —Sonrió—. La edad no te hace mejor.

Lily se sonrojó.

—¿Sabes, Vince? Las cosas no las decide uno. Simplemente pasan.

—Sí, ya lo sé. —Volvió a vacilar, rascándose con vigor la parte superior del brazo—. Hank ha estado rondando por el café últimamente. He pensado que necesitabas saberlo.

—Pues no lo he visto.

—Porque ha estado viniendo a verme por las tardes. Anoche temprano me topé con él en la entrada del Stuart.

—¿Hank? —dijo Lily.

—Está bastante mal.

—¿Hank? —repitió Lily.

Vince echó la cabeza atrás con gesto de falsa sorpresa.

—Sí, Hank. ¿Te acuerdas de él? Un chaval alto y guapo. Saliste con él durante un año.

Lily chasqueó la lengua.

—Vince —dijo con voz quejumbrosa—. ¿Anoche?

—Eso mismo. Me quedé hasta tarde haciendo la contabilidad y al salir me lo encontré como un alma en pena en el callejón, con cara de perro apaleado.

—No me cuadra con Hank —dijo Lily.

—Se ha enterado de... —Vince señaló con la cabeza en dirección al hotel Stuart—. Me lo llevé a casa conmigo, le di la charla estándar mientras nos bebíamos una botella de bourbon..., el rollo ese de que ninguna mujer merece que estés así. Se fue a trabajar cocido.

—Fuiste muy amable, Vince.

—No es cosa mía, Lily, pero creo que deberías hablar con él.

—No cambiará nada.

Vince le cogió la mano derecha y le dio unas palmaditas.

—Ya lo sé, pero el problema de Hank es que no se lo puede creer. Simplemente no se lo puede creer.

Lily miró la calle y suspiró.

—Lo gracioso, Vince, es que todo es posible en la vida. O sea, romper con Hank es algo ordinario. Pasan cosas mucho más locas todo el tiempo. Y hay que estar preparado para ellas.

—Frank todavía no ha aprendido eso. Todavía cree en las reglas. La universidad, el posgrado, un buen trabajo, una mujer guapa y unos hijos listos y felices. —Miró con atención a Lily—. Supongo que nunca lo ha visto.

—¿No ha visto el qué?

—Lo que yo vi de inmediato: ese demonio insatisfecho y hambriento que tienes dentro y que se tumba delante de los trenes y se ríe de todo.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Ya es una leyenda, Lil'.

—Era una niña.

—Eras lo bastante mayor como para saber que estaba mal.

—Ya no hago esas cosas, Vince.

—No —dijo él, y se cruzó de brazos—. Ahora has pasado a otras más grandes.

—Para ya.

Vince miró por la ventana y entrecerró los ojos.

—Tengo plomo en el cráneo. Va a llover. Va a llover mucho y va a tronar.

Lily se rio.

—Llevas demasiado tiempo fuera de Filadelfia. Ya hablas como un viejo granjero.

—Como un viejo granjero y un cuerno —dijo Vince—. Llevo un barómetro en la cabeza desde los siete años. Mi abuela me llamaba *veleta*.

Vince tenía razón. El tiempo cambió. El cielo del amanecer se puso de color verde claro y poco después Division Street quedó igual de quieta que en una foto. A las seis y media entró Boomer con brío y los

tres sirvieron a unos pocos clientes madrugadores que comieron a toda prisa y se volvieron a sus casas rápidamente para que no los pillara la tormenta. Llegaron nubes negras, se levantó viento y se puso a aullar. A las siete encendieron la radio y oyeron a un hombre anunciar que se había declarado alerta de tormentas en Minneapolis y zonas circundantes, Webster incluido. Lily llamó a Bert para decirle que se quedara en casa y cerraron el café. La lluvia empezó a aporrear la calle. Los toldos de las tiendas crepitaron al viento y retumbaron truenos cercanos. Durante un par de minutos llovió tanto que perdieron de vista el hotel. Boomer pegó la nariz al cristal de la ventana y se puso a murmurar «Uau», con una regularidad imbécil que acabó por molestar a Lily.

Se sentaron los tres en un reservado y jugaron al póquer a siete cartas mientras se comían la tarta del día anterior y escuchaban traquetear la puerta mosquitera contra su gancho. Las alcantarillas se inundaron y en la calle el viento arqueó el árbol todavía frágil que había plantado hacía solo unos días el Comité de Embellecimiento de Webster. Lily confió en no haberse dejado la ventana abierta y después pensó en Mabel en su piso. Por un instante se imaginó a la viejecilla siendo arrastrada por el viento al exterior de su ventana y su cuerpo volando por encima de los tejados como si fuera un pañuelo.

—Te toca, Lily —dijo Boomer.

Miró al lavaplatos. Nunca se quedaba quieto. En aquel momento estaba meneando los hombros y la cabeza. Lily echó un vistazo a la camiseta de Elvis que llevaba, con la leyenda EL REY inscrita en letras enormes. Luego levantó la vista para mirarlo a la cara y observó sus ojos detrás de aquellas gruesas gafas sometidas a una nueva tanda de reparaciones caseras. Aparte de la cinta adhesiva en torno a la montura, tenían un alambre enrollado que asomaba hacia arriba desde la lente derecha con pinta de muelle suelto de somier. La combinación de las gafas absurdas con la cara del icono del rock and roll le daba al chaval aspecto de extraterrestre asimilado. Boomer le dijo en tono quejumbroso:

—Estás parando el juego.

—Relájate —dijo Lily, y examinó su mano. Sacó dos cartas y cuando vio la jugada, no parpadeó.

Vince meditó un par de segundos y puso una chapa de botella en el centro de la mesa.

—¿Os habéis enterado de lo de Dolores?

—No —dijo Lily.

—La han detenido.

—¿Por qué?

—Apuesto a que lo sé. —Boomer sonrió.

Lily miró el diente mellado del chico: un pincho blanco y pequeño en el frente de su boca.

Vince no hizo caso al chaval y se dirigió a Lily:

—Dicen que se ha colado en una de las cuevas de las afueras del pueblo.

—Estás de broma —repuso Lily mirando sus cartas.

—Le ha pagado la fianza tu novio —dijo Boomer.

Lily se sostuvo las cartas frente a la boca y la nariz y miró a Boomer por encima de su mano.

—¿Quién te lo ha contado?

Boomer se reclinó hacia atrás en su asiento del reservado y se cruzó de brazos.

—Tengo contactos en el departamento.

—Tú y todo el mundo —dijo Lily.

—No. Tú ya no. —Boomer canturreó las palabras con voz aguda y burlona.

Lily miró la expresión petulante de Boomer. Si no fuera el asqueroso que es, me daría lástima, pensó.

Vince suspiró ruidosamente y se rascó el cuello.

—Calla la boca, Boom —dijo Lily—. ¿Vas o no vas? Subo a tres.

La tormenta empezó a amainar sobre las once. Dejó de llover, pero las ráfagas de viento arrastraban objetos invisibles por la calle y el agua seguía fluyendo por las alcantarillas. Por los agujeros aislados de las nubes se filtraba una luz tenue y amarilla, y los edificios, la acera y los parquímetros estaban iluminados por un resplandor sin sombras que Lily no recordaba haber visto antes. Se quedó un minuto junto a la ventana, mirando. Antes pensaba que Dios estaba en las tormentas, pero ya no. Levantó la vista para contemplar la azotea del hotel Stuart y las nubes teñidas de amarillo y de gris. Se acordó de la foto de prensa que había visto la noche antes, y de pronto el simple hecho de que la gente viviera y muriera se le hizo extraño; no terrible, solo extraño. Miró afuera y se acordó del cuerpo de su abuelo después de que muriera en el hospital como consecuencia de su último infarto. Parecía más joven. Todo el mundo lo había comentado. A

continuación, se imaginó a Helen Bodler en su tumba. La vio arañar la tierra que tenía encima y empujar, empujar con todas sus fuerzas. Luego, en la imaginación de Lily, Helen conseguía desenterrarse a sí misma y sentarse en el suelo. Salía de la tumba recién cavada y Lily se la imaginaba de pie junto al hoyo alargado y poco profundo. La tierra le embadurnaba el pelo, le ensuciaba la boca y la nariz y le cubría las pestañas y las cejas. Ella se quitaba toda la que podía, le daba la espalda a Lily y echaba a andar por el camino de acceso, alejándose de la granja de los Bodler. No se daba prisa. Cuando ha sucedido un milagro, nadie se da prisa. Lázaro no podría haber corrido. Se limitó a ponerse de pie, pensó Lily, y a salir de la tumba con el sudario todavía puesto.

Aquella tarde el teléfono sacó a Lily de su habitación. Ya no soportaba ver más aquel chisme estúpido. Había levantado varias veces el auricular solo para colgarlo.

—Que llame él —le dijo al teléfono en voz alta—. Que me llame él si quiere.

En el apartamento de Mabel reinaba un silencio inusual; o bien estaba fuera o bien se había quedado finalmente dormida después de una noche de insomnio. Cuando miró la ventana de Ed, no vio nada, pero dio por sentado que Mabel estaría allí, y la idea la frustró. Decidió llamar a Bert.

—Que llame él —dijo Bert.

—Ya me temía que dirías eso —dijo Lily.

—Te lo digo tal como lo veo —dijo Bert—. Si él no te quiere, tú a él tampoco, ¿verdad? Es mejor enterarse ahora que más tarde.

Lily escuchaba. No dijo nada, pero lo pensó. Pues claro que lo quiero. ¿Desde cuándo dejas de querer a un tío solo porque no te quiera a ti? A veces, lo quieres incluso más.

—Sí, gracias, Bert —le dijo. Hablaron un par de minutos de la tormenta y, después de una pausa, Bert dijo:

—He oído que ha ido a Swensen's.

—¿Cómo? —dijo Lily.

—Shapiro ha ido a la funeraria. —Bert suspiró—. Les ha dicho que quiere dibujar a uno de los cadáveres. Y, en fin, el único muerto que tienen es el viejo Oscar Hansen…

—¿Quién te lo ha contado?

—El señor Swensen en persona. Dice que lo pilló por sorpresa, ya sabes. Que ha tenido que pedirle permiso a la familia, porque Oscar no podía decir ni que sí ni que no.

—Caray, Bert —dijo Lily—. ¿Y le han dado permiso?

—Bueno, supongo que el hijo de Oscar debe de haber dicho algo así como: «Sírvase usted mismo», pero la hija no está tan segura. —Lily oyó que Bert dejaba un momento el auricular—. Como des un bocado más de tarta, Roger, te ato y te mando de vuelta con tu madre. —Luego volvió con Lily—. No sé por qué te estoy contando esto. He pensado que te convenía saberlo.

Ella no dijo nada.

—¿Lily?

—Estoy aquí. Estoy pensando.

Bert se rio.

—No es ningún crimen dibujar fiambres. O sea, es un tío muy majo, y, en fin, seguro que sería interesante. Yo siempre he tenido curiosidad por entrar ahí y echar un vistazo en persona.

El hecho de que Bert defendiera a Ed tranquilizó a Lily.

—Sí —dijo. Vaciló y añadió con voz suave—: Eres una buena amiga, Bert.

—Anda, calla —dijo la voz del otro lado de la línea. Lily colgó. Le habría gustado que, aunque fuera por una sola vez, Bert le hubiese devuelto el cumplido.

Consciente de que iba a ser la última vez, Lily metió los pies en los zapatos quemados. No los llevó mucho rato, solo el necesario para marcar la ocasión. Luego los envolvió con la tela blanca de algodón que usaba de cortina, metió el fardo con cuidado en su bolsa de lona y salió. Cerró la puerta con llave.

Condujo su bicicleta por el laberinto de ramas caídas que la tormenta les había arrancado a los árboles y que todavía tenían las hojas frescas. La consolaba la idea de llevar los zapatos de vuelta. No podía devolverlos a la maleta, y ni siquiera al garaje, pero sí podía depositarlos en algún sitio secreto y anónimo, donde pudieran pudrirse hasta desaparecer en paz.

En el cielo habían aparecido agujeros nuevos de color azul claro, y el aire frío le infundió vigor. Aceleró, pedaleando con tanta fuerza que se puso a jadear. Cuando se acercó a la casa de los Bodler, divisó su

camioneta y se detuvo antes de llegar al camino de acceso. Metió la bicicleta en la zanja, la dejó de costado y recorrió el prado a pie. Luego se giró para mirar la granja de Klatschwetter. El cielo era inmenso y se estaba despejando a toda prisa. Olía a estiércol de vaca, un olor que le gustaba, mezclado con alfalfa y tierra recalentada por el sol. Recorrió con la mirada la carretera hasta el horizonte, dejando atrás un bosquecillo de árboles enanos, un silo y un establo rojo; luego contempló las vacas Guernsey y Holstein que pastaban. Unos animales lentos, pensó Lily mientras los miraba: la cabeza pegada a la hierba, la cola apartando una mosca y un ligero movimiento bovino de los cuartos traseros junto a la cerca. El alambre estaba electrificado; Lily vio la cinta plateada que recorría su borde inferior. Quizá fuera la familiaridad de lo que tenía delante lo que hechizaba a Lily, o bien la grandeza de aquel paisaje que la hacía pequeña de una forma que le resultaba cómoda, pero se dedicó a contemplar el escenario sin pensar en nada hasta que oyó un ruido detrás de ella y se giró con un sobresalto para ver quién era.

Frank Bodler estaba plantado a unos tres metros de ella. Tenía los ojos ocultos bajo el ala del sombrero, pero Lily le vio la mueca adusta de la boca y el mentón. No entendía de dónde había salido. Apenas hacía unos segundos que había recorrido con la vista el prado sin ver a nadie. Llevaba una pala medio oxidada de gran tamaño, y ahora golpeó el suelo dos veces con ella. Lily vio que la saludaba con la cabeza y le hacía un gesto para que la siguiera. Tardó unos segundos en moverse. Se abrazó la bolsa contra el costado y esperó.

—Acompáñeme —dijo Frank con un gruñido.

Y Lily obedeció. No estaba del todo segura de por qué, pero siguió al hombre por el prado y se dedicó a mirar las manchas enormes de grasa que tenía en la parte de atrás de la pernera mugrienta del pantalón. Caminaba pesadamente, un poco encorvado bajo el peso de la pala que llevaba echada al hombro. Lo saben, pensó ella. Van a pedirme cuentas y a preguntarme dónde están los zapatos. Debieron de verme. Lily se puso a planear su confesión. Les contaré la verdad, pensó. Pero la verdad le parecía una locura. Se lo confesaré todo, pero sin mencionar a su madre. Pero ¿cómo puedo explicar que los he quemado? La culpa me provocó pánico. Los tiré al fuego.

Cuando llegaron a la puerta de la cocina, Lily se detuvo. Recordaba haberse caído allí y recordaba el suelo mojado contra la piel. Se oyó a

sí misma tragar saliva y por fin cruzó el umbral. Desorientada, chocó con un rollo de papel matamoscas. La sustancia amarilla y pegajosa cubierta de moscas le rozó la oreja y provocó que se le escapara una exclamación ahogada. Frank no le prestó atención. Cruzó la cocina hasta entrar en la sala siguiente, que tenía un poco más de luz procedente de un par de ventanitas. Apestaba a moho. Frank señaló un sofá roto, esperó a que Lily se sentara en él, abrió una puerta que llevaba a una tercera sala y desapareció por ella, cerrando tras de sí.

Lily puso la bolsa entre ella y el brazo del sofá para esconderla con el cuerpo. Vio su propia imagen distorsionada en la pantalla redondeada de color verde oliva de un viejo televisor y apartó la vista para mirar por la ventana. A través del cristal empañado divisó la parte superior de una mata de peonías en flor. Volvió a tragar saliva aparatosamente. La sala estaba abarrotada de objetos: dos tostadoras cerca de sus pies, una caja de trapos o de ropa en la punta del sofá y una gruesa cuerda elástica colgando del respaldo de una silla de mimbre. A fin de evitar mirar la cuerda, Lily echó un vistazo al techo y se fijó en las elaboradas manchas de humedad, que parecían el mapa de un país imaginario. Todavía estaba examinando la irregularidad de sus líneas costeras cuando volvió a entrar Frank acompañado de Dick.

Se detuvieron juntos en la puerta abierta de la tercera sala. Frank dio un paso adelante, estiró el brazo violentamente hacia ella y dijo en voz tan alta que le provocó un sobresalto a Lily:

—¿Era ella?

Dick caminó hacia Lily. Ella encorvó la espalda y se pegó todavía más a la bolsa mientras veía a Dick acercársele con el cuerpo medio agachado. Parecía que quisiera mantener la cabeza a la misma altura que la de ella. Se detuvo, se apoyó las manos en las rodillas y se la quedó mirando de cerca. Lily vio que tenía polvo en las cejas y tierra en las arrugas de la cara. Volvió a tragar saliva y no le cupo duda de que Dick podía oírlo. El gesto de tragar se había vuelto irritante. La saliva se le acumulaba tan deprisa en la boca que no podía pasarla por alto. ¿Cómo era posible, se preguntó, que en el pasado se la hubiera tragado sin pensarlo? Dick la siguió examinando. Por fin echó la cabeza hacia atrás.

—Sí —dijo él. Tenía la voz aguda.

Lily se dio cuenta de que nunca lo había oído hablar y de que el timbre de su voz no se parecía en nada al de su hermano. Estoy

perdida, pensó. Se planteó cuál podía ser su primera frase. Se le empezaron a formar las palabras «lo siento» en la boca.

Los hombres se sentaron en sendas sillas destartaladas que había al otro lado de la sala.

—Es la hija de Lars Dahl —dijo Frank.

Lily asintió con la cabeza.

—Conozco a su padre —dijo él—. Buen hombre, su padre. También conocía a su abuelo. —Luego se volvió hacia su hermano y le gritó—: ¡Es la hija de Lars Dahl!

Dick era sordo. Lily no lo sabía. Miró a un hombre y después al otro.

—Trabajo en el café Ideal —dijo en voz tan alta como pudo sin gritar.

Frank entrecerró los ojos.

—Les he servido muchas veces. —Su tono le sonó infantil. ¿Era posible que no la reconocieran?

Frank se rascó el nacimiento del pelo y Lily vio que le caían copos grises sobre la pechera de la camisa. Miró hacia la esquina donde Frank había dejado la pala y trató de calcular cuánto podría tardar en saltar hasta allí y agarrarla. Con cautela, empezó a moverse muy poco a poco por el sofá, llevándose la bolsa consigo. Sintió que se le clavaba en el muslo un muelle suelto y se detuvo.

—Fue Dick quien la vio.

Lily esperaba la acusación.

—Anoche, en el prado.

No fue anoche, pensó. Anoche estaba en el ensayo y después fui a casa de Martin... Miró a Dick.

—Supongo que ya no importa —dijo Frank.

Dick volvió a acercarse a ella. Cerró un ojo como si aquello fuera a hacer que viera mejor.

Frank no dijo nada. Los tres se quedaron por lo menos un minuto sentados sin decir palabra. Luego, como ya no aguantaba más, Lily gritó:

—No lo entiendo.

No contestó ninguno de los dos hombres. Se limitaron a mirarse entre sí. Luego, aparentemente en respuesta a una mirada de su hermano, Dick se levantó lentamente de su silla y se alejó arrastrando los pies hacia la cocina. Durante varios minutos llegó de allí un repicar intermitente de platos. Frank se metió la mano en el bolsillo de

la camisa y sacó un paquete de tabaco de mascar; extrajo un pellizco de briznas marrones con el índice y el pulgar y se lo metió en el interior de la mejilla. Lily no veía ningún indicio de que fuera consciente de la presencia de ella. Quizá puedo ponerme de pie y marcharme, pensó. Echó otro vistazo a la pala y se planteó levantarse, pero no se movió.

Por fin Dick salió de la cocina llevando una bandeja de plástico marrón con una cafetera de hojalata, tres tazas y un plato de galletas alargadas y salpicadas de glaseado blanco. Sus botas nunca se despegaban del suelo. Arrastraba los pies hacia delante igual que un niño que lleva patines por primera vez, con la vista clavada en las tazas y las manos temblorosas. La sala no tenía ninguna mesilla en la que dejar la bandeja, pero estaba claro que Dick ya había planeado su siguiente movimiento. Se detuvo del todo y empezó a doblar las rodillas poco a poco. En cuanto hubo bajado quince centímetros, mantuvo la posición un par de segundos, como para confirmar que había llegado hasta allí; se inclinó hacia delante y dejó repentinamente la bandeja en el suelo. Las tazas tintinearon y las galletas se deslizaron, pero la bandeja quedó estabilizada en un punto contiguo a una de las tostadoras. Sin incorporarse, Dick emprendió la tarea de servir el café. Le dio un taza y Lily contempló el líquido negro. En su superficie flotaban burbujas de grasa, pero se llevó la taza sucia a los labios y bebió. No sabía mal: un poco grasiento, pero bueno y fuerte.

Dick la miró fijamente.

—Huevo —dijo.

—¿Disculpe? —gritó Lily.

Frank le contestó gritando también:

—¡Que hay un huevo en el café!

Dick asintió con la cabeza. Se incorporó y le puso el plato de las galletas en la cara. Lily cogió una.

En cuanto se hubieron sentado todos con el café y las galletas, Lily le bramó a Dick:

—No lo entiendo. Es imposible que me viera aquí anoche. No estaba aquí.

Él asintió con la cabeza, pero Lily no estaba segura de qué significaba aquel gesto, si le estaba señalando que la había oído o que estaba de acuerdo con ella. Luego Dick le habló con aquella voz

extraña que tenía:

—Vi que Marty la llevaba en brazos por el prado y hasta el otro lado de la carretera.

—¿Cómo? —dijo Lily, pero no lo bastante fuerte. Luego se corrigió a sí misma y gritó—: ¿Marty?

—Marty Petersen, nuestro vecino.

—¿Ayer? —dijo Lily.

Dick siguió hablando, con la mirada puesta en la ventana. Estiró lentamente los brazos al frente, con los codos doblados. Lily vio ladearse peligrosamente la taza de café que tenía en la mano derecha.

—Vi que Marty la llevaba en brazos como si se hubiera desmayado o... —No terminó la frase, sino que bajó los brazos sin derramar el café y acarició la taza con ambas manos—. Era usted —le dijo a la ventana—. Le vi los ojos, la cara y el pelo. Lo llamé. —Dick cambió de voz—: «¡Maaaaarty!», le dije. «¿A quién tienes ahí? Vuelve, Marty», pero no me contestó. Siguió cruzando la carretera y se fue por el arroyo hasta el bosque. Ya no me dan las piernas para correr, así que volví con Frank y le conté lo que había visto. —Dick echó un vistazo a Lily y devolvió la mirada a la ventana. Asintió con la cabeza, entrecerró los ojos, se giró hacia ella y le dijo—: Pero aquí está ahora, fresca como una rosa.

Lily se inclinó hacia delante y lo miró fijamente.

—¿Qué hora era?

Dick le dirigió a su hermano una mirada interrogativa.

—Yo diría que última hora de la tarde —dijo Frank—. Todavía no estaba oscuro.

Los dos hombres guardaron silencio. Lily miró a uno y a otro. Era una locura. Todo aquel asunto era demencial. Esperó a que dijeran algo más.

Ninguno de los dos dijo ni una palabra durante por lo menos medio minuto. Por fin, Frank respiró hondo y dijo:

—Pues no hay más.

Lily se quedó mirando a Frank y tragó saliva. Él cogió un poco de impulso para levantarse de la silla y echó a andar hacia la cocina. Era la señal para que ella se marchara y le pareció que no podía pasarla por alto. Dejó la taza con cuidado en el suelo, se despidió con la cabeza de Dick, que no le contestó, y siguió a Frank hacia la puerta.

Hizo otro intento de explicarse.

—Debía de ser otra persona —dijo Lily—. Y si era otra persona, podría ser, en fin… —En vez de terminar aquella frase, añadió otra—: No creo que podamos dejarlo correr sin más. —Abrazó la bolsa que contenía los zapatos y bajó la vista al suelo. Las botas de Frank habían dejado huellas en el linóleo, que ya estaba embadurnado de barro.

Frank no contestó. Lo que hizo fue abrir la puerta mosquitera y aguantársela entreabierta a ella.

Lily salió, se giró en el escalón de piedra y miró al hombre.

—Señor Bodler —le dijo—. Si ve algo más, ¿me promete que me llamará? Puedo dejarle mi número.

Él dejó que se cerrara de golpe la mosquitera y miró a través de ella.

—No tengo teléfono.

Todo el mundo tiene teléfono, pensó Lily. Da igual cómo de pobre seas. Todo el mundo tiene teléfono.

Frank acercó la nariz a la mosquitera.

—Es por Dick —le dijo en un tono confidencial que la sorprendió—. No le gusta. No le gusta oír esas voces lejanas sin cuerpo. Incluso antes de quedarse sordo ya no le gustaba. —Frank miró a Lily y negó con la cabeza—. Decía que era como hablar con espíritus, ¿y qué sentido tenía angustiarlo así? Teníamos uno y se lo vendimos a Pete Lund. Colecciona teléfonos antiguos y nos lo pagó bien. Tampoco lo echamos de menos. La gente viene aquí o bien nosotros vamos al pueblo, es lo mismo.

Lily asintió con la cabeza.

—Entiendo —dijo—. Adiós, pues.

El hombre no se despidió. Ninguno de los hermanos parecía capaz de puntuar las idas y las venidas de la forma habitual, y a Lily le resultaba perturbadora aquella ausencia de saludos y despedidas. Vio que Frank daba media vuelta para adentrarse en la cocina y desaparecía. A continuación, en vez de caminar hasta su bicicleta, giró a la derecha y puso rumbo al bosque de detrás de la casa.

Lily eligió un sitio al pie de un pequeño barranco que seguía al arroyo. El lugar le resultaba muy familiar. De niña, había deambulado por Heath Creek y desde entonces llevaba dentro aquellos parajes. Aun así, de pie al borde de aquel abrupto terraplén que se elevaba sobre la corriente, percibió un cambio. Hacía años que no visitaba aquel sitio y ahora le pareció que había encogido. Tardó varios segundos en darse cuenta de que era ella la que había crecido, y su

mayor altura cambiaba las proporciones de todo lo demás. La corriente del arroyo crecido empujaba una multitud de tallos de equisetos, doblándolos por encima del agua. La luz que se filtraba entre los árboles arrancaba destellos esporádicos sobre el agua gris. Después de bajar arrastrándose por el terraplén, se arrodilló cerca del sitio que había elegido y escarbó con las manos. El suelo mojado se deshizo con facilidad, y en cuanto el hoyo estuvo terminado sacó los zapatos de su bolsa, todavía envueltos en la tela, y los dejó con delicadeza en su interior. Tras empujarlos con firmeza hasta el fondo del hoyo, los cubrió de tierra húmeda y se pasó unos minutos puliendo el aspecto de la superficie, aplastándola y alisándola hasta dejar un montículo uniforme. Examinó el resultado, dio un paso atrás por la tierra mojada y cerró los ojos. Oyó a un pájaro carpintero —un martilleo lejano y sordo—, seguido de un susurro de follaje por encima de ella. Miró bruscamente hacia el ruido, esforzándose para oírlo mejor. Sintió un movimiento de hojas y crujió una rama. ¿Es posible que Frank me haya seguido?, pensó. Se quedó mirando el barranco. Una cosa era bajar y otra distinta subir. Si había alguien allí, para cuando ella llegara arriba ya se habría marchado. Se incorporó, se limpió las manos mugrientas en los shorts, se sacudió el barro de las deportivas y se quedó mirando aquel lugar. Antes de irse, encontró una piedra lisa y alargada y la dejó allí para marcar el lugar.

Agarrándose a las raíces para no perder el equilibrio mientras afianzaba las puntas de los pies en la pared del barranco, Lily trepó hasta arriba. Se imaginó a Dick siguiendo a Martin por el prado con aquellas piernas cortas y rígidas, y luego a Martin llevando a una joven en brazos, a una mujer de cabello largo y oscuro como el suyo. Tenía que haber algún parecido para que Dick hubiera cometido aquella equivocación. En cuanto terminó de escalar por el barranco y estuvo de pie en la cima, contempló el prado del otro lado de la casa y se preguntó cómo era posible que Dick, pese a ser tan lento, no hubiera conseguido alcanzar a Martin. Martin había estado llevando a alguien en brazos, ¿no? ¿Cómo de deprisa podría haber ido? O quizá todo hubiera sido una alucinación de Dick. Lily caminó hasta su bicicleta y la llevó hasta la carretera. «No está viva», recordó que había dicho Martin, y contempló el cielo. La brisa fría le golpeó la cara y luego oyó un ruido en la hierba a su derecha. Un conejo castaño le pasó corriendo por al lado y ella se lo quedó mirando hasta

que desapareció tras una loma.

Lily pedaleó hasta la casa de Martin. Le daba miedo ir allí, pero se sentía obligada a ver la casita a la luz del sol. Martin, su camioneta, su casa, el mapa y las fotos…, todo parecía peor en su recuerdo de lo que había sido durante su visita de la noche anterior, y ahora que Dick le había contado su extraña historia, quería volver a ver la casa. Giró por el camino sin asfaltar hasta la casa de Martin, subió pedaleando un cerro bajo en el que apenas se había fijado cuando él la había llevado en coche y se detuvo en su cima. Vio su camioneta en la entrada y en ese preciso momento apareció Martin en persona corriendo con la cabeza gacha, procedente de detrás de la casa, y entrando como una exhalación por la puerta. La bicicleta de ella dio un brinco sobre la grava mojada y derrapó un par de veces mientras bajaba la colina sin pedalear en dirección a la casa.

¿Qué me va a contestar cuando le diga lo que me ha contado Dick?, pensó mientras caminaba hacia los escalones del porche. Echó un vistazo a la puerta y vio que estaba abierta. A través de la mosquitera oyó un chirrido, seguido del ruido de alguien que tarareaba. Subió los escalones y, asomándose a la sala, vio con claridad a Martin. Estaba sentado en la mecedora, que ahora se encontraba en el centro de la estancia. Le tapaba la cabeza la misma tela negra que ella había visto la noche anterior y se estaba meciendo violentamente hacia delante y hacia atrás. Y, mientras se mecía, tarareaba. Frenético, grave y disonante, el tarareo parecía más un cántico acelerado que una melodía normal y corriente. Lily no entendió lo que estaba viendo, pero tuvo la poderosa sensación de que no debía interrumpir el balanceo de Martin; de que, fuera lo que fuese lo que estuviera haciendo, tenía que hacerlo a solas. Lo vio levantar los pies del suelo para que la mecedora pudiera ir más deprisa, oyó el murmullo excitado de su voz y miró cómo la tela negra se mecía al compás de sus movimientos. Luego dio media vuelta, bajó los escalones del porche y se montó en su bicicleta. Hasta que llegó al pueblo, no pudo quitarse de la cabeza la imagen de Martin bamboleándose en aquella mecedora. ¿Por qué hacía eso? ¿Acaso significaba algo? Se había metido corriendo como un loco en la casa para mecerse y tararear con la cabeza tapada. Cuando Lily cruzó el término municipal del pueblo, tuvo ganas de seguir pedaleando hasta llegar a Florida.

Aquella noche Lily observó a Mabel y a Ed desde su ventana. Estaban sentados en sendas sillas puestas una frente a la otra en la habitación de él y llevaban más de una hora sin moverse de ellas. Mabel se dedicaba a agitar las manos mientras hablaba y Ed a dibujar. Lily lo vio mover el brazo primero con pinceladas largas y amplias y después lo vio cambiar de movimiento y sacudir la muñeca. Cada vez que terminaba un dibujo, lo arrancaba de su cuaderno de formato grande, lo tiraba al suelo y volvía a empezar. Dibujaba con el cuerpo inclinado en dirección a Mabel y sentado al borde del asiento. En una ocasión le apartó un rizo de cabello a Mabel con la mano izquierda, pero Lily no pudo verle la expresión a la mujer porque la tenía demasiado lejos. Al cabo de varios minutos vio que Mabel ladeaba la cabeza y levantaba las palmas de las manos. El gesto le provocó a Lily una pequeña conmoción. Lo reconoció: lo habían ensayado juntas para Hermia en la escena del principio de la obra en la que hablaba con Lisandro: «Respondamos pues con paciencia a nuestro sufrimiento, / pues se trata de una carga común / tan propia de amar como las ensoñaciones y los suspiros, / los deseos y las lágrimas, malos compañeros del amor».

Al día siguiente después del trabajo Lily se encontró a sí misma plantada frente a la puerta de Ed. Ya no podía contenerse más. Oyó hablar a Mabel, pero cerró los oídos a sus palabras, llamó con los nudillos y abrió la puerta antes de que nadie pudiera contestar. Daba la impresión de que ninguno de ambos se había movido desde la noche anterior. No podía ser cierto, pero estaban sentados exactamente en el mismo sitio, con las cabezas juntas y el suelo a su alrededor cubierto de hojas de papel. Lily cerró la puerta.

Ed se giró hacia ella.

—¿Lily? —dijo—. ¿Dónde has estado?

Mabel también la miró. Su expresión sincera irritó a Lily.

¿Dónde he estado?, se dijo a sí misma, y respondió:

—Por ahí.

—Te hemos llamado varias veces.

O sea que ahora hablan de «nosotros», pensó Lily, aunque la reconfortó el hecho de que la hubieran telefoneado.

—Debía de estar fuera. —Dio varios pasos hacia ellos—. ¿Cómo os va?

—Bien —dijo Ed—. Llevo dos días escuchando a Mabel. —Hizo una pausa, extendió la mano para cogerle la suya y Lily se la dio. La agarró con fuerza con las suyas y levantó la vista para mirarla—. Me alegro de verte —le dijo.

—¿De verdad? —preguntó ella. Su voz carecía de ironía. Quería saberlo.

—Pues claro —dijo él. Le acarició la mano y ella lo miró a los ojos. No vio en ellos ningún fingimiento, pero lo cierto era que no habría sabido cómo encontrarlo. Pensó en Oscar Hansen acostado en una camilla en la funeraria de Swensen.

Mabel había apartado la vista, y, cuando Lily la miró, vio que se le estremecían los hombros. Luego se soltó la mano de las de Ed y miró los dibujos. En todos ellos Mabel estaba sentada en la silla de lona y su posición variaba muy ligeramente de uno a otro. Su expresión, en cambio, nunca era la misma. Una sucesión de caras ferozmente animadas contemplaba a Lily desde el suelo. En uno de los dibujos Mabel aparecía enfadada, en otro tenía el ceño fruncido; los labios entreabiertos o bien cerrados; las manos en alto con los codos doblados o bien extendidas a ambos lados de la cara. Eran imágenes de la Mabel intensa y temblorosa a la que conocía, y, pese a ser estáticas, Lily casi pudo sentir cómo se movían.

Lily miró a la mujer.

—¿No te cansas de hablar? ¿No es difícil?

Mabel se rio.

—Estoy agotada. Pero he recordado momentos de mi vida en los que llevaba años sin pensar. —Hizo una pausa—. Es casi aterrador.

—Y divertido, imagino —dijo Lily.

A Mabel le cambió la cara y se la quedó mirando. Levantó las manos y se puso pálida de repente. A Lily le dio miedo que se desmayara otra vez y estiró el brazo para cogerla, pero Mabel se la quitó de encima con un gesto.

—A veces —dijo—, cuando me miro en el espejo, me asombra no ver la misma cara joven de antes, la persona que solía ser. Sé que soy vieja y que me acerco al final de mi vida, pero me sigue sorprendiendo.

Lily cerró los ojos. Vio a Martin mecerse con la cara tapada por la tela negra y abrió los ojos.

—¿Decías algo? —le preguntó Mabel en voz alta a Ed.

—No… —contestó él lentamente.

Con el «No» de Ed todavía en los oídos, Lily oyó que la puerta se abría de golpe y, cuando levantó la vista, vio a Dolores Wachobski de pie en el umbral y con el ceño fruncido. Llevaba el mismo vestido de su retrato, blanco con lunares negros. Como nadie dijo nada, Dolores pareció aprovechar el factor sorpresa de su llegada y entró con aires risueños.

—Hola, Eddie —le dijo—. Cuánto tiempo.

Ed se puso de pie y caminó hacia Dolores.

—No tanto —dijo.

Va beoda, pensó Lily, pero Ed no parecía enfadado ni nervioso. Se metió la mano en el bolsillo, sacó una lata de puros, la abrió y se metió uno en la boca. Lily vio arder la cerilla durante un segundo frente al puro.

—¿Cómo estás? —le preguntó Ed a Dolores.

La mujer miró primero a Mabel y después a Lily con los ojos embotados. Se encendió un cigarrillo y dijo:

—¿Alguien quiere un pitillo? Fumemos todos.

Sin embargo, no ofreció los suyos, ni tampoco esperó respuesta. Expulsó el humo directamente hacia Ed y sonrió. Él le devolvió la sonrisa, pero sin hostilidad. Dolores solo llevaba unos segundos en la habitación y Lily ya tenía ganas de arrearle un bofetón. ¿Quién demonios se cree que es?, se preguntó, y se puso de pie. Mabel no se movió.

—He venido a por mi última paga —dijo Dolores, tirando la ceniza del cigarrillo al suelo.

Lily echó un vistazo a la ceniza y después miró a la mujer. Hizo una mueca, confiando en que ella la viera.

Pero Dolores estaba mirando a Ed.

—Ya te pagué, ¿te acuerdas? —dijo él.

—Me temo que no, cielo. —Dolores estiró el cuello y de pronto se giró hacia Lily y le ladró—: ¿Tú de qué te ríes, niña?

Lily sabía perfectamente que no se había reído.

—Te está diciendo que ya te pagó.

—¿Quién eres tú, su contable? —Dolores sacó cadera y apoyó en ella la mano. Ed se le acercó, pero la mujer caminó contoneándose hacia Lily, poniendo un zapato de tacón alto con cuidado delante del otro—. Tengo un consejo que darte, chata. Yo de ti no me acercaría a

este. No es lo que parece, por muy amable y dulce que se ponga. —Estaba negando con la cabeza cuando se le dobló inesperadamente un tobillo y se apresuró a enderezarlo. Le torció la boca una mueca de dolor, el primer indicio de emoción que le asomaba entre la chulería —. ¿Me oyes?

Lily le olió el alcohol del aliento y apartó la cara un par de centímetros.

—No es para niñas. Tiene un lado violento, ¿me oyes?

Lily miró a Ed. Vio que fruncía el ceño y le ponía una mano en el hombro a la mujer.

—Dolores —le dijo en voz baja—. Tranquilízate.

La mujer se giró de golpe hacia él y lo señaló con la cabeza.

—¿Yo?

Lily oyó a Mabel detrás de su espalda, pero no se giró. Mabel le dio la mano y Lily la aceptó.

—¿Quieres un préstamo? —dijo Ed en voz baja.

Lily lo miró primero a él y después a Dolores. Intentó calcular la edad de la mujer. ¿Llegaba a los cuarenta? Su vestido tenía mucho escote y la tela era lo bastante fina como para revelar el michelín de su vientre. La piel de sus brazos desnudos era blanca, suave y muy ligeramente pecosa. Dolores recolocó la cadera y aquel movimiento espontáneo despertó en Lily una conciencia del cuerpo de la mujer como algo distinto de su voz y de su ropa. Lily la vio girarse hacia Ed y rodearle el cuello con los brazos. Ed le puso las manos en la cintura y Lily se imaginó que le quitaba el vestido por los hombros. ¿Por qué no le da vergüenza hacer eso delante de mí? Buscó la cara de Ed por encima de la nuca de Dolores, pero él rehuyó su mirada.

Ahora Dolores estaba susurrando:

—Eh, Eddie, ¿te acuerdas de que te hablé de Jesse James? Pues lo he vuelto a ver.

Mabel le dio un apretón en la mano a Lily, que la miró. Se le veía la cara macilenta y fatigada, pero su mirada se mantenía afilada. Lily pensó que daría lo que fuera por escuchar lo que pensaba Mabel.

Dolores se puso de puntillas y apoyó todo su peso en Ed, susurrando absurdamente. Lily oía todo lo que decía:

—He visto al fantasma de Jesse con el mío, Eddie, y era imposible que fuera yo, porque yo era la que los estaba mirando, pero había dos de mí. —Respiró hondo—. Y cuando los he visto, no había bebido ni

una gota de alcohol. ¿Me oyes? Estaba completamente sobria y he visto a Jesse sentado en la hierba de delante de la cueva, y a su lado tenía a una mujer idéntica a mí. Y el fantasma de Jesse estaba vivo, pero el mío estaba completamente fiambre, y te lo digo ahora para que tengas presente que he visto un presagio. Mi vida se acaba.

Se apartó de Ed, alisándose la pechera del vestido y entrecerrando los ojos con una expresión que parecía al mismo tiempo astuta y distante.

—Y luego —dijo— he oído una música que venía del cielo. —Dolores movió la cabeza a un costado—. ¿Qué te parece eso, Eddie, chato? —Echó un vistazo en dirección a Mabel y a Lily y escupió las palabras—: ¡Música del cielo!

Se detuvo un momento, como esperando a que los demás asimilaran sus palabras; luego giró sobre sus talones y caminó hasta la puerta abierta, con el bolso negro de gran tamaño colgando de la mano. Ed la siguió y los dos se detuvieron en el pasillo. Lily vio que Ed se metía la mano en el bolsillo de atrás, sacaba la billetera y le entregaba varios billetes a Dolores. Lily no vio cuánto dinero le daba, pero Dolores lo aceptó con una sonrisa y se acercó el bolso a la cara. Manipuló el cierre con torpeza, abrió el bolso y dejó caer dentro los billetes arrugados.

De entrada, Lily había interpretado la oferta de préstamo a Dolores como prueba de la amabilidad de Ed, pero la visión de aquellos billetes la asqueó. Todavía más que ver sus manos en la cintura de aquella mujer, la imagen de aquellos billetes le dio a Lily la sensación de que no solo había intimidad entre ellos, sino también alguna clase de arreglo. Ed podría haber acompañado fácilmente a Dolores hasta el final del pasillo y la entrega del dinero habría sido un secreto, pero había elegido no esconderse, y a Lily aquella transparencia le resultó inescrutable.

Escuchó el tableteo de los tacones altos de Dolores en el pasillo, los oyó alejarse y por fin desaparecer. La moqueta de la escalera debía de haber amortiguado el sonido.

Mabel se excusó diciendo que estaba «muerta de cansancio», y los dejó solos. Antes de que Lily pudiera decir una palabra, Ed se le echó encima, la levantó en volandas, la llevó hasta la mesita de la cocina y la acostó allí. Luego se inclinó sobre ella y se puso a besarle el cuello. Ella tenía mil preguntas que hacerle sobre Dolores, pero se las guardó,

por lo menos de momento. He sido tomada al asalto, pensó para sí mientras miraba a Ed. Le gustaba cómo sonaba eso: «al asalto». Parecía sugerir que Ed era su ejército personal.

Cuando Lily entró en el Arts Guild, se encontró el lugar abarrotado y lleno de ruido. Contempló los árboles de cartón, con su follaje de papel de seda colgando de las ramas, y a Debbie Larsen y Genevieve Knecht agitando los brazos para fingir que volaban por el escenario. Oyó al cuarteto afinar sus instrumentos y a los actores charlar y de repente le vinieron ganas de cerrar los ojos y taparse los oídos con las manos para bloquear todos aquellos sonidos. ¿Cómo puede alguien meterse en su personaje con este bullicio?, se preguntó, y se sentó en una silla plegable a esperar a que la señora Wright llamara al orden a los actores. Se observó las manos; las ampollas se le habían convertido en durezas de piel enrojecida. Se las frotó y después, con el rabillo del ojo, vio emerger de detrás de la cortina la cabeza del asno de Bottom, esta vez ya pintada, con unos mechones de pelo en la frente y una crin desmañada. Levantó la vista y vio a Martin sostener la cabeza frente a sí, con la cara tranquila y la mano izquierda envuelta en una venda blanca. Del escenario vinieron unos rebuznos estridentes y Lily miró cómo Ronald Lovold aparecía a toda pastilla por detrás de Martin y le dedicaba una sonrisa a la cabeza.

Aquella noche la obra mejoró bastante, y Lily empezó a pensar que a fin de cuentas quizá no fueran a hacer el ridículo. Incluso Denise se mostró menos inexpresiva. Los nuevos decorados y atrezo motivaban a los actores para actuar mejor, y también Lily se alegró de ver los telones pintados, los árboles falsos y la luz de luna artificial. Cada vez que se movía y hablaba, sin embargo, se olvidaba del escenario. Cuando interpretaba a Hermia, ya no veía ni oía a Mabel. Había interiorizado sus enseñanzas, y con cada ensayo Hermia cambiaba, su personaje cobraba solidez y forma. En última instancia, la chica ateniense era una chavala dura, y era así como la interpretaba Lily.

Habría sido preferible que las cosas de fuera del Arts Guild se quedaran fuera y las de dentro se quedaran dentro, pero no era el caso. Cuando Lily hablaba con Lisandro, miraba la cara de Jim y le dedicaba lo que sentía por Ed, y Jim respondía con una expresividad que no le había visto nunca. Y cuando veía a Telaraña caminar de

puntillas en torno a Bottom, percibía una presencia ominosa en el hada de Martin que la hacía superior a las demás. Nunca se salía de su personaje. Incluso cuando las pequeñas hadas se burlaban con sus risillas de la ridícula cabeza que llevaba Oren sobre los hombros, la cara blanca de Telaraña no abandonaba ni un instante su expresión distante y casi inconsciente. En varios momentos del ensayo, Lily sintió que Martin la observaba, sentía su mirada en el cuello y en la espalda, y cuando se giraba siempre lo sorprendía mirándola, y se preguntó si los científicos habrían descubierto cómo es posible sentir la mirada de alguien con el cuerpo. Le preocupaba la mano de Martin. ¿Cómo se la había lastimado? Le habría gustado acordarse de cómo tenía las manos en la mecedora, pero no guardaba ningún recuerdo de ellas.

Al acabar el ensayo, Lily le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Martin. —Se lo dijo con una voz baja de la que se arrepintió al instante porque tenía un aire confidencial, pero él se giró, la miró y sonrió. Su expresión entusiasta parecía una trampa—. Tengo que hablar contigo —añadió, corrigiendo el tono.

En vez de contestar, Martin le cogió la mano a Lily. Ella dejó que se la cogiera, pero le resultó desagradable el roce del vendaje en la palma. Cuando salieron por la puerta, Martin le cogió la mano con más fuerza. Ella no entendía por qué hacía aquello si tenía la mano herida. Movió los dedos para indicarle que quería que la soltara, pero Martin se limitó a apretar más.

—Me estás haciendo daño —dijo Lily—, con la mano.

Martin la soltó, pero no dijo nada. Se sentaron en los peldaños de la entrada y Lily habló dirigiéndose a la calle en vez de a Martin, contándole lo que le había dicho Dick.

—No creerás que Dick se lo ha inventado, ¿no? —dijo por fin Lily.

—Dick no miente —repuso Martin.

—Bueno, quiero decir que se lo habrá imaginado.

—No.

Lily se giró para mirarlo.

—¿Me estás diciendo que es verdad que anteayer cruzaste su prado cargando con alguien en brazos?

A Martin le tembló un instante la boca.

—S-sí.

Lily no esperaba aquella respuesta. Vaciló y por fin dijo:

—¿Y quién era?

Martin se giró hacia ella.

—Tú —dijo—. Eras tú.

Lily le examinó la cara para ver si estaba de broma. Abrió la boca, la cerró y por fin dijo:

—No tiene gracia, Martin.

Él la miró con ojos inexpresivos.

—Yo no estaba allí, ya lo sabes. ¿A quién llevabas? Dick tenía... —Lily suspiró—. Creo que tenía miedo de que..., de que la chica estuviera herida, o... —por fin Lily lo dijo—: muerta.

Martin negó con la cabeza.

—Hay m-muchas cosas que n-no entendemos, Lily.

Ella hizo un gesto con la mano.

—Eso es una chaladura, Martin. Te aseguro que yo sé muy bien dónde estoy en cada momento. Y tengo muy claro que no estaba contigo en un campo de alfalfa frente a la casa de los Bodler.

Martin se la quedó mirando sin pestañear.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Lily con un susurro apremiante—. ¿Qué utilidad tiene para nadie?

Martin negó violentamente con la cabeza y luego se miró las rodillas.

Lily lo cogió del hombro.

—Martin, si Dick te vio a ti, entonces no me vio a mí.

Martin no contestó. Su cara parecía de piedra. Apartó la vista y tartamudeó algo que Lily no pudo oír.

—¿Cómo? —preguntó ella, levantando la voz. Luego oyó a gente hablando detrás de ella, junto a la puerta.

A Martin le temblaron los hombros. Ahogó una exclamación.

—Ma-ma-ma —tartamudeó.

Lily estiró el brazo hacia él.

—Jesús, Martin —dijo en voz baja—. ¿Qué pasa?

—¿Todo bien? —dijo la señora Wright desde la puerta.

Lily no contestó.

Martin se puso de pie, dándole la espalda a Lily. Tenía la cabeza gacha y la espalda encorvada, como si alguien le hubiera pegado un puñetazo en el vientre. Soltó un gruñido y a Lily le pareció ver que caía saliva en la acera. Alguien bajó corriendo la escalera detrás de ella. Era la señora Baker. Rodeó a Martin con el brazo y Lily lo vio

temblar bajo aquel brazo tranquilizador.

—Ma-ma-ma-ma —estaba farfullando.

La señora Baker se giró hacia Lily sin dejar de abrazar a Martin.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Estábamos..., estábamos hablando —dijo Lily. Se puso de pie. Se frotó la cara con fuerza y negó con la cabeza—. Dios —añadió, y se acercó a Martin, que ahora estaba apoyado en la señora Baker con la cabeza todavía gacha—. ¿Quieres que me vaya, Martin? —dijo, y miró hacia la puerta. Había una docena de personas mirándola fijamente. Se giró una vez más hacia la señora Baker.

—Quizá sea lo mejor —dijo la mujer.

Lily echó un último vistazo a Martin, que seguía encogido pero ya había dejado de intentar hablar. Lo vio resoplar con fuerza y llevarse las manos a la cara y tapársela. La farola le iluminaba la mano izquierda, y Lily le vio con claridad las tiritas arrugadas y la gasa que le envolvía la palma de la mano. Pero aquellas cosas únicamente escondían en parte los numerosos cortes largos y nítidos que le iban en todas direcciones entre los nudillos y la unión con la muñeca.

Lily se alejó del Arts Guild y cruzó las vías del tren. Se detuvo un momento para mirar atrás en dirección al grupo de gente que se había congregado en torno a Martin bajo la farola y preguntarse qué estaría diciendo, si es que decía algo. Las rodillas le temblaban al andar. Levantó la vista para contemplar la luna y pensó: ¿cómo demonios ha pasado todo esto? Es como si ahora yo estuviera involucrada con él, como si estuviéramos metidos en algo juntos. «Eras tú.» A Lily se le asentó una culpa misteriosa y plomiza en el pecho. ¿Qué he hecho?, pensó, y miró cómo sus deportivas blancas se movían hacia delante por el pavimento. Oyó que alguien caminaba hacia ella y levantó la vista.

Un hombre alto con sombrero de vaquero y cinturón de pistolas se le acercaba dando zancadas, y por un momento Lily creyó que estaba teniendo visiones. Como si fuera un pistolero de un western antiguo, la figura oscura se acercó con las manos a medio palmo de las pistolas que llevaba a los costados. Lily supuso que sería el fantasma del que hablaba Dolores, o quizá Tex. Hasta que lo tuvo más cerca y por fin reconoció a Hank. Él la llamó por su nombre.

—Hank, ¿qué haces vestido así?

—Soy Charlie Younger en la representación, ¿no te acuerdas? Rolf

me ha dado el disfraz en la reunión. Le faltan cosas, pero estoy yendo a la comisaría y he pensado que a los chavales les molaría ver mis revólveres.

Lily miró el pavimento.

—No me lo habías comentado.

—En teoría el papel tenía que hacerlo Allan Fisk, pero se ha rajado.

—Oh. —Le miró los costados—. ¿Las pistolas son de verdad?

—Claro que no.

—Lo parecen —dijo ella.

Detrás de ellos sonó con fuerza el silbato de un tren y Lily oyó descender la barrera sobre las vías. Las deportivas negras de Hank estaban a un palmo de las suyas.

—Te echo de menos —dijo él.

Lily examinó la goma suelta de la puntera de su zapatilla. ¿Por qué no lo echo de menos yo a él?, pensó.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó Hank.

—Pues no. —Lily se frotó con la zapatilla una picadura de mosquito que tenía en la parte de atrás de la pierna. Sintió la rabia de Hank, pero no supo qué hacer al respecto. El arrebato de Martin la había dejado agotada. Agachó la cabeza y miró al suelo. La verdad, pensó, es que soy una estúpida con Hank. No soy así de estúpida con los demás.

Hank agitó el dorso de las manos con gesto de frustración.

—Si crees que ese tipo se va a quedar aquí por ti —dijo levantando la voz—, estás muy equivocada.

—Oh, Hank —dijo Lily.

—Sabes que tengo razón. ¿Cuántos años te lleva, quince? Por el amor de Dios, Lily, estás haciendo el ridículo. Ni siquiera está divorciado. En el pueblo todo el mundo sabe que te va a dejar tirada. Le salen las mujeres de las orejas, por el amor de Dios. Es un puto donjuán. No eres distinta de todas las demás. —Hank se frotó la frente con fuerza—. Al menos para él.

Lily levantó la vista.

—No me importa —dijo en tono sereno y obstinado.

—¡No te importa!

—No.

Hank se acercó a ella. Se inclinó y la miró a la cara.

—¿Quién eres? —le gritó—. ¿Qué eres?

Lily cerró la mandíbula con fuerza. Mantuvo la barbilla gacha y la

boca cerrada. Detrás de Hank podía ver el silo de grano a la luz de la luna.

—¡Contéstame! —A Hank se le quebró la voz.

Lily se mordió el labio.

—¿Cómo puedo contestar a eso? —dijo ella. De repente sintió lágrimas en los ojos y levantó la cara para impedir que le cayeran por las mejillas.

Hank extendió las manos.

—Oh, Lil' —dijo, y se inclinó hacia ella.

Ella le dio un abrazo vacilante. Se acordaba de su olor y de su camiseta: era la que tenía la inscripción MINNESOTA TWINS en la espalda. Se puso de puntillas y le susurró:

—Lo siento, Hank. Pero es que no puedo. No puedo.

Se apartó de él, cruzó corriendo el puente y dejó atrás la tienda de comestibles Red Owl. Todavía estaba corriendo cuando llegó a Division Street. En cuanto vio el Rick's aminoró la marcha y divisó a dos hombres de pie delante del Corner Bar. Uno de ellos llevaba un mono de trabajo gris del garaje de Olaf, y al acercarse Lily le pudo leer el nombre que llevaba cosido al bolsillo: STEVE. Lily se fijó en que tenía los brazos demasiado largos en relación con el cuerpo, en que necesitaba afeitarse y en que se había fijado claramente en ella. Cuando le pasó por al lado, «Steve» se puso a hacer ruidos jadeantes y con el rabillo del ojo Lily lo vio menear las caderas de delante a atrás. El tipo le dedicó una sonrisilla. Por una vez, Lily decidió no pasar por alto el insulto. Se volvió y se puso a gritarle:

—¿Qué pasa? ¡De verdad quiero saberlo! ¿Cómo es posible que una rata esmirriada como tú se crea un gran semental? ¿Eh?

Steve la fulminó con la mirada. Lily vio que estaba buscando en su cabeza una réplica mientras se esforzaba por mantener la sonrisa lasciva. Luego su amigo se echó a reír y ella vio que la expresión de Steve cambiaba a otra de incertidumbre. La risa la siguió calle abajo y oyó a Steve decir: «¿Qué problema tiene esa?». Caminó deprisa, consciente de que los dos hombres la estaban siguiendo con la mirada, y se aseguró de que su postura fuera erecta y su paso digno. Cuando llegó al callejón de al lado del café Ideal, Lily se metió por él, se sentó en el suelo junto a uno de los contenedores de basura y se echó a llorar.

Aquella noche tardó mucho rato en dormirse. Mabel tecleaba en la

habitación contigua. No había luz en la ventana de Ed, y aunque Lily sabía que quizá estuviera acostado en su cama, agotado después de su jornada de trabajo, también sabía que quizá hubiera salido. Deseó poder hacer alguna clase de encantamiento que le permitiera verlo, sin importar dónde estuviera. Lo que hizo, en cambio, fue ponerse la cinta de *Don Giovanni*, a bajo volumen para que no la oyera Mabel. Se acordó de cuando a Dolores se le había torcido el tobillo en la habitación de Ed, y eso la hizo pensar en las manos temblorosas de Mabel y en el tartamudeo de Martin; en aquella palabra que había empezado a decir pero no había llegado a terminar frente al Arts Guild. Ella también sentía cierta zozobra. Todo el mundo está temblando, pensó. Todo el mundo menos Ed. Se acordó de cuando le había puesto la mano en la cintura a Dolores. Y mientras visualizaba su cara tranquila y sus movimientos deliberados, se dio cuenta de que aquella serenidad de Ed también era una actitud dura y obstinada, de que Ed era como un hombre que, atrapado por una tormenta terrible en mitad del camino, se niega a dar media vuelta y planta los pies en el suelo, se inclina en contra del viento y sigue caminando.

Los ruidos de la calle, el tecleo de Mabel y los pensamientos medio conscientes acompañaron sus primeras dos horas en cama, durante las cuales no estuvo ni del todo despierta ni del todo dormida. La luz de la luna atravesaba las finas cortinas y le llegaba con demasiada intensidad a los párpados, y unas vocecillas liliputienses parloteaban diálogos de la obra. Tenía la almohada muy caliente. La ahuecaba y la esponjaba y le daba la vuelta una y otra vez. Justo antes de sentir que volvía a hundirse en el letargo, oyó dentro de su cabeza la voz de Howie Bickle. Howie era quien interpretaba a Starveling en la obra y a Claro de Luna en la obra dentro de la obra. Venía de una granja del oeste del pueblo y hablaba muy despacio, arrastrando todas las vocales: «Este farol hace aparecer a la luna pinchuda». Luego, después de lo que le parecieron únicamente unos minutos de sueño, oyó que sonaba el despertador y se incorporó hasta sentarse en la cama. La luna todavía resplandecía a través de la ventana, lo cual no tenía ningún sentido. Aun así, Lily se puso de pie, caminó hacia un par de rectángulos de luz dibujados en el suelo y vio a una joven allí tendida con los ojos cerrados. Se agachó para examinarla. «Aquí estás», le dijo. La mujer no contestó, pero Lily tampoco lo había esperado. Miró el cuerpo y se fijó en que tenía un pedazo muy largo de tela blanca

enrollado en torno a las caderas, los hombros y los pechos. La tela desconcertó a Lily. ¿Por qué tenía el vientre al descubierto? Miró con interés el ombligo de la chica y, mientras lo estaba mirando, le vino de repente a la cabeza una palabra inventada que solucionó el misterio de aquella joven: *ombligoso*. La palabra la llenó de euforia. Lo sé, se dijo a sí misma. Lo sé. Pero luego, tan deprisa como le había llegado, la euforia la abandonó, y pensó: No puede estar aquí. Tengo que sacarla de aquí. Se agachó para levantar del suelo a la joven, pero aquel cuerpo que parecía tan suave y blanco como la masa de hornear se negó a moverse, y, tras tirar de él con fuerza, Lily descubrió que la joven tenía las manos atornilladas al suelo. Le entró el pánico y empezó a sospechar que estaba soñando y a luchar para salir del sueño y para alejarse de la luz de luna que resplandecía sobre aquellas palmas exangües y sujetas con tornillos al suelo. Sin embargo, su intentona de despertarse no tuvo un efecto inmediato. Se estaba ahogando en el sueño y luchó por emerger hacia su superficie, dando manotazos y patadas en dirección ascendente mientras se ordenaba a sí misma despertarse. Extendiendo las manos por encima de la cabeza, presionó contra algo blando y mojado hasta que lo atravesó y se encontró a sí misma despierta y acostada en su cama. Había desaparecido la luz de la luna. En el suelo no había nadie. De haber tenido lugar la pesadilla fuera de su habitación, a Lily podría haberla reconfortado el hecho de despertarse entre aquellas cuatro paredes, pero la distancia entre el sueño y el despertar era demasiado pequeña. Se incorporó hasta sentarse en la cama y trató de recordar la palabra que la había hecho tan feliz en el sueño. Se vio a sí misma retroceder en su búsqueda y encontrarla no en su cabeza, sino en su boca. La había pronunciado en el sueño: *«belicuoso»*. No significa nada, se dijo a sí misma. Mabel ya no estaba tecleando, y en el silencio de su habitación Lily intentó mantenerse despierta pero no pudo. Se volvió a dormir, volvió a soñar y a encontrarse a la joven en el suelo. Estoy soñando, se dijo. Necesito despertarme, y se despertó en su habitación y se asomó y vio la luz de la luna iluminando el cuerpo de la joven. Y así pasó la noche entera. Una y otra vez se decía a sí misma que tenía que despertarse, y lo conseguía, pero lo que hacía a veces era despertarse de un sueño dentro de otro sueño y encontrarse de nuevo con el cuerpo. Al cabo de un rato llegó al sueño la policía, trayendo a Hank. Rompían el suelo, atravesaban el techo con los pies y entraban

trepando por la ventana. Aporreaban la puerta con una cadencia tan continua e incansable como una caja de ritmos.

Al día siguiente en el trabajo, Lily notó los brazos y las piernas débiles. La cafeína de las cinco tazas de café que se había bebido para despejarse la cabeza le circulaba a toda velocidad por el cuerpo, y se sintió repentinamente consciente de sus nervios, que parecían estar vibrándole por debajo de la piel. Aquel día Vince estaba inusualmente callado, pero Boomer no paraba de cotorrear cada vez que entraba en la cocina sobre Graceland y sobre gente que decía haber visto a Elvis vivo. Sobre las nueve, Lily estaba de pie delante de Vince, contemplando los dos huevos fritos que se había pedido Russell Malecha, cuando Boomer se puso a agitarle delante de la cara el dónut que tenía en la mano y a decirle con voz de falsete:

—Tierra a Lily, Tierra a Lily.

—¿Qué pasa, Boom?

—Me he enterado de que ya estás engañando a tu nuevo novio.

Lily cogió el plato de los huevos y echó a andar hacia la puerta.

—¿Dónde has oído esa chorrada?

Boomer se metió el dónut en la boca. El azúcar glas le embadurnó los labios mientras abría mucho los ojos detrás de sus lentes.

—Me lo ha contado un chaval que nunca miente. Me dijo que te había visto en la cantera, en pelotas. —Boomer masticó—. Con un vaquero.

Lily se detuvo con la espalda pegada a la puerta batiente.

—¿Un vaquero? Pero ¿de qué narices hablas?

—Me dijo que te tenía acostada en su regazo, durmiendo o tomando el sol o algo así. —Boomer abrió la boca y sonrió, revelando el dónut a medio masticar y cubierto de burbujas de saliva.

—Calla la boca, Boom. —Lily se oyó a sí misma levantar la voz—. Quien sea que te haya dicho eso está zumbado. ¿Me oyes? Zumbado. Ni siquiera he estado en la cantera este año, y eso del vaquero..., ¿qué demonios es un vaquero? En este pueblo no hay vaqueros, por lo menos de los de verdad. Es una patraña absoluta.

Vince miró a Lily con ojillos guiñados y Boomer siguió masticando su dónut con expresión de sorpresa.

Zarandeando una sartén llena de salchichas, Vince dijo:

—¿Te encuentras bien? ¿Te ha venido la regla?

—No, Vince, no me ha venido la regla. ¿Cómo te pondrías tú si la gente dijera esas mierdas de ti?

—¿Estás de broma? Me encantaría que me conocieran como el tío que ronda por la cantera con chavalas desnudas.

—No es lo mismo —dijo Lily, y empujó la puerta que tenía detrás con el hombro. Volvió a mirar las dos yemas amarillas perfectas del plato y de pronto se sintió mareada. «Eras tú.» Eso le había dicho Dick. Cuando se giró, el café le resultó desconocido y por un momento el reservado rojo donde solía sentarse Martin se onduló bajo la luz del sol que entraba por la ventana. Vuelvo a estar mareada, pensó. Necesito sentarme. Se pasó el plato a la mano derecha y estiró la izquierda para cogerse del mostrador. Respiró un par de veces, entregó los huevos y, cuando le dio la espalda a Russell, le volvió a la cabeza un fragmento del sueño: aquella tela blanca que envolvía los pechos de la mujer y le marcaba la piel con una profunda línea roja que parecía un corte.

Una semana antes, la historia de Boomer no habría afectado a Lily, y lo sabía. Había sido el hecho de oír a Boomer después de oír a Dick, Dolores y Martin lo que la había perturbado. Las historias no concordaban entre ellas, pero sí que se solapaban, y los parecidos entre ellas la estaban poniendo nerviosa. O bien había un virus suelto en Webster que causaba alucinaciones o bien todo el mundo estaba viendo la misma cosa y pensando que era algo distinto. Cuando Lily se plantó en el café y vio a Bert conversando animadamente con Emily Legvold, que acababa de salirse de la Iglesia de la Unificación y volvía a parecer ella misma, decidió que todas aquellas visiones no podían ser imaginarias. Había demasiadas. Luego vio a través de la ventana a la señora Pointer con un grupo de chicos de la Elizabeth Barker School. Los chicos caminaban en parejas con las manos cogidas. Un chaval gordezuelo que aparentaba unos dieciséis años se separó de su pareja. Girándose hacia el ventanal del café, arrugó la cara e hizo un bailecito para la gente de dentro. Tenía los rasgos distintivos del síndrome de Down: ojillos pequeños y nariz chata. La felicidad tontorrona de su cara mientras bamboleaba las caderas y echaba la cabeza hacia atrás sacó a Lily de su ensimismamiento y la hizo reír. El chico la vio y le hizo una reverencia. Lily vio que los demás chicos se reían y aplaudían. La señora Pointer recorrió la fila con calma hasta

detenerse a su lado. Lo cogió por ambos hombros y se puso a hacerle una friega. Ahora el chaval tenía una expresión frenética, con la lengua entrándole y saliéndole de la boca. La señora Pointer le siguió masajeando los hombros con fuerza hasta que la expresión del chico se tranquilizó. Luego, cogiéndole la mano, lo llevó hasta su pareja, una chica con trenzas cortas a los lados de la cabeza, y les juntó las manos con un pequeño apretón que parecía significar que no tenían que soltarse. Caminó de vuelta al frente de su clase y les hizo la señal de que siguieran caminando. Ellos obedecieron y no tardaron en desaparecer todos a lo lejos.

Lily vio venir a Bert de la caja registradora con un ejemplar del *Webster Chronicle* en la mano.

—¿Has leído el registro policial, Lil'?

Ella negó con la cabeza. Examinó las mesas para ver cómo estaban sus clientes. Todo el mundo parecía bien. Bert le puso el periódico delante de la cara y ella lo cogió.

—No te pierdas el titular —dijo Bert.

Lily miró el registro policial de la página de avisos del periódico. Las lumbreras del *Chronicle* le habían puesto al registro de aquella semana el titular «Gorrino capturado en Division Street».

—Aquí. —Bert señaló con el dedo la entrada del martes, 11 de junio.

Lily miró el periódico. El texto parecía desenfocado. Tuvo que concentrarse en las letras para leerlas.

—«La policía ha parado a un conductor… Se ha informado de una pelea en Viking Terrace… Bolsa negra con equipamiento de insulina encontrada en Bridge Square… Un hombre en Albers Avenue ha informado de ruidos en su sótano. Los agentes han descubierto un roedor en un pozo de ventana… Una vecina de Dundas Street ha oído a gente hablar al otro lado de su ventana. La policía no ha podido localizar a quienes conversaban… Quejas de música a volumen alto en Violetta Trailer Park. Los agentes han pedido a los residentes que la bajen… Se ha recibido aviso de que había un cerdo suelto en South Division Street. Los agentes han acorralado al animal y se lo han devuelto a su dueño… Las autoridades han recibido aviso de la presencia de un hombre que llevaba en brazos a una mujer herida por la autopista 19, en las afueras de la población. Se ha inspeccionado la zona, pero sin encontrar a nadie.»

Lily observó la última entrada. Luego miró a Bert.

Bert pareció perpleja.

—Vale, no es tan gracioso, lo admito.

Lily volvió a mirar el registro.

—Lil', cariño, ¿estás bien?

Ella miró a Bert a los ojos castaños.

—Está pasando algo, Bert. —Se giró hacia el ventanal—. No sé exactamente qué es, pero creo que hay una mujer herida o incluso muerta. Tiene el cabello oscuro. Es lo único que sé.

Lily caminó hacia el ventanal, miró las letras de neón invertidas que por el lado de fuera decían CAFÉ IDEAL y sintió que los dedos de Bert le rozaban el hombro desde atrás. El contacto de su amiga le causó una angustia repentina.

—¿De qué hablas? ¿Has visto algo?

Lily movió el cuello y la miró.

—No he visto nada —dijo.

—Es Shapiro —dijo Bert—. No te está haciendo bien.

Lily hizo una mueca.

—¿Qué tiene que ver Ed? No es él.

Bert se la quedó mirando, con los labios un poco abiertos. Por fin dijo:

—¿Pues qué está pasando?

Lily hizo crujir el periódico con la mano derecha. Lo blandió en dirección a Bert.

—No estoy segura.

Cuando Lily salió a la calle al terminar su turno y contempló el hotel Stuart por si veía a Ed, se arrepintió de no haberse explicado mejor ante Bert. En el mundo pasaban muchísimas cosas extrañas. Llevaba toda la vida oyendo historias inverosímiles que, sin embargo, eran verídicas. ¿Acaso la señora Knutsen y el señor Walacek no habían muerto el mismo día en casas contiguas de Elm Street? ¿Cómo de probable era un episodio así? ¿Acaso Ernie Applebaum no había desaparecido hacía cuatro años sin dejar ni rastro, para volver el año anterior con la gente del circo que llevaba la atracción de las sillas voladoras del Día de Jesse James, tatuado de la cabeza a los pies? ¿Y no había atacado June Putkey a su madre con un cuchillo en la cocina un domingo por la tarde? ¿Acaso una sola persona del pueblo había sabido que June (a quien Lily conocía básicamente porque llevaba el

bolso cubierto de pegatinas) era capaz de hacer algo así? Se le fue la cabeza, pensó Lily. Pero ¿qué había provocado que se le fuera la cabeza? ¿Realmente odiaba a su madre, o solo la había odiado en aquel momento? Lily se imaginó un cuchillo en la mano de la chica y un fregadero con platos sucios salpicados de sangre. Y luego, pensó Lily, hay gente que no siente nada, gente capaz de hacer cualquier cosa, lo que sea. Como aquel hombre de Chicago. Martin tenía un artículo sobre él en su pared. Lily se acordaba de que Gasey había hecho de payaso en fiestas de cumpleaños infantiles. Nadie había podido adivinar cómo era por dentro. Pero no, pensó, Martin no es así. Y, sin embargo, cuando lo recordó balanceándose en aquella mecedora, tan fuerte y deprisa como podía, dejó de estar segura. A través de la puerta de cristal del hotel, vio a Stanley subir la escalera con una fregona y un cubo. Justo después de que sus pies desaparecieran de la vista, Lily pensó: Martin trama algo. Lo noto.

Cuando al día siguiente Lily entró en la habitación de Ed, se encontró a Mabel sentada frente a la ventana, a un metro o dos del lienzo de Ed. La figura del retrato era del mismo tamaño que Mabel. Lily contempló las manchas de color y los contornos suaves del cuerpo de la mujer, que estaba sin acabar. Ed no había sido amable con Mabel, no la había hecho más joven ni más guapa. La mujer de la pintura era la Mabel que Lily conocía, y sin embargo aquella Mabel en dos dimensiones tenía una cualidad que Lily no entendía. Cuando se plantó frente a la pintura, le dio la sensación de que Mabel hablaba directamente con ella. Estaba inclinada hacia delante, con las manos blancas y flacas a los lados de la cara. Los ojos entrecerrados, como para concentrarse mejor, y la boca abierta. Ed la había plasmado, pensó Lily; había plasmado aquella expresión cargada de tensión. Aun así, había algo en la pintura que la inquietó. Lo sentía, y debía de estar viéndolo, pero aun así no sabía qué era. Se acercó mucho al retrato. Notaba que tanto Ed como Mabel estaban esperando su reacción, y sabía que debería tener una preparada, pero no quería hablar antes de saber qué iba a decir. Luego retrocedió tres o cuatro pasos para volver a examinar aquella pintura que la estaba intranquilizando. Es la cara, pensó Lily. Se la ve frenética, casi chiflada, y por fin Lily entendió que estaba mirando a alguien

desesperadamente feliz, tan feliz que resultaba fácil confundir su expresión con otra cosa: locura, dolor o incluso miedo. Y es así de feliz, se dijo, porque está hablando con Ed. Y aunque Lily siempre había entendido que Mabel se sentía sola, nunca lo había visto con tanta claridad.

—¿Qué te parece? —preguntó Ed.

Lily asintió con la cabeza.

—Es el mejor de todos —dijo con voz inexpresiva.

Echó un vistazo a Mabel, que parecía muy tranquila junto al lienzo.

—Pero también da mucho miedo —dijo—, porque es muy personal.

Lily se secó el sudor de encima del labio superior. Le gruñó el estómago. Quizá me esté poniendo enferma, pensó. Miró a Ed y después a Mabel y le dio la sensación de que entre ambos habían creado algo inaccesible para ella. No era la pintura. La pintura era el resultado, pero no era aquello a lo que Lily se refería. Se apartó del lienzo y se giró hacia Mabel.

—Hay muchas cosas de las que no sé lo bastante —dijo—. Y la pintura es una de ellas. Pero me doy cuenta de que Ed te ha pintado como eres realmente, y sé que eso requiere mucho talento. Debes de habérselo contado todo de ti misma, para que funcione. —Hizo una pausa y bajó la voz—. Quizá incluso le hayas contado cosas que no le habías contado nunca a nadie. —Miró a Ed—. Pero me pregunto si él también te habrá hablado de sí mismo. Me refiero a las cosas que importan de verdad. —Lily respiró hondo—. Te pasas el día aquí sentado escuchando a la gente contarte sus pensamientos más íntimos: a Tex, a Dolores, a Stanley y ahora a Mabel. Ellos te hablan de sus padres y de sus amores de juventud, y hasta de sus fantasías secretas, y tú lo absorbes todo como una esponja enorme, en el nombre del arte. —Lily oyó que la voz se le ponía estridente al decir aquella última palabra. Intentó tranquilizarse—. Me has contado cosas tuyas, sí, pero esas cosas no son nada comparadas con lo que te ha contado esta gente. Ni siquiera sé quién fue tu madre. —Lily señaló la puerta abierta—. Ahí mismo te he visto darle dinero a Dolores como si fuera tu amiga más antigua en el mundo, pero no me has contado ni pío al respecto. Y en el pueblo todo el mundo se dedica a cotorrear sobre el ejército de tías que te has cepillado, una cadena de montaje de tetas y culos, de la que tú no dices nada. —A Lily le tembló la mandíbula. No había sido consciente de estar tan enfadada. Sus propias palabras la

azuzaban—. Y luego me entero de que estuviste en la funeraria de Swensen sacando cadáveres para dibujarlos. ¿Y acaso me lo mencionaste? ¡Ni hablar! Y para que conste en acta —se detuvo y los miró a ambos—, me gustaría saber cómo cojones encajo yo en esta situación. ¡Últimamente sois tan amiguitos que no hay espacio para nadie más, joder! —Lily miró las dos caras sorprendidas. Esperó, pero ninguno de ellos dijo nada.

Lily le hizo un gesto con la cabeza a Ed. Mabel estaba blanca.

Al cabo de unos segundos, Ed se puso a hablar. Su voz no parecía agitada, pero sí que tenía el ceño fruncido, y a Lily la alegró verle alguna muestra de preocupación en la cara.

—Sé que me pongo muy terco con mi trabajo —dijo—, y sé que cuando estoy pintando a veces me cuesta pensar en nada más. Me siento responsable de la gente a la que pinto, porque retratar a alguien no solo consiste en coger prestado a ese alguien unas horas. Por eso le di dinero a Dolores. No he terminado con ella solo porque haya acabado de pintarla. ¿Me entiendes?

Lily vio que Ed estaba buscando las palabras.

—Y no me dedico a fisgar —dijo—. Lo que me cuenta la gente me lo cuenta libremente. No voy hurgando en las almas de la gente en busca de secretos sórdidos… —Suspiró y se frotó la cara—. Y en cuanto a eso de que soy un donjuán insaciable, sinceramente no sé de dónde viene. Se ha exagerado tanto que ya ni me reconozco. —Hizo una pausa y examinó a Lily como si estuviera intentando recordar algo. Sonrió—. Supongo que he sido tonto por pensar que podría entrar y salir discretamente de la funeraria sin causar un escándalo. Llevo años pensando en hacer una serie de pinturas titulada «Los muertos». Siempre he tenido en mente algo muy circunspecto, nada sensacionalista ni morboso, nada de víctimas de asesinatos ni esas cosas. —Cogió aire—. En cuanto al señor Hansen, el funeral es mañana y ya he perdido mi oportunidad. Le hice un dibujo de memoria, pero no basta con eso. Y es una lástima, porque me gustaba su cara.

Mabel estaba mirando a Ed con mucha atención y Lily pudo verle signos de tensión en torno a la boca.

Ed siguió, mirando a Lily:

—En cuanto a ti, no veo que mi pintura interfiera de ninguna forma con mis sentimientos por ti. —Se miró las manos, les dio la vuelta y

flexionó los dedos—. Estar contigo me ha hecho muy feliz.

Lily sabía que Ed no estaba mintiendo, sabía que se creía todo lo que decía, y sin embargo se sentía estafada por sus respuestas. Todo tenía sentido y al mismo tiempo había algo que no cuadraba. No sabía por qué el retrato de Mabel cambiaba las cosas entre Ed y ella, pero las cambiaba. Lily no podía explicarlo. No sabía si la lógica de Ed era falsa o bien si la lógica simplemente no funcionaba para responder a las acusaciones de ella. Era como que te enseñaran una marmota aplastada en la carretera y te la explicaran con una fórmula algebraica.

Después de aquello, los tres se pasaron una hora sin apenas hablar. Mabel seguía sentada en su silla y Lily había encontrado sitio en el suelo. Ed regresó al retrato y Lily se dedicó a mirarlo. A veces él cerraba los ojos, como si estuviera mirando una imagen de Mabel que tenía dentro. Otras veces se ponía a caminar por la habitación y Lily escuchaba sus pasos, de un lado a otro, de un lado a otro. Mabel no le quitaba la vista de encima a Ed y Lily sintió lástima por ella. Se siente feliz de estar cerca de él, pensó. Él pintaba su felicidad, pero no la veía. Era ciego a la persona de carne y hueso.

Cuando Ed ordenó a Mabel que volviera a hablarle, no pidió a Lily que se marchara, ni tampoco se lo pidió Mabel. Sin embargo, el hecho llamativo de que la incluyeran no la reconfortó demasiado. Quizá le permitieran oír los monólogos de Mabel, pero el contenido de aquellos monólogos estaba destinado a Ed y a nadie más.

—A Evan lo conocí pocos días después de cumplir veintiséis años, en una librería. Me enamoré al instante. Nos casamos al cabo de tres días, y estuvimos juntos hasta que murió: quince años. Y se hicieron cortos. No tuvimos hijos. Los médicos no pudieron encontrarme ningún problema. Por supuesto, de eso hace mucho tiempo. Es posible que el problema fuera Evan. Nunca lo averiguamos. —Mabel hizo una pausa—. Pero son curiosas las cosas que piensas después, las cosas que recuerdas… —Mabel no estaba mirando a Ed ni a Lily, sino contemplando la habitación—. Me acuerdo de cómo cambiaba Evan con el paso de las estaciones, me refiero a su cuerpo, a su aspecto bajo las distintas clases de luz, la del verano y la del invierno. Y es que hay un momento en que sientes el paso de las estaciones, en que el otoño se convierte en invierno o el invierno se convierte en primavera, ese umbral ambiguo. Se le veía iluminado de forma distinta, y olía

distinto, y a mí… —Se frotó las manos y miró el techo—. A mí me encantaba aquel cambio, y también me encantaba acordarme de que ya había sido así antes, el invierno o la primavera anteriores… He pensado a menudo en mi matrimonio en términos de luz estacional. —Mabel ladeó la cabeza hasta acercársela al hombro y sonrió con timidez. Como una niña, pensó Lily.

Después de un silencio, Mabel dijo:

—El dolor fue terrible, pero también ordinario, si me permitís usar esa palabra. No fue culpa de nadie que Evan muriera. La gente se muere. Se muere de repente como Evan o despacio como mi padre, y no cometí la estupidez de preguntar: «¿Por qué Evan? ¿Por qué la persona a la que más quiero en el mundo?». ¿Por qué no, al fin y al cabo? El dolor que resulta insoportable es el que has creado tú cuando te sientes culpable.

Lily se quedó mirando la postura rígida de Mabel. Lo que acababa de decir Mabel de la culpa intensificó el miedo de Lily; no el miedo que le daba Martin, eso lo comprendió, sino el que se daba a sí misma. Oyó que Ed hablaba y que Mabel le contestaba, pero no escuchó el contenido de la conversación. Ed se acercó al lienzo. Lo miró con los ojos entornados y le dijo a Mabel:

—Es tan tuyo como mío. Dentro de una semana más o menos, necesitaré saber cuál es la historia.

Mabel asintió con la cabeza. Su cabeza parecía muy pequeña y sus labios muy pálidos.

El resto de la tarde pasó despacio. Lily estaba tumbada en el suelo sobre una almohada mientras Ed pintaba y Mabel seguía sentada en silencio en su silla. Lily sacó un ejemplar del *Star* que llevaba en el bolso y se puso a hojearlo. Se lo había comprado porque tenía una foto de Marilyn en portada. Sin embargo, cuando fue al artículo del interior, vio que no trataba sobre Marilyn, sino sobre un ama de casa de Normal, Illinois, que se estaba transformando de forma gradual en Marilyn Monroe. Aunque estaba escrito en tercera persona, el artículo se titulaba «El espíritu de Marilyn se está adueñando de mi cuerpo». Acompañaba el artículo una serie de seis fotografías, que mostraban la transformación gradual de Angela Hokenburg, de pelo castaño y nariz larga, en la radiante Marilyn de pelo rubio platino. El artículo era una basura, pero hizo que Lily se acordara de las fotos que había visto de Norma Jean en una playa con el pelo castaño y las cejas sin depilar. A

ella también la habían convertido en Marilyn Monroe, pensó Lily.

No se dio cuenta de que se había dormido hasta que la despertaron unos dedos recorriéndole la frente. Todavía medio dormida, pensó que era su madre quien la estaba despertando y empezó a decir «mamá», pero no terminó la palabra. Oyó que Ed decía:

—No hagas ninguna locura. Quédate donde estás.

Lily abrió los ojos y vio que Mabel retiraba rápidamente la mano. Estaba acostada en la cama de Ed y fuera era de noche. Miró a Mabel.

—¿Qué está pasando?

Mabel parecía cansada y el pelo alborotado le caía sobre la cara.

—No tenías ensayo, así que te hemos dejado dormir. Ed te ha traído a la cama. No te has despertado.

Lily se incorporó hasta sentarse.

—¿Quién está al teléfono?

—Creo que es Dolores Wachobski —dijo Mabel, enarcando las cejas y torciendo la boca a un lado—. Parece que está teniendo alguna clase de emergencia.

Lily miró a Ed. Acababa de colgar el teléfono y se había puesto de pie. Se frotó la boca.

—¿Qué quiere? —dijo Lily.

—Ha tenido un buen susto. Más fantasmas y *mishegoss*.[1]

Lily no entendió aquella última palabra, pero tampoco preguntó por ella.

—¿Vas a ir a verla?

Ed caminó hacia ella.

—No tiene a nadie más, Lily. —Se metió la mano en el bolsillo, buscando a tientas las llaves del coche. Lily las oyó tintinear.

—Voy contigo —dijo ella.

Ed la miró.

—Sinceramente, no sé qué esperar. Está cocida y delirando.

—Me da igual —dijo Lily.

—A mí también —dijo Mabel.

Ed condujo hasta el poblado de caravanas, que quedaba a orillas del río y delante del enorme cono de helado luminoso del Dairy Queen. A través de la ventanilla abierta, Lily olió el agua y sintió el traqueteo del monovolumen sobre el terreno desigual. Una autocaravana de

color turquesa resplandeció momentáneamente a la luz de los focos antes de desaparecer junto con el ruido de su motor.

Ed aporreó la puerta de la caravana de Dolores y, como no contestó nadie, entró. La habitación alargada que Lily vio desde detrás de Ed no era en absoluto lo que se había esperado. En primer lugar, estaba muy limpia. En segundo lugar, estaba muy recargada. Había adornitos por todas partes: niños, ángeles, perros, gatos y caballos de porcelana en hileras meticulosas, una Virgen azul y blanca con el Niño, un cuenco grande de canicas y una serie de objetos con pequeños refranes o eslóganes estampados: un pequeño Cupido de peluche que sostenía un letrero con la palabra AMOR. Una matrícula en miniatura colgada encima del fregadero que decía LISTILLA DE M. Y la frase MUJER CON PODER bordada en un cojín sobre la cama pulcramente hecha de Dolores. Y cuando Ed fue al cuarto de baño para ver si había alguien, Lily reparó en otro letrero: un corazón de madera con las palabras EL CUARTO DE MI NIÑA labradas.

Justo antes de que salieran de la caravana para mirar fuera, Lily se fijó en una fotografía que había sobre la cajonera. Notaba la ansiedad de Ed y vio que Mabel ya había salido, de forma que solo le echó un vistazo muy breve, pero le quedó claro que la niña de la foto, ataviada con un vestido vaporoso de confirmación, era Dolores, mientras que la mujer delgada que tenía al lado debía de ser su madre. Mientras se dirigía a la puerta tras los pasos de Ed, Lily entendió que, aunque no había deducido la identidad de la madre de Dolores, sí que la había reconocido; no del natural, pero sí por las caricaturas que había dibujado Ed en las viñetas narrativas de encima del retrato de Dolores.

Tomaron cada uno una dirección distinta. Lily fue hacia el río, caminando arduamente entre hileras de caravanas mientras oía a un pinchadiscos de la radio anunciar con voz arrastrada el título de una canción. Sintió que se terminaba la carretera de grava, oyó detenerse de golpe la música y se metió entre la hierba alta de la orilla. Oyó que Ed llamaba a Dolores por su nombre, pero Lily no consiguió reunir el valor necesario para abrir la boca. Oyó a un mosquito zumbarle en el oído y le dio una palmada a ciegas. Los árboles y el agua de más adelante se oscurecieron de repente y, al levantar la vista, Lily vio pasar una nube frente a la luna. La hierba hacía que le picaran las piernas, y se inclinó para rascárselas con fuerza antes de reanudar la marcha y sentir un objeto duro rodando bajo su zapatilla. Se puso en

cuclillas en la hierba, estiró la mano en dirección al objeto y sintió en la mano el cristal frío y redondo de una botella. Dentro chapoteaba un líquido, y, al llevárselo a la nariz, Lily olió whisky. Mientras estaba en cuclillas entre la hierba, con la botella medio vacía en la mano, la luna salió de detrás de la nube e iluminó las copas de los árboles del margen del río. A través de ellos vio el resplandor del agua del río, y después, a escasos metros a su derecha, una mano blanca con los dedos medio cerrados. Gateó hacia ella. Dolores estaba despatarrada sobre la hierba aplastada, bocarriba. Respira, pensó Lily, viendo moverse los pechos enormes de la mujer. Vómito, meados y alcohol, pensó, y contuvo la respiración para protegerse del hedor. La mujer tenía la falda subida por encima de la cintura y le resplandecía un pedazo de piel pálida a través de un desgarrón grande en la media. Lily se inclinó sobre Dolores y le susurró: «¡Levántate!». Pero Dolores no se movió. Cogiendo a la mujer por los hombros, Lily se puso a zarandearla. Al principio la zarandeó con suavidad, esperando una reacción, pero la cabeza de la mujer parecía pesar tanto como una bola de bolera. Luego la zarandeó más fuerte. «¡Despierta!», le susurró. No pasó nada, y al mirar la cara inconsciente de Dolores Lily sintió una oleada de irritación. Comenzó a sacudirla con violencia. Puso todas sus fuerzas en ello y la cabeza de la mujer empezó a golpear el suelo; fue entonces cuando Lily descubrió que le gustaba, que aquel zarandeo tenía una energía y una vida propias, y que resultaba tan agradable que no quería parar. Así pues, siguió. Por fin Dolores abrió un ojo y Lily le vio un centelleo blanco y líquido. A continuación, abrió la boca y el labio inferior se le dobló hacia abajo. Lily le soltó los hombros, pero a Dolores no se le iba la expresión fláccida y estúpida de la cara. Lily miró el agujero de la media negra y le atizó una palmada allí. Le quedó la palma dolorida, pero levantó el brazo para pegarle otra bofetada. En ese momento oyó gemir a Dolores y el ruido la sobresaltó. No esperaba que se despertara. Pero era lo que estaba pasando: Dolores se había incorporado hasta apoyarse en un codo y estaba mirando a Lily con unos ojos que parecían ranuras iluminadas en la noche.

Lily se puso a llamar a gritos a Ed y a Mabel. Los llamó por sus nombres hasta quedarse ronca, y, aun después de que le contestaran, siguió llamándolos una y otra vez, como si fuera ella la que necesitara que la salvaran. Le caían lágrimas por las mejillas, pero se las secó

cuando vio que Ed venía corriendo hacia ella. El hombre todavía estaba jadeando cuando se arrodilló junto a Dolores, que se incorporó hasta sentarse, lo rodeó con los brazos y se puso a farfullar palabras que Lily no pudo entender.

Hasta que la tuvieron acostada en cama, Lily no pudo ver lo enferma que parecía Dolores. Tenía la piel de un blanco mortecino, los ojos rojos y la carne circundante de un curioso tono violeta. El maquillaje corrido le había teñido las mejillas de negro y de verde, y tenía el pecho desnudo y la pechera de la blusa cubiertos de comida a medio digerir.

Fue Mabel quien le limpió la cara con toallitas húmedas, quien le enjuagó el pecho y los brazos, le quitó la ropa mugrienta y las medias echadas a perder y consiguió meterla bajo las sábanas. Durante toda aquella operación de limpieza, Dolores se dedicó a gemir la palabra «No». Se revolvía en la cama con unos movimientos tan absurdos que Lily tardó un rato en entender que lo que quería era sentarse. Por fin se las apañó para incorporarse a medias por sí sola y les gritó:

—¡Miradme! ¿Tengo alguna herida? —Dejó caer la cabeza hacia delante—. ¿Tengo alguna herida? —Luego se echó a llorar y a Lily aquel llanto le pareció mucho peor que los gemidos o los gritos.

Mabel se metió en la cama y cogió a Dolores de los hombros. Se la veía muy pequeña y flaca al lado de la mujer, pero compensó su debilidad con firmeza de movimientos. Empujó a Dolores para acostarla otra vez, le agarró las manos frenéticas y se las sostuvo con fuerza.

—No estás herida —dijo—. ¿Me oyes? No estás herida.

Dolores dejó de luchar y se quedó quieta en la cama.

—Pero lo he visto —dijo con una voz a medio camino entre un susurro y un gemido—. He visto que llevaba un cuchillo.

—No —dijo Mabel—. No estás herida. Te encontrarás mejor mañana.

Lily se dio la vuelta. Vio a Ed de pie frente a un armario abierto y con una botella en la mano.

—Dejémosla que duerma ahora —dijo él.

Lily se le acercó y le puso la mejilla en el pecho. La camisa le olía ligeramente a aguarrás, y aquel olor, combinado con los brazos que la rodearon y con el contacto de la botella de whisky en su espalda, le dio a Lily ganas de llorar sin saber ya por qué. Detrás de ellos, Dolores

dijo con voz gangosa: «Es el fin», o quizá «Es mi fin», y Lily oyó que Mabel contestaba:

—No, no, no. Duérmete.

En el coche, los tres guardaron silencio. Ed conducía despacio y Lily se acordó de Dolores en su caravana, con la barriga salpicada de lunares y la marca irregular del elástico que se le veía en la cintura mientras yacía desnuda en la cama. Lloró sin hacer ruido. La vergüenza la estaba asfixiando. Tenía los pulmones tan colmados de ella que no podía quedarse quieta en su asiento. No paraba de moverse, mirando por una ventana y después por la otra. Dolores lo sabe, pensó Lily. Sabe lo que hice.

Vio que Ed le echaba un vistazo por el retrovisor. Mabel tenía la cabeza inmóvil. Ed se puso a cantar. Lily no lo entendió. Resultaba muy repentino y ridículo, pero estaba cantando. Con voz grave y ronca, estaba cantando *Row, Row, Row Your Boat*. Cantó la canción entera y al acabar volvió a empezar. Mabel se unió a él y le hizo los coros, con su voz aguda y débil temblando en cada palabra. Lily escuchó, se secó las mejillas con las manos y por fin se puso a cantar también. Cantaron los tres juntos, y todavía estaban cantando cuando Ed aparcó el monovolumen delante del hotel Stuart.

Antes incluso de abrir los ojos el domingo por la mañana, Lily ya sabía que el sol había salido hacía horas. La sábana y la funda de almohada olían a calor y a polvo, y sintió humedad debajo de los brazos y entre las piernas mientras se giraba en el colchón y entendía que estaba sola en la cama. Oyó a Ed, olió pintura y café y sintió la luz del sol en los párpados. Los entreabrió un momento y vio el contorno de sus pestañas en forma de sombra en movimiento. Decidió no abrir los ojos, todavía no. Tenía la mente vacía. No sentía nada más que la luz y la calidez del día, pero, mientras volvía a hundirse en el letargo, le vino a la cabeza una larga hilera de ventanas altas con las cornisas pintadas de verde claro. Debía de haber sido la luz del sol la que se las estaba recordando. Asomándose a una de aquellas ventanas del recuerdo, vio el autobús escolar de color naranja en el aparcamiento, bajo unos olmos enormes. Finales de primavera, pensó, la excursión al hospital estatal. En quinto curso de primaria. Se recordó a sí misma de pie en una sala larga y estrecha, con hileras de camas a ambos lados.

En una de ellas había acostado un chico; su imagen era igual de clara ahora que cuando Lily lo había visto por primera vez. Debía de tener doce o trece años. Estaba acostado en una cama con laterales de cuna y no llevaba más ropa que un pañal y unos pantalones de plástico. No se movía y tampoco la veía a ella, pero sus extremidades tenían una palidez y una suavidad que la fascinaron; era piel de bebé. Se acordó de una voz de hombre que decía «niños con retraso profundo», y esa palabra, *profundo*, se le quedó grabada. Durante años había sido sinónimo de aquel chico inmóvil de ojos vacíos.

Luego Lily se acordó de la noche anterior y regresó su vergüenza, un remordimiento doloroso combinado con el miedo a ser descubierta. ¿Y si Dolores le echaba en cara su violencia o, peor todavía, se lo contaba todo a Ed y a Mabel? ¿Acaso podría negarlo y decir que Dolores se lo estaba inventando? ¿Y acaso era algo que Lily podría mencionar sin venirse abajo? Apenas podía contenerse ahora. Tenía el cuerpo entero carcomido por la vergüenza. Se incorporó hasta sentarse y miró la espalda desnuda de Ed, de pie frente al retrato de Mabel. Tenía una taza de café en la mano y se le notaba en el cuello y en los hombros que estaba pensando en la pintura, de forma que Lily no dijo nada. Recordó a Dolores repitiendo «¡No!» una y otra vez y miró más allá de la cabeza de Ed, en dirección a la ventana, como si el aire de fuera pudiera aliviar su agitación, pero no se la alivió. Se miró la línea del bronceado que le iba por debajo de los pechos, separando el vientre moreno de la piel pálida de encima del vello púbico. Luego bajó los pies al suelo, se puso de pie, caminó hasta Ed y se detuvo a su lado. Sin dejar su pincel, él la atrajo hacia sí y ella le apoyó la cabeza en el pecho. Sintió gotas de su sudor en la frente y no pudo resistirse a frotar la mejilla contra su vello.

—Buenos días —dijo Ed—, pobre chica cansada.

La amabilidad de su voz la hizo sentirse peor.

—¿Crees que Dolores estará bien? —dijo Lily.

—La he llamado hace una hora. Está viva.

—¿Solo viva?

—Creo que necesita unas horas más para recobrar del todo la conciencia —dijo él sonriendo.

Lily lo miró.

—¿Te acuerdas de que nos dijo que estaba herida?

Ed le tocó la mejilla.

—Esta mañana me ha dicho que creyó ver cómo la asesinaban.

Lily se apartó de él.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo puede alguien ver eso?

—Debía de estar delirando —dijo Ed.

—¿Era Jesse James?

Él asintió.

Lily lo miró a la cara y Ed le devolvió la mirada con aquellos ojos serenos y muy abiertos. La estaba mirando y parecía estar prestándole atención, y sin embargo a ella le daba la sensación de que en realidad no era así. De que le faltaba algo en los ojos. Ya había notado antes, y seguía notando, que Ed estaba con ella y al mismo tiempo no estaba. Actuaba como si le importara Dolores, pero ahora Lily se preguntó si sería verdad. Detrás de él vio la pintura de Tex y la viñeta donde el hombre estaba estrangulando a la mujer. Jesse James, pensó, y agarró a Ed del codo.

—¿Y si pasó de verdad? —dijo—. ¿Y si Dolores vio un asesinato real? ¿No lo has pensado? Mucha gente ha estado viendo cosas raras, Ed; no solo Dolores. —Ahora Lily estaba farfullando; ella misma lo oía, pero no podía parar. La voz se le elevó y se le quebró mientras le contaba todo lo del registro policial, el vaquero de Boomer, los cortes de Martin y Becky Runevold. Quería obligarlo a escuchar, sorprenderlo—. A Becky la mató su padre —dijo en voz baja—. La gente es capaz de cualquier cosa, Ed. —Contuvo la respiración—. ¿Me oyes?

—Tranquila —dijo él. Se miró el codo y Lily vio que le estaba clavando los dedos en la piel. Lo soltó.

Ed se frotó las manos.

—No sé qué ha visto o dejado de ver otra gente. Pero creo que Dolores es inestable y, en fin, que no es completamente de fiar.

—¿Quieres decir que es mentirosa?

Ed se frotó las palmas de las manos entre sí con un movimiento de arriba abajo, como si ese gesto lo ayudara a pensar.

—Quizá no sea una mentirosa descarada, pero sí que es manipuladora y propensa a exagerar. Le gusta el melodrama y ser la estrella de su propia película. Cuando llamó anoche, lo que me asustó no fue lo que creía haber visto, sino que pudiera suicidarse para... para vengarse de mí.

—¿Vengarse por qué?

A Ed se le nublaron los ojos. Miró más allá de Lily.

—Por terminar la pintura, supongo.

—Es raro eso que dices —dijo Lily, mirándolo fijamente—. Y no estoy segura de creérmelo. Te diré otra cosa. No creo que Dolores fuera a suicidarse. Tiene la casa demasiado limpia.

Ed le devolvió la mirada y sonrió.

—¿La limpieza y el deseo de morir no combinan, pues?

—Exacto —dijo Lily—. Tenía la casa limpia para una visita, y estoy segura de que esa visita eras tú. Pero eso no significa que no viera algo. ¡Quizá a Tex! ¿No es posible que Dolores lo viera a él? ¿Cómo te sentirías tú si Tex hubiera matado a alguien? ¿No te sentirías culpable por haberlo dibujado haciendo eso? —Señaló el lienzo.

Ed levantó las manos hacia ella. Lily era consciente de no estar siendo razonable, pero aun así siguió gritando. Le gustaba. Era igual de agradable que gritar o llorar sobre el escenario. Era al mismo tiempo el sujeto de aquella emoción y no lo era. Sentía rabia y al mismo tiempo se veía a sí misma sentirla.

—¿Qué? ¿No te sentirías responsable si Tex hubiera hecho daño a alguna mujer?

—Basta —estaba diciendo Ed. La agarró de las muñecas y se las sostuvo con firmeza. Lily sacudió los brazos para soltárselos, pero sin demasiado aplomo. Le encantaba que él le agarrara las muñecas de aquella manera. Su presa firme la excitaba tanto que se le echó encima y se puso a besarle el hombro desnudo.

—¿Qué voy a hacer contigo? —dijo él.

Lily le besó la oreja. No sabía por qué, pero Ed había dicho lo correcto. Sus palabras la excitaron todavía más. Sintió su propia cara húmeda contra el cuello de él. Luego dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Lo que quieras —contestó.

Él le besó la parte superior del brazo y se la mordió, sin fuerza, aunque con la suficiente como para que ella sintiera sus dientes y se preguntara si le dejarían una pequeña marca roja.

El lunes fue un día tranquilo. No trajo más rumores, ni sobre Lily ni sobre nada más. Salió el *Chronicle*, pero no traía nada interesante en el registro. A las seis de la mañana Lily sirvió a Stanley Blom, y, cuando le comentó que le gustaba su retrato, el viejo sonrió y dijo:

—No es una estampa bonita, pero alguien como yo no puede aspirar a eso.

Lily evitó mirar la espalda encorvada de Stanley y murmuró que la pintura tenía «carácter».

—Eso es una forma amable de decir «feo» —dijo él. Y cuando Lily se sonrojó, el hombre se rio tanto que le entró tos.

Por la tarde, Ed se dedicó a pintar a Mabel y Lily a mirarlos. Hacía calor, pero no demasiado, y cuando Lily se acordó de que la tormenta había azotado el pueblo el martes anterior, le pareció imposible. Parece que hayan pasado meses, pensó. Fue el día en que enterré los zapatos. Cuando se acordó ahora del bofetón que le había pegado a Dolores, experimentó una incomodidad intensa, aunque no tanto como el día anterior, y empezó a pensar que ella era la única que lo sabía. Dolores estaba como una cuba. En el ensayo de aquella noche, Lily guardó las distancias con Martin, que tampoco habló con ella. Había vuelto a vendarse la mano, de manera que no se le veían los cortes. Jim dijo que había oído que Martin se había cortado arreglando la cerca de la granja de Grastvedt, y Lily se lo creyó. De hecho, durante las horas del ensayo sus sospechas remitieron. ¿En qué se basaban, a fin de cuentas? En habladurías, rumores, historias de borrachos y locos y en los discursos chiflados del propio Martin Petersen.

A las nueve y media del martes por la mañana, todo volvió a cambiar. Lily oyó la voz del profesor Vegan elevarse por encima del murmullo de conversaciones del café y giró la cabeza para escucharlo. El profesor iba una vez al mes con otros tres profesores jubilados. Los cuatro se hacían llamar «La banda de los vejestorios». Se zampaban unos desayunos enormes, y, en cuanto tenían los estómagos llenos, se ponían a hablar de Kierkegaard. Le habían contado a Lily que llevaban tres años desmenuzando al filósofo, palabra a palabra, frase a frase y párrafo a párrafo, con paciencia y determinación incansables. Aquel año solo habían estudiado dos libros, con los títulos más lúgubres que Lily había oído nunca: *Temor y temblor* y *La enfermedad mortal*. Pero los hombres bromeaban y se tiraban pullas, y de vez en cuando el profesor Schwandt se reía hasta llorar. Era cierto que de vez en cuando el clima, el deporte y la política se mezclaban con Kierkegaard, pero aun así la determinación de aquellos hombres impresionaba a Lily, y dejaban buenas propinas.

—La criatura tenía alas —estaba diciendo el profesor Vegan, y Lily se acercó a su mesa con la jarra del café.

—Si Gladys hubiera estado sola, seguramente yo no le habría prestado mucha atención. Por lo que sé, Gladys es una fanática evangelista; no me acuerdo de a qué congregación pertenece, pero es una de esas que tiemblan y chillan. Marit, en cambio, es la mujer con la cabeza más cuadrada que he conocido, y yo no cuestionaría nunca sus dotes de observación. Y dice que vio a esa puñetera criatura a plena luz del día y a pocos metros de casa.

Lily le sirvió café al profesor Hong, aunque tenía la taza casi llena, y miró al profesor Vegan. El viejo maestro esbozó una sonrisa irónica y bajó la voz de forma efectista:

—Venía caminando por el arroyo desde el norte, sin apenas hacer ruido: un ser translúcido vestido de blanco y con unas alas gigantescas. —Dio un trago de café y miró las caras de sus tres colegas —. Además… —Hizo una pausa—. Está la cuestión de la maleta. O sea, ¿quién se inventaría ese detalle? Un ser sobrenatural que va pateando por ahí con sus pertenencias en una maleta…

Lily miró fijamente el café y rechinó los dientes.

—Manda un memorando al Departamento de Religión —dijo el profesor Nichols.

—Un serafín suelto en Webster —dijo el profesor Hong.

Los hombres se rieron.

El profesor Schwandt negó con la cabeza.

—Es la maleta lo que me mosquea. Un ángel con maleta. Huele a herejía, ¿no?

El profesor Nichols sonrió.

—Sí, siempre he dado por sentado que los mensajeros divinos viajan con lo puesto.

—Me pregunto qué era en realidad —los interrumpió Lily—. Quién era.

El profesor Vegan negó con la cabeza y miró a Lily.

—Ni idea, pero cuando llegué a casa, tanto Marit como Gladys estaban muy agitadas. Sea lo que sea lo que vieron, debió de parecer no solo improbable, sino también imposible.

Lily sirvió más café a todos los presentes y abandonó la mesa. Vio que Frances Herda le daba unas palmaditas en el hombro a Lynn Strom y le decía en voz alta:

—No vale la pena sufrir por Keith Ellingboe. Si quieres mi opinión, lleva tres semanas comportándose como un cretino. —Lynn cogió su vaso de zumo de naranja y lo olisqueó.

Alas, pensó Lily, y una maleta. Frances giró la cabeza y el minúsculo pendiente dorado que llevaba en la oreja derecha le resplandeció un segundo a la luz de la ventana. Luego volvió a moverse y el destello desapareció. Lily se llevó la jarra del café hacia la puerta. Quería volver y preguntarle al profesor Vegan si su mujer había mencionado el tamaño o el peso de la maleta, o si le había parecido que «la criatura» era hombre o mujer. Lily conocía a Marit Vegan. Su hija mayor, Iris, le había hecho de canguro, y la familia entera siempre le había parecido indomablemente sensata. Los Vegan tenían su casa en las tierras de encima del arroyo, a apenas quinientos metros de la casa de los Bodler, al otro lado de la autopista y cerca de las cuevas. De repente se preguntó qué había hecho con el mapa de Martin. Pasó junto a Bert y se detuvo junto a la puerta. La luz en el exterior era tan intensa que no podía mirarla fijamente. Contempló la calle con los ojos entrecerrados. Estaba claro que aquellas mujeres habían visto algo, pensó. La maleta que Lily había encontrado en el garaje se había esfumado sin dejar rastro. Un hombre llevando a cuestas a una mujer herida, se dijo a sí misma, en las afueras del pueblo. De pronto le cayó un líquido caliente sobre el pie. Abrió los ojos y vio que la jarra del café se le había escorado a un lado por culpa de estar sosteniéndola sin fuerza y que se estaba derramando el café sobre la zapatilla deportiva blanca.

Oyó que Vince le gritaba desde atrás:

—¡Cuidado con la jarra!

Ella se giró para mirarlo y dejó el café cerca de la caja registradora.

—¿Estás bien? —dijo Vince.

Lily no le contestó. Estaba pensando. No puedo quedarme de brazos cruzados. Alguien tiene que hacer algo. No puedo quedarme aquí y fingir que no está pasando nada. Se limpió la zapatilla con una servilleta y volvió a contemplar Division Street. Costaba mucho mirar la luz radiante del sol. Lily estiró la mano hacia la puerta mosquitera y la abrió. Me voy, pensó. Esto no puede esperar. Salió a la calle, giró a la derecha y después otra vez a la derecha por el callejón donde tenía la bicicleta.

Pasó pedaleando por delante del café Ideal y vio a Vince en la

puerta con su delantal blanco. Blandió una espátula hacia ella y bramó:

—¿Adónde te crees que vas? ¡Vuelve aquí! ¡Si no has vuelto dentro de dos segundos, estás despedida!

Lily no le prestó atención. Vince estaba en otra dimensión, como un personaje de una película que ella podía mirar sin que la afectara de forma directa. Ya la había despedido dos veces en el pasado, aunque siempre la readmitía al cabo de veinte minutos, y las dos veces había sido culpa de él por ser tan impulsivo. Ahora había sido ella quien lo había dejado tirado, sin embargo, y parecía justo que la despidiera. Había algo extrañamente agradable en la algarabía que había provocado: aquel gordo gritando en la puerta y las caras sorprendidas del café. Había sido extremadamente fácil poner patas arriba el café Ideal; solo había tardado un par de segundos. Lily sabía adónde estaba yendo. Estaba yendo en busca de alguien, de una chica sin nombre escondida en casa de Martin o en la de los Bodler, en el bosque o en las cuevas. Fuera quien fuese, debía de parecerse tanto a Lily como a Dolores. Nada más pasar por el término municipal del pueblo, Lily se imaginó la maleta abandonada en el bosque y fantaseó con que ponía los dedos en la tapa y la abría unos pocos centímetros. A continuación, cerraba de golpe la tapa para no ver su horrible contenido.

De pie frente a la casa de Martin, Lily se sintió excitada. La emoción se impuso al miedo, quizá porque la camioneta de Martin no estaba y la casa parecía abandonada. Subió al porche, abrió la puerta y se asomó al interior. La mecedora volvía a estar en la esquina, y Lily vio la tela negra y el *collage* de crímenes y anuncios con su centro vacío. Decidió entrar. Le resultó igualmente fácil. Pones un pie delante del otro, pensó, y ya estás dentro. Tocó la tela negra durante un instante, pero la soltó enseguida. El olor químico seguía siendo igual de fuerte dentro de la casa, y volvió a preguntarse qué sería. Cuando buscó los cuchillos, vio que habían desaparecido. Se acordó de Dolores diciendo que la habían acuchillado, luego se acordó de la mano de Martin y, mientras entraba por la puerta abierta de su habitación, pensó que unos cortes como aquellos que le había visto en la mano no se los podía haber hecho arreglando una cerca. Había montones de libros en el suelo y vio el ejemplar de la *Anatomía de Gray* que estaba el otro día

en la sala, un libro de fotografías titulado *Desnudos* y un grueso volumen blanco que llevaba por título *Las prótesis*. Le pasó volando una mosca junto a la mejilla y escuchó por si oía algún coche en la carretera, pero no había ninguno; solo se oía el tráfico de la autopista a lo lejos. Fue al escritorio de Martin, apartó la silla y abrió el cajón: recibos del banco, varias fichas de archivo, clips sujetapapeles y un ejemplar de *Playboy*. Luego, al bajar la vista, se fijó en un bulto oscuro que había en el suelo y se agachó para cogerlo. Ropa, pensó, solo es ropa, pero cuando cogió una camiseta azul y la miró, vio que tenía un lacito en el cuello y una etiqueta dentro que decía: LADY SUSAN, TALLA 38. Se quedó mirando la etiqueta, respiró hondo y volvió a tirar la camiseta debajo del escritorio. Oyó a un perro ladrar en algún lugar de fuera y salió corriendo de la casa. Mientras pedaleaba por el camino de grava hacia la autopista, recordó de repente que había olvidado cerrar el cajón del escritorio.

Había dos coches aparcados en la entrada de los Bodler: la camioneta de los gemelos y un Pontiac que a Lily le pareció que le sonaba de algo. Se bajó de su bicicleta y corrió hasta la puerta. Sacudió la mosquitera y levantó la voz:

—¡Hola! Soy yo, Lily. ¡Necesito hablar con ustedes! —Mientras gritaba en dirección al interior de la casa, sintió que se había concedido a sí misma permiso para actuar de forma irresponsable, pero que podía retirarse aquel permiso cuando quisiera.

»¡Déjenme entrar! —volvió a gritar—. ¡Es importante!

Se oyeron unos pasos pesados procedentes de la habitación contigua y Frank apareció en la cocina.

—Tranquilícese —masculló. Cruzó arduamente la cocina, tirándose de los pantalones, y se detuvo frente a la mosquitera. Levantó los ojos inyectados en sangre y gruñó.

—Necesito volver a hablar con usted y con Dick sobre lo que vio. —Lily vaciló. Lo miró con intensidad para demostrarle la importancia de lo que estaba diciendo y añadió—: Podría ser una cuestión de vida o muerte.

No estaba segura, pero le pareció ver un asomo de burla en la mirada de Frank.

—Tranquila, mujer —dijo él, y se la quedó mirando sin parpadear. Y sin abrirle la mosquitera.

—Señor Bodler —dijo Lily—. Déjeme entrar.

Frank se rascó el cuello.

—Dick está descansando.

—Será solo un momento.

Frank se frotó la nariz con el dorso de la mano. Levantó lentamente un dedo hacia el techo, como si estuviera comprobando el viento, y dijo:

—Espere.

Frank desapareció. Mientras esperaba, Lily oyó voces en el interior de la casa. Le pareció oír una voz de mujer, pero la voz de Dick tenía timbre de mujer, así que podría haber sido él.

Frank regresó y le hizo un gesto para que lo siguiera, pero sin decir nada. La llevó por la segunda sala y abrió de un puntapié la puerta de la tercera. La patada sobresaltó a Lily, que tuvo que armarse de valor para seguirlo al interior del dormitorio. Dentro estaba increíblemente oscuro. No vio nada más que una franja de luz neblinosa justo delante de ella. Al cabo de dos o tres segundos, comprendió que la luz venía de una ventana, cuya abertura estaba bloqueada por una pila alta de cajas, y que la parte visible del cristal se encontraba cubierta de una gruesa película amarillenta. Pegado a la pared izquierda había un vestidor voluminoso con un espejo empañado y ennegrecido encima, y, cuando Lily se giró para mirarlo, vio el reflejo desdibujado de dos personas acostadas en una cama. La distorsión del espejo la confundió por un momento, pero luego se giró a la derecha y vio a Dick Bodler y a Dolores Wachobski juntos en una cama pequeña y hundida bajo el peso de ambos. Dolores estaba sentada, muy pegada a Dick, que yacía acostado y con la cabeza apoyada en una almohada sin funda. Cerca de los pies de la cama se erguían las botas de Dick. Sus lengüetas largas y arrugadas colgaban entre los cordones anudados, dándoles un aspecto ligeramente perruno. Dolores llevaba un vestido fino de color rosa que se abotonaba por delante, y, como aquel vestido era la única cosa de color claro en toda aquella habitación de marrones turbios y grises, su cuerpo parecía separado de todo cuanto la rodeaba. La mujer abotargada, llena de whisky y cubierta de vómito de hacía tres días había cedido su lugar a una persona sobria y serena, vestida de rosa. La transformación era tan completa que a Lily le pareció sobrenatural. Aquella no era la Dolores a la que ella había zarandeado y abofeteado la otra noche. Sosteniendo con ambas manos un pulcro abanico de naipes, Dolores giró la cabeza hacia Lily y dijo:

—Se te ve un poco alterada, cielo. ¿Pasa algo? —Y devolvió la vista a los naipes.

Dick no le había dirigido a Lily ninguna clase de saludo ni señal de reconocimiento. Ahora levantó una mano que hasta entonces había estado oculta tras su muslo y se puso varios naipes muy sucios frente a la nariz. Entrecerró los ojos. Lily cambió de postura; sintió que el pie le chocaba con algo, oyó un chapoteo y miró hacia el suelo. Acababa de golpear una lata de café que servía de escupidera. Olía a jugo de tabaco rancio y dio gracias por no haberla volcado.

Lily intentó enfocar la mirada. La luz débil y el polvo que flotaba en la habitación entorpecían la visibilidad, y le dio la sensación de haber perdido todo el ímpetu que había sentido por la tarde. El mundo se había ralentizado hasta detenerse en aquella habitación extraña y mugrienta. Pero habló de todas formas:

—Quiero preguntar por Martin Petersen. —Dio un paso hacia la cama. Nadie se movió. Frank estaba de pie frente a la torre de cajas, examinándolos a los tres con mirada inexpresiva. Dolores y Dick miraban sus naipes—. Martin Petersen —repitió.

Al cabo de unos segundos, Dolores dio una palmada en la cama.

—¿Te apetece una partida de gin? —Su voz sonaba clara y luminosa.

Estoy cansada, pensó Lily, muy cansada.

—No —contestó—. Solo quiero hablar.

—Pues siéntate —le dijo Dolores en tono dulce. Sonrió y le señaló con la cabeza un punto de la cama próximo a las botas.

—Prefiero quedarme de pie —dijo Lily.

Dolores echó atrás la cabeza y soltó una risotada.

Dick siguió mirando sus naipes. Por fin enarcó las cejas como si lo sorprendiera lo que veía.

Dolores volvió a reír.

La risa pareció quedársele a Lily en los oídos aun después de que se acabara. Por fin miró fijamente a Dolores.

—Bien pensado —dijo—, hazme sitio. —Lily pasó por encima de las piernas de Dick y apartó a Dolores con el codo—. Hazme sitio, cielo —dijo poniendo énfasis en la palabra *cielo*. La cama se hundió todavía más bajo su peso, y por un instante Lily pensó que podía venirse abajo. Cruzó las piernas al estilo indio y le dedicó una sonrisa a Dolores—. Qué cómoda —dijo.

—¡Pero mírala! —dijo Dolores. No era una pregunta—. Pensaba que yo te daba una pizquita de miedo, o quizá que te lo daba Dickie. —Dolores dio una palmada en los pantalones del hombre, provocando que se elevara una nubecilla de humo negro de la tela.

—Ni hablar —dijo Lily, y meneó los hombros con gesto exagerado de ponerse cómoda. El sarcasmo de Dolores mitigó su culpa. En realidad, es una zorra, pensó—. Quiero saber exactamente qué vio usted aquel día en el campo, cuando dijo haber visto a Martin Petersen —le gritó a Dick, que no la estaba mirando. Fuera, un pájaro silbó tres notas diferenciadas, cada una más aguda que la anterior.

—¿Por qué? —preguntó Dolores.

Lily rozó con su pierna la cadera de la mujer. El contacto la puso incómoda y sintió que se le ruborizaba la cara.

—Dick… —empezó a decir Lily, pero se corrigió—: El señor Bodler dice que vio a Martin Petersen llevando en brazos… —Se frotó la cara —. Llevándome a mí. —Hizo una pausa—. Por el prado de aquí al lado, el jueves pasado por la noche. Pero yo estaba lejos de aquí.

—¿A ti? —Dolores la miró con el ceño fruncido.

—¿Te recuerda a algo? —dijo Lily—. ¿A algo tipo Jesse James?

—No —dijo Dolores, pero tenía los labios entreabiertos en una mueca confusa.

Dick se incorporó hasta sentarse.

—Bueno, una cosa está clara —dijo Lily—. No era Jesse James.

Frank se había girado hacia Lily y ahora dio un paso adelante.

Dolores miró a Lily y habló entre dientes:

—Vi a Jesse y Jesse me vio a mí. Sé lo que vi, y me dio un susto de muerte. No era Martin Petersen, y te aseguro que no eras tú tampoco.

Lily gritó a Dick:

—¿Cómo sabe usted que vio a Martin? ¿No estaba oscureciendo? No estoy diciendo que no viera nada, pero ¿cómo puede estar tan seguro? En el registro policial de la semana pasada informaban de que se había visto a un hombre llevando en brazos a una mujer herida en las afueras del pueblo. Es lo mismo, ¿ve? Lo tengo aquí. —Lily se sacó el recorte del bolsillo de atrás y lo esgrimió frente a Dolores—. No fuiste tú quien llamó a la policía, ¿verdad?

—Nunca llamo a esos payasos —dijo Dolores. Cogió el recorte de la mano de Lily, se lo quedó mirando y se chupó el interior de la mejilla.

Frank se acercó a Dolores y extendió la mano para pedirle el

recorte. Ella se lo dio y él dedicó por lo menos un minuto a leerlo. Velocidad de jardín de infancia, pensó Lily.

—Me pregunto de quién sería el cerdo —dijo por fin.

—¿Estás diciendo que Marty Peterson se dedica a llevar una mujer muerta por el pueblo y que es eso lo que he estado viendo? —inquirió Dolores—. ¿Y con ropa de vaquero? ¿Que no tengo visiones? ¿Eso estás diciendo?

—Es posible —dijo Lily—. No estoy segura.

—¿Y qué me dices de la música? —dijo Dolores—. También oí música.

Lily no le hizo caso.

Con el pedazo de periódico arrugado todavía en la mano, Frank se sentó sobre una caja de madera cubierta de revistas y escupió dentro de la lata de café.

—Ese chaval nació con la sangre mala —dijo—. Lo llevamos en la familia —añadió despacio.

—¿De quién habla? —le preguntó Lily a Dolores.

—De Marty, supongo.

—¿Están ustedes emparentados con Martin? —dijo Lily levantando la voz.

Frank asintió con la cabeza.

—Como le decía, Marty la heredó, la sangre mala, afeminada, ya me entiende, un poco como Dick. —Bajó la voz para mencionar a su hermano—. La diferencia es que Dick no es nada listo y Marty lo es mucho, y no solo para las cosas manuales. Lee muchos libros, y cuando viene aquí hojea todos los que nos llegan para ver si los quiere y se queda los que le gustan. Tiene ideas ambiciosas y, cuando no le viene la maldición de la tartamudez, habla y habla hasta que ya no lo aguanto. Es una cotorra, cuando empieza.

Lily lo interrumpió:

—¿Qué parentesco tienen con él?

Frank la miró.

—Nuestra madre y la abuela de Marty eran hermanas.

—No tenía ni idea.

Frank asintió con la cabeza.

—Noruegas —dijo—. Nacieron aquí, pero sus padres venían de un pueblecito llamado Underdahl, en el valle de Sogn. Su apellido venía de allí: Underdahl. —Lily miró la parte de atrás de la cabeza de Frank

en el espejo y vio agitarse el reflejo de su calva.

Dolores miró a Lily.

—Como el tuyo.

—Hay muchos apellidos con la palabra Dahl —dijo Lily, como si hiciera falta explicarlo—. Significa «valle» en noruego: Overdahl, Grondahl, Folkedahl, muchos. —Se oyó a sí misma bajar la voz. Sabía que era una tontería, pero de pronto la inquietaba el solapamiento accidental de su apellido con el de soltera de Helen Bodler.

—Ya lo creo —dijo Dolores—. Yo fui a la escuela con una niña que se llamaba Hallingdahl.

Se quedaron todos en silencio. Helen Underdahl, se dijo Lily, y eructó. Fue un eructo silencioso, pero le trajo sabor a vómito a la boca y necesitó tragar saliva para quitárselo. Miró a Frank y, con voz baja y comedida, dijo:

—¿Cree usted que Martin es capaz de...? —Se detuvo—. ¿Sería Martin capaz de hacer daño a alguien?

Frank se inclinó hacia delante sobre su caja.

—La verdad, señorita Dahl, es que no se puede saber nada de nadie, ¿verdad que no? Yo creo que usted misma podría hacer daño a alguien si las circunstancias lo pidieran. ¿No tengo razón? Es imposible conocer ni siquiera a la gente a la que tienes más cerca. Un día te despiertas y lo descubres. La gente dice: «Es imposible, no podría pasar». Pero si vives un poco de tiempo, pasa. —Frank asintió con la cabeza—. La gente está llena de sorpresas. He visto muchas cosas que no deberían pasar, señorita Dahl, y no es fácil saber a quién echar la culpa. Es la naturaleza de las cosas. Llega un día en que te despiertas por la mañana y miras por la ventana y no ves más que una nube de langostas que cubre todo el cielo. Y antes de que te des cuenta, llega la sequía y se te quema el campo como si hubieras pegado fuego tú a tus cosechas. Y eso es simplemente la naturaleza, vale; pero luego el precio de los huevos baja tanto que ya ni siquiera vale la pena venderlos. Te sale más caro criar a los pollos. ¿Y de quién es la culpa de eso, señorita Dahl? ¿De los políticos de Washington, que no distinguen una vaca de un caballo? —Frank negó con la cabeza y se metió un pellizco de tabaco en la boca. Entrecerró los ojos—. Y llega un día en que aparece un puñetero inspector de las Ciudades Gemelas con su cochazo y te dice que tienes que sacrificar a tus animales, del primero al último. Fiebre aftosa, te dice. Pero resulta, señorita Dahl,

que los animales no estaban enfermos. Las vacas no estaban enfermas. —Levantó un puño hacia Lily—. Y llega el día en que ya no conoces a tu gente, ya no sabes cómo son ni qué están pensando, y eso es lo peor. Te dan la espalda y te dejan en la estacada. No importa que tú no hayas hecho nada. Estás involucrado de alguna forma, y con eso basta. La compasión es barata, señorita Dahl, y a los que se compadecen de ti no les gusta acercarse mucho. Guardan las distancias, chasquean la lengua y niegan con la cabeza, pero no se ensucian las manos, y eso no te ayuda mucho cuando lo único que te queda es un pedazo de tierra con la marca del diablo. —Hizo un gesto de asentimiento—. La gente te sorprende. Es así. Me pregunta usted si el chico podría hacer algo malo. Y yo le digo que seguro que sí, pero que eso no lo distingue del resto de la gente.

Lily miró a Frank. La había dejado asombrada con aquel discurso tan largo. Bajando la voz, dijo:

—Martin tiene una pared con fotos y artículos sobre gente muerta; gente asesinada. ¿Lo sabía usted?

—¿Y eso le parece distinto de tener las fotos aquí? —Frank se dio un golpecito con el dedo en la sien.

Lily notó la boca seca.

—No..., no lo sé —dijo.

Dick empezó a moverse en la cama, y, cuando Lily se giró para mirarlo, vio que se incorporaba hasta sentarse. Dejó caer los naipes, que se desparramaron sobre su regazo y sobre la cama. Hasta entonces a Lily le había parecido que tenía la cabeza en otra parte, que los números y las caras de sus naipes lo absorbían por completo. Lily no sabía qué había oído y qué no había oído, pero ahora su cara adoptó una expresión repentina de alegría. Echó la cabeza atrás, abrió la boca y se echó a reír sin hacer ruido, sacudiendo la barbilla. Se abrazó a sí mismo y se puso a mecerse de adelante hacia atrás en la cama, golpeando a ambas mujeres con los hombros. Lily se apartó y su rodilla chocó con la espinilla de Dolores.

—No lo hace con ninguna intención —le explicó Dolores a Lily—. Es una de sus rarezas. —Sonrió—. Perdón, de sus peculiaridades. De vez en cuando se adueña de él. Así, sin más. —Chasqueó los dedos—. Creo que deberíamos dejarlo en paz. Frank es el único que puede hacerlo parar, si no para él solo.

Lily miró a Dick y le gritó:

—Tengo que irme, señor Bodler.

El hombre dejó de mecerse al instante, la miró a la cara y dijo:

—¿Se marcha? —Miró a su hermano—. ¿La señorita Underdahl se marcha?

—Dahl, solo Dahl —dijo Frank, aunque en voz demasiado baja para que lo oyera Dick. Lily sabía que no lo había dicho para su hermano, sino para ella.

Pasó por encima de las piernas de Dick y se bajó de la cama. En cuanto sus pies tocaron el suelo, Dick regresó a su bamboleo y a su risa silenciosa. Lily divisó su propio reflejo ondulado en el espejo oscuro que tenía delante y giró la cabeza para no verlo. Cuando se dio la vuelta, vio que Dolores le daba una palmadita amistosa en la pierna a Dick y se movía hacia el borde de la cama. Se le enganchó el vestido en el colchón y se le subió por el muslo, dejándole al descubierto la parte superior de la media y la liga. Lily se acordó de que la otra noche Dolores no llevaba liguero.

Le dio la mano a Frank y resistió un impulso momentáneo de limpiarse la palma en los vaqueros. Luego se fijó en que Dick agitaba la mano hacia ella y entendió que también se la quería dar. Estiró el brazo hacia él y sintió aquella mano cálida y grasienta en la suya. Cuando lo miró a la cara, vio familiaridad en su mirada. Me debe de estar confundiendo con alguien, pensó.

Despojada de su curiosidad y por alguna razón dolida, Lily miró la etiqueta de Folgers de la lata de café que tenía a sus pies. Ver a los hermanos y oír a Frank había reabierto alguna herida antigua en ella, y aunque sentía con nitidez el dolor de aquella herida, no sabía cuál era su origen. Salió de la habitación detrás de Dolores, y, mientras atravesaba la siguiente sala, se fijó en las peonías del otro lado de la ventana. Una flor gruesa y descolorida presionaba contra el cristal sucio.

En el escalón de piedra del porche, Lily guiñó los ojos bajo la luz del sol y se fijó en una libélula que le pululaba junto a la rodilla y luego se alejaba volando hacia la derecha, en dirección a un montón de chatarra. Cuando se volvió hacia Dolores, vio que tenía un aspecto distinto al aire libre: el viento le pegaba el vestido rosa a los muslos y se le veían con nitidez las finas arrugas de la cara.

—¿Tienes coche? —quiso saber Dolores.

—No, tengo mi bici —dijo Lily, señalándola.

—Ve a buscarla. Te llevo. Meteremos la bici en el maletero.

Lily no contestó. Se sentía incapaz de moverse y se dedicó a mirar una rueda que había en un montón de chatarra. Luego levantó la vista hacia los cables telefónicos que flanqueaban la autopista y se quedó mirando una hilera de gorriones que estaban posados en ellos: una fila de cuerpos pequeños y oscuros. Uno de ellos giró de golpe la cabeza a la izquierda, alerta a algún sonido o movimiento invisibles, y al cabo de un instante todos extendieron las alas y echaron a volar por el cielo.

—Venga —dijo Dolores—. Trae la puñetera bici.

Dolores condujo deprisa y Lily oía la bicicleta golpear contra el maletero. Miró por la ventanilla y se acordó de la camiseta de chica que había encontrado debajo del escritorio de Martin. Es de ella, pensó. De la carretera le llegó un olor a mofeta y se giró hacia Dolores. Cada vez que le pongo la vista encima, es distinta. Podría ser por la bebida, pero no puede servirse la personalidad con una botella de whisky, ¿verdad que no? Lily examinó el regazo de la mujer, mirándole con atención el muslo a través del vestido. Puso a prueba sus sentimientos por ella, pero no sentía nada, nada en absoluto.

—Tienes miedo —dijo de pronto Dolores—. Te lo noto.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que acabo de decir. Que tienes miedo.

—Yo no diría eso —mintió Lily, mirando la carretera.

—Yo sí —dijo Dolores—. Pero Dickie no está bien de la cabeza. Puedes verlo, ¿verdad?

—Es una persona extraña —dijo Lily—. Pero tú también.

Dolores abrió la boca y al cabo de un momento se rio.

—¿Yo?

—Ed dijo que eras inusual o fuera de lo ordinario o algo así. No sabe muy bien qué pensar de ti.

Dolores sonrió mirando la carretera.

—Eso no es lo mismo que ser extraña, cielo. Él también es un bicho raro, ¿no te parece?

—¿Quién, Ed?

—Sí, Ed. —Dolores imitó la entonación con que lo había dicho, y esa pequeña crueldad puso en guardia a Lily—. La mayor parte del tiempo está ausente, no sé si me entiendes.

—No, no te entiendo —dijo Lily. Pero era mentira.

—Vive en esos cuadros suyos. Ya debes de haberte dado cuenta. Y de vez en cuando su polla lo hace salir.

Lily se puso tensa.

—¿O sea que así es como lo ves?

—Sí. No digo que sea malo.

—La otra noche lo vi bastante preocupado por ti, y no creo que tuviera mucho que ver con el sexo. Si no hubiera sido por él, te habrías despertado en un charco de vómito junto al río. —A Lily le tembló la voz al decirlo.

—He dejado la bebida, por si no te has dado cuenta.

—Me he dado cuenta. Yo también estaba presente.

—Lo sé —dijo Dolores, y le dedicó una sonrisa—. Solo digo que, si no me hubiera pintado, creo que yo le importaría un carajo.

—A mí no me ha pintado y le importo —dijo Lily.

Dolores sonrió.

—¿Cuántos años tienes, cielo? ¿Dieciocho?

—Diecinueve —dijo Lily.

La mujer asintió con la cabeza.

—Y nuestro amigo el pintor debe de tener unos treinta y cinco, ¿no dirías?

—Treinta y cuatro.

—Ese tipo conoce triquiñuelas que tú ni te imaginas todavía.

Lily iba sentada encima de sus manos, mirando por la ventanilla. Habló despacio.

—Aquel día en la habitación de Ed, cuando me dijiste que «se pone violento», ¿qué querías decir?

—Si no lo sabes, te aseguro que no pienso decírtelo. No me corresponde a mí, por el amor de Dios.

Guardaron silencio un par de minutos. Lily observaba a través de la ventanilla los campos que se extendían bajo el cielo enorme y por fin dijo:

—¿Por qué te escondías de tu madre cuando eras niña?

—Supongo que eso te lo ha contado él.

Lily asintió con la cabeza.

—¿Era una especie de juego?

Dolores pisó el acelerador y el coche aumentó de velocidad.

—También te lo ha contado, ¿eh? Supongo que fui tonta por creer que no se lo contaría a nadie. ¿Un juego? Ya lo creo que teníamos un

juego. Yo me perdía y él me encontraba. Lo oía dar vueltas y ponerse cada vez más cachondo...

Lily la interrumpió.

—Eso no me lo contó. Esas cosas no me las contaría. —El dolor de su voz era obvio, y Lily se arrepintió de haberlo mostrado.

Ninguna de las dos dijo nada durante medio minuto.

—No te lo tomes demasiado a mal —dijo Dolores por fin—. Hay cosas mucho peores en este mundo que esa clase de juegos. Hay muchos hombres en este pueblo que tienen algún juego al que nadie quiere jugar con ellos. Si alguien lo sabe, soy yo. Es algo que no hace daño a nadie y a ellos los reconforta. No me avergüenzo. —Hizo una pausa—. Lo gracioso del tema es que incluso los tíos raros caen en categorías. No hay nada nuevo bajo el sol. Es para no creérselo. —Levantó la mano del volante y la agitó.

—Pero esconderte es tu juego, Dolores, no el de Ed.

Dolores redujo la velocidad.

—Para jugar hacen falta dos, cielo.

Pero Lily vio que la emoción le distendía la cara. Es más guapa cuando es mala, pensó Lily. Dolores cruzó lentamente con el coche las vías del tren y Lily pegó la nariz a la ventanilla. Cuando se giró otra vez hacia ella, vio que tenía la cara de color rosa y húmeda, quizá por efecto de las lágrimas, aunque Lily no le veía gotas en los ojos.

Cuando giraron por Division Street, Dolores dijo:

—No le acepté dinero, ¿sabes? Solo por posar.

—Ajá —dijo Lily. El coche se detuvo delante del café Ideal y Lily se acordó de que ya no tenía trabajo. Me conviene reconciliarme con Vince, pensó; abrió la portezuela y la cerró de un golpe—. Gracias —le dijo a Dolores, que estaba encorvada sobre el volante en una postura tan dramática como irritante—. ¿Qué te pasa? —añadió con voz cortante.

Dolores levantó la cabeza y miró a Lily con unos ojos muy abiertos y sinceros.

—Dile a la señora mayor que gracias por la comida y lo demás.

—¿Cómo? —dijo Lily.

—Las cosas que me trajo el domingo por la mañana. Fue una buena obra por su parte. Yo estaba muy deprimida y no dije gran cosa, pero es una buena mujer y me gustaría que se lo dijeras. Coméntale que me alegro de que me dijera lo que me dijo. Lo entenderá. —Dolores

sonrió con dulzura. Luego se echó la melena sobre el hombro—. Nos vemos —dijo con una voz cantarina que rezumaba feminidad falsa. Se tiró de los bajos del vestido para cubrirse las rodillas, recolocó las nalgas sobre el asiento y giró la llave en el contacto.

Lily se apartó de la ventanilla y habría dejado que Dolores se marchara con su bicicleta de no haberla visto en el maletero a medio cerrar.

—¡Para!

Ni el grito que le había dirigido Lily a Dolores ni el posterior tostón de desatar las cuerdas y sacar la bicicleta del maletero pasaron desapercibidos. No quedó claro si Dolores notaba las miradas atentas de los clientes del café Ideal, ni tampoco si vio a Beulah Bjornson pararse en seco delante del estanco de Tiny para observarlas. Si percibió algo de aquello, lo disimuló bien, y Lily no pudo evitar admirar su ceguera, por mucho que fuera fingida. Cogió la bicicleta por el manillar y dijo:

—Gracias, Dolores. —Y añadió—: Lo digo de verdad. —Porque, por alguna razón, era así.

Llevó la bicicleta hasta el ventanal del café y se asomó al interior. Dos mujeres de mediana edad le devolvieron la mirada desde el reservado de Martin, y, antes de que le diera tiempo a reprimir el impulso, Lily ya había bajado la pata de cabra de la bicicleta y les estaba haciendo una mueca burlona. Se metió los pulgares en las orejas y meneó los dedos. Era un acto ridículo e infantil, pero cuando vio a través del cristal aquellas dos caras asombradas no pudo evitar sentir que valía la pena.

3

Mientras subía la escalera, Lily oyó un chirrido procedente del apartamento de Mabel. Debería estar en casa de Ed, pensó; ha pasado algo. Mabel estaba sudando cuando le abrió la puerta, y Lily se dio cuenta de que nunca la había visto transpirar, ni siquiera en lo peor del calor estival. Ahora, en cambio, se le veían gotas de sudor encima del labio superior y la frente le relucía de humedad. Llevaba una camisa grande y blanca remangada hasta los codos y le temblaban los brazos blancos y flacos.

—Mabel —dijo Lily—. ¿Qué pasa?

—Lo he vuelto a mover todo. —Señaló la habitación con una mano exhausta y suspiró—. La habitación entera. Ya no sabía dónde estaba. Fue una estupidez por mi parte. Pensé que era hora de hacer una revolución, ya sabes, de traer un nuevo orden, pero me resultaba espantoso, simplemente espantoso... Era muy infeliz con el sofá ahí. —Señaló—. Fue como cuando intenté aprender ruso con cincuenta y siete años. Lo intenté, pero el cerebro ya se me había calcificado y no pude con los casos gramaticales, ya no digamos con los sonidos. Y debería haberme servido de lección, pero no, claro, tuve que ir de lista y de valiente y ponerme a cambiarlo todo. Mis nervios simplemente ya no lo aguantaban, y mover todos esos muebles yo sola...

—¿Has movido los muebles? ¿Cuándo los has movido? Tendrías que haberme pedido que te ayudara. —Lily le miró las manos. Mabel tenía los nudillos rojos e hinchados. Luego examinó la cara de la anciana—. Dolores te da las gracias por la comida, y me ha dicho que te comente que se alegra de que le dijeras lo que le dijiste, y que tú lo entenderías.

—Tú también has ido a verla, ¿verdad? —Mabel miró con atención a Lily.

—No. Me la he encontrado en casa de Frank y Dick Bodler.

Mabel pareció perpleja.

—No te referirás a esos hombres con sacos y pinta de acabar de salir de una mina, ¿no?

—Pues sí —dijo Lily, y se cruzó de brazos. Luego dijo en voz baja—: ¿Por qué fuiste a ver a Dolores?

—Quería preguntarle por Ed y por el retrato.

—¿Y por qué no se lo preguntaste a él?

—Quería ver el otro lado de la situación. Y quería que me contara lo de los fantasmas. —Mabel se secó el labio superior—. Necesito sentarme. —Se dejó caer en el sofá y suspiró con las piernas extendidas en el suelo.

Lily se le sentó al lado.

—¿Y qué te dijo?

—Nada. Hablé yo. Supuse que me oía. No estaba segura.

—Ahora está fresca como una rosa —dijo Lily.

—Me agobia el retrato, Lily. —Mabel se frotó la mejilla suavemente, como si aquella piel no fuera suya—. No sé qué hacer. Deberías verlo ahora. Hoy hemos trabajado. Es..., es... Uf, no sé. Cuando lo miro, me enfado. Sé perfectamente que a nadie le va a importar quién es la anciana del cuadro de Edward Shapiro, y aun así me da la sensación de estar siendo arrastrada a una crisis que una parte de mí ha provocado deliberadamente y a la que otra parte se resiste. No estoy segura de que Ed lo entienda del todo. No estoy segura ni siquiera de que sepa lo que está haciendo, pero hay algo en él que es agresivo; no hablo de sus modales, ya lo sabes, sino de su obra. Es algo que te golpea el corazón. —Mabel tragó saliva—. ¿Sabías que pintó a su mujer?

Lily negó con la cabeza.

—Aquella pintura acabó con el matrimonio.

Lily no dijo nada.

—Supongo que empezó bien y luego algo se torció. No entró en detalles, pero ¿sabes qué me dijo?

—No.

—Me dijo que había *visto* a su mujer, que la había visto de verdad. —Mabel miró a los ojos a Lily.

Ella apartó la vista y miró hacia la ventana. Se preguntó qué debía de haber visto Ed en Mabel y por qué aquello la agobiaba, pero lo que dijo fue:

—No es más que una pintura, Mabel. Te estás agobiando por nada.

—Miró la cara pálida de la mujer y le habló con voz suave—: ¿Es por la historia de las viñetas?

Mabel apartó la cara. Ni asintió con la cabeza ni habló.

—En parte, sí —dijo por fin en voz baja.

De pronto una sospecha asaltó a Lily.

—Yo de ti iría con cuidado con qué le cuentas a Dolores. No deberías confiar en ella, Mabel. Le puede ir con lo que le cuentes a la chica que hace las uñas en la peluquería de Miriam, a Willy el del taller de reparación de zapatos, ¡ a cualquiera!

—No estoy segura de que Dolores sea así, Lily. —Mabel sonrió con la boca cerrada. Lily vio que tenía los ojos húmedos cuando se apartó un mechón de pelo de la frente.

Las dos se pasaron mucho rato sentadas en el sofá la una junto a la otra, sin hablarse. Lily pensó en su despido del café y en el ensayo de la obra y en que Martin estaría en el Arts Guild, y luego le contó a Mabel todo lo de Martin. Solo fue una confesión parcial, sin embargo, ya que omitía detalles que se habían integrado en la historia pese a no formar parte inicialmente de ella: Helen Underdahl Bodler y los zapatos que Lily había robado, quemado y enterrado; Dolores tirada en la hierba, o Dick y Frank en aquella casa. Pero sí que le habló de la nota de Martin y del mapa, de Becky Runevold y de la mecedora. Le contó que había abandonado su trabajo para ir a fisgar en casa de Martin y que se había encontrado con la camiseta. Mabel la escuchó con atención. Con tanta atención que el cuerpecillo entero se le puso tenso. Cuando Lily terminó, Mabel levantó la barbilla, se quedó mirando un huevo de madera azul que había en la mesita de café y dijo:

—Hay muchas explicaciones posibles al hecho de que tuviera allí esa camiseta —dijo—. Eso lo entiendes, ¿verdad?

Las palabras de Mabel despertaron un eco en la cabeza de Lily después de que terminara de decirlas. Recordó haber tocado la tela azul y haber sentido que estaba contaminada, con huellas de algo espantoso. ¿Por qué se había quedado tan convencida de que la camiseta pertenecía a aquella chica a la que la gente estaba viendo? ¿Por qué no se le había ocurrido que quizá perteneciera a otra persona, como por ejemplo la hermana de Martin o una amiga? Lily miró a Mabel a la cara.

—Sí —asintió—. Pero me da la sensación de que hay algo…

La mujer se juntó las manos en el regazo y le dijo:

—Sí, hay algo. Una mente que deja quemaduras en el mundo.

Lily no contestó, pero tampoco pudo negar que entendía de alguna forma aquella frase enigmática.

—¿Sería posible que esta noche fuera de oyente a tu ensayo? —dijo Mabel—. Me gustaría ver el ensayo de todas formas, pero quizá, si veo a Martin... —No terminó la frase.

—Me parece buena idea. —Lily necesitaba un aliado y no quería hacer frente a Martin ella sola—. Se comporta como si supiera algo de mí —le explicó—. Como un chantajista o algo parecido. —Lily dejó de hablar.

«Eras tú», se dijo a sí misma, y contempló el suelo. La posibilidad, por descabellada que fuera, de que ella pudiera haber perdido la noción del tiempo y la conciencia, de que pudiera estar recordando mal o bien olvidando un episodio crucial, le resonaba como una cancioncilla en el fondo de la mente. No era que aceptara lo que había dicho Martin como la verdad, pero sí que reconoció incertidumbre por primera vez, y la sentía como un molesto sonsonete de dudas, como el estribillo estúpido de un anuncio de televisión o de una canción pop que tarareas casi sin saberlo y que, por mucho que lo intentas, no puedes quitarte de la cabeza.

A Martin se le debían de estar curando bien los cortes, porque ahora usaba la mano con normalidad, tanto en el escenario como fuera de él. Mabel se pasó todo el ensayo sentada en una silla plegable de la segunda fila, y a Lily le preocupaba que no pudiera ver nada, por lo menos en Martin. Cuando lo observaba Lily, solo veía a un joven que cooperaba, no causaba problemas y hacía bien de Telaraña. Miraba un poco demasiado fijamente y apenas parpadeaba, vale, pero ¿y qué? Todo el mundo estaba ya acostumbrado. Lily empezó a desear que hiciera o dijera algo que lo dejara en evidencia. Confió en que le mandara otra nota que ella pudiera enseñarle a Mabel, o en que montara una escena delante de los actores. Mientras fingía dormir al fondo del escenario, y abría el ojo derecho lo justo para ver a Martin dar unas palmadas en la cabeza del asno de Bottom, Lily oyó que Mabel se reía en voz muy alta, y fantaseó con que Martin abandonaba de repente su rol de Telaraña, se giraba hacia el público y lo confesaba

todo. No llegó a inventarse el contenido exacto de la confesión, pero en la fantasía el público se quedaba conmocionado. Veía a Martin con la cara ruborizada, tartamudeando y agitando los brazos. Para cuando las hadas abandonaban el escenario, la historia ya había progresado hasta un punto en que los actores se le echaban encima y lo llevaban a la fuerza hasta la comisaría. Después de aquello, decidió arriesgarse.

Encontró el momento adecuado cuando terminó el ensayo y Martin le pasó por al lado llevando tres disfraces encima del brazo. Iba camino de la escalera, y, a pesar de que no estaban solos —Jim, Denise y Oren estaban hablando justo al otro lado de las puertas—, Lily se le acercó y le dijo con voz tensa pero baja:

—Sé lo que has hecho.

Martin se detuvo a mirarla. La observó fijamente, pero su cara no se movió.

—Te estoy diciendo que lo sé —repitió ella.

Martin asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

Lily vio a Mabel detrás de él. Las miradas de ambas se encontraron y en ese instante Lily entendió lo que acababa de hacer. No solo estaba mintiendo. Estaba fingiendo que sabía algo que no sabía, y se le ocurrió que aquella artimaña podía ponerla en peligro. Martin pareció mirar a través de ella mientras se preparaba para hablar. Movió la boca y agarró la tela azul de los disfraces con la mano vendada. Le hizo un gesto con la cabeza a Lily para que se fuera aparte con él y empezó a hablar, atascándose mucho en las primeras sílabas, aunque las palabras estaban muy claras, y después de oírlas Lily tuvo la sensación de haber recibido una patada en el estómago:

—O sea que has estado en la cueva y la has visto. —Hizo una pausa—. *Lo* has visto, quiero decir. —Martin movió la cabeza a un lado—. ¿Q-q-qué esperabas, que lo negara? —Luego se miró los zapatos—. No la habrás movido, ¿verdad?

Lily negó con la cabeza, aunque no fue en respuesta a la pregunta de Martin. No podía aceptar lo que acababa de oír. ¿Acaso ha dicho lo que creo que ha dicho?, se preguntó. Las palabras de Martin habían pasado demasiado deprisa y nadie más parecía haberlas oído. Denise estaba dirigiendo una risilla a la cara de Jim, y Lily vio que Martin se giraba y bajaba la escalera con los disfraces en brazos mientras la señora Wright anunciaba ensayo general para el jueves:

—Estamos cerca, gente, muy cerca. Tenéis dos días para descansar,

así que descansad bien y preparaos para el gran fin de semana. El jueves ya no habrá interrupciones. Si os equivocáis, será como si la obra ya se estuviera representando; simplemente hacedlo lo mejor que podáis.

La voz de la señora Wright sonaba lejana. Lily no se movió. Oyó pasos y conversaciones y luego alguien hizo sonar el triángulo que se usaba cuando salían al escenario las hadas.

Fue Mabel quien decidió que siguieran a Martin. Lily la informó de su conversación con una voz que apenas reconoció como de ella. No supo cómo había conseguido repetir aquellas palabras, pero lo había hecho, y luego se preguntó si creía realmente que eran verdad. Se sentaron las dos en el viejo Saab de Mabel y esperaron a que Martin saliera por las puertas, cosa que hizo en cuestión de minutos. Miraron cómo se despedía de la señora Baker y vieron que la mujer le daba unas palmadas afectuosas en el hombro. Luego Martin caminó lentamente hasta su camioneta con la cabeza gacha; la mano vendada se le veía muy blanca en la oscuridad. Se subió a la cabina del vehículo y arrancó. Mabel dejó que la camioneta se les adelantara una manzana y luego se metió con el Saab por la avenida y se puso a seguir a Martin hasta las afueras.

—En el escenario no ha tocado a Bottom ni a nadie —dijo Mabel.

Lily no entendía cómo Mabel podía hablar de la obra ahora, pero tampoco la detuvo.

—¿No te has fijado? —Mabel tenía la voz un poco ronca—. Está claro que ha tomado la decisión consciente de interpretar su papel así, y es una decisión muy inteligente, porque sus gestos parecen mágicos. Se acerca, vale, pero nunca establece un contacto real. Sus movimientos me han recordado a los de un mimo. —Mabel hizo una pausa—. Ha sido como si estuviera trazando las siluetas de las cosas en su mundo invisible, como si se hubiera olvidado de los contornos de la gente real y de las cosas reales. Supongo que el actor que interpreta a Bottom ni siquiera se ha dado cuenta, porque lleva esa cabeza postiza.

Lily juntó las manos y se las pegó al regazo. Estaba acordándose del beso que le había dado a Martin al marcharse del escenario aquel primer día de los ensayos y de la cara que había puesto él. La luna estaba casi llena y parecía acompañarlas mientras ellas avanzaban dos coches por detrás de la camioneta de Martin. Lily se acordó del cierre

del cajón que había dibujado Martin en su mapa. Era un asa, ¿verdad? Demasiado grande para ser un cofre. No era un cofre. El intermitente izquierdo de Martin emitió un parpadeo rojo por delante de ellas, y la camioneta giró por Old Dutch Road. Mabel aminoró la marcha, esperó a que la camioneta desapareciera por detrás de la colina, a un centenar de metros más adelante, y entonces giró también. Cuando el Saab llegó a la cima, Lily bajó la vista y no vio ni luces ni camioneta.

—¿Adónde ha ido? —A través de la ventanilla abierta, Lily olió el arroyo y el estiércol y el heno de la granja del otro lado de la carretera —. Ahí está. —La camioneta se encontraba aparcada en ángulo oblicuo, con dos ruedas en la hierba y las otras dos en el estrecho arcén—. Aparcaremos al otro lado —dijo Lily—. La antigua carretera de Dundas queda justo delante. Ahora está toda invadida de hierbas, o casi toda. Pero se puede aparcar en ella. Lleva a mi casa, a mi vieja casa, una vez doblas la curva y dejas atrás la señal del teléfono de incendios. —Lily respiró hondo—. Conozco hasta la última roca, matorral y tocón de árbol de por aquí.

Mabel siguió las instrucciones de Lily y aparcó el coche en la antigua carretera de Dundas. Después de que calara el motor y apagara los faros, Lily dijo:

—¿Qué vamos a hacer?

Apoyando las manos en el volante, Mabel dijo:

—No lo sé. ¿Estamos cerca de las cuevas?

Lily asintió con la cabeza.

—Debe de ser a donde ha ido. Pero está oscuro, Mabel. No tenemos linterna, y, aunque la tuviéramos, no es fácil meterse por las cuevas.

—Tienes razón. Volvamos a casa. Que se encargue la policía. Si hay algo que encontrar en esa cueva, lo encontrarán.

—Aun así, quiero mirar qué tiene en la camioneta.

Mabel se puso a murmurar para sí misma o para Lily:

—No es inusual que la gente tartamuda deje de serlo cuando, en fin, cuando no es ella misma. —Abrió la portezuela del coche y bajó a la hierba. Lily la siguió, se detuvo en el fresco de la noche y miró al otro lado del campo iluminado por la luna.

En la camioneta de Martin encontraron un rollo de cuerda de nailon, una llave inglesa, un martillo y una lona de gran tamaño. Lily sabía que aquellos hallazgos no significaban nada. Era normal que alguien que trabajaba de manitas llevara herramientas encima; sin

embargo, cuando fue a inspeccionar la lona, sus dedos encontraron algo frío y húmedo, y apartó la mano como si algo se la hubiera mordido.

Mabel estaba de espaldas a ella, contemplando el terraplén que llevaba a la orilla del arroyo. Bajo la carretera había una obra de drenaje y Lily escuchó el agua que resonaba dentro de sus paredes metálicas. A lo lejos, un tren silbaba y los coches zumbaban por la autopista, pero no se oía a nadie moverse por la espesura. De haber estado Martin cerca, a Lily no le cabía duda de que lo habría oído. Hasta la última tos y hasta la última rama que se rompía al pisarla resonaban en la quietud relativa. Lily se detuvo junto a Mabel y contempló el arroyo, donde la luz de la luna brillaba en forma de cientos de esquirlas sobre el agua en movimiento. Había la suficiente luz para ver el árbol caído que cruzaba el arroyo a modo de puente. Estaba allí donde su curso trazaba una curva, y la orilla era lo bastante escarpada como para dificultar la subida. La entrada de las cuevas quedaba a una treintena de metros más allá del árbol caído, y, si seguías caminando otros quinientos metros por la orilla, llegabas serpenteando a la propiedad de los Bodler y al sitio donde Lily había enterrado los zapatos. Ahora todo parece muy lejano, como si lo hubiera soñado, se dijo a sí misma, y miró a Mabel, que estaba contemplando el cielo con cara seria.

—Orión —dijo la mujer, y señaló.

Lily asintió con la cabeza y se giró hacia su antigua casa. No había ido a verla desde que se habían mudado a ella sus nuevos ocupantes. El hombre trabajaba en la 3M y la mujer era secretaria en Grundhoffer and Lundqvist. Tenían tres hijos.

—Lily. —La voz de Mabel tenía una inflexión de espanto—. ¿Qué es eso? —Estaba señalando en dirección a la orilla del arroyo, y, cuando Lily miró, vio que, todavía a un centenar de metros de distancia, cerca del árbol caído, venía flotando hacia ellas una forma blanca. Costaba ver exactamente dónde empezaba y dónde terminaba, porque arrastraba tras de sí varios apéndices vaporosos que no guardaban relación con la forma humana—. ¿Qué es? —susurró Mabel.

Lily se quedó mirando y negó con la cabeza.

—Está demasiado lejos —dijo.

Pero aquella cosa imposible siguió avanzando hacia ellas, y durante los segundos siguientes, Lily basculó entre la creencia y el

escepticismo. Vio un ángel, vio un fantasma, y vio una versión grotesca del Espíritu Santo flotando entre los árboles, pero cada vez que ponía nombre a una de aquellas cosas la descartaba y se decía a sí misma que debía de ser otra cosa. Quería mirar aquella forma y al mismo tiempo quería huir de ella, pero cuando la vio emerger de las sombras negras de los árboles y detenerse en el margen del arroyo, en un lugar donde la luna la iluminaba, y entonces le vio las alas, unas alas enormes y transparentes, como de insecto, le cogió la mano a Mabel y se la llevó a través de la carretera y por el terraplén, hasta el otro lado de la obra de drenaje. Le daba la sensación de que dentro de aquel tubo metálico enorme estaría a salvo y al mismo tiempo podría ver a la criatura. Le soltó la mano a Mabel, se agarró a la superficie metálica estriada del cajón de drenaje y buscó con las botas un punto de apoyo sobre los enormes remaches de metal que había justo por encima del nivel del agua.

—Voy a entrar. Tú quédate aquí —le dijo a Mabel.

Dentro del cajón de drenaje, el ruido del agua era un retumbar terrible. A Lily le resbalaron un par de veces las botas de vaquero y sintió que le entraba agua por las suelas de cuero.

Por detrás de ella, Mabel habló y su voz rebotó en las paredes:

—Es Martin, Lily. Y va cargando con algo. —El eco le llegó a Lily en forma de serie de tres repeticiones, cada una más débil que la anterior, y Lily supo, sin necesidad de verlo claramente por sí misma, que Mabel debía de tener razón.

Se inclinó hacia delante para asomarse por la abertura redonda del cajón de drenaje e identificó el cabello claro de Martin y su cara ovalada en mitad de una malla de gasa blanca. Como ahora lo tenía mucho más cerca, Lily pudo ver que las cuatro alas debían de formar parte del disfraz de Telaraña. Eran tan finas que el viento las hacía ondear ligeramente. Y Lily entendió también que lo que hasta entonces le había parecido una interrupción en el cuerpo de Martin era en realidad un fardo oscuro y alargado que llevaba en brazos. Oyó que Mabel respiraba tras ella y giró la cabeza. La mujer se había metido también en el tubo de drenaje y estaba medio de pie y medio sentada contra su pared curvada. Se apoyaba en ella con los brazos y piernas temblorosos, y, como no se atrevía a soltarse, hizo un gesto violento con la cabeza en dirección al terraplén por el que habían venido. Pero Lily no hizo caso de su señal y se giró para volver a mirar

a Martin. Vio que se metía en el agua y que, a medida que cruzaba el arroyo con su cargamento, sus rasgos cobraban una nitidez fantasmal bajo la luz; los ojos le destacaron y los labios se le vieron de un rojo antinatural. Y luego, a través de la lona o manta, Lily distinguió la forma inerte de una persona: el contorno de unas rodillas sobre el brazo de Martin, unas nalgas fláccidas y una cabeza tapada que le caía hacia atrás por encima del otro brazo. Consiguió ahogar un chillido, pero sintió que se le escapaba un gruñido y que aquel ruido estrangulado se transmitía en forma de ecos. Martin se detuvo. Miró directamente hacia la obra de drenaje. Nos está viendo, pensó Lily. Tiene que estar viéndonos. Le resbalaron las manos, pero consiguió agarrarse a tiempo y vio que Martin movía los hombros para reacomodar el cuerpo que llevaba en brazos y que justo entonces se caía la manta. En aquel segundo, porque no fue más que un segundo, Lily divisó la cabeza descubierta de la chica, su cara pequeña y bonita y la melena larga y oscura que le caía por encima del brazo a Martin. Tenía el cuerpo absolutamente inmóvil, y su visión hizo que Lily soltara un chillido. El eco fue tremendo, y, mientras todavía reverberaba entre las paredes, Mabel se cayó. Nada más oír el chapoteo, Lily perdió el equilibro y se resbaló por la pared estriada del conducto hasta desplomarse en el agua fría del arroyo. Se puso de pie, volvió a resbalar en el fondo metálico mojado y volvió a chillar. El sonido rebotó por el interior de las paredes como si hubiera una tercera persona allí dentro con ella, una lunática chillona. Al cabo de un momento, Mabel se puso a chillar también. Lily se abalanzó en su dirección. Vio la cabeza de Mabel por encima del agua, arrastrada por la corriente. Plantó los pies en el suelo del tubo y cogió impulso. El agua solo llegaba hasta los muslos, pero la corriente la empujaba hacia delante y dificultaba mantener el equilibrio. Nadar era impensable. La corriente ya había sacado a Mabel de la obra de drenaje, y Lily se vio obligada a caminar hacia ella a un paso enloquecedoramente lento. Nada más verse fuera de aquel túnel, sin embargo, se abalanzó hacia la mujer. Se golpeó la rodilla contra una piedra del lecho del arroyo y soltó un grito mientras agarraba lo que debía de ser el codo de Mabel, le pasaba las manos por debajo de los brazos y tiraba de ella hacia arriba.

—Lily —dijo Mabel.

Lily la remolcó hasta la orilla y, una vez allí, con la cabeza pequeña

y pesada de la mujer apoyada en el pecho, oyó alejarse el motor de la camioneta de Martin.

Cogió aire. Notaba el viento frío en la ropa mojada y la hierba alta hacía que le picaran los brazos. Oyó el zumbido agudo de los mosquitos en la hierba.

—Mi tobillo —dijo Mabel. Se agachó y se subió la pernera del pantalón.

Lily se fijó en que llevaba unas zapatillas diminutas de ballet sin calcetines. Había oscurecido y, aunque se agachó para mirarle de cerca la pierna a Mabel, no pudo ver lo bastante como para apreciar su estado.

Después de aquello, cada movimiento que hizo Lily pareció ocurrir en una modalidad distinta del tiempo. Los segundos, los minutos y las horas se volvieron locos. Dejó de poder calcular cuánto tiempo se tardaba en llegar de un sitio a otro. Aun así, ayudó a Mabel a meterse en el coche, la sentó en el asiento del pasajero y le examinó el tobillo con la portezuela abierta para tener luz. Un corte sanguinolento le subía por la espinilla desde el hueso del tobillo, y la articulación ya se le había empezado a inflar y a cambiar de color. Se le había puesto la cara de un gris blanquecino y los labios azules. Lily nunca había visto a Mabel con el pelo mojado y pegado a la cabeza, y la ausencia de aquellos familiares mechones claros que le suavizaban el anciano rostro la hacía parecer una persona distinta. Temblando de forma incontrolable, Mabel le dijo:

—Hay una manta en el maletero. —Los dientes le castañeteaban de forma audible. Luego añadió—: Esto es ridículo. —Y se rio—. Absolutamente ridículo. —Cuando Lily le miró los ojos verdes y vidriosos, se preguntó si Mabel estaría a punto de entrar en shock.

Ayudó a su amiga a quitarse la ropa mojada. La tenía pegada a la piel, y, tras quitarle la camisa y el sujetador, Lily le desprendió un par de hojas muertas del abdomen blanco, que tenía una cicatriz larga e irregular de lado a lado. Era extraño ver a Mabel desnuda, verle el vello púbico ralo y los pechos caídos a ambos lados de una caja torácica huesuda, pero aquel cuerpecillo anciano la conmovió, y cuando la envolvió cuidadosamente con la manta, Mabel no dijo nada. Luego Lily le pasó la palma de la mano por la mejilla y, mientras lo hacía, reconoció que aquel era un gesto de su madre.

Lily condujo despacio y mirando fijamente la carretera.

—Algo no encaja —dijo Mabel. Tenía la cabeza apoyada en la ventanilla y Lily oyó que ya no le castañeteaban los dientes.

—¿A qué te refieres? —Lily dejó que un coche la adelantara.

—¿Te has fijado en la forma en que la llevaba?

Lily recordó la figura que Martin llevaba en brazos, su cara y su cabello.

—Era muy liviana, Lily. Ni siquiera era una niña... —La voz de Mabel era un graznido ronco—. ¿Y por qué se ha puesto a cruzar el arroyo? Ya estaba en la otra orilla. Podría haber subido por allí para llegar a su camioneta. ¿Para qué mojarse? ¿Para qué vadear por aquellas aguas, a menos que...?

—¿A menos que qué?

—Que supiera que estábamos allí y quisiera que lo viéramos desde el principio.

A Lily le costó hablar, decir lo que había visto sin sollozar:

—Le he visto la cara.

—Sí —dijo Mabel. Carraspeó como si fuera a hablar otra vez, pero se detuvo. Por fin añadió—: Lily, había un parecido. —Hizo una pausa —. Un parecido marcado, ¿no lo has visto?

Lily se dedicó a mirar cómo aparecía y desaparecía la línea blanca de la carretera bajo la rueda derecha del coche.

—¿Un parecido?

—Contigo.

Lily no habló. No, pensó. No.

—¿No lo has visto? —insistió Mabel.

Lily negó con la cabeza, pero el estómago pareció darle un vuelco y el frío que sentía bajo las mangas mojadas le empezó a calar los huesos.

Lily se sostuvo el teléfono contra el hombro mientras se anudaba en torno al cuerpo el albornoz de rizo de Mabel. Marcó el número de la comisaría y echó un vistazo a la anciana, que estaba sentada con la pierna en alto y un pijama azul marino, sosteniendo un espejito de maquillaje con una mano y una toalla con la otra. La vio atusarse el pelo y la maravilló la vanidad de aquella mujer. Es la una de la madrugada, acaba de ver un cadáver y se está arreglando. Solo le falta ponerse pintalabios. No apareció el pintalabios, pero cuando Hank le

cogió el teléfono de la comisaría Mabel se estaba pellizcando las mejillas para devolverle algo de color a su complexión cenicienta. Hank le reconoció la voz y dijo: «¡Lily!». A ella le dolió oír la felicidad de su tono.

—No te llamo por nosotros, Hank. No te llamaría al trabajo para hablar de nosotros. Tengo que informar de una cosa.

Hank no contestó. Escuchó la historia que le contó Lily de Martin y el arroyo. Escuchó cómo mencionaba a Dick y a Dolores y la foto de la chica muerta. Estaba tan callado que, en un momento dado, Lily le preguntó si seguía en línea.

—Sí —dijo él, pero nada más.

Cuando Lily terminó, Hank dijo:

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco?

Hank respiró hondo.

—O sea que Martin Petersen va por el pueblo con su disfraz de hada, o el de vaquero, dependiendo de quién lo haya visto, y llevando a una chica muerta…, en fin, por lo menos desde hace una semana, quizá más. El cadáver ya debe de apestar. Y no ha desaparecido nadie, Lily, ni hombres ni mujeres ni chicas ni chicos. Un par de perros y un montón de gatos, pero ni una sola *persona* en todo el condado.

—Bueno, el condado de Dakota no es el mundo, Hank.

—Tienes razón, no es el mundo, claro. Quizá Martin se ha cargado a una de esas putas a las que tu novio hace venir de Nueva York. Allí nadie se fija en si desaparece alguien.

—Mabel también la ha visto, Hank.

—Pues entonces también está chiflada.

—Eso no es justo, Hank, y lo sabes. Estás enfadado conmigo y, por tanto, todo lo que digo ahora son estupideces.

Él no contestó.

—Dime una cosa —dijo Lily—: ¿Quién llamó para informar de que había visto a un hombre llevando en brazos a una mujer en las afueras del pueblo? Lo leí en el registro.

—No me toques los cojones, Lily. —Hank parecía terriblemente enfadado.

—No te los estoy tocando.

—Llamaste tú. Tú hiciste la llamada.

—¿Cómo? —Lily miró por la ventana. Con voz débil, dijo—: No,

Hank, no fui yo. Te juro que no. ¿La llamada la contestaste tú?

—No, la contestó Pete.

—¿Y dónde estabas tú? Era tu turno, ¿no?

—Estaba meando. ¿Te parece bien?

—Hank —dijo Lily—, no llamé yo. ¿Por qué iba nadie a llamar haciéndose pasar por mí? Y encima cuando tú eres el telefonista.

—Quizá lo olvidaste.

—Oh, Hank —dijo Lily—, por favor...

—Adiós, Lily.

Hank colgó antes de que ella pudiera despedirse. Lily se quedó mirando la habitación. La única luz procedía de una lámpara que había en una mesita, junto a la silla de Mabel, y que emitía un resplandor amarillo a través de su vieja pantalla. Mabel sostenía sin fuerzas el espejo en la mano derecha y tenía los párpados a medio cerrar.

—¿Estás dormida, Mabel? —le susurró Lily, yendo hasta la silla.

—No, Lily. Solo cansada.

—Era Hank. No me cree.

Mabel asintió con la cabeza.

—Yo no puedo llegar al fondo del asunto —dijo—, pero lo comprobarán. Créeme, lo comprobarán.

Lily le lavó el tobillo a Mabel, se lo vendó y le preparó una compresa fría. La ayudó a llegar cojeando hasta su cama y la tapó con la sábana. Mabel tenía la cara pálida como la cáscara de huevo y el cabello se le había secado hasta recuperar su blancura familiar. Lily acercó la silla a la cama y se sentó en ella. ¿Era verdad que la cara de la chica se parecía a la suya? ¿Acaso no debería haberlo visto ella también? Dolores había estado viéndose a sí misma por todas partes... ¿La había matado Martin? Quizá se la había encontrado ya muerta después de que la matara otra persona: ¿quizá el vaquero, Tex? ¿Era posible que Dolores, borracha como una cuba, hubiera visto el asesinato? No, nada concuerda, pensó Lily. Las fechas no concuerdan. La historia de Dick, la del profesor Vegan... Por alguna razón, sin embargo, la confusa teoría de la inocencia de Martin daba esperanzas a Lily. Confiaba en que el asesino hubiera sido Tex, o algún forastero anónimo. Quizá Martin hubiera intentado salvar a la chica. Tal vez no hubiera podido y ahora, angustiado y enloquecido, se dedicaba a vestirse de Telaraña y a llevar el cuerpo envuelto en una lona.

Se sentó en la cama junto a Mabel y la miró. De repente, su rostro plácido y agotado le supuso una carga, una molestia. No se la veía acongojada. Se la veía tranquila. No se estaba tomando aquello en serio. Lily rechinó los dientes.

—Sea lo que sea lo que haya pasado, Lily —dijo Mabel con voz baja y tono sabio—, ni estás involucrada ni eres responsable, salvo quizá en la imaginación del chico —susurró con los ojos entreabiertos.

—¿Su imaginación? —repitió ella—. ¿Qué tiene que ver la imaginación con todo esto? ¿Y por qué estás tan tranquila? —Lily se apartó de la cama—. ¿Se puede saber qué te pasa? Has estado ahí y has visto exactamente lo mismo que yo. Pero no te importa mucho, ¿verdad?

Mabel observó a Lily con detenimiento, aunque con una serenidad en la mirada que a la chica le pareció condescendencia.

—¡Pues a mí sí me importa! —dijo en voz alta.

—¿Es que no lo ves, Lily? Quería que lo miráramos. Era alguna clase de..., de representación, algo escenificado. Hemos llamado a la policía. ¿Qué más podemos hacer por ahora?

Lily entrecerró los ojos. Le caían las lágrimas por las mejillas.

—Ni siquiera sé quién eres... —No terminó la frase. A Mabel se le había puesto la cara todavía más blanca. Lily salió corriendo del apartamento de Mabel y cerró de un portazo. Oyó que Mabel la llamaba, pero no hizo caso y se metió en su habitación.

A través de la pared, le pareció oír llorar a la anciana. No estaba segura, pero de la habitación de al lado le llegaban unos ruidos débiles. Aun así, aquella noche no regresó con Mabel. Escuchó los últimos sollozos y caminó hasta su espejo. Allí, se quitó el albornoz que le había cogido prestado a Mabel y miró su reflejo desnudo. Se examinó el cuerpo con mirada fría y afilada y a continuación, levantando la mano derecha, se propinó un fuerte bofetón en la cara. Luego, antes de meterse en la cama, se dio otro bofetón; por si acaso.

Lily durmió mejor de lo que le había parecido posible y se despertó a la hora habitual de ir al trabajo. Le dolía la cabeza y le pesaban las extremidades, pero tenía la mente vacía. Antes de hacer nada fue hasta la ventana, sin encender ninguna luz, y se arrodilló junto a la cortina como solía hacer antes de conocer a Ed. Luego la apartó para

ver si estaba despierto y pintando. A través de la ventana lo vio en ropa interior, sosteniendo un pincel cerca del lienzo escondido. Se alegró de no poder ver la pintura. Solo entonces se acordó de Martin disfrazado y de la chica que llevaba en brazos. Mirando a Ed, pensó: este momento ya no existe. En realidad, no existe el «ahora». El mismo hecho de decir la palabra *ahora* resulta demasiado lento. El ahora se convierte en el antes tan deprisa que en realidad no existe. Y pese a lo ordinaria que era aquella afirmación, Lily sintió que la estaba viviendo, y su verdad la impactó con fuerza. El tiempo era inexpresable. Dejó de mirar a Ed, se encaminó a la ducha y se acordó de que estaba despedida. Ya no había café Ideal para ella, ni trabajo, pero decidió ir a suplicarle a Vince que la readmitiera. Nunca en su vida había suplicado nada, y, teniendo en cuenta que Vince la conocía bien, supuso que se lo podría ganar con un despliegue de humildad. Pero ¿y si ya había contratado a otra?

Cuando Lily abrió la puerta de atrás del café y se asomó con cautela por la abertura, no vio a ninguna chica nueva. Vio que Bert la miraba y negaba con la cabeza.

—Si supieras los problemas que has causado por aquí, lo lamentarías de verdad —dijo—. Desde que te fuiste, Vince ha estado en pie de guerra, y ya sabes el efecto que tiene eso en Boom: no para de retemblar y de quejarse. ¿En qué estabas pensando, chica? —Bert se le acercó y ladeó la cabeza—. No tienes buen aspecto, ¿sabes? Por una vez en tu vida, se te ve echa polvo.

Lily miró a Bert y fue consciente de tener los ojos muy secos, como si no hubiera el suficiente líquido en ellos. Agarró a su amiga del brazo y dijo:

—Anoche la vi.

—¿A quién?

—A la chica muerta. Te hablé de ella, ¿no te acuerdas? Martin llevaba su disfraz de la obra y estaba..., estaba llevándola en brazos... por el arroyo. Mabel la vio también, aunque me parece que no se creyó lo que estaba viendo.

Bert cogió a Lily de los hombros con ambas manos.

—Me esperaba algo así. Últimamente no eres tú misma. Hace días que no me llamas. No es normal, y yo te he estado llamando, pero no estás nunca en casa. Está enamorada, me digo a mí misma, enloquecida de amor, pero no es solo eso. También hay otra cosa en

tus ojos. —Bert apartó las manos—. Como si no estuvieras bien. Como si estuvieras poseída por una…, una idea fija.

—¿Qué? —dijo Lily—. ¿No me crees? ¿Crees que me inventaría algo así? Hay una mujer muerta, asesinada, ¿y crees que estoy de broma? ¿Poseída? Pero ¿qué dices? ¿Crees que miento?

—No he dicho eso.

—Sí que lo has dicho.

Vince entró por la puerta.

—¡Tú! —le dijo, vociferando y señalándola con su índice gordezuelo —. ¡Fuera de aquí! ¡Te he despedido!

A Lily le hizo estremecerse el vozarrón, pero no se movió.

—He venido a disculparme —dijo—. Lo siento. Lo hice sin pensar. —Se le quebró la voz y trató a la desesperada de recuperar un tono sereno—. Últimamente…

Vince se le acercó dando zancadas. Lily le vio una furia auténtica en la cara. A veces Vince jugaba a fingir que estaba furioso, bramaba para divertirse y para agitar el ambiente del café, pero ahora la cosa iba en serio, y resultaba difícil, dificilísimo, soportar el tono de su rabia.

—Últimamente, mi vida —dijo— se ha estado… —Lily buscó la palabra. ¿Cuál era la palabra? Por fin dijo—: viniendo abajo, porque, porque… —Empezó a agitar las manos a los costados y luego junto a la cara. Cuando sintió que le llegaban las lágrimas, se agarró los costados de la cara y rompió a sollozar—. ¡Oh, Vince! —exclamó—. ¡Oh, Vince!

Al hombre le cambió la expresión. Miró a Bert con la boca abierta y dijo:

—¿Qué demonios es esto?

Bert miró a su jefe con cara agria y cogió a Lily en brazos. Cuando sintió el abrazo de Bert, Lily se apretó con fuerza contra su amiga. Al cabo de unos segundos, notó que le tocaba la espalda la mano grande y vacilante de Vince.

—Eh, eh, eh —dijo—. ¿Dónde está esa pequeña gruñona tan dura de pelar que me tenía el corazón robado? Carajo, Lily, tú tienes demasiadas agallas para estar así.

—Deja a la chica en paz, Vince. Todo el mundo tiene un límite. Con esa cara que has puesto harías que se cagara de miedo un luchador de sumo.

Vince retiró la mano.

Lily sintió que remitían sus sollozos y se apartó de Bert para mirar a Vince.

—Lo siento —dijo—. No volveré a dejarte en la estacada. No soy yo misma, es verdad. Pero prometo que voy a volver a serlo. —Se sorbió ruidosamente la nariz. Y levantó la vista para mirar a Vince.

—A ver —dijo él—. Se te está corriendo el rímel. Volved al trabajo las dos, venga. Tu ausencia la ha estado cubriendo Bert —le dijo a Lily—. Así que tengo a dos camareras de cinco a ocho cuando solo necesito a una. Y aun así os voy a pagar a las dos, así que no quiero oíros nunca más llamarme tacaño. ¿Lo habéis entendido?

Bert y Lily asintieron.

Bert se enteró de la historia casi completa de labios de Lily durante el turno de aquella misma mañana; contada a trozos entre las mesas y en los trayectos a la cocina. Lily era consciente de que a Bert le preocupaba lo que oía, pero no le quedó claro qué pensaba al respecto. Se dedicaba a negar con la cabeza y le preguntó a su amiga unas cuarenta veces si estaba absolutamente segura de haber visto una cara en la lona.

—¿No podría ser otra cosa? ¿Un perro, quizá, o algún animal que Martin hubiera sacado de la corriente?

La otra parte de la historia que Bert no conseguía entender eran las visitas de Lily a los Bodler.

—Pero ¿a qué viene eso de ir a su casa? ¿Es que no tienes bastante de ellos aquí ya?

Lily respondía a aquellas preguntas con un encogimiento de hombros. Lo de los zapatos no podía contarlo. Hablar de ellos únicamente serviría para confirmar la sospecha de Bert de que Lily estaba sufriendo alguna clase de colapso nervioso.

—Conocen a Martin —le dijo—. Son sus tíos abuelos, o algo parecido.

Antes de que Lily se marchara, Bert le dijo:

—Quizá deberías hablar con alguien, Lily.

—Ya he hablado contigo, Bert.

—No, quiero decir con un cura o un psicólogo o algo así.

—Crees que estoy chiflada.

—¿Quieres parar de decirme lo que creo? Yo no he dicho eso.

—¿Te parece que esto lo va a arreglar el pastor Carlsen? ¿No te

imaginas lo que va a decir? —Lily bajó la voz y puso una expresión sincera. Inclinó la cabeza con gravedad—. «Acudamos al Señor en su sabiduría infinita.»

—Seguro que se mostraría más práctico —repuso Bert.

—Seguro que no tendría ni idea de qué hacer.

—Te llamaré luego —dijo Bert.

Lily asintió con la cabeza, salió por la puerta de atrás y subió a su apartamento. Sabía exactamente qué iba a hacer. Su itinerario de aquella tarde tenía dos paradas. La primera era el hotel Stuart. Para la segunda, iba a necesitar su linterna.

Cuando Ed le abrió la puerta, no parecía él. No era solo que se le veía agotado y se le había puesto la piel de debajo de los ojos de un tono negro azulado o que llevaba días sin afeitarse. Lily lo había visto agotado y desaliñado en otras ocasiones. Ahora daba la sensación de que le había desaparecido de la noche a la mañana algún elemento familiar de su aspecto, y el hombre que se puso a hablar con ella le resultaba un desconocido. Antes de que pudiera saludarlo, Ed le dijo que Mabel lo había llamado y le había contado lo sucedido la noche anterior.

Lily miró el retrato de Mabel con las viñetas vacías sobre su cabeza que Ed tenía detrás. No le apetecía llorar más. Se sentía vacía.

—Lily —Ed se le acercó y le rozó suavemente la mejilla con el dorso de los dedos—, tengo algo que decirte. Después de hablar por teléfono con Mabel, me he puesto a pensar y estoy bastante seguro de que el chico ese estuvo aquí, Martin Petersen. Pero me dio un nombre distinto; me dijo que se llamaba Hal Dilly.

—Hal Dilly —repitió ella—. En Webster hay una familia que se apellida Dilly, pero no tienen a ningún Hal. Son quienes llevan la residencia de ancianos. ¿Tartamudeaba?

—No, pero una mañana de la semana pasada, sobre las diez, creo que era miércoles, el chaval me llamó a la puerta y me pidió que le enseñara las pinturas; me dijo que se llamaba Hal Dilly y quería estudiar Bellas Artes.

—¿Qué más dijo?

—No mucho, pero examinó todas las pinturas con mucha atención, y, al acabar, se dedicó a inspeccionar la habitación como si esperara

encontrar algo más. —Ed se frotó la frente—. Me preguntó si no tenía más. Le dije que no y se marchó. —Hizo una pausa—. Mabel no está segura de lo que vio anoche en el arroyo. Me ha dicho que fue todo muy rápido, solo un par de segundos, y que no podía estar segura...

—Yo la vi —susurró Lily.

—Ya lo sé. —Ed frunció el ceño—. Mientras el chaval ese estuvo aquí, no le di mucha importancia, pero después de que se marchara me dio la sensación rara de que había algo fuera de sitio, de que se estaba burlando de mí, riéndose para sus adentros, pero me dije a mí mismo que estaba siendo paranoico. —Ed se sentó y miró su pintura. Tenía aquellos ojos grandes suyos muy abiertos e inmóviles—. No te acerques a él—dijo Ed, sin mirar a Lily. Por fin la miró, estiró las manos para cogerle el brazo y se lo besó.

Al cabo de unos minutos, Lily salió por la puerta e hizo exactamente lo que Ed le había pedido que no hiciera. Se fue con la bicicleta a las afueras.

Heath Creek era distinto a la luz del día. Mientras caminaba por la orilla en dirección a la espesura por la que Martin había caminado hacía solo unas horas, a Lily se le hizo raro poder ver lo que la rodeaba. Tenía los ojos doloridos y el cielo crepuscular proyectaba una penumbra turbia sobre los árboles y el agua, transformando todos los colores en marrones y grises. Oyó a unos niños jugar al otro lado del arroyo, por encima de ella, y se preguntó por qué los niños siempre hacían el mismo ruido cuando jugaban, sin que pareciera importar quiénes fueran ni dónde vivieran. Siguió su camino, atravesando con paso ligero la maleza de la curva del arroyo. Ya estaba cerca de la cueva cuando tropezó con un viejo letrero del Departamento del Sheriff, tan oxidado que su advertencia ya resultaba ilegible, y mientras lo estaba mirando oyó los cánticos de los niños por encima de ella. No entendió lo que decían, pero estaban ridiculizando a alguien con sus versos rimados, y ella escuchó su crueldad con una misteriosa punzada de culpa. Por fin se puso en cuclillas frente a la entrada sellada con tablones y clavos de la cueva.

Vio inmediatamente la puertecita. La habían abierto serrando los tablones. Incluso tenía unas bisagras de verdad y estaba entreabierta, como si el enano que vivía dentro esperara visitas. La abrió un poco

más y la recibió el aire frío y húmedo de la cueva. Antes de entrar, iluminó con la linterna la primera cueva, ancha y de techo bajo, que lindaba con la entrada. Se acordaba de ella. No había ningún indicio de que nadie hubiera estado allí desde hacía mucho tiempo. Desde esa primera cueva, se podía gatear por un túnel hasta la segunda. Nadie que ella conociera se había aventurado más allá de la segunda, que era más grande, lo bastante como para que un adulto pudiera ponerse de pie en ella. Dirigió el haz de su linterna en aquella dirección y después la apagó. De la segunda cueva venía otra luz. Se guardó la linterna en el bolsillo de atrás y se puso a gatear por el túnel. Oía un goteo constante de agua procedente de algún lugar cercano. El suelo húmedo de la cueva le arañaba las rodillas y los hombros le rozaban las paredes del túnel. Cuando ya casi había llegado al recodo donde el túnel se abría a la segunda cueva, oyó que alguien se ponía a silbar la única canción de la única ópera a la que Lily podría haber puesto nombre. Hasta tal punto identificaba aquella melodía con Ed, y con nadie más, que durante unos segundos se negó a aceptar lo que estaba oyendo. Las paredes de la cueva distorsionaban el sonido; podría tener su origen en cualquier parte. Se quedó petrificada y conteniendo el aliento. El ruido era como la puerta: una información sensorial que ella se resistía a aceptar. Pero Lily sabía que iba a tener que salir de cabeza a lo que fuera que la esperara allí, y al cabo de un instante se impulsó a sí misma hasta el otro lado del recodo del túnel y vio a Martin allí sentado, junto a una lamparilla de queroseno cuya llama temblaba bajo una corriente inexplicable de aire. La cueva estaba llena de objetos: montones de telas, cajas de cartón, carretes de hilo y pinturas, pero Lily no les prestó demasiada atención. Martin había parado de silbar, pero su sombra enorme en la pared de la cueva temblaba y brincaba. Mantuvo la vista clavada un par de segundos en el suelo y por fin la miró y le dijo:

—Sabía que vendrías, Lily.

—¿Qué has hecho con ella? —le susurró Lily.

Martin entrecerró los ojos y giró la cabeza. Lily entró poco a poco en la cueva para ver lo que él le indicaba con la mirada. Pegada a la pared del fondo de la cueva, desplomada en una silla de ruedas, estaba la chica a la que Lily había visto la noche anterior.

Soltó un grito y se tapó la boca con las manos. Intentó meterse gateando una vez más en el túnel, pero sintió que las manos de Martin

la agarraban de los hombros. Martin tiró de Lily hacia sí, con mucha más fuerza de lo que ella habría esperado. La chica puso todas sus energías en resistirse, pero él la arrastró por el suelo de la cueva en dirección al cuerpo. Lily cerró los ojos. Dio manotazos y lloró y por fin sintió que Martin se detenía de golpe. Ahora lo tenía detrás, inmovilizándole los brazos. Lily le dio una patada.

—M-m-mira —dijo él—. M-mira.

—¡No!

—¡Mira! —Martin la soltó.

Ella abrió los ojos y miró a la chica de la silla de ruedas. Reconoció la silla: era la que Martin les había comprado a Frank y a Dick. Martin tenía las manos a ambos lados de la cara de la chica, y Lily vio que era la cara de una muñeca, de una muñeca maravillosamente bien hecha a tamaño real cuyas proporciones, a diferencia de las de la mayoría de las muñecas, eran minuciosamente humanas. Y vio que era una chica, no una mujer; tenía el cuerpo pequeño y sin acabar de desarrollar.

—Es una muñeca —dijo Lily.

Martin asintió con la cabeza.

—P-pero ya lo sabías.

—Es una muñeca. —Lily se quedó mirando la cara esculpida, con sus ojos pintados, los labios entreabiertos y la larga melena que le caía sobre los hombros.

Es mi disfraz, pensó. Lleva el vestido de Hermia. Y, mientras miraba, vio de repente que aquella cosa se parecía a ella, o quizá a ella hacía unos años. No ha muerto nadie, pensó. No ha muerto nadie, y sintió una vibración en la mandíbula y en las sienes. Ni Martin ni ella dijeron nada. Miró a la muñeca. Había algo fuera de lugar en ella, pero Lily no sabía el qué. Hace frío aquí dentro, se dijo a sí misma. Tengo la boca seca. Movió la lengua de un lado a otro de la boca y por fin dijo:

—¿De dónde la has sacado?

—T-t-te c-c-construí yo. T-t-tardé mucho tiempo. Un a-a-ño.

—¿Qué? —dijo Lily. Miró a Martin. ¿Por qué tartamudea ahora?, se preguntó. Estoy mareada. Dio un paso atrás y trató de concentrarse en él—. Pensaba que habías matado a alguien, Martin. Me enseñaste aquella foto. Me dijiste que no estaba viva. Y anoche... —Lily se sintió confusa. El palpitar de la luz no la ayudaba precisamente. Me pasa algo en los ojos, pensó—. ¿Qué has hecho? —Miró otra vez a la

muñeca—. ¿Qué es?

—La c-cara, los brazos y las piernas están hechos con Sculpey. E-es un material bastante nuevo…

Lily no se refería a que le explicara cómo la había fabricado.

—No… —dijo, pero él continuó con su explicación.

—Es c-como arcilla, pero la p-puedes cocer en el horno de casa.

Lily se imaginó a Martin sacando del horno la cabeza de su muñeca y después el brazo. Se llevó la mano a la frente.

—No me has pedido permiso. Has hecho todo esto a mis espaldas. Te he oído silbar… Esa es la canción de Ed. —Lily negó con la cabeza y le mostró las palmas de las manos a Martin, como si con ellas pudiera mantenerlo a distancia—. Has estado espiándome, durante mucho, mucho tiempo. Te he…, te he oído rondar por ahí a hurtadillas. —Ella lo miró. En la cueva parecía más alto—. ¿Por qué? —Lily dio un paso atrás y sintió un susurro de plástico debajo de sus pies. El aire de la cueva hacía que le dolieran los pulmones.

Pero Martin no contestó a sus preguntas. Caminó hacia ella y le dijo:

—Tú también espías. Lo espiabas a él.

Lily lo miró a la cara. Era el hombre más blanco del mundo, y estaba en todas partes a la vez, mirando y enterándose de las cosas.

—¿Quién eres? —le preguntó—. ¿Qué pretendes con todo esto? ¿Para qué lo has hecho? —Dio un paso hacia la muñeca. La idea de que pudiera tener algún propósito le resultaba terrible.

La muñeca estaba apoyada en el respaldo de la silla de ruedas, con la cara levantada hacia el techo húmedo y lleno de goteras de la cueva, y Lily contempló la melena negra que le caía sobre el respaldo de mimbre de la silla. La peluca, se dijo a sí misma. Le pasó a toda velocidad por la cabeza la posibilidad grotesca de que Frank y Dick estuvieran al corriente de aquello.

—¿Los gemelos saben esto?

Martin negó con la cabeza.

—Solo t-tú. L-Lily, tienes que escucharme.

—Dime, pues —susurró, y levantó la cara para mirarlo—. Dime.

A Martin pareció hacerle gracia aquella orden. Se rio, con un arranque breve y amargo de humor, y al instante la risa se esfumó. Levantó la muñeca de la silla y la sostuvo en brazos. Mabel tenía razón: el cuerpo era más liviano que el de una niña.

—Siéntate —dijo él con naturalidad.

Lily negó con la cabeza. No quería sentarse en la silla de ruedas, no quería formar parte de aquello.

—Prefiero quedarme de pie.

La cara de Martin registró decepción, pero solo durante un segundo. Volvió a sentar a la muñeca en la silla con gentileza, le colocó las manos en el regazo y dejó que la cabeza le cayera sobre el pecho, como si estuviera dormida. A continuación, se puso a hablar con Lily con aquella entonación rítmica a la que ella ya estaba acostumbrada, frotándose las manos y mirándola fijamente mientras hablaba. Se le acercó, pero ella retrocedió.

—Es la chica a medio camino, Lily.

—¿A medio camino? —dijo ella. Afianzó los pies en el suelo de la cueva.

—Está a medio camino entre tú y yo, entre Becky y tú, entre Lily Dahl y una muñeca, a medio camino entre la palabra y la carne, entre tú y tú.

Lily se miró los dedos, que se veían extrañamente amarillos bajo el resplandor del queroseno.

—¿Qué intentas decir?

Martin se frotó la boca. Parecía decepcionado, y empezó a explicarse lentamente mientras caminaba hacia ella.

—Quieto ahí. No te me acerques.

Martin pareció dolido, pero no se le acercó.

—Yo t-te —tartamudeó e hizo una mueca de dolor— he construido para que ahora ella, o sea tú..., esté entre nosotros. Y también entre Becky y tú: mayor que Becky, pero más joven que tú, tal como eras tú antes y tal como habría sido Becky. —Los hombros se le mecían al compás de su voz, convirtiendo su discurso en un ensalmo—. Es la en-car-na-ción —dijo articulando lentamente cada sílaba— de tu nombre...

Lily negó con la cabeza.

—Eso es un chiste de mierda, Martin, un juego de palabras estúpido. Como todo lo que me decían en el patio de la escuela. Es estúpido...

Él la interrumpió.

—¡N-n-n-no! Es muy importante. —Martin se esforzó para controlarse—. La palabra hecha carne, Lily. El momento a medio camino, antes de...

—No. ¡No es de carne! ¡No es real! ¡Es una muñeca! —Las palabras regresaron a ella, agudas y estridentes. Lily sintió que le caía una gruesa lágrima por la mejilla.

A Martin pareció tranquilizarlo su furia.

—Es carne de muñeca —dijo. Lily le notó un aire petulante—. Y, Lily: eres tú antes…

—¿Antes de qué? —Ella le escupió. Lo hizo sin intención, pero vio volar la saliva.

—Antes de que cambiaras.

—¿De que cambiara? —Lily dio otro paso hacia atrás—. ¿Qué quieres decir con eso? —La última frase la dijo en voz baja. Estoy encajonada aquí dentro, pensó. Es demasiado pequeño. No puedo ver.

Martin arrugó la frente y se la quedó mirando.

—Eres tú, bajo una forma distinta.

Lily no contestó.

—Ahora eres una mujer —dijo él en voz baja—. Pero antes no lo eras —dijo en tono suave de complicidad—. D-d-d-d —tartamudeó—. D-A-H-L —deletreó—. Yo también soy un Dahl. Un Underdahl. ¿No lo ves? Todo forma parte de lo mismo.

—¿De qué hablas?

—H-E —deletreó Martin—. Forman parte de «Hermia». Forman parte de «Helen». Están en «Underdahl». —Martin hizo un gesto con las manos. Se giró hacia la muñeca.

—¿Las letras? —dijo Lily—. ¿Crees que la «H» y la «E» significan algo?

—Hay muchas «H-E». No paran de moverse, de una persona a otra, dependiendo: el padre de Hermia. El marido de Helen… El padre de Becky… Hal Dilly. —Martin sonrió.

Lily soltó aire varias veces.

—Ese nombre —dijo—. ¿A quién pertenece?

—Fui de ti a mí. Fuiste mi disfraz.

—¿Cómo?

Pero Martin siguió hablando.

—Lo habrían matado, ¿sabes?

—¿A quién?

—Es judío, Lily. Los nazis lo habrían matado.

—Ed todavía no había nacido. —Martin estaba quieto, pero aun así Lily le dijo—: No te me acerques.

—S-si hubiera estado ahí, lo habrían matado. —Ahora Martin le estaba hablando en susurros; la cara se le veía dorada bajo la luz de la lámpara.

—No digas eso, Martin. —Lily tenía ganas de llorar.

Martin se abrazó a sí mismo y se meció de adelante hacia atrás un par de veces. Volvió a canturrear para controlar la tartamudez y dijo:

—Es la muñeca under-Dahl, Lily, eres tú. —La entonación cantarina de su voz se había vuelto insoportable, y Lily se puso a negar con la cabeza mirándolo.

Martin dio un paso hacia ella.

—Nunca me perdonaste lo de la nevera.

—¿La nevera? —dijo Lily—. Se llevó una mano a la frente.

—En casa de los Overland. La nevera del garaje.

—¿Qué? —dijo ella.

—Blancanieves —dijo Martin. Y se acercó a ella.

—Atrás.

Martin retrocedió.

Pero Lily permaneció muy quieta.

—El dibujo —dijo lentamente—. ¿Es una nevera? —¿Se acordaba ella de alguna nevera? ¿Había pasado algo en casa de los Overland? Blancanieves, pensó. Hice de Blancanieves en la obra teatral de tercero. Se acordaba de que Andrew Wilkens solo había fingido que le daba un beso porque no quería contagiarse de los piojos de las chicas. Pero ¿Martin?

—En el garaje —dijo él—. Te até y te encerré en la antigua nevera. Estaba tirada horizontalmente en el suelo.

Lily se lo quedó mirando.

—¿Era un juego? —dijo.

Estaba intentando acordarse. Ni habló ni se movió. ¿Acaso recuerdo haber jugado con Martin? ¿Blancanieves? ¿No era con mi primo George con quien jugaba a aquel juego? ¿No había sido George quien le había llenado la cara de besos detrás de las parras? Lily se acordó de una sensación de opresión entre las piernas, como si tuviera que mear. ¿Acaso había estado a oscuras dentro de una nevera cerrada, atrapada, sin poder respirar? ¿Era eso? ¿O a quien estaba recordando era a George? Había jugado a ser su chica, y lo grandioso era que había habido tanto fingimiento en la interpretación de aquella chica como si ella no hubiera sido en absoluto una chica. Recordaba algo,

sin embargo: una vaga sensación de estar encerrada. ¿O acaso aquello había pasado en la letrina exterior de sus abuelos? George le había cerrado la puerta y la había dejado allí, y Lily lo había oído reírse de la caca y de la peste.

—No eras tú —dijo ella.

Martin no parpadeó.

—N-nunca me perdonaste. Al principio querías meterte tú. Te desafié y te empujé dentro y cerré la puerta. E-era muy p-pesada.

Lily negó con la cabeza.

—No me acuerdo —le susurró ella—. ¿Por qué estabas en casa de los Overland?

—Para estar contigo, Lily.

Ella se inclinó hacia él.

—¿Te estás inventando esto, Martin? ¿Me estás mintiendo?

Martin se puso a negar con la cabeza rápidamente, de un lado a otro.

—T-te moriste, Lily.

—¿Qué? —Lily giró la cabeza y miró la abertura en la pared de la cueva que podía sacarla de allí.

—T-t-te asfixié. N-no había aire dentro de la nevera para que respiraras. Me senté encima.

—Pero estoy aquí, Martin. No seas tonto. Y por mucho que pasara, éramos críos, ¿no lo ves? Estábamos jugando. —Lily le examinó la cara a Martin. Obstinada, ensimismada; una expresión que bloqueaba sus palabras y aquello que significaban.

—Te até.

—No —dijo Lily. Aquello la perturbaba. ¿La había atado Martin? ¿Alguna vez la había atado alguien? ¿Por qué le daba la sensación de que sí? ¿Por qué conocía la sensación de la cuerda quemándole los tobillos y las muñecas? ¿Había sucedido de verdad?

Lily miró a Martin a los ojos. Los tenía muy abiertos.

—Y d-d-después de mucho r-rato, miré dentro y todo se había acabado.

—No, Martin —replicó Lily—. No.

—Estabas m-m-muerta. Te había matado. —Hizo una pausa—. Y entonces te b-besé y t-te levantaste con tu vestido blanco…

—No —dijo Lily.

Martin asintió con la cabeza.

—Como Hermia.

—Ni siquiera tenía un vestido blanco de niña, Martin. Mi madre odiaba el blanco. Se ensuciaba demasiado, y por allí… —Lily negó con la cabeza.

—Sí que lo t-t-tenías —se obligó a decir él—. Y Becky también. Lo llevaba en el ataúd.

—Para ya, Martin —dijo Lily—. ¡Para ya! —Sintió que le caían las lágrimas por las mejillas—. No es verdad. Lo estás diciendo para… —Hizo una pausa—. Para… —No pudo terminar. ¿Por qué diría Martin algo así?

Él se inclinó sobre la silla de ruedas y volvió a coger a la muñeca en brazos. Lily vio que tenía el cuerpo relleno de una especie de algodón. Cuando le miró la cara, vio que el color de los ojos no era el correcto. La corriente de aire hacía temblar la llama del queroseno y Lily respiró hondo.

—Los ojos son azules —le susurró a Martin—. Son azules.

—L-le di mi color —dijo él.

Martin sostuvo la muñeca en dirección a Lily. Ella retrocedió hasta detenerse. Él se la estaba ofreciendo, y por un momento Lily pensó que parecía una pobre princesa siendo sacrificada a los gigantes. A Martin le tembló la barbilla y le vibraron las pestañas blancas.

—Q-quiero que te la quedes.

Antes de que ella pudiera detenerlo, Martin ya había salido disparado hacia delante y le había tirado la muñeca. Ella la cogió al vuelo y sintió que su cabello le rozaba el brazo. Solo es una muñeca, se dijo bajando la vista para mirarla. Es una cosa. Lily combatió el miedo que la inundaba.

—No puedo, Martin. Llévatela. —Intentó devolverle la muñeca, pero él levantó las manos en el aire y se alejó; la gasa blanca de su mano vendada ondeaba ante ella.

—¡Q-quiero que te la quedes! —dijo con una voz muy alta que retumbó por la cueva—. Si no, no va a salir bien.

Lily se lo quedó mirando:

—¿El qué? ¿Qué es lo que no va a salir bien?

La muñeca apenas debía de pesar diez kilos, pero sus brazos y piernas eran difíciles de sujetar, y su cabeza le pesaba bastante sobre el brazo derecho. Contempló su cara plácida y se fijó en que tenía los labios rojos entreabiertos y fruncidos en un mohín, y aquella

expresión, representara lo que representara, la asqueó.

Lily dejó caer la muñeca.

Martin chilló. Chilló como una mujer, y aquel ruido rompió algo en el interior de Lily. Dio media vuelta y ya estaba a punto de echar a correr cuando oyó que él volvía a chillar. La agarró del tobillo y la hizo caer. Lily arañó el suelo de la cueva, pero Martin se le tiró encima y le dio la vuelta cogiéndola por los hombros. Todavía tenía a la muñeca en las manos, y ahora la aplastó contra Lily para atenazarla contra el suelo. La cabeza dura había quedado entre ambos, presionando la garganta de Lily hasta que le faltó el aire. Pero Martin no la soltó.

—No p-p-puedo respirar —dijo ella con voz ahogada.

La presa de Martin era muy fuerte, y Lily vio cómo le abultaban los músculos de los brazos mientras la estrangulaba. Luchó, sacudiendo la cabeza hacia atrás con todas sus fuerzas para liberarse la garganta, y en cuanto consiguió soltarse la cabeza de aquella presión, se puso a abofetearle las manos y a golpear a la muñeca una y otra vez. Martin rompió a llorar. A la luz temblorosa de la lámpara, Lily lo vio estremecerse y oyó sus sollozos.

Lily se abalanzó hacia el túnel. Se magulló la rodilla, pero no se detuvo. Gateó por el túnel, cruzó la primera cueva y salió por la puertecita. No la cerró. La luz la conmocionó. No oyó ningún ruido procedente de la cueva y, mientras caminaba hacia su bicicleta, le dio la sensación de que las piernas no la iban a aguantar, de que le habían quedado repentinamente inutilizadas, y se preguntó cómo iba a pedalear hasta casa. Sollozó mientras subía pesadamente el terraplén que llevaba a la carretera. Y fue entonces cuando apareció el perro. Un border collie se le acercó trotando por la carretera. Ella no lo conocía, pero se agachó para acariciarle el cuello. Mientras le miraba la cara, de repente le pareció curioso que no pudiera hablar. El perro ladeó la cabeza con gesto de confusión o bien de simpatía, y Lily tiró del animal hacia ella. Le pegó la cara al cuello y se echó a llorar. El perro se quedó muy quieto y gimoteó un poco hasta que ella lo soltó.

Lily fue directamente al apartamento de Mabel. En vez de llamar a la puerta, la abrió de golpe y dijo en voz alta:

—Es una muñeca.

Vio primero a Ed y después a Mabel, cuya expresión grave y macilenta hizo que Lily se preguntara si no habría interrumpido una conversación íntima. Mabel tenía la mano sobre su manuscrito, pero al ver a Lily retiró los dedos de golpe. Aun así, Lily no especuló con lo que había estado pasando entre ellos. Tenía una historia que contar y la contó. Cuando se puso a hablar, Lily no sabía que iba a omitir la parte de la nevera, pero la omitió. Si hubiera estado segura de que la historia del encierro que le había contado Martin era mentira, la habría contado, pero tenía sus dudas. Martin creía que Lily había muerto y regresado a la vida. ¿Era posible que hubiera perdido el conocimiento y después se hubiera despertado mientras él la miraba? Si nunca había sucedido, ¿cómo era posible que la historia hubiera avivado en ella la sensación de estar atada y encerrada? ¿Por qué se acordaba del pánico de quedarse sin aire y sin embargo no recordaba ninguno de los detalles? Los niños siempre están encerrando a otros niños en sótanos y baúles y armarios, e incluso en neveras viejas. ¿Acaso no había oído la historia de una chica que había muerto dentro de una? Cuando terminó de contarlo todo, Mabel dijo:

—¿Llamamos a la policía?

—¿Es ilegal fabricar muñecas? —dijo Lily.

Mabel no le contestó.

—Podrías acusarlo de agresión —dijo Ed. Lily nunca le había oído tanta emoción en la voz. Lo vio cerrar con fuerza los puños e inclinarse hacia ella.

Lily se miró el reloj. Hank todavía estaba en la comisaría. Negó con la cabeza.

—No ha llegado a tanto. Y no hay nadie muerto. Eso es lo importante.

—¿Qué aspecto tenía la muñeca? —dijo Ed.

Lily intentó describirla, pero no era fácil explicarlo con palabras, y tampoco se acordaba del nombre del material que Martin había usado y cocido en el horno. Tuvo la sensación de estar decepcionando un poco a Ed.

—¿Estaba bien hecha? —dijo él.

—Sí —asintió Lily. Miró a Ed a la cara, cerró con fuerza los labios y por fin dijo—: Estaba muy bien hecha. Me ha contado que tardó un año en hacerla.

Antes de marcharse de la habitación de Mabel, Ed y Lily le

inspeccionaron el tobillo. Lily se acuclilló frente al pie desnudo de la mujer. Estaba mejor, pero todavía hinchado y azul. Era un pie viejo, lleno de venas protuberantes y callos en los dedos deformados. Lily preparó una compresa fría y, cuando se la puso debajo del tobillo, levantó la vista para mirar a Mabel a la cara y por primera vez se preguntó cuánto más tiempo iba a vivir aquella mujer.

Lily le dijo a Ed que aquella noche quería quedarse a dormir en casa. Le explicó que era para estar cerca de Mabel, por si necesitaba algo, pero no era verdad. Todavía le dolía el cuello del forcejeo con Martin en la cueva y se sentía vulnerable. Quería acostarse en su cama con Ed y quería oír a Mabel a través de la pared y saber que la tenía allí.

Cuando entró en la habitación de ella, Ed le dedicó una breve sonrisa al póster de Marilyn. Lo había visto antes, pero ahora pareció fijarse en él por primera vez, y era posible que hubiera ironía en la sonrisa, pero Lily no estaba segura. Luego, sin decir palabra, Ed la cogió en brazos, la llevó a la cama y le hizo el amor. Su forma de tocarla era distinta aquella noche. Prestaba más atención a su cara que nunca, acariciándole las mejillas, las cejas y la boca con los dedos y luego resiguiéndole la línea del cuello. A Lily le hizo pensar en una persona ciega que estuviera sellando a alguien en su memoria por medio de sus contornos. Y Lily se alegró de que él no la cogiera con demasiada fuerza. Tenía la piel magullada y dolorida y parecía que hasta el último músculo de su cuerpo estaba distendido. Le dolían hasta los huesos, aunque no entendía cómo era posible.

Y más tarde, cuando Ed se plantó desnudo ante la ventana con un puro entre los dedos, y mientras Lily veía subir el humo hacia el techo desde la cama, le dijo que se volvía a Nueva York a la mañana siguiente para estar con Elizabeth.

Lily no quiso mirarlo, de forma que miró al techo y dijo:

—¿Para siempre?

—Tengo que volver. Mis cosas, mi trabajo...

—¿Vas a volver con ella?

—Lo quiere intentar otra vez.

Lily lo oyó inhalar humo y por fin expulsarlo.

—¿No me vas a mirar? —dijo él.

—No.

Ed fue hasta la cama y se sentó. La única luz de la habitación venía de las farolas de fuera, y Lily apartó la vista y examinó las sombras sobre las sábanas arrugadas junto a su muslo.

—Esas cosas que me contaste de ella… —dijo.

—Todo es verdad.

—No lo entiendo.

—Se lo debo —dijo él con voz suave.

—¿Porque eres culpable?

—Algo parecido.

Lily no supo qué mosca le picó en aquel momento, ni tampoco por qué actuó como actuó, pero se negó a llorar ni a tener una pataleta, y esa negativa la liberó de sí misma. Tenía algo que ver con Martin, con la muñeca y con la cueva, pero no sabía por qué. Quizá estuviera cansada de dramatismos. No era solo el orgullo lo que le impedía echarse encima de Ed y suplicarle que no la dejara; era el hecho de que podía imaginarse la escena de antemano: hasta su último momento estúpido y sórdido, como un culebrón de la tele, y sabía que, si se mostraba desesperada, no volvería a verlo nunca, de modo que su única esperanza era ser dura. No parecía importar demasiado si aquella dureza era real o no.

—Vale —dijo.

—¿Vale? —dijo Ed.

—Sí, vale.

—¿No tienes nada más que decir?

Lily negó con la cabeza.

Ed abrió la boca para hablar, pero Lily se incorporó hasta sentarse y se la tapó con un dedo.

—No —dijo—. Es lo que me debes. La última palabra.

Lily durmió profundamente. La despertó un haz de luz en la cara procedente de la ventana. Ed se había ido. Le había dejado una nota en la mesilla de noche, y Lily encendió la luz para leerla: «No puedo dormir. Me voy a casa a hacer las maletas. Te quiero, Ed».

Antes de que Martin Petersen entrara en el café Ideal a las siete y cuarto de la mañana siguiente, el turno de Lily había transcurrido sin incidentes. Vince estaba de especial buen humor, igual que Boomer, cuyo estado de ánimo subía y bajaba junto con el de su jefe. Boom le

estuvo contando cotilleos a Lily: los Ángeles del Infierno habían ido al pueblo y se rumoreaba que iban a colarse aquella noche en el baile de Rick; al parecer, Linda Waller estaba teniendo una aventura con el señor Biddle, el entrenador de baloncesto de la escuela secundaria, y el exnovio de Lily, Hank Farmer, se la estaba «hincando» a Denise Stickle. Lily no reaccionó a aquel último cotilleo, sino que se limitó a mirar con cara inexpresiva la imagen de Elvis manchada de grasa de salchicha que el chico tenía en el pecho y pensó que Denise era la elección perfecta para la venganza de Hank, si es que era venganza y no «amor verdadero», y se le ocurrió que saber que Hank y Denise eran pareja podía darle más impacto a la pelea de Hermia con Helena sobre el escenario.

Cuando Lily vio a Martin a través de la puerta mosquitera, con una bolsa grande de la compra en la mano, le vino un escalofrío. Se metió a toda prisa en la cocina y, de pie tras la puerta, se llevó la mano al pecho para calmar el corazón acelerado. Vince la miró con expresión crítica, pero no dijo nada. Lily respiró hondo. Vio con el rabillo del ojo que Boomer imitaba sus gestos. No le hizo caso y salió de la cocina. Martin estaba sentado en su reservado. Había dejado la bolsa a su lado en el asiento. Lily se imaginó la cabeza de la muñeca dentro de la bolsa. Se acordó de cuando Martin le había rodeado el cuello con las manos y se tocó aquel punto de su garganta para comprobar si todavía lo tenía dolorido, pero el dolor ya se había ido. Aquí no puede hacer nada, pensó. Lily caminó hasta su reservado.

Esperó a que Martin diera unos golpecitos, hablara o hiciera algo, pero no hizo nada. Por fin levantó la vista para mirarla y Lily respiró entrecortadamente. La cara que Martin había levantado para mirarla parecía de cera. Tenía los labios rojos, muy rojos, y Lily tardó un momento en entender que llevaba maquillaje, no del de supermercado, sino maquillaje teatral —una gruesa base de color claro—, y que tenía la boca resaltada con pintalabios. Se lo quedó mirando, se sacó el bloc del bolsillo y le preguntó qué quería.

Martin no dio golpecitos. Tampoco tartamudeó ni habló con voz cantarina.

—Quiero lo mismo de siempre, Lily.

La facilidad con que lo había dicho la alarmó y la hizo pensar que algo iba terriblemente mal.

En la cocina, Lily le dijo a Vince:

—Martin Petersen lleva maquillaje.

Vince miró por encima de las puertas de la cocina y dijo:

—Bueno, supongo que habrá salido del armario. Ya me parecía que el chaval era un poco amanerado.

—No es eso —dijo Lily—. Tampoco tartamudea.

Vince se encogió de hombros.

—Bueno, no hay ninguna ley que prohíba ser un tipo raro, Lil'. Esto es América. Los criamos a manos llenas.

Lily asintió con la cabeza. Ed se ha marchado, se dijo. Y entonces lo sintió: sintió el dolor que no le había venido la noche anterior. Experimentó un deseo repentino de ir corriendo al baño y ponerse a berrear allí, pero se refrenó y salió de la cocina.

La verdad era que Martin apenas había llamado la atención en el café. Si Mike Fox, Harold Lundgren o los demás se habían fijado en la cara peculiar de Martin, no mostraban indicio alguno de curiosidad, y a Lily eso le pareció una buena señal. Le sirvió a Martin sus huevos escalfados, le rellenó la taza de café y atendió al señor Berman, que había llegado temprano con su ejemplar del *Minneapolis Tribune* y con algo que parecía un fajo de impresos de pedido. El señor Berman fue el único que se molestó en echar un vistazo a Martin. Enarcó las cejas para registrar una ligera sorpresa dirigida a Lily, pero al cabo de un momento regresó a su lectura y ya no volvió a levantar la vista.

Lily le recogió el plato a Martin. No se había terminado la comida. Había manchado el plato de yema líquida, pero nada más. Lily le habló en voz baja y con el plato temblándole en la mano.

—No es cierto que me encerraras, ¿verdad que no, Martin? No es más que una historia, ¿no es así? Dímelo, por favor.

Él la miró, pero no dijo nada.

—A ver si lo entiendes —siguió diciendo Lily, todavía en voz baja —. Quiero que a partir de ahora me dejes en paz.

—Sé lo que sé —dijo Martin. Lo dijo sin tartamudear y sin inflexiones en la voz.

Cuando Lily se llevó su plato a la cocina, se fijó en que Harold Lundgren la miraba un par de segundos antes de llevarse la taza de café a los labios. Al regresar de la cocina, inhaló el humo del octavo Kent de Mike Fox cuando pasó frente a la barra y vio que Martin tenía la bolsa de papel en el regazo y que estaba desenrollando la parte superior. Para cuando llegó al final de la barra, Martin ya había

metido el brazo en la bolsa y había sacado algo que parecía una toalla raída de color rosa.

Lily se detuvo y dijo:

—Martin. —No lo dijo en voz alta y fue más para sí misma que para él.

Pero Martin había dejado cuidadosamente la bolsa a un lado y ahora estaba concentrado en desenrollar la toalla. El hecho de tener la mano izquierda vendada no obstaculizaba sus movimientos. Lily se le acercó. Cuando llegó a su reservado, ahogó una exclamación y el silencio se adueñó del café.

Martin acababa de desenvolver una pistola, una pistola enorme que Lily supuso que sería del 45, más grande y pesada que las que tenían en comisaría. El arma solo estuvo unos segundos sobre la toalla antes de que Martin la cogiera con ambas manos. Lily se puso a hablar en voz baja consigo misma, repasando los hechos como si lo que estaba viendo necesitara afirmarse. Es una pistola, pero no puede estar cargada. ¿Por qué tiene una pistola?

—No está cargada, ¿verdad? —le dijo a Martin en voz alta. Oyó chillidos detrás de ella. Vince le estaba gritando: «¡Lily! ¡Apártate! ¡Al suelo!». Pero Lily pensó: estoy demasiado cerca. No puedo. No puedo moverme.

Ahora Martin estaba apuntando con la pistola al techo. Su cara blanca carecía por completo de expresión, y detrás de Lily el señor Berman estaba diciendo:

—Deja el arma, Martin. No vayas a hacer daño a alguien.

A Lily le pareció oír que Boomer lloraba, pero quizá no fuera él. Martin bajó el arma y encañonó a Lily. Parpadeó y ella vio que se le bamboleaba un poco la cabeza. Voy a morir aquí mismo, pensó. Me va a matar en el café Ideal. Estos son mis últimos segundos. Lily sintió una convulsión en la cara. El resplandor difuso del sol que entraba por el ventanal le hizo daño en los ojos. Esta es mi muerte, se dijo, y, mirando la cara plácida de Martin, rompió a sollozar.

—¡No! ¡No! —dijo. Pero él siguió encañonándola, y ella se ahogó y lloró y trató de escuchar los gritos que se oían detrás de ella y el ruido que hacía alguien al marcar un número de teléfono. Le cayó un reguero de orina por el interior de la pernera de los vaqueros. Lo único que podía sentir era aquel chorro caliente, que no parecía acabarse nunca—. ¡No! —le gritó a aquella imagen emborronada por

las lágrimas—. ¡Por favor!

Martin no dijo nada, pero ella lo vio escudriñar el local durante unos segundos antes de darle la vuelta a la pistola y meterse el cañón en la boca. Lily lo miró. Vio que los labios rojos se le tensaban en torno al acero y que sus ojos de color azul claro la miraban. Se fijó en la posición antinatural con que las manos y los codos empuñaban el arma. Le vio la suciedad en las arrugas de los nudillos y oyó el estampido. Vio cómo a Martin le desaparecía la cara; vio salir volando la piel, los huesos y la sangre. Vio cómo la cabeza destrozada le salía despedida hacia atrás sobre el fondo de luz de la ventana. Vio cómo se le dejaba de mover el cuerpo y vio cómo seguía manando la sangre. Hay muchísima sangre, se dijo. Entonces le llegaron las náuseas y se llevó las manos al estómago. Estoy mareada, pensó. Muy mareada.

Fue Vince quien la llevó en brazos por la escalera hasta el apartamento de Mabel, pero cuando Lily recobró el conocimiento, su jefe ya había vuelto al café. Vio a Mabel y por un momento no recordó lo sucedido en el café, pero entonces se miró a sí misma y vio que tenía el pecho cubierto de sangre y empezó a quitarse la camiseta. Se examinó el sujetador y vio que una mancha de sangre le había traspasado la camiseta, de manera que también se arrancó el sujetador. Se quitó toda la ropa. Sin decir palabra, Mabel introdujo todas aquellas prendas en una bolsa de plástico, la anudó y la metió en su cubo de basura. Luego Lily se dio una ducha larga y se frotó con un paño. De pie bajo el chorro del agua, se restregó metódicamente hasta la última parte del cuerpo, mirándose la piel con atención mientras le pasaba el paño. En dos ocasiones creyó verse sangre en los pies, pero ambas veces las manchas resultaron ser sombras. Luego se puso ropa limpia de Mabel y se fijó en lo bonita que era la blusa. Cuando emergió del baño, sin embargo, descubrió que no quería tener la bolsa de basura en la misma habitación que ella, así que insistió en bajarla a los contenedores del callejón.

—Que la baje otro, Lily —dijo Mabel—. Si no fuera por el tobillo, la bajaría yo.

Lily la bajó ella misma. Al pasar frente a la puerta trasera del café, vio que estaba abierta y oyó voces, una de ellas la de Lewis van Son, pero no se asomó al interior. Cada detalle sensorial del trayecto hasta

el callejón —la luz, el aire cálido, el resplandor de los cubos de basura metalizados, la tensión de los músculos de sus brazos cuando empujó la bolsa con firmeza al interior del contenedor— le resultó extrañamente nítido y mesurado. Luego dio media vuelta y volvió a subir a la habitación de Mabel. La imagen de sus propias piernas moviéndose por la escalera, el dolor de sus codos y rodillas y la rigidez de su cuello al girar la cabeza eran cosas que tenía presentes, pero que también estaban ausentes. Sentía su cuerpo y lo veía, pero no creía en él.

Telefoneó a sus padres en Florida desde el apartamento de Mabel. Oyó su propia voz contándoles lo que había pasado, oyó a su madre ahogar un grito y oyó la exclamación horrorizada de su padre de fondo. Les dijo que Martin la había apuntado a ella con su pistola. Les dijo que prefería que se enteraran por ella antes que por otra persona.

—No estoy herida. No me ha pasado nada. —Su madre le dijo que volarían de vuelta para estar con ella, pero Lily le contestó que no.

Después de la llamada, Lily y Mabel no hablaron mucho, salvo para comentar qué iban a comer. Escucharon el alboroto de escaleras abajo, los coches de policía que iban y venían y el ruido de otros coches, las voces oficiales que ladraban órdenes y las exclamaciones de la gente que se había topado con el lugar de los hechos de un suicidio espectacular y estaba averiguando lo sucedido.

Lily sabía lo que había visto. Sabía que Martin se había suicidado de un disparo ante los ojos de ella. Era un hecho. Se acordaba de la toalla de color rosa y de cómo la había encañonado a ella y después a sí mismo. Se acordaba de sus labios en torno al cañón, pero después del disparo de la pistola ya no podía evocar ninguna imagen de él. No podía ver a Martin muerto. Sabía que había habido un montón de sangre, porque recordaba habérselo dicho a sí misma y se la había visto por toda la ropa. Ahora que se había deshecho de la ropa, sin embargo, solo quedaban las palabras. La imagen había desaparecido. Aparte de eso, no tenía nada dentro. No sentía lástima ni tristeza ni tampoco conmoción. Sabía que no quería hablar con nadie, y, como Mabel tampoco le pedía conversación, Lily guardó silencio. Se sentó en el sofá de su amiga, se miró las piernas y meneó los dedos de los pies; esa operación adquirió una urgencia que captó toda su atención. Sobre las cinco de la tarde, le preguntó de repente a Mabel qué día era.

—Jueves, 20 de junio. —Mabel estaba leyendo con las gafas puestas y ahora se las quitó para mirar a Lily.

—¡Es el ensayo general! —dijo ella—. Tengo que prepararme.

—No, Lily. No estás en condiciones de ir.

Fue el tono de Mabel lo que decidió por ella. Resultaba incuestionable. Lily guardó silencio.

Mabel telefoneó a la señora Wright y mantuvo la voz baja durante toda la conversación.

Después de cenar oyeron a la banda que tocaba en el Rick's, no tanto la música como el bajo, un ritmo regular y machacón que se hizo interminable. Las motocicletas bramaban por Division Street y Lily se acordó de los Ángeles del Infierno. Llegaron truenos y después lluvia.

Alrededor de las nueve de la mañana, Hank llamó a la puerta de Mabel.

Lily estaba sentada en el sofá, mirándose las rodillas enfundadas en los pantalones de pijama de Mabel. Hank se le sentó al lado. Levantó la vista, pero él no dijo nada. Tenía un mechón de pelo caído sobre la frente húmeda y pegado a la piel. Volvía a tronar. Lily no tenía nada que decirle. El día anterior sí que había querido contarle lo de la muñeca, pero ahora ya no.

—Siento lo que ha pasado —dijo Hank.

—¿Está en la funeraria de Swensen? —preguntó Lily—. Martin… ¿está en la de Swensen?

Lily vio que Hank echaba un vistazo a Mabel.

—Sí —dijo él—. El funeral es el sábado.

—El funeral —repitió Lily. Había olvidado que habría un funeral. Por supuesto que lo habría.

Hank le dio un abrazo, pero Lily no se lo devolvió. Cuando él la tocó, se puso rígida y apartó la cabeza. Hank estaba intentando ser amable, pero a ella no le importaba.

Aquella noche y la siguiente y durante muchas noches más, Lily durmió con Mabel en la cama doble de esta, rodeada de estanterías de libros por todos los lados.

Mickey Berner hizo de Telaraña. Llevaba el disfraz limpio y planchado que la señora Baker había encontrado colgado en el vestidor el

miércoles por la noche. Mickey lo hizo mal, pero nadie esperaba que lo hiciera bien. Martin Petersen había sido la mejor hada de la obra y todo el mundo lo sabía. A Lily la sorprendió que Mabel le preguntara si quería seguir en la obra después de lo sucedido. Pues claro que sí. Fue en bicicleta al Arts Guild e hizo ver que nadie se la quedaba mirando cuando entró por las puertas. Esperaba que los actores estuvieran afligidos y asombrados por la muerte de Martin. Y lo estaban. Pero, por encima de todo, el suicidio parecía haber animado al reparto como un estimulante. Oren le dedicó su interpretación a Martin. Gordon declaró en voz bien alta que la obra «mantendría con vida» el recuerdo de Martin, y Denise lloró en la sala de vestuario. Lily no lloró. Había estado demasiado cerca de la muerte de Martin y aquella cercanía hacía que los demás se mostraran circunspectos y distantes con ella. La señora Wright le había dicho que lo sentía mucho, pero a Lily le pareció que su expresión incómoda se asemejaba mucho a la vergüenza. La señora Baker fue la única que la abrazó, y, cuando los brazos de la mujer la rodearon, Lily sintió un estremecimiento por dentro y una amenaza de sollozos reales, pero no cedió a ellos y tampoco fue capaz de devolver el abrazo.

—Estoy bien —dijo—. Gracias.

Cuando el viernes por la noche Lily se caracterizó para el estreno y se miró al espejo, perdió de vista a Hermia y se olvidó de sus diálogos. Había soñado a menudo con un momento así, con subir al escenario teniendo la mente completamente en blanco. Pero el momento no duró. Cuando se los apuntaron, los diálogos regresaron a su cabeza y también Hermia, que parecía haber cambiado una vez más, haberse vuelto un poco más feroz y apasionada, y, cuando se peleó con Helena, el público se quedó muy muy callado. Mabel estaba sentada en primera fila, y, en un momento en que Lily la miró mientras hablaba, vio que la anciana movía los labios en silencio. Al terminar aquella primera función, y tras recibir los aplausos y las felicitaciones, Lily volvió a guardarse a Hermia dentro y Jim y ella se cogieron de la mano entre bastidores.

El sábado hizo un tiempo perfecto. Llegaron vientos de Dakota con un cielo despejado y poca humedad, y, mientras subía los escalones de la iglesia, Lily pensó que su padre lo habría visto venir todo si hubiera

estado allí. La iglesia no estaba llena, pero casi. Lily se sentó junto a Mabel en un banco del fondo y se fijó en que varias personas giraban la cabeza para echar un vistazo a la camarera que le había servido el último desayuno a Martin Petersen. Ida había acudido con un lazo plateado en el pelo cardado. La señora Baker y la señora Wright habían ido con sus maridos. Jim, Denise, Oren y Gordon habían llegado juntos. Bert se había llevado consigo a Boomer, pero Vince se había quedado en casa. Lily reconoció a la hermana de Martin, Eileen, y a su hermano mayor, cuyo nombre no recordaba. Lily también esperaba a Frank y a Dick, pero ninguno de los dos apareció arrastrando los pies en la iglesia. Dolores, en cambio, sí que fue. Llevaba un traje azul que se ajustaba a su figura y el pelo recogido. A Lily le pareció que el resultado la domesticaba.

El pastor Carlsen evitó pronunciar la palabra *suicidio*. Lily supuso que la habría oído si el pastor la hubiera dicho, pero la verdad era que no estaba prestando mucha atención. El ataúd de Martin se encontraba al frente de la iglesia, y Lily se dedicó a mirarlo muy fijamente para no perder la concentración. Se imaginó a Martin dentro del ataúd y después trató de acordarse de la muñeca. Estaba preocupada por aquella muñeca. No quería que nadie la encontrara y reconociera la cara y el cuerpo de ella. Martin podría haberla dejado en cualquier lado, y mientras pensaba en la muñeca se dio varios tirones de la tela de la blusa negra que llevaba, la que le había dado Mabel. Lo hizo sin pensar y no paró hasta que sintió que la mano de Mabel se cerraba en torno a la suya. Bajó la mano y miró el bastón de Mabel. Tenía la empuñadura de goma de color gris topo. Si alguien la encuentra, sabrá que soy yo, se dijo.

Estaba hablando la hermana de Martin, y Lily trató de encontrar la cara de él en la suya, pero no pudo. Eileen acababa de decir «mi hermano era una persona amable» cuando levantó la vista, abrió mucho la boca y emitió un ruidito extraño. No fue fuerte, pero sí que transmitió asombro, y la congregación entera se giró como un solo hombre para mirar al fondo de la iglesia y ver que Tex venía dando zancadas por el pasillo central, vestido como un forajido del salvaje Oeste, con sombrero negro, revólveres de seis balas al cinto y unas espuelas que tintinearon al pasar junto al banco de Lily y de Mabel en dirección al ataúd. De no haber estado en una iglesia, Lily sabía que se habrían puesto inmediatamente de pie varias personas, pero estaban

en una iglesia, así que durante un par de segundos simplemente descendió un silencio horrorizado sobre el santuario. Luego una criatura rompió a llorar en los bancos del fondo y Lily vio que el hermano de Martin se incorporaba de golpe y que el pastor Carlsen levantaba las manos y abría la boca. Estaba hablando, pero Lily no oía nada por culpa del estruendo que ahora venía de los ocupantes de los bancos.

Lily no se movió. Tex se había subido a horcajadas al ataúd y estaba montado torpemente en él. Pese a lo corpulento que era, el cajón le resultaba demasiado ancho para usarlo de caballo, y, antes de que Lily entendiera lo que estaba pasando, Tex se puso a aporrear la tapa y a vociferar: «¡Marty! ¡Marty!». Cuatro o cinco hombres próximos al púlpito, entre ellos el pastor Carlsen, se echaron encima de Tex y lo alejaron a rastras del ataúd, pero el hombretón dio media vuelta y se volvió a echar sobre el féretro, y, durante un segundo aproximadamente, como mucho, a Lily le pareció ver que se abría la tapa. Algo parecido a la electricidad le vibró en la cara. Cerró los ojos y se imaginó a Martin incorporándose en su ataúd y saliendo de él. Se lo imaginó con el disfraz de la obra puesto, pero luego se preguntó cómo lo habrían vestido. Todos los cadáveres masculinos que había visto en Webster habían llevado traje azul marino: su abuelo, su tío o el señor Deerhoeven. Cuando abrió los ojos, vio al pastor Carlsen desenganchando sus vestiduras de las espuelas de Tex. El ataúd estaba cerrado.

Después de que Lewis van Son y Dick Shockley se llevaran a Howard Gubber al calabozo, todo el mundo se quedó hasta el final del servicio. Lily sentía a su alrededor la determinación colectiva de terminar lo empezado. Eileen estaba temblando, pero reanudó su discurso. Contó que a Martin le encantaban la carpintería, los libros y los animales. Lily no sabía lo de los animales, pero aceptó la palabra de la hermana. Todo es verdad, pensó, y al mismo tiempo todo es mentira. Eileen quería rememorar a Martin y contar la verdad, pero Lily tenía la sensación de que podías escarbar y escarbar y hablar y hablar hasta el día del Juicio Final y aun así no encontrarías a ningún Martin «real»; no podrías saber qué había habido allí en realidad. Cuando los portadores del féretro sacaron de la iglesia el cuerpo oculto a las miradas, Lily buscó a tientas la mano de Mabel sin mirarla y se la cogió durante toda la bendición: «Yahveh te bendiga, y te

guarde; ilumine Yahveh haga su rostro sobre ti y te conceda la paz».

El café Ideal volvió a abrir el lunes siguiente y Lily regresó para hacer su turno de siempre. Durante una semana aproximadamente, la única gente que se sentaba en el reservado del ventanal eran forasteros. Pasado ese tiempo, a nadie pareció importarle ya dónde se sentaba, pero la muerte de Martin siguió siendo un tema candente. A la gente le interesaban menos las razones del suicidio de Martin de lo que Lily habría imaginado. Decían que estaba loco o desesperado, pero nada más. Por lo que podía ver ella, se lo tomaban «con filosofía», como solía decir su tía Irma. También le resultaba interesante que el hecho de que la hubiera apuntado a ella con la pistola no formara parte de la historia. La gente que estaba aquel día en el café tenía que haberlo visto, pensó; sin embargo, nadie lo mencionaba. Aun así, a Lily le daba la sensación de que hablaban de Martin y de ella, y de que, aunque nadie la culpara de su muerte, todo el mundo sabía que había estado involucrada de alguna forma. Cuando la gente se la quedaba mirando y cuchicheaba, a Lily le daba la sensación de haberse convertido en un objeto al que mirar y decir: «Esa estaba a su lado cuando lo hizo; a un palmo de distancia. Quedó toda llena de sangre».

Boomer Wee se pasó varios días ofreciendo visitas guiadas al «reservado de los suicidios», sobre todo a niños de menos de doce años, hasta que Vince se enteró y le mandó parar. Mientras lo estuvo haciendo, sin embargo, Boomer se dedicó a cobrarles veinticinco centavos por la «recreación»: «Traía el arma en una bolsa. Una pipa enorme. Y la agarró con los dientes». Ese era el momento en el que Boomer se mordía el dedo y se arrojaba de espaldas hacia el ventanal mientras continuaba con su explicación, que parecía sacada de las páginas de un tebeo: «¡Pum! ¡Bam! ¡Y se voló los sesos!». Boomer estaba en la cocina cuando Martin se había disparado. Lo había visto morir a través de la puerta. Al parecer, Mike Fox había entrado en tromba en la cocina segundos después del disparo y Boomer había vomitado encima de ambos. Había algo en la interpretación de Boomer que fascinaba a Lily. No le molestaba verla, igual que tampoco le molestaba la versión abreviada de la historia que no paraba de contar. «Martin Petersen entró en el café Ideal y se pidió su desayuno de siempre. Se lo comió sin dejar ni una miga y después

sacó una pistola y se voló los sesos.» Ni la actuación teatral de Boomer ni la pequeña historia falseaban lo sucedido; sin embargo, cuando veía a Boomer girar sobre sí mismo en el reservado, o bien oía a alguien hablar del suicidio, experimentaba aquellos gestos o palabras como evasiones. Lily había olvidado el cadáver de Martin, pero de alguna forma la laguna de su mente donde debería haber estado dicho cadáver se acercaba más a la verdad que nada que nadie pudiera decir o hacer.

Empezó a circular un rumor supuestamente originado en la funeraria. Se contaba que, cuando estaban preparando el cuerpo de Martin para embalsamarlo, le habían quitado el vendaje de la mano izquierda y se habían encontrado con que tenía el nombre de Lily grabado en la piel de debajo de los nudillos. Una mañana en el café, Bert le dijo a Lily que no permitiera a Boomer propagar aquellos rumores.

Lily no dijo nada. Miró un momento a Bert y después se apartó y miró Division Street a través del ventanal.

Bert le tocó el brazo desde atrás.

—Está muerto, Lily. Ya no importa.

Desde la muerte de Martin, Bert les había llevado la compra a Mabel y a ella, les había horneado tartas y guisos y se los había dejado en la puerta sin esperar a que le dieran las gracias. Había llamado a Lily todos los días para «charlar» y había fingido que Lily participaba en la conversación.

—Ya se olvidarán, Lil' —le decía.

Lily se miraba el delantal.

—Algo me pasa, Bert. Puedo hacerlo todo, trabajar, comer, dormir, hablar..., pero no quiero hacer nada. —Lily no miró a su amiga a la cara, pero sí que le agarró la mano y se la apretó—. Es como si olieran el cadáver en mí, Bert. A veces creo que lo huelo incluso yo.

Bert se miró la mano.

Lily sintió que los dedos de Bert le transmitían un escalofrío y se los soltó.

Ese mismo día, el día en que se enteró de lo de la mano de Martin, Lily cubrió el espejo de su habitación. No se explicó esa acción a sí misma, sino que echó el albornoz por encima del espejo y dejó el botiquín del baño abierto para no tener que verse reflejada en sus puertas. De todas formas, no pasaba mucho rato en su apartamento,

salvo para cambiarse de ropa. Ahora vivía con Mabel, aunque ninguna de las dos lo hubiera dicho explícitamente, y los dos espejos de Mabel eran bastante fáciles de evitar. Eran ambos muy pequeños.

Una noche, Mabel cogió su manuscrito de su mesa y le dijo a Lily que era hora de leérselo a alguien. Y fue así como empezaron sus lecturas nocturnas. El libro de Mabel era mucho más simple de lo que había imaginado Lily. Empezaba diciendo: «Mi primer recuerdo es de mi madre. Está agachada en el suelo con los brazos abiertos y yo voy andando hacia ella». Los primeros recuerdos de Mabel eran fragmentos aislados que contaba con todo detalle: un mantel con vasos verdes encima, su hermano desnudo en la letrina y un gato muerto. Hacia los siete años, sus recuerdos se volvían más continuos y el libro empezaba a contar la historia de su infancia en Dakota del Sur y también los primeros sueños que recordaba. A Lily le gustó el sueño que le leyó Mabel, en el que volaba por encima de una ciudad y rescataba a su hermano de una bruja que vivía en una cabaña cubierta de papeles de periódico.

Lily descubrió que la lectura era su parte favorita del día. A veces leían en la cama. Mabel se sentaba con la espalda apoyada en cojines y Lily se tumbaba y escuchaba cómo los años pasaban despacio o deprisa, dependiendo de los acontecimientos registrados. En el libro, Mabel se burlaba a menudo de cómo había sido de joven, y Lily y ella se reían juntas. A Lily le parecía raro que Mabel pudiera reírse de lo que había escrito en el libro, pero no encontrara nada gracioso en su vida de ahora. Cuando Mabel llegó a la página que hablaba de la muerte de su madre, Lily lloró por primera vez desde el día en que había encontrado a Martin en la cueva.

Las dos mujeres se habían acostumbrado a dormir juntas. Al principio Lily se pegaba mucho al borde de la cama, consciente incluso mientras dormía del cuerpo de la anciana. Sin embargo, aquella conciencia desapareció, y a menudo dormían hechas un enredo, con una pierna o un brazo encima de la otra; después de que esto sucediera unas cuantas veces, ya no se molestaron en disculparse.

Resultó que Mabel tenía un secreto. La mujer le leyó a Lily el pasaje donde lo revelaba con la misma voz con que había leído las demás páginas. En Chicago, cuando Mabel tenía dieciocho años, se había encontrado embarazada, pobre y sola tras dejar plantado a Owen Hartwig en los juzgados. Había dado en adopción al bebé —una niña

— y nunca más había sido capaz de encontrarla. No sabía si su hija estaba viva o muerta ni tampoco cómo se llamaba. «Es una historia muy antigua —le leyó Mabel a Lily—. Una historia antigua y familiar, contada innumerables veces, pero eso no mitiga su dolor. Nunca me deshice de las cosas que rescaté de aquella habitación: la mesa, las llaves y el nido. Fue en ella donde la mujer de la agencia de adopción me dio el discurso que me convenció para que le entregara a mi hija. Fue una birria de discurso, lleno de topicazos y de reprimendas cansinas. Ya entonces me di cuenta de lo estúpido que era, pero lo memoricé y no lo he olvidado nunca. Mientras me hablaba, me dediqué a ir adjuntando sus palabras a los diversos objetos de la habitación y a grabármelos a fuego en la cabeza. No fue un discurso largo.»

Lily se dio la vuelta en la cama y miró a Mabel.

—¿Qué nombre le pusiste, Mabel?

—Anna —dijo ella—. Anna Wasley.

—¿Wasley no es tu apellido de casada?

—Yo era una feminista radical, Lily —dijo Mabel—. Nunca me cambié el apellido.

La segunda semana de julio, Lily se dio cuenta de que no le había venido la regla. Ed no le había escrito ni tampoco la había llamado. Su desaparición era tan completa que a Lily ya había dejado de parecerle una persona real. Mabel le dijo que había dejado pagado el alquiler de julio en el hotel Stuart y que esperaba que volviera, pero Lily no lo esperaba. Aun así, había días en que tenía ganas de llamarlo, en que creía que Ed querría tener noticias de ella; días en que albergaba esperanzas. Tenía su número de teléfono y su dirección en un papelito sobre la mesilla de noche, y en una ocasión incluso había llegado a marcar el número. Después de escuchar un solo timbrazo, sin embargo, había colgado. Le había entrado miedo a que contestara Elizabeth. También había empezado a escribirle una carta, pero cuando la había leído, había odiado todo lo que había escrito y la había tirado a la papelera. Se palpaba la barriga a menudo y la examinaba en busca de señales de cambio, de indicios de vida fetal, pero no estaba segura de notarlos. Aunque evitaba los espejos, se miraba a menudo los brazos, las piernas y los pies y se los palpaba con

los dedos. A veces, cuando Mabel le leía, Lily se acariciaba el brazo sin parar o bien se mecía en la cama. Antes de que Lily se fuera al trabajo, Mabel le cepillaba el pelo y le preparaba la ropa. Un día le dejó maquillaje y un espejito sobre la mesa. Lily supo que era una indirecta, pero no hizo caso. Tampoco fue al médico. Si estaba embarazada, no iba a interrumpirlo. Eso lo hacía otra clase de gente.

Lily leía el registro policial dos veces por semana, en cuanto salía el *Chronicle*. Estaba a la espera de que alguien encontrara la muñeca, pero nadie la encontró. Hubo, eso sí, tres avistamientos inusuales durante el mes de julio: un ovni sobre Dundas, un vaquero fantasma corriendo en dirección a la piscina pública y otro ángel. El ángel fue visto en el campo de Klatschwetter, y quizá la testigo fuera la misma señora Klatschwetter, aunque no se mencionaba ningún nombre, y el episodio provocó una epidemia de chistes de ángeles en el café que se alargó una semana. Lily no creyó ni una palabra de aquellas crónicas y le pareció que alguien del pueblo se estaba burlando de ella. Cuando le mencionó el ángel a Mabel, esta se detuvo un momento y dijo:

—Creo que deberías ir al cementerio a visitar la tumba de Martin Petersen, Lily.

—¿Qué?

—Lo que he dicho. Te acompaño si quieres.

Lily no contestó, pero se puso a pensar en la tumba de Martin. ¿Tenía lápida ya? ¿Iba a haber una inscripción en ella o solo las fechas? ¿Lo habían enterrado al lado de su madre? Se abrazó a sí misma en el sofá de Mabel y cerró los ojos. Se acordaba de que Martin había descrito a la muñeca como algo «a medio camino». ¿Por qué tenía la sensación de que su tumba también era algo a medio camino, a medio camino entre Martin y ella?

—Están haciendo el *casting* de *My Fair Lady* en el Arts Guild, Lily. Las audiciones empiezan dentro de dos semanas. —La voz brusca de Mabel arrancó a Lily de sus pensamientos. La estaba mirando—. Deberías intentar conseguir el papel de Eliza Doolittle.

Lily echó un vistazo a Mabel pero no dijo nada. La mujer parecía envejecer un poco más cada día: se le veían las arrugas más profundas y la cara más esquelética. Incluso parecía tener menos pelo.

La mañana siguiente a aquella conversación, Ed entró en el café. Mike

Fox hizo una pausa en el proceso de fumarse sus Kent. Pete Lund levantó la vista del café y Vince y Boomer se asomaron desde el otro lado de la puerta de la cocina. Pero Lily no se enteró de que Ed estaba allí hasta que sintió una mano en el hombro, se giró y lo vio de pie junto a la caja registradora. Se acordó de él con una ráfaga repentina y violenta de familiaridad. Estaba igual que siempre. Aun así, Lily sintió el impulso de gritar, como hace la gente en las películas cuando resulta estar vivo alguien a quien creían muerto.

Se puso a hablar con ella en voz baja y trató de cogerle la mano, pero Lily no lo dejó.

—No lo sabía —dijo él—. No lo he sabido hasta que me he encontrado con Stanley y me ha contado lo que pasó. Deberías haberme llamado, Lily. Deberías haberme escrito. Lo habría dejado todo y habría venido...

Es demasiado para mí, pensó ella. Verlo ahora. Me vendré abajo. ¿Qué quiere?

Lily oyó que Vince carraspeaba detrás de ella. Sintió que se le movía la cara de forma incontrolable. Abrió la boca y la cerró. Parpadeó y sintió una bola de mocos en la garganta.

Y entonces Vince apareció detrás del mostrador, Vince, que había sido, contraviniendo su propia naturaleza, amable con ella desde la muerte de Martin. Lily lo vio esgrimir un dedo acusador hacia Ed y lo oyó decir que quizá Ed debería haberse molestado en ver cómo estaba ella; que Lily había vivido una pesadilla, y que dónde demonios había estado él todo aquel tiempo. Lily se mantuvo apartada de ambos hombres hasta que Vince amenazó con «tumbar» a Ed. Entonces avanzó tambaleándose hasta interponerse entre ambos, mirándolos por turnos.

—Basta —dijo, y cuando miró a Ed a la cara se preguntó quién era aquel hombre que había aparecido, desaparecido y vuelto a aparecer, y por qué creía tener derecho a entrar y salir de su vida como si fuera el muñeco de una caja sorpresa. Estoy furiosa contigo, pensó de repente. Lily no miró a Ed a la cara—. No me has llamado —le dijo—. No me has llamado ni una sola vez. —Cerró los puños a los costados y rechinó los dientes. Le pareció que, si tensaba hasta el último músculo del cuerpo, conseguiría mantener la compostura—. Iré a hablar contigo cuando acabe mi turno —susurró, dirigiéndose a las manos de Ed.

Vince, que había retrocedido un metro o dos, le dijo a Lily que, si quería, podía pedirle a Bert que cubriera su turno. Lily se giró hacia él y, con la voz serena y firme que había usado para hacer de Hermia, le dijo que le había prometido que no volvería a dejarlo tirado y que por Dios iba a honrar aquella promesa.

Vince, con la cara muy roja, se retiró, y después de que desapareciera en la cocina Lily oyó que Boomer soltaba un silbido largo y fuerte.

Antes de cruzar la calle para ir al hotel Stuart, Lily entró en el lavabo y se miró en el espejo. La cara que vio era más joven, guapa y pálida de lo que recordaba, y se alegró de haberse mirado, porque quería saber qué iba a ver Ed.

En la habitación de Ed, Lily vio la maleta abierta en el suelo y reconoció las camisetas y los vaqueros desparramados al lado. Ella había llevado algunas de aquellas prendas. La habitación olía a pintura, a humo y a otras cosas sin nombre pero familiares, y, cuando se sentó en la silla de lona, a Lily le dieron miedo aquellos olores. Habían llegado a representar el cuerpo de Ed y el sexo con él en la pequeña cama de hierro, y se preguntó si se atrevería a volver a dejar que la tocara.

Ed se sentó frente a ella, pero a Lily le resultaba difícil mirarlo, de forma que se dedicó a examinarse las manos.

—Stanley no me lo ha dicho con esas palabras —dijo Ed—, pero básicamente me ha acusado de ser un cabrón, cuando nos hemos encontrado abajo. Se ha quedado ahí negando con la cabeza y evitando mi mirada. «Deberías haber estado en contacto con esa chica.» Me lo ha dicho varias veces. Lo siento, Lily. Lo siento muchísimo...

—¿Por qué has vuelto? —dijo ella.

—Mírame, Lily.

—No quiero.

—Vale —dijo él—. No me mires. Lo que has vivido es terrible. Ojalá me hubiera enterado...

—¿Por qué has vuelto?

—Elizabeth y yo hemos roto. En realidad, no me quería a mí. Se enteró de lo mío contigo y fue entonces cuando me presionó para

intentarlo otra vez, pero enseguida me di cuenta de que no había cambiado nada. Parecía todo una farsa.

Lily miró la pintura de Mabel, que seguía en el centro de la habitación con las viñetas en blanco, y se preguntó por qué ahora parecía que Elizabeth no fuera importante en absoluto. La palabra *farsa* parecía haberle dejado un rastro en los oídos. La repitió en voz alta:

—Farsa.

—Lo siento.

Ella supo que lo decía de verdad.

—Yo también lo siento —dijo ella. No era una disculpa. Era más bien un comentario sobre el mundo en general, sobre la forma en que las cosas pasaban o no pasaban.

Ed pareció entenderlo, porque no dijo nada. Ella lo miró y vio que, aunque tenía el cuerpo quieto, su cara estaba tensa y sombría. Por fin Ed se puso de pie, caminó hasta la maleta y, después de hurgar entre su ropa, sacó un cuaderno de dibujo y se lo llevó.

—Dibujé a Martin —dijo—. Empecé a dibujarlo después de que se marchara de aquí aquel día, y llevo un tiempo haciendo bocetos. Quiero que te los quedes. Puedes hacer lo que quieras con ellos: quemarlos o tirarlos. No me importa.

Lily oyó la determinación en su voz: la voluntad obstinada de hacerla recordar. Ed abrió el cuaderno y se lo dio.

Lily contempló a Martin. En el dibujo no había fondo ni suelo ni lugar alguno donde se apoyara la figura. Su cuerpo parecía flotar en la página y en la mano derecha llevaba un sombrero vaquero. Se le veía muy joven, casi un niño. Lily cerró los ojos.

—Querías pintarlo —dijo, entendiendo de repente lo que significaban aquellos bocetos—. Iba a ser el quinto. —Estaba susurrando para mantener a raya las lágrimas.

—Sí que se me había ocurrido —dijo Ed—. Pero decidí no hacerlo. Es la verdad. —Lily se fijó en que Ed estaba meneando la rodilla.

—A Martin le daba miedo que me pintaras, pero era a él a quien querías pintar. Tiene gracia. —Lily hizo un ruido a medio camino entre una risa y un sollozo y le devolvió el cuaderno a Ed—. Él… Él… —Se tapó la boca con la mano para que no le viera el temblor de los labios.

Ed se inclinó hacia delante.

—Te quiero —dijo—. No estoy seguro de que eso cambie nada ahora, pero quiero que estemos juntos.

Lily reclinó la espalda en el asiento y le hizo un gesto para que se apartara. Después de que él se alejara, lo miró a los ojos, pero no le contestó. ¿Qué estás diciendo?, se dijo a sí misma. ¿Qué quieres decir? Y luego, sin dejar de mirarlo, pensó: antes te observaba a primera hora de la mañana, antes de que saliera el sol, porque quería verte. No: porque tenía que verte. ¿Y por qué?, pensó. ¿Acaso no estás diciendo ahora todo lo que yo había deseado que me dijeras desde el principio? Es extraño, pensó Lily. Todo es extraño en el mundo. Miró en dirección a la ventana y, sin saber por qué, se acordó del discurso que hacía Oberón cerca del final de la obra: «Le pedí entonces que me cediera al niño huérfano. / De inmediato me obedeció e hizo que una de sus hadas / lo condujera a mi mansión en la tierra mágica. / Ahora que tengo al muchacho, / corregiré / la odiosa imperfección de sus ojos». Lily sintió que le empezaba a temblar primero la barbilla y después el cuello y los hombros. No intentó detener los temblores. Ahora le parecía bien que vinieran, como un ataque de epilepsia que llevara mucho tiempo preparándose. No era solo porque Ed le estuviera diciendo que la quería, ni porque se diera cuenta de lo mucho que lo había echado de menos. Era también porque Vince había estado dispuesto a pegarle un puñetazo y porque Stanley le había gritado, y por la luz de la tarde que entraba por la ventana, y por la felicidad que se le veía a Mabel en su retrato. Era por sus propias piernas morenas en la silla de Ed y por las lágrimas cálidas que les caían encima. Y debía de ser también por Martin.

—Quiero que te vengas conmigo a Nueva York —dijo Ed—. Quiero que vivas conmigo.

Lily negó con la cabeza. No es que estuviera diciendo que no. Simplemente se sentía abrumada.

—Si no quieres vivir conmigo, te ayudaré a encontrar apartamento. Puedes hacer clases de interpretación allí, y podemos vernos todos los días. O, si no todos los días, tanto como quieras. No pienso renunciar a ti, Lily.

Ella todavía no podía hablar. Miró el suelo y siguió llorando.

Pero dejó que la besara, y estuvo llorando de forma discontinua durante las horas que pasaron juntos en la cama. Más tarde, cuando él se incorporó a medias y se puso a buscar su ropa, ella lo detuvo.

—Quiero que vayas a la ventana —le dijo—. Y que te quedes ahí, mirándome.

Sin hacer preguntas, Ed cruzó rápidamente la habitación. Lily se tumbó en la cama, se lo quedó mirando allí desnudo frente a la ventana y pasaron varios largos minutos antes de que le dijera que podía moverse.

Mabel le reveló a Ed lo de su hija perdida a base de describirle lo que tenía que dibujar en las viñetas narrativas. En la primera aparecían una chica embarazada y la mujer de la agencia de adopción de Chicago. Mabel recordaba la sala con un nivel de detalle que a Lily le resultaba asombroso. En la segunda, la chica estaba sentada a solas en la misma sala, mirando por una ventana. En la tercera había una anciana sentada en la misma posición, pero en la habitación de Mabel del otro lado de la calle. En aquella última habitación, la ventana estaba al otro lado. Estaba anocheciendo cuando Mabel le dio a Ed las instrucciones para dibujar todo aquello, y, para cuando terminó de contarle lo que quería, a Lily le dio la sensación de que la sala se había vaciado de todo salvo de la quietud y el crepúsculo y el dolor invisible de Mabel.

Durante los días siguientes, sin embargo, Mabel dejó a Ed agotado con aquellas viñetas. Criticó con ferocidad sus dibujos. Todos los detalles estaban mal. Insistió en que cambiara el asiento de la silla y las patas de la mesa hasta que fueran de su agrado.

—Esto no es naturalismo —dijo él—. No estoy dibujando del natural, ¿no lo ves? Lo importante es la historia.

—Estás dibujando una escena de mi vida —dijo ella—, así que me vas a escuchar.

Mabel se impuso en cada discusión, y por fin Mabel, Tex, Stanley y Dolores fueron embalados, metidos en cajas y enviados.

—Quizá alguien los compre cuando expongas tus cuadros en septiembre —dijo Lily, sentada con Ed y sus maletas en la habitación vacía.

—Eso espero —dijo él—. Hoy en día la gente compra de todo en Nueva York. Quizá tenga suerte.

—Alguna persona rica colgará a Mabel o a Tex en su pared y ni siquiera sabrá quiénes son. Dirá: «Me gusta esa señora mayor o ese

vaquero desnudo», y les contará a sus amigos que ha comprado «un Shapiro».

—Y sus amigos arrugarán la nariz y dirán: «¿Ese quién es?».

—Solo digo que es raro. —Lily lo miró. No le había mencionado a Ed que quizá estuviera embarazada. No estaba segura y no quería decir nada hasta estarlo.

Ed se frotó la cara y encendió su último puro en Webster.

—Sé que no me has prometido nada, pero he decidido tener paciencia.

Lily lo miró y sonrió.

—Te llamaré todos los días.

Ella lo besó. Y por fin él se marchó.

Aproximadamente una semana más tarde, Mabel y Lily estaban acostadas juntas cuando la anciana se incorporó hasta sentarse y dijo en voz baja:

—¿Te vas a ir a vivir a Nueva York, Lily?

—No lo sé. ¿Tú qué crees? —Lily se incorporó hasta sentarse a oscuras y se abrazó las rodillas.

—Creo que deberías irte de aquí —dijo Mabel—. No deberías quedarte en Webster. A mí ha llegado a gustarme este pueblo, y está bien para una señora mayor que se acerca a su final. —Mabel sonrió como si aquello fuera un buen chiste—. Pero tú tienes demasiado dentro para este sitio, y si te quedas aquí te acabará machacando. Nueva York, en cambio… —Mabel negó con la cabeza—. Nueva York es la mejor ciudad del mundo, y también la peor.

—O sea que quieres que vaya —dijo Lily.

—Sí. —Mabel hizo una pausa—. Pero quiero que vayas por ti.

—No por Ed.

—No por Ed —repitió Mabel.

A través de la ventana, Lily pudo ver los ladrillos del hotel Stuart.

—No puedo vivir con él —dijo—. No puedo vivir con nadie. —Sonrió cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir—. Salvo contigo, supongo. Estoy enamorada de Ed, pero hay muchas cosas que no entiendo de él…

—Yo estuve casada quince años con Evan y nunca llegué a conocerlo del todo. Llevo pensando en él desde que murió, hace

muchísimos años, pero sigo sin poder explicármelo. Aun así, lo adoraba.

—¿No os peleabais nunca?

—Claro que nos peleábamos. Por entonces yo era una gata salvaje..., una mujer imposible.

—Si me voy a Nueva York, te quedarás sin compañera de habitación.

Mabel apartó la vista y miró la pared. Oyó que el autobús de Des Moines se detenía en la calle, frente al hotel Stuart, y después el suspiro hidráulico de la portezuela del autobús al abrirse para dejar entrar a un pasajero. Mirando la nuca de Mabel, Lily la oyó decir:

—Pienso en ella todos los días, en mi Anna. Si todavía está viva, será mucho mayor que tú. Quizá sea abuela. Y yo, bisabuela. ¿No es tremendo?

Y de pronto Lily sintió que la hija de Mabel era alguien muy real, alguien que vivía o había vivido, y al mismo tiempo se preguntó si Anna no la estaría convirtiendo a ella en un fantasma, si no había acabado siendo de alguna forma una sustituta del bebé que Mabel había perdido.

Mabel se giró hacia Lily y se le quebró la voz al hablar:

—Nunca te pediría que te quedaras aquí, ya sabes, para cogerme la mano en la residencia Dilly cuando me tengan conectada a un puñetero respirador. No es mi estilo.

Lily miró a Mabel a la cara y le tocó la mejilla.

—Ya lo sé —dijo—. Pero a veces la gente hace cosas porque quiere. Por ejemplo, cogerle la mano a alguien. —Lily volvió a reclinarse en la almohada—. Y ahora, léeme —dijo.

Y Mabel obedeció.

El primer sábado de agosto, Lily fue en bicicleta al cementerio después del trabajo. Era un día caluroso y seco y la hierba había empezado a ponerse de un amarillo parduzco por culpa del exceso de sol. Cuando llegó al cementerio, no tenía ni idea de dónde buscar la tumba de Martin; solo sabía que debía dejar atrás las tumbas antiguas para ir a donde estaban las nuevas. «Seguramente todavía no tenga lápida. No podré saber cuál es la suya. A la vieja señora Knutsen la enterraron la semana pasada. Tendrá flores, pero seguramente Martin no.» Lily

murmuraba aquellas observaciones mientras caminaba entre las lápidas hacia la zona sin árboles que quedaba al final del cementerio y desde donde se veían las amplias llanuras de maíz y de alfalfa. Había tres tumbas sin nombre, y Lily se detuvo junto a una que tenía tierra fresca encima, suponiendo que sería la de Martin. Se le ocurrió que era caro morirse; caro para tu familia. Se preguntó si la tierra estaba incluida en el precio o si había que pagar un extra. Se plantó sobre la hierba nueva, afianzó los pies en ella y trató de sentir algo importante, como por ejemplo una conclusión. Pero la verdad fue que no sintió nada. El viento venía caliente y traía el olor de un fuego lejano mezclado con alfalfa seca y humo de tubo de escape. Mientras estaba contemplando el horizonte, el viento le azotaba la cara.

Luego se acordó de los zapatos y de la piedra con que había marcado su ubicación. Se acordó también de Dolores, de su cara cuando la había llevado a casa con el coche y de sus gruesos muslos sobre las sábanas de su cama. A continuación, se acostó sobre la tumba. A fin de cuentas, la extensión de tierra fresca tenía el tamaño de una persona, de manera que Lily cabía dentro de su rectángulo. Pegó la mejilla a la hierba y abrió un ojo para buscar hormigas. Vio una sobre una gruesa brizna de hierba. Si había una, habría más. Lily se dedicó a intentar sentir a Martin, ya que no conseguía recordar su imagen después de muerto. Luego clavó los dedos en la hierba y, agarrando un par de puñados de ella, los arrancó de raíz y los arrojó hacia los costados. El sol tórrido le quemaba en la parte de atrás de las piernas, los brazos y el cuello. Notó el olor del pelo que le rozaba la nariz. Cuando se incorporó hasta sentarse, se miró los muslos y vio que la hierba le había dejado muescas en la piel y que le habían quedado pegadas unas cuantas briznas. Resiguió con el dedo una tenue marca roja y habló con el suelo.

—Martin —dijo—. Sigo viva.

Luego oyó tras ella unos pasos en la hierba y se giró. No se apartó de la tumba. Vio que Dick y Frank caminaban hacia ella y se alegró de verlos. A la luz del sol se fijó en lo sucios que volvían a ir los dos. Ninguno dio señales de verla, pero supuso que la habían visto y miró cómo se le acercaban cansinamente hasta detenerse.

Frank la miró desde debajo del ala de su sombrero, con unos ojos del color de la arena mojada.

—Supongo que lo tenía usted calado desde el principio —le dijo.

Dick se detuvo junto a su hermano. Se la quedó mirando con una expresión que Lily no pudo descifrar; una mirada fija pero luminosa.

Lily miró a Frank.

—¿Qué quiere decir?

—Que Marty iba a hacer daño a alguien. Al final se lo hizo a sí mismo. Que también es malo.

Lily miró la tumba y negó con la cabeza.

Cuando levantó la vista, Dick seguía mirándola fijamente a la cara y estaba asintiendo vigorosamente con la cabeza. Frank no miraba a Dick, pero pareció notar que el otro asentía con la cabeza a su lado y volvió a hablar:

—Dick quiere que le diga que nos hemos encargado de ella.

Lily miró a un hermano y luego al otro.

—¿De ella?

Frank asintió con la cabeza. Ahora los dos estaban haciendo el mismo gesto a la vez. Dick no le quitaba la vista de la cara.

—De lo que Marty dejó atrás.

Lily se cruzó de brazos y se frotó la piel de encima de los codos.

—¿La han encontrado?

Frank negó con la cabeza.

—No. Marty nos la trajo aquella mañana. Nos dijo que la quemáramos.

—¿Y la quemaron? —Lily tuvo una fantasía repentina y nítida en la cual la muñeca ardía en el bidón de la basura de delante de la casa, bajo la mirada de Dick.

Frank volvió a negar con la cabeza.

—Dick no lo permitió. La metió en un cajón alargado, por suerte teníamos uno, aunque tuvimos que doblarla un poco. Y la enterró detrás de la casa. Debió de cogerle cariño; era una preciosidad, ¿no?

Lily se miró los pies. Se le había desatado un cordón, que ahora estaba caído sobre la tierra fresca.

—¿Les habló de la cueva?

Frank asintió con la cabeza, aunque muy ligeramente; un único movimiento de la barbilla.

—Dick sabía que no podíamos tenerla en la casa, después de que Marty muriera y su última voluntad fuera que la quemáramos, pero dijo que no pensaba quemar nada que pareciera una chica.

Lily asintió con la cabeza. Se mordió el labio.

—Era mejor darle su reposo final en la propiedad. No creo que a Marty le hubiera molestado. Y de esa forma no hay habladurías sobre usted y él, señorita Dahl. —Ahora Frank balbuceaba y se le había distraído la mirada—. Por la cuestión del parecido.

Los tres estuvieron unos minutos sin hablar. Dick se apartó de su hermano y se acercó a ella. Juntó las manos al frente y contempló la cara de Lily, como si no se terminara de creer lo que estaba viendo. El silencio que reinaba ahora no era una de esas pausas sociales incómodas en las que ninguna de las partes sabe qué decir. Era el silencio íntimo de un secreto compartido, y Lily se dio cuenta de que la muñeca no era más que la forma que había adoptado el secreto en aquel momento. Pero no era el secreto mismo. El secreto estaba en otra parte, siempre en otra parte, y cuando Lily se dijo eso a sí misma, oyó su propia respiración junto con la de Dick y la de Frank y ese sonido la hizo feliz.

Dick se quedó mirando fijamente el suelo. Luego, muy lentamente, empezó a doblarse hasta ponerse en cuclillas. Lily no entendió lo que estaba haciendo. En cuanto llegó a la posición acuclillada, se dejó caer pesadamente sobre las rodillas y por fin agarró el cordón de la zapatilla de Lily.

—Oh, señor Bodler —dijo ella—. Puedo hacerlo yo.

Se inclinó y estiró el brazo hacia la zapatilla, pero Dick le apartó la mano de un manotazo y se puso a atarle el cordón muy despacio. Hizo un lazo bien prieto y levantó la vista hacia ella antes de incorporarse.

—Gracias —dijo Lily.

Cuando estuvo de pie, Dick le cogió la mano a Lily. Ella le notó los callos de la palma y la grasa de la piel. Dick se la llevó de la tumba de Martin y echó a andar con ella entre las tumbas, mientras Frank los seguía. Iba arrastrando los pies, pero avanzaba con determinación inflexible y con los dedos fuertemente cerrados en torno a los de ella.

Llevó a Lily a la tumba de su madre. La lápida era pequeña y de un gris blanquecino. Se veía más antigua de lo que debería haber sido y tenía manchas verdes de musgo en la parte inferior, pero en aquella parte del cementerio sí que había árboles, y su sombra refrescó a Lily mientras leía la inscripción: HELEN BODLER, NACIDA EL 6 DE DICIEMBRE DE 1899, MUERTA EL 21 DE JUNIO DE 1932. AMADA MADRE DE ETHAN, FRANK Y RICHARD BODLER. Ethan Bodler estaba enterrado junto a su madre: nacido el 5 de enero de 1926, muerto el 11 de febrero de 1926. Sin dejar de mirar la

tumba, Lily apretó la mano de Dick. Él no se la había soltado y ahora le estaba mojando la palma de sudor. Tenía la suya tan resbaladiza que Lily sintió que los dedos se le podían escurrir fuera de su mano en cualquier momento. Dick abrió la boca, soltó aquella risa suya sin ruido y movió los pies un poco sobre el suelo. Esta vez, Frank lo dejó hacer. Por fin paró y los tres caminaron juntos hasta la carretera. Cuando Lily señaló su bicicleta, Dick le soltó la mano.

Lily no se negó cuando le ofrecieron llevarla. Se subió a la cabina de la camioneta junto a Dick mientras Frank conducía despacio hasta el pueblo y les pidió que la dejaran delante del Arts Guild. Dick se apoyó pesadamente en Lily y la presión de su hombro la incomodó. No supo por qué sentirlo tan cerca la hizo pensar que Dick había visto matar a su madre muchos años atrás. Pero la cuestión es que lo pensó. Quizá no se acuerde, se dijo, pero creo que estuvo presente.

Después de que Lily sacara la bicicleta de la parte de atrás de la camioneta, y justo antes de arrancar el motor, Frank se asomó por la ventanilla y se dirigió a ella. Lily vio y oyó que le estaba hablando, pero no entendió sus palabras hasta pasado un momento, como si el cerebro estuviera retrasado con respecto a los oídos. Cuando la camioneta ya se estaba alejando y Lily únicamente podía ver el codo de Frank asomando por la ventanilla, se dio cuenta de que había dicho: «Dick quiere que nos visites».

Las audiciones ya habían empezado en el Arts Guild. Lily oyó el piano del escenario desde el otro lado de las puertas del vestíbulo, pero no vio a ninguna rival por el papel de Eliza Doolittle. La señora Carter la miró con el ceño fruncido.

—Un poco más tarde y no habrías llegado a tiempo —le dijo.

Lily le dijo a la señora Carter que volvía enseguida, bajó corriendo la escalera y se dirigió al cuartito situado al final del pasillo. Se bajó los vaqueros y se sentó en el retrete. Mientras escuchaba el chorro de la orina, vio una mancha de sangre en las bragas. Ahí está, pensó, y sintió que las lágrimas le calentaban los rabillos de los ojos. Arrancó un pedazo largo de papel higiénico. Lo dobló, se lo metió dentro de las bragas y se subió los vaqueros. Mientras se alejaba por el pasillo, el papel empezó a rozarle el interior de los muslos y la obligó a detenerse para meterse la mano apresuradamente en los pantalones y recolocárselo. Por fin se encontró frente a la puerta cerrada de la sala de vestuario. Apenas hacía unas semanas que Martin había estado

sentado en el suelo de aquella sala, apuntando las medidas de Lily, citando los diálogos de la obra y pidiéndole que lo acompañara a su casa. Ahora Lily se imaginó el interior de la sala y vio el disfraz de Telaraña colgando de una percha del armario con la etiqueta SUEÑO.

Luego, desde algún lugar del piso superior, le llegó la voz de una mujer llamándola con la misma voz aguda con que en el pasado la había llamado su madre para que volviera del arroyo para cenar.

—¡Lilyyyyy! ¡Lily Dahl!

—¡Estoy aquí! —dijo—. ¡Ya voy!

La calle que Lily se imaginó mientras subía brincando la escalera era real, y también lo era la niebla. Se vio a sí misma cantando a pleno pulmón en una esquina de Londres, vestida con ropa mugrienta y cargada con una canasta de flores. Puedo ser ella, pensó de repente. Luego puso la espalda recta, levantó la barbilla y cruzó a toda prisa las puertas dobles en dirección al escenario.

Notas

1

1. Juego de palabras intraducible entre *bottom* («fondo») y *Bottom* (nombre del personaje de *El sueño de una noche de verano*). *(N. del t.)*

2

1. Palabra yidis para referirse a un comportamiento loco o caótico. *(N. del t.)*

El hechizo de Lily Dahl
Siri Hustvedt

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Igor Andrianov

Título original: The Enchantment of Lily Dahl

© Siri Hustvedt, 1996
© por la traducción, Javier Calvo, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2025

ISBN: 978-84-322-4857-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
1
2
3
Notas
Créditos